

JAVIER BARRAYCOA

# CATALUÑA HISPANA

**Historias sorprendentes**

**de la españolidad de Cataluña**

**y el fraude del nacionalismo**

**Lectulandia**

¿Sabía que la primera capital de la España unificada por los godos fue Barcelona? ¿O que la Marca hispánica ya reunía condados navarros, aragoneses y catalanes, prefigurando la reunificación de España? ¿Conocía que la Barcelona de 1714 estuvo defendida también por un Tercio de castellanos y que Felipe V, tras la Guerra de sucesión, constituyó un cuerpo para su protección personal dirigido por catalanes?

¿Sabía que en Barcelona, cuando nadie conocía la sardana, el baile más popular era el de San Isidro, en memoria del patrono madrileño? ¿O que hasta la llegada del catalanismo, a ningún catalán se le ocurrió poner el nombre de Jordi a sus hijos? ¿Y que el Monasterio de Montserrat tuvo monjes castellanos durante cuatro siglos y dependía de la comunidad benedictina de Valladolid?

¿Alguien le habló de cuando el Himno de España sí tuvo letra oficial y que fue compuesta por un catalán? ¿Y que el origen de los «Castellers» no fue catalán sino valenciano? ¿O que en el diccionario de lengua española hay más de mil vocablos de origen catalán? ¿Sabía que los catalanes participaron en todas las grandes gestas militares del imperio español, como en la crucial batalla de Lepanto?

Este libro descubre infinidad de historias que demuestran la verdadera esencia hispánica de Cataluña y desvela la mitología y las miserias intelectuales del nacionalismo catalanista. El nacionalismo ha sido el verdadero «descatalanizador» de Cataluña queriendo privarle violentamente de su naturaleza hispana.

Sin Hispanidad no existiría Cataluña, sin Cataluña no podrá existir la Hispanidad.

**Lectulandia**

Javier Barrycoa

# **Cataluña hispana**

**Historias sorprendentes de la españolidad de Cataluña y el fraude del  
nacionalismo**

ePub r1.0  
Sarah 30.12.13

Título original: *Cataluña hispana*  
Javier Barrycoa, 2013

Editor digital: Sarah  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*«Leer demasiados libros es peligroso».*

MAO TSE-TUNG

*«El nacionalismo es una enfermedad infantil. Es el sarampión de la humanidad».*

ALBERT EINSTEIN

*«De aquí procede el que la ira del cielo haya trocado muchos reinos de la tierra, de tal modo que a causa de la impiedad de su fe y de sus costumbres ha destruido a unos por medio de otros».*

Canon 75 del IV Concilio de Toledo

*A mi padre y mi abuelo paterno.  
Sin paternidad no hay Patria.*

**Cant a la Immaculada, patrona d'Espanya,  
de**

**Mossèn Cinto Verdaguier [\*]**

Oh Verge immaculada,  
per vostra Concepció,  
d'Espanya Reina amada,  
salvau vostra nació.

Concebuda sou, Maria,  
és lo càntic celestial  
que la terra al cel envia  
com un himne triomfal;  
Concebuda sou, Maria,  
sens pecat original.

Vós, Maria, sou l'estrella  
que guià Espanya al Nou Món,  
la de l'alba hermosa i bella  
de la glòria que se'ns pon.  
Oh Maria, hermosa estrella,  
resplendiu d'Espanya al front.

Quan sa Reina era Maria,  
nostre regne era el més gran,  
sa bandera el món cobria  
des d'Amèrica a Lepant.  
Si a regnar torna Maria,  
ses grandeses tornaran.

Vós d'Espanya sou la glòria,  
Vós lo Sol del Principat;  
nostra pàtria i nostra història  
Vós, oh Verge, ens ho heu donat:  
tronos són de vostra glòria  
Covadonga i Montserrat.

Patrimoni ets de Maria,  
oh d'Espanya, hermós país!,

mes avui l'error hi nia  
que et farà poble infeliç.  
Oh!, xafau-li el cap, Maria,  
que és la serp del paradís.

**Canto a la Immaculada, patrona de España,  
de  
Mosén Jacinto Verdaguer**

¡Oh Virgen Inmaculada  
por vuestra Concepción,  
de España Reina amada  
Salvad nuestra nación

Concebida sois María,  
Sois el cántico celestial  
que la tierra envía al cielo  
como un himno triunfal;  
Concebida sois María  
sin pecado original

Vos, María, sois la estrella  
Que guió España al nuevo mundo,  
la del alba hermosa y bella  
de la gloria que se nos pone  
Oh María, hermosa estrella,  
Resplandeced al frente de España

Cuando su Reina era María.  
nuestro reino era el más Grande  
su bandera cubría el mundo  
desde América a Lepanto.  
Si vuelve a reinar María  
sus grandezas volverán

Vos de España sois la gloria  
Vos el Sol del Principado  
Nuestra patria y nuestra historia



Vos, oh Virgen, nos los habéis dado:  
tronos son de vuestra gloria  
Covadonga y Montserrat

Patrimonio eres de María  
oh de España, hermoso país,  
Mas hoy hay un error  
que te hará pueblo infeliz  
¡Oh! Chafadle la cabeza, María  
que es la serpiente del paraíso.

## INTRODUCCIÓN

«Lo que muestra la imagen del pasado que se nos ofrece no es tan importante como lo que oculta»

(ÁLVARO GARCÍA)

### ¿TURISTA EN TU TIERRA?

Paseamos por el barrio «gótico» de Barcelona. Entrecomillamos lo de *gótico*, porque ese es un nombre inventado en el siglo xx para los turistas. Tradicionalmente se llamó el *barrio de la Catedral*, cuando ésta aún no contaba con la fachada actual, que data de principios del siglo pasado y que muchos toman, sin saberlo, como medieval. Muy pocos catalanes conocen bien la zona, la historia de sus calles, los detalles recónditos. Hay pequeños-grandes «secretos» que esconden las piedras; y también muchas «mentiras» que se ofrecen inocentes a los incrédulos turistas. Estos efímeros trashumantes del asombro y la fotografía no pueden alcanzar a comprender que el barrio «gótico» es una invención muy moderna. A inicios del siglo xx, un grupo de catalanistas fundó la *Sociedad de Atracción de Forasteros*, con la intención de cautivar a turistas y captar inversiones para la ciudad. Su mayor éxito fue la organización de la exposición de 1929. Ese proyecto fue continuado por el franquismo, hasta que finalmente se logró crear un atractivo ambiente (falsamente) medieval que embriaga el alma errante entre callejuelas.

La burguesía catalanista, ante el impulso que supuso la llegada de inmensas fortunas de las viejas colonias, y de la fundación de nuevas industrias que ello propició, decidió transformar una ciudad provinciana, insalubre, mal comunicada y con evidentes problemas políticos y sociales, en un modelo de ciudad cosmopolita. El catalanismo, también deseoso de rememorar el esplendor de la época de la Corona de Aragón, puso en marcha este proyecto arquitectónico en el barrio, que remitiera a tan augustas raíces medievales y uniera la ciudad moderna con sus fundamentos romanos, e incluso ibéricos. Al abrirse la Vía Augusta, permitió que algunos edificios centenarios se pudieran trasladar, piedra a piedra, al degradado barrio de la Catedral. En pocas décadas la zona fue tomando el aspecto actual. Se recurrió a la «*restauración de estilo*», que era una técnica copiada de Francia que había

promocionado el «*movimiento de restauración arquitectónica para la glorificación de la Patria*». El Estado francés se dio cuenta de que la recuperación de antiguas joyas arquitectónicas exaltaba el orgullo por el pasado y legitimaba el estatalismo vigente. La arquitectura se convertía así en un poderoso instrumento de propaganda política. Por su parte, los catalanistas siempre tuvieron puestas sus miras en las novedades parisinas y aprendieron rápidamente este mecanismo de educación social. La barriada decadente de la que hablamos vio cómo mediocres luceras eran sustituidas por encantadoras copias de ventanales góticos. De la nada aparecían magníficos edificios medievales donde antes había casas obreras en mal estado. Ello no quita que los turistas fotografíen con entusiasmo todo lo que les parezca vetusto sin ser capaces de distinguir lo verdadero de lo falso. Igualmente, se emocionan al ver el bello puente *neogótico* que se alza sobre la calle que va de la plaza san Jaime hasta la Catedral. Sorprendentemente, la obra es de 1928, construida por Juan Rubió y Bellver. Pero da igual, todo paseante piensa que es una reliquia del pasado y lo fotografía como quien captura digitalmente la historia. Al visitar la famosa *Casa de la Ardiaca* (una verdadera joya medieval), cualquier experto puede encontrar donde un restaurador «bromista» restauró, a principios del siglo XX, un bajorrelieve medieval donde aparece el busto de un «hombre medieval» con americana y corbata. Los turistas pasan por delante y son incapaces de percibir el anacronismo.

No es de extrañar que en la Lliga Regionalista (primer gran partido catalanista, cuya época de esplendor fue durante el primer cuarto del siglo XX), estuvieran involucrados muchos arquitectos como Puig y Cadafalch o Domènech y Muntaner (el restaurador de la *Casa de la Ardiaca*). Incluso se puede considerar como el primer gran acto catalanista, de un catalanismo todavía sin concreción política, la masiva celebración de la restauración arquitectónica del Monasterio de Ripoll, en 1893. La arquitectura, para aquellos hombres en los que ya latía el catalanismo, no era sólo arte sino un potente mecanismo de adiestramiento popular. Sin saberlo, habían descubierto una de las dimensiones esenciales de la propaganda moderna. Miles de catalanes acudieron a Ripoll, considerada la «cuna de Cataluña», para celebrar el renacimiento de un pueblo reflejado simbólicamente en un milenario monasterio recién restaurado. La *Renaixença* —el renacimiento— de la «nación catalana» se estaba produciendo, y no sólo en el plano literario, sino también en el «espiritual» y «material» (la arquitectura conjuntaba estas dos dimensiones del hombre). Con motivo de este acto, por primera vez en la historia de Cataluña, se vieron ondear miles de banderas catalanas. Las autoridades eclesiásticas del Principado demostraron su capacidad de movilización y organización. Tras casi un siglo de persecuciones liberales, creían ser los fautores del renacimiento cristiano de Cataluña, gracias a la aplicación de una «pastoral catalana» que sustituía a la «castellana». El pueblo católico podía, por tanto, sentirse partícipe de la resurrección de la «madre patria».

Una ilusión que, como veremos, duraría bien poco.

La arquitectura modernista era algo más que un movimiento arquitectónico o artístico. Se transformó en una forma de extender la nueva ideología de la burguesía catalana, que no era otra que el nacionalismo. Romanticismo, wagnerismo, fantasías, sublimación de las medievales, esculturas de valquirias o la recreación de una falsa naturaleza se entremezclaban y se plasmaron en piedra con la intención de embelesar al mundo y darle a conocer una «nación» que —como Ave Fénix— resurgía de sus cenizas. Curiosamente, Gaudí nunca se consideró «modernista». Para él, católico de pro, el «modernismo» se asociaba a la doctrina que había condenado San Pío X en la Encíclica *Pascendi*. Por eso siempre quiso desmarcarse de ese epíteto.

Por las plazas del barrio «gótico», como la del Rey o la de San Felipe Neri, un especialista, o cualquiera que se preocupe por la historia de su ciudad, puede reconocer los edificios que fueron trasladados en el siglo xx. Lo mismo ocurre con los palacios medievales que rodean el ábside de la Catedral. Hace cien años no estaban ahí. Entrando por la antigua puerta romana que da al *carrer del Bisbe* (Calle del Obispo) se pueden vislumbrar las piedras que colocaron los romanos hace más de 2000 años. A esta calle se accede desde la Plaza Nueva, donde se encontraba una de las cinco horcas de Barcelona en las que —obviamente— se ejecutaba a los condenados a muerte. Hace tan solo 60 años, los edificios que ocupaban esa zona desaparecieron para dejar paso a un gran «espacio turístico»: la gran plaza de la Catedral. Si uno observa la zona con cuidado puede descubrir los restos de un «acueducto romano»; sin embargo, su antigüedad data de los años 50 del siglo xx, y fue construido como atracción para los turistas que empezaban a frecuentar la ciudad.

## LOS OLVIDOS QUE OCULTAN LA HISTORIA

No se puede pasear por la *calle del Obispo* sin cierta tristeza. No ha muchos años, se llamaba del *Obispo Irurita*, el que fuera metropolitano mártir de Barcelona en el 36. En la fachada del Palacio episcopal, en la misma calle, se conserva su estatua; pero el silencio sobre su persona flota en el ambiente. Misteriosamente «alguien» cambió la placa de la calle y desapareció el nombre de *Irurita*, quedando sólo el de *Obispo*. Por ello, le hemos querido dedicar este libro al que fuera Pastor de la Iglesia en Cataluña en los difíciles años de la República. Este navarro de pro representa esos «olvidos» que poco a poco languidecen el alma de nuestro pueblo. ¿Cómo puede sobrevivir una

sociedad si elimina conscientemente una parte interesada de su memoria colectiva?

No hay nada peor que ser un turista en tu propia ciudad, tierra o patria; sin conocer ni ser capaz de juzgar lo que se te presenta delante y reconocer lo que es verdadero distinguiéndolo de lo que es falso. Es fácil quedar satisfecho ante cualquier explicación con tal de no molestarse en contrastarla. Para darnos cuenta del alcance de la historia mal explicada —intencionadamente o no— relatamos una pequeña anécdota. En una visita con universitarios a Ripoll, el vicario del Monasterio —para gran asombro del que escribe— explicó sin inmutarse a los alumnos que la decadencia del Monasterio fue *por culpa de los carlistas* que lo habían quemado en la Guerra de los siete años (1833-1840). El pobre hombre, no se nos ocurre otro apelativo, incomprensiblemente ignoraba que el final de la vida monacal en Santa María de Ripoll llegó con la excomunión obligatoria de 1835. Los monjes abandonaron el monasterio, que fue arrasado e incendiado por los liberales y que, de paso, asesinaron a dos de sus monjes benedictinos. El edificio poco a poco se fue derrumbando, quedando finalmente arruinado. Acabando el siglo XIX, el obispo Morgades promovió la restauración que hemos mencionado más arriba.

El nacionalismo ha «rehecho» la historia de Cataluña, al igual que se reconstruyó artificialmente el barrio *gótico*. Al pasear por él, todo es hermoso, todo parece multiseccular y venerable, todo embriaga los sentidos; pero buena parte de lo que se ve es falso y lo que es real es ignorado, desconocido o no está en el lugar que le corresponde. La verdad se esconde entre piedras y falsos relatos, y hay que descubrirla. Esta es la analogía que proponemos para entender el catalanismo: se ha construido una historia a base de retazos, de reinterpretar acontecimientos y retorcer su explicación. Muchos catalanes, ante el «metarrelato» nacionalista, se comportan como los turistas: admiran lo que se les presenta delante, las consignas, las interpretaciones; sin preguntarse siquiera si es *real* lo que sustenta su cosmovisión y si se corresponde con la verdadera historia. Por nuestra parte, no deseamos ser *turistas* en lo político: que se dejen llevar por itinerarios y futuros deslumbrantes que los «nuevos guías» prometen. No gracias.

Los que somos catalanes de verdad no necesitamos que ningún nacionalista nos interprete qué significa ser catalán, ni que nos reinterprete la historia. Somos parte de ella y no podemos permitir que los que mancillan constantemente el nombre de nuestra tierra, queriéndosela apropiarse sin siquiera haber entendido su esencia, nos lleven al despeñadero; estén movidos por extraños resentimientos, por egoísmos de casta o simplemente por alucinaciones colectivas creadas por intereses nefandos. Si existe un futuro asesino de Cataluña este no es ni Madrid, ni el centralismo borbónico dieciochesco, ni Castilla, ni el franquismo. El asesino de Cataluña tiene un nombre: el nacionalismo catalán. Por eso hemos escrito este libro y por eso lo hemos titulado así: *Cataluña hispana*, ya que la esencia de Cataluña se encuentra en su hispanidad. La

catalanidad no es otra cosa que una forma especial (quizá muy especial y hermosa) de concretar la Hispanidad. El que no quiera verlo así, sea centralista español, sea catalanista independentista, no podrá comprender nunca lo que es la tierra catalana. Descubrir nuestra catalanidad es disipar el catalanismo y reconciliarnos con nuestra historia y realidad.

## LA CASA CATALANA Y LA DECONSTRUCCIÓN NACIONALISTA

Puig y Cadafalch (1867-1956), arquitecto y político catalanista al que ya nos hemos referido, tiene un escrito titulado *La casa catalana*, en el que se pretende (con bastantes sesgos, e imitando la política cultural francesa del momento) demostrar la continuidad de la *casa catalana* entre las estructuras romanas, el románico, el gótico y lo que habría de ser la arquitectura de la *Renaixença*. Su obra es un magnífico ejemplo de malabarismo político para intentar justificar una continuidad patria a través de la arquitectura y así demostrar que Cataluña es una «nación». Pero ¿qué es lo importante de las casas? Sin lugar a dudas, para nosotros, las personas y familias que en ellas habitan. La falsa «continuidad de estilo» que pretendía demostrar Puig y Cadafalch, se asemeja a la falsa continuidad del «espíritu catalán» que reclaman los separatistas actuales. Ellos se autoproclaman herederos de la «inmemorial nación» catalana. Pero ¿qué pensarían los catalanes de hace dos siglos de los actuales militantes de partidos políticos como Esquerra Republicana de Catalunya (ERC), y de otros más radicales aún? Comprobemos cuál era el espíritu de aquellos viejos catalanes y comprobemos si estos partidos separatistas son su continuación natural, o más bien la inversión de lo que fue el espíritu de nuestro pueblo.

En el costumario *Visions barcelonines* (Visiones barcelonesas), de Francesc Curet, de 1952, editado en catalán durante el franquismo, se define perfectamente uno de los rasgos más importantes que caracterizaba al pueblo catalán. En el volumen primero de este ingente estudio, dedicado a *La vida en el hogar*, se esbozan las siguientes características de la organización familiar: «El hogar era el santuario del barcelonés auténtico [...] el fundamento del hogar era la familia y su ordenación jerárquica, mantenida por vínculos de parentesco y convivencia derivada de la autoridad omnímoda del padre, amo y señor de la casa. Es verdad que estas características propias del genio catalán se perdían algo en su rigidez al bajar del

mundo rural a la ciudad [...] Ningún hijo se habría atrevido a tutear al padre, ni a hacerle preguntas u observaciones consideradas impertinentes y, menos, a discutir su autoridad. *Hacer la amistad [fer la amistat]*, no tiene traducción al castellano, o sea, el beso que se daba en la mano del padre, significaba respeto y admiración. El padre procuraba por su parte comportarse con gravedad, y había de hacer un esfuerzo por reprimir su carácter posiblemente festivo y las efusiones de ternura [...] Un viejo adagio concluye [...] *No muestres a los hijos amor, para que no te causen dolor*. Es decir, estímales, pero no se lo hagas ver, porque si se dan cuenta te perderán el respeto».

Esta filosofía de la sagrada autoridad paterna era connatural al ser catalán. Ello se visibilizaba en la forma de establecer la herencia de todos los bienes para el hermano mayor, que ejercería la autoridad sobre la familia al desaparecer el padre. Se recomienda leer el libro *La invención de Europa*, de Emmanuel Todd, donde se explica que en las zonas de Europa donde predominaba este tipo de estructura familiar, con una jerarquía muy clara y definida (algunos la llaman patriarcal), es donde surgió —entre otras cosas— el desarrollo industrial. Porque este espíritu de responsabilidad y obediencia, transmitido durante siglos, es lo que permitió que los valores y normas de la familia que se vivía en las masías, se transmitieran luego a las empresas (algo parecido ocurrió en las Vascongadas). La misma autoridad patriarcal que mantuvo el sistema de producción de las casas solariegas, se trasladó al mundo del comercio y la empresa, permitiendo un despegue productivo sin parangón en España.

Siguiendo la comparación entre los catalanes de antaño y los nacionalistas actuales, no podemos reprimirnos y no leer el programa político que presentó ERC en las elecciones de 2012. No hay sorpresas, el texto es corrección política e ideología dominante en estado puro: «El machismo —dice el programa— es el conjunto de leyes y normas que tienen la finalidad —implícita y explícita— de producir, mantener y perpetuar el sistema de valores que jerarquiza las personas según el sexo». Se especifica que por culpa del franquismo, la situación de la mujer en Cataluña está más retrasada que en otras partes [insólita afirmación, pues la mujer más liberal en España es la de Cataluña] por culpa de «una sociedad patriarcal». Sigue el programa diciendo: «elaboraremos una ley de reconocimiento del colectivo transexual» y, por supuesto, se hacen brindis a los colectivos gays y lésbicos. La cuadratura del círculo es imposible. O se defiende las «esencias de Cataluña», y se reconoce que el espíritu patriarcal y religioso fue su quintaesencia durante siglos y siglos (y así quedó recogido en el tan reclamado «derecho civil catalán»); o se propugna una Cataluña «moderna y progresista» que nada tiene que ver con nuestros antepasados y lo que ellos creyeron y defendieron.

## LOS MUERTOS NO ESTÁN EN SU SITIO

Cualquier catalán de siglos precedentes, incluso nos atreveríamos a decir que catalanistas de la II República, se habría quedado atónito escuchando las propuestas programáticas de la actual ERC, y sonarían apenas ininteligibles para él. Tras un momento de absorta reflexión, hubiera entrado en su casa *pairal* (Masía), saliendo al cabo de poco con el trabuco heredado de su padre y le hubiera descerrajado una bocachaza al catalanista. Ese era el espíritu intransigente del campesinado catalán. No en vano los catalanes (mal que les pese a muchos) inventamos la Inquisición, mucho antes que los castellanos. Por cierto, esta hipótesis de un payés descerrajando a algún «representante» nacionalista de Cataluña, es bastante parecida a lo que pasó con el último «maqui» libertario de nuestra tierra: Quico Sabater. Fue abatido por el somatén de Sant Celoni, compuesto por payeses de toda la vida. Teóricamente su cuerpo está enterrado en el cementerio del pueblo, donde cada año se le homenajea. Pero fuentes fidedignas nos revelaron que, en realidad, en su tumba hay un moro que habían hallado ahorcado unos días antes de la trágica muerte del «maqui». Los payeses decidieron que el «maqui» no podía descansar en campo santo y lo sustituyeron por el cadáver del moro. Para desconocimiento de los que realizan el homenaje anual, éste se efectúa en el lugar equivocado. El sitio donde reposan sus verdaderos restos es desconocido, excepto para los dos campesinos que lo enterraron y que nunca desvelaron el secreto. De esta terrible anécdota histórica sacamos dos conclusiones: a) entre aquellos payeses, que el imaginario independentista representa como la esencia de Cataluña, no había nada que los vinculara moral y vitalmente con los separatistas actuales y b) los catalanes nos hemos acostumbrado a venerar demasiadas irrealidades, como las de las tumbas en las que no reposan quienes imaginamos o las de las piedras que no están donde debieran o las de los hechos que nunca acontecieron como nos los relatan.

Aquí no podemos resistirnos a volver a la historia del Monasterio de Ripoll. En él, a partir de la Restauración catalanista de finales del XIX, se custodian los hipotéticos restos de Guifredo el Velloso (iniciador de la casa Condal de Barcelona), Berenguer Ramón I; y otros condes catalanes como Ramón Berenguer III, Ramón Berenguer IV y otros nobles señores. Decimos «hipotéticos restos», pues los nacionalistas que van a Ripoll a venerar los orígenes genealógicos de las dinastías condales apenas sospechan lo que hay dentro de los sepulcros. Por ejemplo, el de Ramón Berenguer IV fue profanado: primero por los franceses, en 1749, que robaron todo lo que de valor había en su tumba, aunque respetaron el cadáver; luego por los liberales cristianos, en 1835, que incendiaron el monasterio, «juzgaron» al cadáver y lo condenaron a la hoguera por ser un «rey» que «había combatido el islamismo para propagar la religión católica» (manda narices, ¡y estos eran los «ilustrados»!). La



persecución religiosa de 1936 conllevó nuevos saqueos y profanaciones de las tumbas, y los restos de muchos de ellos fueron arrojados al río. Vaya usted a saber qué se está venerando ahí; pero la cuestión —para el catalanismo— es reverenciar algo que nos hile con el pasado, sea real o no.

## DEL REALISMO AL VACÍO: EL AUTO-ODIO CATALÁN

En la famosa obra del siglo xvii (que mencionaremos varias veces a lo largo del libro), *Fénix de Cataluña*, de Narciso Feliu de la Peña, se define el verdadero espíritu de los catalanes de aquella época: «El genio natural, habilidad, fe y lealtad con sus Señores, es propio para las empresas grandes, que atrevidamente emprendieron, y valerosamente acabaron; porque naturalmente son constantes y firmes en la fe de su Dios, y lealtad de su Rey, generosos y liberales y en sumo grado con sus Señores, y Príncipes; humildes con los sencillos, altivos con los vanos, alentados, y esforzados políticos en el gobierno, entendidos en todo género de ciencias y expertos en las reglas de mercancia y maridaje». Podemos encontrar cientos de textos antiguos que alaban al catalán por sus virtudes, tesón y capacidad de esfuerzo: «Los catalanes son el pueblo más industrial de España», escribe José Cadalso en sus *Cartas marruecas* (1789); o Francisco Mariano Nipho, uno de los mejores periodistas del siglo xviii, en la *Estafeta de Londres*, decía: «Cataluña es una pequeña Inglaterra en el corazón de España». A pesar de estas loas, y hasta la llegada del nacionalismo, no hemos encontrado ninguna descripción que manifieste soberbia y malsano orgullo en referencia al espíritu catalán. Un diputado de ERC durante la II República, Puig y Ferrer, en sus memorias (que citaremos reiteradamente), condena el error catalanista de creerse que somos «los mejores». Rememorando el ambiente catalanista en el que respiraba y vivía, describe: «Pompeu Gener [un catalanista racista] pintaba a los castellanos como una raza famélica y degenerada, que no se alimentaba suficiente, no comía suficiente carne, cosa que contribuía a su decadencia. Si un catalanista se llamaba *Alfons*, ponía *Amfós* para no parecer español... se hablaba del castellano, y de todo el castellano, raza y lenguaje, en tono de burla y parodia... Se hacían burlas con el *Limpia, fija y da esplendor* de la Real Academia Española que se la comparaba con el *Netol*... No se pronunciaba una palabra en castellano sino para pronunciarla mal y no se aludía a la Corte de Madrid sino como la *Corte* de los cerdos...». Esta conciencia de ser superiores a costa de humillar a

otros, no pertenece a la idiosincrasia catalana. Fue introducida por el nacionalismo y sus efectos han acabado volviéndose contra la verdadera Cataluña.

Hubo un fenómeno, acallado, durante el primer tercio del siglo xx que fue el denominado «auto-odio judío». La judeofobia reinante en Europa provocó en muchos judíos, o descendientes ya asimilados, un complejo que les llevó a odiarse por ser hebreos. Uno de ellos fue el poeta Heinrich Heine, descendiente de israelitas, para quien «el judaísmo no es una religión sino una desgracia». El escritor judío Moritz Saphir fue aún más lejos, afirmando que: «el judaísmo es una deformidad de nacimiento». En 1930, Theodor Lessing escribía *El auto-odio judío*. En esta obra se detallaban biografías de judíos que odiaron tanto su ascendencia que incluso algunos llegaron a suicidarse. Este es el caso del conocido psiquiatra y filósofo austríaco Otto Weininger. Señalamos este cruel asunto porque hace poco un amigo, de esos cuya genealogía se entronca con lo más profundo de la herencia catalana, siendo capaz de recitar ocho de sus apellidos seguidos, todos ellos catalanes, nos decía enfadado: «Estos (cabrones) catalanistas han conseguido que odie ser catalán; siento auto-odio catalán». Tremendo. La omnipresente interpretación de «lo que ha de ser un verdadero catalán», —según la ideología nacionalista reinante—, está consiguiendo que los catalanes de verdad, no esos frustrados que necesitan por complejo proclamarse más catalanes y catalanistas que nadie, se avergüencen de sus orígenes. Esta es la trampa en la que no podemos caer. Nosotros, en cuanto que no renegamos de nuestra identidad, podemos vivir la catalanidad que el nacionalismo está matando. Más aún, somos los únicos capaces de transmitir lo que verdaderamente ha sido Cataluña, no la que algunos desalmados quieren que sea o afirman que ha sido.

No es difícil demostrar cómo la casta política catalana ha ido liquidando los últimos vestigios de tradición catalana, en nombre de una idea «jacobina» y «centralista» de Cataluña, contra la que lucharon durante dos siglos los catalanes (como demostraremos extensamente más adelante). Pongamos algunos ejemplos. En la antiquísima basílica parroquial de Barcelona, San Justo y Pastor, existe un altar lateral, el de San Félix, muy especial. A él se le atribuían tres privilegios: el juramento de los judíos (ante una disputa entre un cristiano y un judío, el judío debía jurar sobre el altar que su testimonio era verdadero, para ser admitida su declaración), el de la Batalla juzgada (donde se juraba antes de un duelo, que no se utilizarían sortilegios ni encantorios) y, por fin, el testamento sacramental. Este último privilegio reconocía legal y civilmente un testamento oral que fuera encomendado a alguien y así lo jurara ante el altar. En 1995, la Generalitat de Cataluña, que tanto «ama» Cataluña, eliminó esta magnífica y antiquísima tradición que proviene de la época de Luís *el Piadoso*, hijo de Carlo Magno. O en 1978, ningún político catalán se opuso a que el Senado español eliminara legalmente el «somatén» catalán que tenía una tradición de siglos, y que representaba una parte de la tan cacareada «sociedad civil».

Y ya no hablamos de toros y otras tradiciones centenarias que el catalanismo ha desmantelado como si fuera el dueño de la Historia.

## **¿DERECHAS-IZQUIERDAS? ¿CATALANISTAS- ESPAÑOLISTAS?**

Nunca creímos en la dialéctica, ni en la hegeliana ni en la marxista. Crear oposiciones contrarias para engendrar perversas síntesis es algo que no nos va. No aceptamos que nadie nos obligue a encasillarnos en ser de derechas o de izquierdas; o catalanista o españolista. Algunos analistas políticos piensan que el «problema catalán» se resolvería si las izquierdas en Cataluña fueran fieles a sus principios «españolistas» (recordemos el lerrouxismo, el «españolismo» comunista en la Guerra civil, o el «regionalismo» apátrida de los anarquistas de la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT) de Cataluña, la mayoría de los cuáles no usaba el catalán ni por casualidad). En versión moderna, estos analistas piensan que el Partit dels Socialistes de Catalunya (PSC) debe ser fiel a su semillero de votos inmigrantes. Otros creen, erróneamente, que ser «españolista» en Cataluña ya de por sí le convierte a uno en ciudadano de «derechas». Por el contrario, ser catalanista (si bien hace un siglo era sinónimo de conservador y católico) hoy parece que es propio de la izquierda más progresista y liberal. No creemos que el problema de Cataluña sea posicionarse como de derechas o de izquierdas, catalanista o españolista. Se trata, simple y complejísicamente a la vez, de descubrir qué es y qué ha sido Cataluña. Y ser fiel a ello. La realidad siempre se acaba imponiendo y si renegamos de nuestras raíces surgirá en esta tierra algo que a lo mejor se llame «oficialmente» Cataluña; pero nada tendrá que ver con los que fueron nuestros antepasados.

Los pueblos hispanos —manda la lógica histórica y el realismo político— estamos abocados a entendernos, sí o sí. Para acabar esta introducción contamos una anécdota que a lo mejor muy pocos saben. Al iniciarse la conducción de coches en España, no había ninguna norma que estableciera si se debía conducir por la derecha o por la izquierda. Las autoridades de la época dejaron la decisión en manos de la «sociedad civil». El Real Automóvil Club de Madrid, proponía que debía conducirse por la izquierda, como los ingleses. En cambio el Real Automóvil Club en Cataluña proponía que se manejara por la derecha, como en el resto de Europa. La lógica

impuso que si iban a trasladarse coches de Madrid a Barcelona, o viceversa, mejor llegar a un pacto. Como no había forma de ponerse de acuerdo, hasta que no llegó Primo de Rivera no se tomó la decisión, que finalmente le daría la razón a Barcelona: sería obligatorio conducir por la derecha.

Se nos ocurren varios juegos de palabras demasiado facilones sobre si a Barcelona le conviene ir por la derecha, o sobre si hizo falta un militar para poner de acuerdo a todos; o que, en Madrid, y contra las apariencias, les iba la izquierda..., en fin no caeremos tan bajo. Sólo queremos decir, e insistir, que el problema de España no es de derechas o izquierdas, de nacionalismo o centralismo. Un maestro nuestro, el Dr. Francisco Canals Vidal, decía: «No soy de derechas ni de izquierdas, ni de los que dicen que no son de derechas ni de izquierdas [en alusión a los que ocultaban en su moderantismo y centrismo una postura apolítica y tolerante con la destrucción de la sociedad]». Ser verdaderamente político, hoy en día, exige no caer en esta dicotomía. Análogamente podemos decir, «no somos separatistas ni centralistas; ni de los que dicen no ser centralistas ni separatistas, (por su miedo a pensar y comprometerse)». Por el contrario, afirmamos que la solución está en descubrir la verdadera catalanidad (que el velo del catalanismo nos oculta) y contemplar en ella —como dijimos— una bella concreción de lo que fue la Hispanidad; y que debe ser respetada como parte fundamental de ella, al igual que otros pueblos la concretaron a su manera. Sólo así podremos hermanar los pueblos de las Españas, no hay otro camino. Esperamos que este libro sea un grano más de arena que contribuya a que todos los españoles (incluyendo los nacionalistas) conozcan y amen Cataluña y la reconozcan en su verdadera alma.

# Capítulo I

## DE IBERIA A HISPANIA

«El gran problema para nosotros no es saber desde cuándo somos catalanes, sino desde cuándo somos españoles y qué clase de españoles somos»

(Borrador de carta de RAMON D'ABADAL a Américo Castro)

¿Qué papel tuvieron siete siglos de romanización comparados con ocho de dominación musulmana? Es misterioso, si realizamos una mera comparación cuantitativa, que sigamos siendo más «romanos» que «árabes». No podríamos dilucidar el misterio sin entender el papel de los godos en la unidad política y religiosa de *Hispania*. La voluntad visigoda —el menos bárbaro de los pueblos bárbaros— por mantener un reino hizo perdurar un derecho común —herencia romana— que configuró una unidad de la que participó toda la Península. El recuerdo de la España goda fue una de las «ideas» que permitieron dotar de espíritu al esfuerzo de la Reconquista. Sin los godos, el mundo hispano romano se hubiera desintegrado ante las incesantes *razzias* bárbaras o no hubiera sobrevivido a la invasión musulmana. La historiografía catalanista, tradicionalmente, ha tratado de minimizar la España goda, pues así tiene consistencia su tesis del «surgimiento» de una «nación catalana» de la nada, sin ataduras a un pasado o a una herencia previa. Y he aquí el primer problema a resolver... ¿de dónde venimos los catalanes?

### 1. ¿PROVENIMOS DE NOÉ O DEL «DRIOPITECUS JORDI»?

Jerónimo Pujades escribió en 1609 su famosa *Corònica [sic] universal del Principat de Catalunya*. Esta crónica fue iniciada en lengua catalana y, sorprendentemente, acabada en castellano. Estuvo a punto de perderse, pero tras muchas peripecias, en 1829, pudo recuperarse. El rescate se debió a los primeros historiadores románticos catalanes, como Próspero de Bofarull, que tanto influirían en la configuración del catalanismo. De hecho, Pujades se convirtió en un referente entre el clero catalanista de finales del XIX (e incluso en el XX), por el tono épico y providencialista de su obra. Nada más arrancar el prólogo, hace referencia a la queja del pueblo de Israel —

a Isaías más en concreto— por no tener a nadie para que escribiera la historia de los hebreos desde sus orígenes. Pujades inicia su *Corónica* como la Biblia, retrotrayéndose a la creación del mundo, la caída de los primeros padres, el fratricidio de Caín y el Diluvio. Hoy nos sorprende este modo de relatar la historia, pero era lo más natural para los cronistas de esas épocas. La Humanidad tenía un «origen» sin el cual no se podía explicar ningún acontecimiento presente. Así pues, si Pujades deseaba registrar la historia de Cataluña, debía explicar de dónde procedía el pueblo catalán; y las fuentes más autorizadas de la época eran, lógicamente, los textos sagrados. La Biblia cuenta que, tras el diluvio universal, Noé y sus hijos descendieron al Valle de Senar, desde donde comenzaron a repoblar el mundo. Uno de los descendientes de Cam, el hijo maldecido por Noé, construyó Babilonia. Y desde ahí se dispersaron todos los descendientes del constructor del Arca. El mundo, según los antiguos, y el relato de Pujades insiste, estaba dividido en tres partes: Asia, África y Europa. Noé los repartió así: para Sem, Asia; para Cam, África; y para Jafet, Europa. Apoyándose en múltiples cronistas de diversas épocas, deduce nuestro autor que el quinto hijo de Jafet, Tubal, fue el primero en poblar España.

Tras unas «sesudas» disquisiciones y «confrontaciones» de fuentes, sobre cuál sería el lugar por donde Tubal entró en España, Pujades se «inclina» (naturalmente) porque debió de ser por Cataluña. Quedaba así establecido el origen «escogido» del pueblo catalán. En el capítulo X del primer Libro de la *Corónica*, nuestro autor especifica que Tubal fue el fundador de Tarragona (aunque le entran dudas sobre si antes fundó Amposta). «Prueba de ello» sería que el símbolo de la Catedral de Tarragona es una «Tau», la última letra del alfabeto hebreo, que correspondería tanto a Tubal como a Tarragona. Para los amantes del esoterismo, se puede descubrir en una de las dos grandes campanas de la Seo tarraconense: «las armas de la Catedral (la Tau) y las del arzobispo Rocabertí, que mandó hacer la campana».

Si a alguno no le convence esta historia de los orígenes de Cataluña, tenemos otra alternativa que despertó en su momento los delirios de algunos nacionalistas. Hace unos años, en las cercanías de Sabadell, se encontraron los restos de un antropoide (vamos, un mono nada evolucionado). La antigüedad constatable era de unos nueve millones de años. Aparte de ser considerado un extraño eslabón perdido (perdido en Sabadell), se le concedieron tres dones: 1) un nombre técnico muy rimbombante, «Driopitecus Laietanus»; 2) el honor de ser considerado el «primer catalán», aunque indudablemente el antropoide como mucho sabría gruñir y no superaría el nivel C de catalán, y 3) un apodo por parte de sus descubridores: «Jordi». El «Driopitecus Jordi» estimuló discusiones «académicas» como la provocada por la entonces directora del Museo Histórico de Cataluña, Carmen Laura Gil, obsesionada por encontrar «el primer catalán»: nuestro Adán particular y diferencial. De ahí que reivindicara (para enfado de los científicos franceses) que los restos del «Hombre de Talteüll» (las

migajas de un pobre desgraciado del Paleolítico) eran catalanes, y no franceses, pues habían sido hallados en el Rosellón (y claro, el Rosellón es catalán y no francés, como todo el mundo sabe, especialmente en Francia). Si al señor del Paleolítico le hubieran comunicado hace miles de años que era catalán, se habría quedado anonadado.

Estas dos explicaciones del origen de los catalanes no distan tanto la una de la otra, pues las dos están al servicio de la idea —por otro lado fundamental e incluso científica— de que es necesario, para encontrar un sentido al presente, lo acontecido en el pasado. Lo malo, lo dramático, es cuando la historia se retuerce sin escrúpulos para justificar un discurso ideológico dominante. Entonces, no se ajusta el presente al pasado, sino el pasado al presente. El nacionalismo busca «continuidades» donde en realidad no las hay y nunca las hubo. Este es el mal del nacionalismo. Nosotros, para comprender lo que ha sido y es esencialmente Cataluña, no nos retrotraeremos tan lejos y así el lector nos agradecerá que no empecemos por el Génesis. Nuestro hilo argumental es que Cataluña nace tardíamente, en el medioevo, de un sustrato cultural hispano multiseccular, aquilatado por una corta pero intensa simbiosis con el mundo godo, y como parte de unos pueblos hispanos que debieron de forjarse frente al Islam y, en el caso catalán, también frente a los francos. La conciencia de haber pertenecido a esta tradición común, permitió que la historia de Cataluña se desarrollara de la mano de los pueblos hispanos. Lo hispano es anterior a lo catalán, y lo catalán no deja de ser una manifestación esencial de lo hispano, constituyendo parte de lo que secularmente se llamó Las Españas. Así, rogamus nos perdonen Tubal y el «Driopitecus Jordi», iniciamos nuestro viaje, precisamente con el anuncio de una famosa y discutida despedida.

## **2. «CUANDO VAYA A ESPAÑA»**

La palabra España (Hispania) tiene el honor de salir una vez en el Antiguo Testamento, en el I libro de los Macabeos, cuando se da noticia de los romanos: «Le contaron a Judas sobre sus guerras y sus hazañas entre los Galos, de cómo habían dominado a ese pueblo y lo habían obligado a pagar impuestos. Le contaron también todo lo que habían hecho en España para apoderarse de las minas de plata y oro de ese país» (I Macabeos 8,3).

**Digresión:** Dos siglos antes de nuestra era ya eran conocidos los romanos por expoliar nuestro oro y nuestras minas, aunque todavía no hemos descubierto a ningún español que esté resentido contra Italia por ello. Por el contrario, el mantra «España nos roba» es uno de los más rezados por la religión nacionalista. Tampoco hay viaje a Hispanoamérica en el que no le saquen a uno el dichoso tema del «oro que se llevaron los españoles». En cierta ocasión, al que suscribe estas líneas le acusaron del latrocinio español, precisamente visitando el Museo del Oro de Bogotá. La respuesta fue algo cínica por nuestra parte: «si los españoles nos llevamos todo el oro, cómo es que hay tantas piezas en este museo».

Aparte de la referencia veterotestamentaria a España, resaltan especialmente dos versículos en el Nuevo Testamento, más concretamente en la carta de san Pablo a los Romanos: «cuando vaya a España, iré a vosotros, porque espero veros al pasar, y ser encaminado allá por vosotros, después de haber gozado con vosotros [...] Así que, cuando haya concluido esto, y les haya entregado este fruto, pasaré a visitaros rumbo a España» (Romanos, 15, 24 y 28). Una profunda tradición —convenientemente negada por los «sesudos» historiadores— atestigua la presencia de san Pablo en Tarragona que, por aquel entonces, era la capital de la *Hispania Citerior* o *Hispania Tarraconensis*. Durante la República romana había sido una pequeña colonia que fue adquiriendo poco a poco importancia hasta convertirse en una de las ciudades más importantes del Mediterráneo.

Desde el primer desembarco de los romanos en Ampurias (218 a.C.), con la intención estratégica de socavar el peligro cartaginés cortando sus líneas de suministros, hasta la llegada de los godos, pasaron siete siglos de romanización, que dejarían una huella indeleble incluso en nuestros días. Durante los tres primeros siglos, los romanos constituyeron diversas provincias, hasta llegar finalmente a organizar la Península en cinco divisiones administrativas. La denominación de *Hispania* se asoció inmediatamente a las tres grandes provincias romanas que primero se crearon: *Hispania Ulterior Bætica*, *Hispania Citerior Tarraconensis* (la más grande, cuya extensión llegaba hasta Galicia) e *Hispania Ulterior Lusitania*. Posteriormente se crearon las provincias *Carthaginense* y *Gallæcia*. En sus mejores tiempos, la provincia Tarraconense se extendía por las llanuras que actualmente ocupan Madrid, y arribaba hasta el cantábrico, exceptuando unos reductos testarudos a la romanización: los cántabros (que los nacionalistas actuales quieren confundir con los vascos). Tarraco, que incluso llegó a ser visitada por Augusto, se perfilaba como la capital principal de Hispania.



### 3. DE IBERIA A HISPANIA: ¿CONEJOS O ARTESANOS?

Hasta la llegada de las águilas romanas no puede hablarse de una unidad política peninsular. Iberia, como la denominaban los griegos, no era más que una referencia territorial ocupada por una serie de pueblos indígenas. Por mucho que se empeñen algunos, ni siquiera en lo cultural podría hablarse de una uniformidad ibérica. El historiador catalanista (y conservador antimarxista) Ramón d'Abadal, en *Els precedents històrics de Catalunya* (Selecta, 1967), publicada en catalán durante el franquismo, presuponía una unidad territorial de los pueblos ibéricos, pero no cultural. La referencia geográfica ya era usada por los griegos, pero Abadal aceptaba que: «La Iberia con sus pobladores ibéricos, se entiende extendida desde la región de Huelva hasta tocar la Provenza, en la desembocadura del Ródano». Evidentemente la pretensión del historiador catalanista era justificar que a Cataluña le seguía correspondiendo la Provenza por derecho «pre-romano». Pero su opinión, de rebote, también reconocía una unidad peninsular de pueblos, aunque demasiado diversos y dispersos como para considerarlos una unidad «espiritual» o siquiera cultural. Con más acierto, el Marqués de Lozoya, en su *Historia de España* (Salvat, 1967), sentencia: «los pueblos hispánicos (preromanos), de trascendente incapacidad política, no supieron agruparse formando un Estado, ni siquiera una confederación estable».

La romanización en España produjo una curiosa situación que recoge Tito Livio: «Hispania ha sido la primera provincia que se atacó y la última que se venció». Ello indica dos cosas, a) que ciertos reductos tardaron mucho en ser romanizados y b) que la romanización fue gradual, asentándose primero en el levante mediterráneo.

**Digresión sobre el origen de la palabra España:** Iberia fue un nombre usado por griegos como Herodoto. Fue sustituido en la Historia por Hispania, debido a cronistas romanos como Cicerón, César, Plinio el Viejo, Catón, Tito Livio y Cátulo. El nombre lo tomaron de los fenicios (*Hispania* provendría del fenicio *i-spn-ya*). Tradicionalmente se ha interpretado que Hispania significaría «tierra de conejos», ya que el lexema *spn*, en fenicio y también en hebreo se puede leer como saphan, o «conejos». Esta tradición no es muy emotiva que digamos. Posiblemente nunca sabremos el verdadero origen de la palabra, pero traemos a colación una teoría más reciente y «honrosa». Los expertos en filología semita del CSIC, Jesús Luis Cunchillos y José Ángel Zamora, proponen, tras un profundo estudio filológico comparativo entre varias hablas semitas, que la hipótesis más probable de la traducción de «I-span-ya», sería: «isla/costa de los forjadores o forjas (de metales)». Ello cobraría sentido debido a la riqueza minera y metalúrgica que atrajo a los

fenicios a nuestras costas. Francamente, suena mejor artesanos que conejos.

Cuando san Pablo se refiere a *España* ya estaba hablando de una unidad política y cultural, aunque dependiente de Roma, y no de un mero territorio ocupado por tribus íberas. Sin lugar a dudas su primer destino debía de ser la gran capital más cercana a Roma: Tarraco. Según un texto de Lorenzo Riber, recogido en la *Història de Catalunya* del nacionalista Antoni Rovira i Virgili, la razón por la que san Pablo escogió *Hispania* (en ningún momento duda que el viaje se produjo) es: «más que la Galia y mucho más que Germania y Britania, España había asimilado la cultura romana, y ya en los días de San Pablo tenía que ser muy poderoso el atractivo de la civilización hispanorromana, para que tan vivamente despertase sus ansias de evangelización». Todavía en época de Rovira y Virgili, la palabra *Hispania* no les producía a los historiadores nacionalistas la urticaria que les sacude hoy. Y su texto nos confirma lo arraigado de esta tradición.

#### 4. «NON PLUS ULTRA»

Frente a los «negacionistas» del viaje de san Pablo a España (curiosamente muchos de ellos eclesiásticos progresistas en lo religioso y en lo político) —y con motivo del año paulino proclamado por Benedicto XVI en 2008—, una serie de expertos aportaron argumentos que apoyan la tesis de la presencia de san Pablo en la actual Cataluña y, por tanto, en *Hispania*. Resumamos los argumentos:

a) En la II Carta a Timoteo, escrita ya muy tardíamente, san Pablo habla de que ha completado su proyecto evangélico y que le han escuchado «todas las gentes» (II Timoteo, 4, 7); suponiéndose así que recorrió buena parte del imperio, del que España era la provincia más importante.

b) En la Carta a los Corintios del Papa Clemente de Roma —escrita el año 69— afirma que el apóstol Pablo había ido a predicar el Evangelio hasta los límites de Occidente. Para los romanos la Península Ibérica era el confín occidental del mundo. Según la leyenda, Hércules grabó en el estrecho de Gibraltar la leyenda «Non plus ultra» para indicar que no había tierra más allá

(*Non Terræ Plus Ultra*) y, por tanto, ahí terminaba el mundo. San Clemente conoció personalmente a san Pablo, y era romano. Según él, el apóstol había estado en la tierra del «Non plus ultra»; al igual que Santiago, habría llegado hasta Finisterre (El final de la tierra), cumpliendo el mandato de Jesús: «Id por todo el mundo; predicad el Evangelio a toda criatura» (Marcos 16,15).

**Digresión sobre el «Non plus ultra»:** De Tarraco (en la actual Cataluña) a Finisterre (en la actual Galicia) había una unidad más que geográfica. Antes de que Franco le diera a España el lema «Una, grande y libre», y la Democracia lo finiquitara, multiseularmente el lema atribuido a España, conocido en todo el mundo, fue el de «Non plus ultra». Este lema ha rezado en las columnas de Hércules que adornaron los escudos de España durante siglos. La rúbrica la comenzó a usar el emperador Carlos I, complementando la divisa que llevaban los Reyes Católicos («Plus Ultra»). El lema hacía clara referencia al Nuevo Mundo y al desafío de los avatares para cruzar los mares, así como —en sentido actual— la referencia a que no se puede alcanzar algo más supremo.

c) Finalmente, tenemos el Canon de Muratori. Un experto escriturista, Cornely, afirmaba: «apenas hay ningún documento de toda la Antigüedad que tenga, no ya mayor, sino ni siquiera la misma autoridad para la historia del Canon del Nuevo Testamento». Fue descubierto en la Biblioteca Ambrosiana, en 1740. Su origen puede oscilar entre 160 y 200 d.C. En él se habla del viaje de san Pablo a *Hispania*, diciendo: «*San Lucas recopiló para el dignísimo Teófilo las cosas que en su presencia fueron hechas, como lo demuestra singularmente el hecho de que omite detalles sobre la muerte de Pedro y la marcha de Pablo de la ciudad (Roma) cuando fue a predicar el Evangelio a España*». Muchos Padres de la Iglesia dieron por cierta esta tradición: san Anastasio, san Epifanio, san Juan Crisóstomo o san Jerónimo. Sea como fuere, con o sin san Pablo, durante siglos y siglos, amarrar en el puerto de Tarraco era arribar a España.

## 5. SANTA TECLA: DE ARMENIA A ESPAÑA, DE ESPAÑA A AMÉRICA

Los «negacionistas» del viaje paulino también tuvieron a santa Tecla, patrona de Tarragona, como una mera leyenda. Según ésta, durante la predicación de san Pablo en Iconio (año 48), Tecla, una joven y rica heredera, quedó entusiasmada con su predicación. Tras varias peripecias, consiguió librarse de su familia y de su prometido, y acompañó a san Pablo hasta Tarragona. Posteriormente siguió su evangelización sola, siendo sometida a tormentos de los que milagrosamente escapó. Derrotados sus perseguidores, la dejaron en libertad y vivió en una cueva como anacoreta. De nuevo fueron a por ella unos soldados y, cuenta la tradición, oró para librarse y permanecer pura. Entonces la cueva se derrumbó, dejando solamente su brazo al descubierto. Los devotos recogieron el brazo y lo trasladaron a Armenia para darle sepultura y rendirle culto. De allí, con los siglos, regresaría a Tarragona para ser custodiado en la Catedral consagrada a su memoria (en realidad está documentado que se trasladaron dos brazos de vuelta).

La primera referencia escrita de santa Tecla en las comunidades cristianas de Tarragona data del siglo III d.C. en un documento anónimo que trata sobre la implantación del Cristianismo en la Península Ibérica. Ahí ya se habla de la gran devoción que tenían los tarraconenses hacia una «beata Thecla virgine», egipciaca, que fundó un convento de religiosas junto a Tarraco. Cuando el Conde Ramón Berenguer III, en 1117, reconquista Tarragona a los musulmanes, santa Tecla fue declarada patrona de la ciudad. Para no alargarnos, hemos de decir que está documentado el «intercambio», en 1319, entre el rey Jaime II de Aragón y el rey Onsino, de Armenia, de los dos brazos de la santa, a cambio de caballos andaluces, un trono de oro, mil quesos mallorquines y otros bienes materiales. El caso es que las reliquias pasaron mil vicisitudes, tal y como la pérdida y encuentro de uno de los brazos durante la Guerra del francés, o el paso del otro brazo por el Monasterio de Sant Cugat, hasta acabar ambas extremidades en Tarragona. En 1995, en unas excavaciones realizadas para la construcción de un complejo comercial en Tarragona, se hallaron los restos de una basílica monástica del siglo III d.C. En el conjunto había un cementerio con una tumba principal con una inscripción en referencia a la *Beata Tecla, virgen, de patria egipciaca*. Ello dejó estupefactos a los «negacionistas» incrédulos.

La devoción a santa Tecla puede reforzar la explicación de la participación catalana en los viajes colombinos. Especialmente en el segundo viaje, donde la intervención de éstos fue más que evidente: Pedro Margarit como capitán de la expedición, doce monjes de Montserrat y otros aspectos (como el origen de las carabelas, que presumiblemente habían llegado a Cádiz procedentes de Barcelona).

La investigadora del Centro Superior de Investigaciones Científicas, Eva Sans, ha intentado demostrar que en siglo xv aún se construían carabelas en las atarazanas de Barcelona y que, en el segundo viaje colombino, primero partieron de Barcelona, para luego fondear en Cádiz y de ahí levantar velas a las Américas.

Como documento de autoridad tenemos los *Anales de Cataluña* (1709), de Narciso Feliu de la Peña (nada sospechoso de precatalanista, más bien lo contrario), en los que se relata, respecto al segundo viaje colombino: «Embarcáronse grande número en Barcelona con Colón y fue el capitán Pedro Margarit». También en los *Anales* se puede leer: «[...] fundaron los catalanes en las Indias iglesias de Santa Tecla y de Santa Eulalia [...]». Ciertamente, entre las primeras iglesias fundadas en América aparecen las dedicadas a la co-patrona de Barcelona y la de Tarragona. Así, simbólicamente, se hace presente el «non plus ultra» que antes referíamos. Cataluña, como parte de las Españas, participó en los viajes colombinos y amplió España más allá de los mares. Y las devociones catalanas pasaron a América como parte de la Hispanidad. Al respecto, es recomendable y asombroso leer la historia del patronazgo de la Virgen de la Merced en la República Dominicana y antigua isla de la Española. Ello se debe a una aparición de la Virgen a las tropas de Colón, sitiadas por los indígenas, en un cerro en el centro de la isla. La aparición de la Virgen, iluminando la noche, y que se dedujo que acontecía bajo la advocación de la Virgen de la Merced, hizo retroceder a los indígenas. Por cierto, los descendientes de los nativos le tienen mucha devoción y la veneran en el santuario del Santo Cerro, lugar de los hechos. Para un barcelonés es sorprendente encontrarse en medio de la República Dominicana la imagen de la Virgen con el escudo mercedario —con las cuatro barras— sobre su traje blanco.

**Apostilla:** Hemos olvidado mencionar que la investigadora antes citada pertenece al *Círculo Catalán de Historia*. Esta institución, algo más que catalanista, pretende reivindicar una historia que justifique los objetivos políticos del nacionalismo. Una de sus obsesiones es intentar demostrar que Colón era catalán (al igual que Hernán Cortés), y que el Descubrimiento de América fue prácticamente una gesta catalana, dirigida por Fernando *el Católico* y «malograda» por los «perversos» castellanos. La paradoja resulta de que cuanto más se esfuerzan en demostrar que Cataluña tuvo una parte fundamental en el descubrimiento de América, más se refuerza la idea de que el Principado era indudablemente parte de las Españas, comprometido con los reinos que la configuraban y sus destinos.

## 6. EL PATRONO DE ESPAÑA VISITA BARCELONA

Otra famosa visita, también negada por historiadores y eclesiásticos del mismo pelaje, es la de Santiago el Mayor, el hijo de Zebedeo, que a la postre se convertiría en el Patrono de España. Y cuyo apodo medieval, «matamoros», alcanza la incorrección política en su máximo grado. Antes de morir en Jerusalén, según la tradición, predicó en *Hispania* llegando hasta los confines del orbe (Finisterre), cruzando las columnas de Hércules y atravesando desde ahí la Península. A su desesperación por la falta de conversiones se debe la visita de la Virgen María sobre un Pilar en Cæsaraugusta (Zaragoza). Se cuenta que Santiago y los siete primeros conversos de la ciudad (conocidos como los siete varones apostólicos) edificaron una primitiva capilla de adobe en la vera del Ebro. Otra tradición cuenta el viaje al revés: desembarcaría, como san Pablo, en Tarraco, pasaría por Barcelona y subiría por el valle del Ebro. La primera referencia de la predicación de Santiago en *Hispania* puede encontrarse a finales del siglo IV, en san Jerónimo, cuando afirma «Viendo, pues, Jesús a los apóstoles reparando sus redes a orillas del mar de Nazaret, los llamó y los envió al gran mar para convertirlos de pescadores de peces en pescadores de hombres, de modo que predicaran el Evangelio desde Jerusalén hasta el Ilírico y las Españas». Otros textos, a partir del siglo VI, esta vez claramente apócrifos, recrean la visita.

La devoción a Santiago dio lugar a infinidad de estudios históricos, «reputados» para su tiempo, como la *Prueba evidente de la predicación del Apóstol Santiago el Mayor en los Reinos de España*, escrito por Miguel de Erce Ximénez en 1648. Pero, desde mucho antes, la tradición jacobea ya había arraigado en Cataluña. Se sabe que uno de los primeros peregrinos catalanes fue el Abad Cesari de Montserrat, que fue andando hasta Santiago de Compostela en 1059. De hecho existen muchas variantes de la ruta jacobea que pasan por Cataluña. Una de ellas empieza en Sant Pere de Rodes y sigue un trazado que pasa por el Monasterio de Montserrat hasta llegar a Alcarràs (Lérida), donde el camino entra en Aragón.

Dice la tradición que Santiago el Mayor llegó a Barcelona y su primera predicación fue cerca de un bosque que iría de la actual plaza de Santa Catalina hasta la Plaza del Pino. Allí, sobre una piedra, y en el lugar que con los siglos ocuparía la actual Catedral, hizo una cruz con dos ramas de pino sobre su cabeza, que fue la primera cruz que vieron los españoles. Reza la leyenda que el punto exacto donde predicó Santiago es el lugar ocupado por el actual altar mayor y, en recuerdo de la cruz originaria, fue alzada otra, de grandes dimensiones, en el terrado de la Catedral. No en vano la Seo de Barcelona está consagrada a la Santa Cruz. La piedra sobre la que predicó Santiago se guardó en la primera Iglesia de San Jaime, donde actualmente se venera al santo. En la Plaza de San Jaime (sede de la Generalidad), en

un edificio esquinado, más concretamente en una hornacina, una imagen de Santiago, patrono de España, contempla silenciosa la plaza. Ni los transeúntes ni posiblemente los políticos se habrán dado cuenta de este testimonio jacobeo. Según el episcopologio de la diócesis de Barcelona, el primer obispo fue San Eterio, discípulo de Santiago (aunque no consta ninguna documentación escrita, evidentemente).

En Lérida todavía sigue viva la tradición del paso del patrono de España. Una pequeña capilla del siglo XIII, situada en la calle Mayor, conmemora el lugar donde, según una leyenda, el apóstol se clavó una espina en su pie derecho. Era de noche y un ángel con un farolillo le alumbró para que pudiera sacársela. Hoy en día todavía se celebra la romería de *Els Fanalets de Sant Jaume* (Farolillos de Santiago), la víspera de su festividad. Los niños de la ciudad marchan hasta la Catedral Nueva provistos de farolillos y acompañados por los *Gegants* (Gigantes) de la ciudad.

**Curiosidades:** El nombre de Santiago es la contracción de Sant Yago, y Yago deriva del nombre propio latino Jacobus que, a su vez, proviene del hebreo Jacob. En Cataluña evolucionó bajo la forma de Jaume. Esta onomástica se hizo especialmente popular en Cataluña a principios del siglo XX entre los vástagos de familias carlistas, ya que el nuevo pretendiente era Don Jaime. De hecho a los carlistas se les empezó a denominar «jaumistes». Según a los que les gusta indagar más allá de lo científico y buscar explicaciones esotéricas el nombre de Yago contiene la raíz sánscrita *yug*, que dio lugar en latín a la palabra *yugo* o unión. Por tanto, Sant Yago, o Santiago, representaría a aquél que reúne lo que está disperso: un buen patrono para las Españas. Y... «se non è vero, è ben trovato». Contra lo que pueda parecer y explicaremos en otro capítulo, la devoción al patrono de España fue mucho más fuerte que a sant Jordi. Por ello algunos Reyes de la Corona de Aragón tomaron el nombre de Jaime y absolutamente ninguno el de Jordi.

## 7. LA PRIMERA «UNIFICACIÓN» DE «CATALUÑA» Y LOS SUSPIROS DE FERRAN SOLDEVILA

¿Fue alguna vez el actual territorio que ocupa Cataluña una unidad en sí, antes de la romanización? Gracias a los autores clásicos romanos conocemos el mosaico de

pueblos que ocupaban el actual suelo catalán. Entre ellos: los ilercones (o ilerdenses), que ocupaban parte de Castellón, la desembocadura del Ebro hasta la zona de Balaguer, en Lérida; los cosetanos, en la costa tarraconense; los layetanos, en la costa barcelonesa; los lacetanos, por la cuenca del río Llobregat; los ausetanos, desde Gerona a Vich; los indigetans, en el Ampurdán; y los caréтанos, dispersos por los Pirineos.

Como hemos señalado, la romanización se inició en la costa y tardó en extenderse. Tito Livio, por ejemplo, se refiere a las «costumbres agrestes y salvajes de los hispanos, excepto los que habitan la costa de nuestros mares». El afamado historiador nacionalista Ferran Soldevila, en su *Història de Catalunya* (Alpha, 1962), reeditada en catalán durante el franquismo, se congratula de que la costa catalana se encuentre incluida en esa referencia de Tito Livio (dejando así caer que «Cataluña» se civilizó antes que el resto de España, y olvidándose de lo avanzada que estaba la Bética). Reconociendo el alto grado de romanización de la «futura Cataluña», se pregunta: «¿Qué debió Cataluña a esta romanización?». Y él mismo contesta: «favoreció el proceso de unificación de las tierras catalanas, una entidad que de una forma u otra, religa y plasma Cataluña, si bien aún no con su nombre». Y sigue: «En el orden espiritual, la más fuerte influencia de Roma se manifiesta en el orden del idioma y en el derecho», lo cual parece agradecer profundamente.

Analizando fríamente estos juicios, uno no deja de sorprenderse. Soldevila supone que Cataluña es una «pre-existente» pero que no se ha desarrollado todavía. Realmente, aún faltarían catorce siglos para que apareciera el nombre de Cataluña desde la llegada de los romanos, pero en la cabeza del historiador nacionalista ya está el esquema de una «Cataluña» aún no tangible pero destinada a ser una «nación libre». Lo más gracioso, o penoso, es que Soldevila, en la susodicha obra de referencia para el catalanismo, asegura que fue fundamental para la futura Cataluña la unidad lingüística y jurídica que provocó la romanización. El latín sustituyó (y aniquiló) las lenguas íberas y el *convento jurídico tarraconense* (unión de ciudadanos) unificó la multiplicidad de costumbres y normas que poseían aquellos pueblos.

¿Dónde está la paradoja? Soldevila, como otros tantos nacionalistas, se lamenta hasta la saciedad del *Decreto de Nueva Planta* que «unificó» la legislación española, (anulando los viejos fueros), e «impuso» el castellano (más adelante matizaremos convenientemente esta creencia nacionalista). Sin embargo, ninguna lágrima se desliza por sus mejillas por las «lenguas propias» de los lacetanos o de los ausitanos; ningún suspiro por las viejas costumbres de los indigetans o de los caréтанos. Y es que los romanos sí que provocaron una «unificación», que hemos llamado romanización, y que a ningún catalanista escandaliza. Por el contrario, Soldevila brama porque el Rosellón, en época romana, estaba bajo la administración de las Galias. Ello le



impedía sumar argumentos a favor de la pre-existencia territorial de la Cataluña soñada. Eso sí, nuestro historiador se encargó de repetir una y otra vez: «Por lo que hace a España —la Hispania— no constituye durante la dominación de Roma una Provincia, ni una demarcación». Simplemente sorprendente. Para él, Roma permitió crear la estructura unitaria que posteriormente sería Cataluña, pero este argumento no es aplicable a España. Cuando se releen estos afamados historiadores, y con la perspectiva que dan los años y conocimientos, uno se pregunta por qué tienen tanto prestigio.

Otro historiador catalanista, Ramon d'Abadal y de Vinyals, sin dejarse arrastrar por la pasión, es capaz de reconocer la realidad. En su obra *Els precedents antics a la història de Catalunya* (Selecta, 1967), publicada en catalán durante el franquismo, acierta en su juicio: «Antes del dominio romano no puede decirse que España existiera y tardará todavía en adquirir personalidad; y no es necesario decirlo, Cataluña, que en definitiva la conseguirá por desprendimiento de aquélla, aún tardará mucho más». Esta tesis, verdadera, que presupone la existencia de Hispania para poder explicar posteriormente el surgimiento de Cataluña, es exactamente la contraria de la que insinúa Soldevila: para éste último, primero surgió Cataluña, por romanización; y luego el resto de España... por casualidad.

## **8. PERO... ¿SOMOS UNA RAZA?**

Con todo respeto al «Driopitecus Jordi» y a la familia de Tubal, la respuesta es evidentemente negativa. Los catalanes no somos una raza en sentido étnico. El historiador Miguel Taradell, en su *Historia de Catalunya* (Aedos, 1969), se pronuncia al respecto: «No se puede hablar de una raza catalana. No ha existido nunca. No hay casi ningún pueblo en Europa con una base étnica pura, e incluso la palabra raza, entendida como sinónimo de pueblo, ha sido prácticamente abandonada». Por el contrario, Ferran Soldevila, en la obra antes mencionada, afirma: «Desde el punto de vista étnico, la influencia latina hubo de dejar algunos rastros. La constante renovación de funcionarios, las guarniciones donde había legionarios romanos, la fijación de familias latinas en nuestro país, la relación comercial, habían de dar por resultado, en siete siglos de dominación, una penetración racial, que no hace falta exagerar, pero que tampoco hay que ignorar». En este caso, nuevamente su catalanismo le puede y, en la obra citada, asegura: «En el pueblo catalán actual hay

un sector, quizá todavía hoy el más numeroso, [...], que, si pudiéramos reseguirle las genealogías familiares, veríamos que desciende de aquella población que durante casi setecientos años vivió en el territorio catalán bajo el regimiento romano». Bajo esta afirmación se esconde un delirio étnico, el cual es mejor no comentar.

Más rústicas, y menos científicas aún, son las afirmaciones del padre del nacionalismo catalán: Enric Prat de la Riba. En la biblia del catalanismo, *La nacionalitat catalana* (1907), escribe (en catalán): «Aquellas gentes (los íberos) son nuestros antepasados, aquella etnia ibérica es el primer eslabón que la historia nos deja ver de la cadena de generaciones que han forjado el alma catalana». La afirmación de Prat de la Riba es mera influencia romántica e ignorancia etnográfica. Por desgracia, hoy subyace en trabajos científicos. A modo de curiosidad, leíamos en un *abstract* de un artículo científico de arqueología una afirmación «científica» que lleva la marca de Prat de la Riba. El texto dice así: «En el siguiente trabajo pretendemos aproximarnos a la cuestión a partir de la interpretación del registro arqueológico de los pueblos antiguos (del área oriental de la Península Ibérica) [...]. Prestaremos especial atención al vínculo existente entre la identidad étnica y el surgimiento de entidades geopolíticas de carácter urbano. De esta manera, se analizarán los indicadores arqueológicos que puedan ayudar a delimitar estas unidades territoriales y aproximarnos a las sociedades que crearon los elementos distintivos con los que robustecer los estados emergentes». Hay que reconocer que el léxico científico camufla muy bien la ideología. En el fondo, la tesis siempre es la misma: intentar demostrar que hubo un sustrato propio (fuera una etnia ibérica, fuera una administración romana) que permita afirmar la existencia de Cataluña como entidad propia y no como mezcla de interrelaciones «no deseables».

Por suerte, la historiografía catalana quedó bastante oxigenada gracias a Jaime Vicens Vives. En su *Notícia de Catalunya* (Destino, 1962), publicado en catalán durante el franquismo, su juicio sobre este sustrato es mucho más realista: Somos fruto de diversas levaduras y, por tanto, una buena parte del país pertenece a una biología y a una cultura de mestizaje. No remontándonos más allá de la época carolingia sabemos que el núcleo de nuestra población campesina la formaban los «homines undenque vinientes», es decir, los hombres que venían de cualquier parte. En la primera época condal se nos dice que Vich fue poblado «ex diversis locis et gentibus colligentes» (reuniendo hombres de diversas procedencias y razas). Y desde entonces el movimiento de inmigración no ha cesado». Ya nos referimos en nuestro anterior libro, *Historias ocultas del nacionalismo catalán*, al original sentido racista del catalanismo. La idea de un sustrato racista nunca ha desaparecido del todo, aunque se ha disimulado en la medida de lo posible. Esta sutil influencia llega hasta historiadores como Joan Reglà, que afirma que la base ibérica constituye el fundamento étnico de los catalanes. Por el contrario, en palabras de José Antonio

Vaca de Osma, es «una base de la que dice Sánchez Albornoz que no tiene otra singularidad racial que, precisamente, la de ser mezcla y resumen de todas las culturas y razas de Hispania». Por ende, si no podemos referirnos a una base racial, deberemos referirnos a sustratos culturales que, a pesar de los siglos, siempre tuvieron como denominador común lo que denominamos el sustrato «hispano».

## 9. «HISPANO, HISPANO, HISPANO»

Los que han visto la película de *Gladiator* pueden asombrarse que en una de sus primeras peleas circenses el público aclama al protagonista con los gritos de «hispano, hispano, hispano, [...]». No se trata de un anacronismo o gazapo del guión, sino que tiene un fundamento que intentaremos explicar llanamente. Los romanos, durante muchos siglos, distinguieron entre ciudadanos y «peregrini». Los *peregrini* (o extranjeros) eran habitantes de provincias romanas que, sin poseer la ciudadanía, tampoco eran esclavos. Sin embargo, no disfrutaban plenamente los derechos de un verdadero ciudadano romano. Un «peregrinus», podía formar parte de las unidades del ejército imperial, aunque sólo en unidades auxiliares (las *alæ* y las *cohortes*) y sin mezclarse con los romanos «de verdad». Este servicio de armas (que duraba 25 años) servía para alcanzar el tan deseado derecho de ciudadanía. Como ya señalamos, la romanización fue rápida en la provincia bética y en el levante español. Estrabón afirma que en tiempos de Augusto ya habían desaparecido las lenguas indígenas de la Bética e igual debió de pasar en la costa de la Tarraconense.

El servicio militar se convirtió en uno de los factores más importantes de romanización entre las poblaciones indígenas. Los legionarios, al acabar su servicio y volver a sus comunidades, ellos mismos difundían la romanidad. Hoy se conocen buena parte de esas unidades, que tenían nombres propios correspondientes a los pueblos hispanos que las componían: austures, vettones, varduli... Entre ellas encontramos las unidades de los *Ausetani*, que corresponderían a la comarca de Vich (*Vicus Ausetanorum*), en la actual provincia de Barcelona. A aquellos cuerpos militares se los conocía genéricamente como los de los hispanos («Hispanorum»). Se han contabilizado un centenar de unidades hispanas que han quedado registradas en planchas de cobre. A veces, cuando se unían dos grupos de pueblos muy diferenciados, se unían los nombres: como la *Cohors Ligurum et Hispanorum* (donde se mezclaban hispanos y genoveses).

Sabemos de unas 25 *Cohortes hispanorum* y una decena de *Alæ hispanorum*. Estas unidades se componían de unos 500 hombres y excepcionalmente de 1.000. Por tanto, se puede afirmar que el servicio de armas prestado por la población hispana fue importante en el Imperio. Pero lo que realmente creó la primera «unidad» política y social en Hispania fue la extensión del *ius Latii*. El *ius Latii* era un grado de ciudadanía ligeramente inferior al de ciudadano y superior al de «peregrinus». Venía a ser una clase media que legalmente no podía acceder a la ciudadanía romana pero que era muy respetada. Vespasiano, en el último tercio del siglo I de nuestra era, concedió en España el *ius Latii* a todos aquellos que no tuvieran el grado superior de ciudadanía. Fue un caso excepcional en el Imperio, que borraba *de facto* la categoría de «peregrini» y consideraba a todos los hispanos parte de Roma (exceptuando a los esclavos, claro).

Hispania dejaba de ser una mera colonia para convertirse en una verdadera provincia romana, con su personalidad propia (en la que, evidentemente, se incluía la actual Cataluña). En todo el Imperio fueron conocidos y admirados los hispanos y se les distinguía de otros ciudadanos romanos. Prueba de ello son las lápidas funerarias de soldados romanos encontradas en toda Europa, en las que se resalta si el soldado es *Hispano* o de otra «nacionalidad». Igualmente, todo el mundo ha oído hablar de la guardia pretoriana. Sus miembros se escogían entre los soldados más aguerridos del Imperio y debían medir al menos 1,72 centímetros de altura (bastante para su época). En tiempos de Septimio Severo, hacia el año 200, los hispanos componían uno de los grupos más importantes de pretorianos. Se sabe de Julio César que tenía una guardia de íberos o que el propio Augusto tuvo bajo su mando personal a Vascones de Calagurris (Calahorra). Roma integró a Hispania, la unificó y la preparó —sin saberlo— para engendrar una futura unión política tras la caída del propio Imperio. En definitiva, la identidad hispana nació unos mil años antes que la catalana, y la englobó connaturalmente.

## 10. Y LA FE VINO DE... ÁFRICA

Hace unos años fallecía el obispo auxiliar de Barcelona Joan Carrera Planas. Conocido por su catalanismo extremo y combativo, tuvo seguidores y detractores. Un testigo presencial nos contó una homilía que tuvo a bien (o a mal) escucharle un año en la festividad de sant Jordi. La Misa se celebraba en la famosa iglesia de San Felipe

Neri de Barcelona. El Obispo Carrera, entusiasmado, platicaba sobre la pureza de la fe católica, recogida por el pueblo catalán. Una «nación» que provenía del norte de Europa, de los pueblos arios (sic). Así nos lo contaron y así lo escribimos. Y así nos duele comprobar hasta donde puede llegar el nacionalismo. Un poco más arriba nos hemos referido a dos profundas tradiciones orales sobre la presencia de san Pablo y Santiago en nuestras tierras. Las fuentes sobre la presencia del Cristianismo en tierras catalanas no tienen apoyo documental hasta finales del siglo III, como dijimos. En el *Peristephanon* de Prudencio (siglo V) ya se nos habla de San Fructuoso, Augurio y Eulogio de Tarragona, obispo el primero y diáconos los segundos, martirizados en la persecución de Valeriano y Galieno a mediados del siglo III. En el circo romano que se conserva, aún se pueden ver los restos de una basílica visigoda (siglo VI), sobre la cual se estableció la iglesia medieval de Santa María del Milagro.

Por las fuentes documentales, se puede concluir que en el siglo III el Cristianismo ya había arraigado en la provincia tarraconense y que esta iglesia local, como tantas otras, sería martirial. Encontramos por ejemplo la figura de Santa Eulalia de Barcelona (que algunos han querido identificar con la de Mérida, y otros simplemente negar su existencia); o los gerundenses, hoy también tan discutidos, Germán, Justurio, Paulino y Cicio. Podemos encontrar unos «Gozos» (cantos piadosos populares de los que volveremos a hablar) que rememoran a estos mártires (*Goigs dels quatre sants màrtirs Germà, Paulí, Justuri i Cici: venerats en la parròquia d'Adri, bisbat de Girona*); los obispos de Barcelona Severo (mártir de la persecución de Diocleciano, en el siglo III, aunque no está suficientemente documentado) y san Paciano (siglo IV). Este es el obispo de la Antigüedad más famoso de la sede de Barcelona y su vida está perfectamente documentada. San Jerónimo le dedica un sincero elogio en el capítulo 106 del libro *De viris illustribus*. Como decíamos, la tradición martirial es larga y sería inacabable exponerla. Sólo nos referiremos a los «innumerables mártires de Gerona» que, según también tradición, fueron asesinados en los inicios del siglo IV, en la persecución de Máximo y Galerio. En realidad, los «innumerables» tendrían número y serían 360, incluyendo a sant Narcís, obispo de Gerona. Pero hemos de reconocer que la certeza no es absoluta y sólo rige la autoridad de la tradición.

La pregunta, y por enlazar con el inicio de este epígrafe, es: ¿quién evangelizó a estas gentes? ¿Quién logró que arraigara con tanta fuerza el Cristianismo en lo que después sería Cataluña? Por lo que parece, y así lo señala la tradición, Santiago no tuvo mucho éxito: de ahí el consuelo mariano en Zaragoza. Para contestar a la pregunta, tenemos dos nombres clave: san Félix y san Cucufate (ahora Sant Cugat). Por lo que sabemos, y así lo reconoce el historiador Rovira y Virgili (republicano, laicista y nacionalista) estos dos prohombres del Cristianismo vendrían de África, como lo podemos leer en su *Historia Nacional de Catalunya* (publicada en catalán

durante el directorio de Primo de Rivera) y en otras fuentes. Contra lo que creía el Obispo Carrera, la fe vino a Cataluña del sur. De ahí que san Félix fuera conocido como *el Africano*.

**Digresión personal:** En nuestra ignorancia de juventud, conocíamos la Parroquia barcelonesa de san Félix Africano. Ese analfabetismo disfuncional propio de la edad imberbe nos llevó a creer que era un santo que fue a evangelizar África, pero resulta que era al revés. Por esas cosas de la vida, la parroquia fue levantada de la nada por un santísimo y humildísimo sacerdote catalán, Mn. Mariné, que tuvimos a bien conocer durante muchos años. Este cura, catalán hasta el tuétano, entre las miles de labores pastorales que consumían su vida, era el consiliario de los veteranos de la Legión en Barcelona, de lo cual se enorgullecía. Hablaba con esfuerzo el castellano, pero se sentía más español que nadie. Gracias a él, durante muchos años se pudo conservar (y aún se conserva) en Barcelona una capilla donde se oficia la Misa en rito Tridentino.

## **11. BARCELONA, PRIMERA CAPITAL DE ESPAÑA (Y POR TRES VECES)**

La caída del Imperio Romano fue lenta, salpicada de convulsiones, sobresaltos, reconstrucciones y recaídas. La aparición de los godos tendría un papel fundamental en la constitución de un sentido de unidad de *gens* (gentes) en el nuevo Reino que se iría forjando en Hispania, y que acabaría conociéndose como el Reino visigodo de Toledo, que iría del siglo V al VIII. Nuestra intención no es realizar un tratado de Historia, sino pincelar cómo se fue logrando, ante la caída de un imperio, y la emergencia de nuevas fuerzas bárbaras, un sentimiento de unidad en la Península Ibérica. Todo ello pretende demostrar la dificultad para explicar el origen de una *nación*; no como hacen los nacionalistas, que configuran en su imaginación un pueblo perenne e inmortal, ajustándolo todos los datos históricos para reforzar esa imagen pre-concebida.

Todavía se oyen recriminaciones a la escuela franquista por la «inutilidad» de aprenderse la lista de los treinta y tres reyes godos. No tema el lector, no nos

embarcaremos en dicha retahíla de nombres, la mayoría de ellos impronunciables. No obstante, conviene detenerse en algunos para descubrir lo que representó la España visigoda, en la cual el territorio de la futura Cataluña estaba totalmente integrado. El primer nombre de la lista de los reyes godos (visigodos para más exactitud) es Ataúlfo. De él apenas sabemos nada, salvo que fue coronado rey al estilo germánico, a la muerte de su primo Alarico. También conocemos que albergaba el deseo de finiquitar el Imperio Romano —que ya estaba en sus últimos estertores— y construir un imperio propio. Sin embargo, llegó a un pacto con el emperador Honorio. Éste le concedía tierras en las Galias a cambio de que devolvieran a Gala Placidia (hija del Emperador Constancio II, que Alarico había tomado como rehén tras el sitio de Roma). Ataúlfo, al que se considera el fundador del poder político godo (su gobierno fue mucho más estable que el de las hordas de Alarico que asolaron la vieja Roma), no cumplió su pacto, se casó con Gala Placidia y se ganó las iras del Emperador. Ello le obligó a retirarse hacia lo que llamaríamos la Galia Narbonense y Aquitania. Este dato no deja de ser importante, pues el catalanismo nunca dejó de soñar con la posibilidad de que la Aquitania hubiera sido parte de un gran «reino catalán» que abarcara ambos lados de los Pirineos; hecho que la historia se negó a conceder, y sobre lo que evidentemente el nacionalismo tenía que buscar culpables (que, evidentemente debían de ser los «castellanos», como más adelante se expondrá).

La presión militar del emperador Honorio llevó a que Ataúlfo se retirara, entrando en Hispania; un camino que cinco años antes habían realizado los suevos, vándalos y alanos, arrasando todo a su paso. La gran diferencia de las anteriores *razzias* bárbaras es que Ataúlfo fue un rey capaz de asentar una corte e intentar una organización política centralizada. Esta labor la realizó en Barcino (Barcelona) donde instaló su gobierno o corte. Desde ahí quiso gestar su soñado imperio, aunque su acercamiento a Roma le granjeó enemistades que provocaron su asesinato. Lo que queremos destacar es que la primera capital de España, en el primer e inestable período visigodo, fue varias veces Barcelona, incluso antes de que acabara asentándose en Toledo. La historia que sigue es tan sencilla como la naturaleza humana, esto es, cruel. Asesinatos de reyes y manipulaciones políticas estuvieron al orden del día. El Emperador Honorio pagó a los godos para que exterminaran a vándalos y alanos, cosa que hicieron (sólo se salvaron los suevos que acabarían integrándose con los godos a regañadientes). A cambio, el Emperador les regaló Aquitania, pasando la capital visigoda de Barcelona a Tolosa.

Pero la Historia tenía sus propios planes. La aparición de los hunos, con Atila al frente, y los levantamientos de los suevos, todavía no suficientemente domeñados, llevaron a que los visigodos se desplazaran nuevamente hacia Hispania (el lector ya puede intuir que los nacimientos de las naciones no son tan idílicos como sueñan los nacionalistas). Tras la disolución oficial del Imperio Romano occidental (en el 476),

los visigodos se vieron libres para consolidarse entre las Galias e Hispania. Ya en 474 Eurico, fanático arriano [el arrianismo era una herejía que portaban los godos sobre sus caballos y que negaba la divinidad de Cristo], había conquistado Tarraco. Durante el reinado de Alarico II (en el cambio del siglo V al VI) el reino godo ocupaba buena parte de la Península Ibérica y de Francia. Sin embargo, la presión de los francos y la muerte de Alarico II llevó a que los godos se fueran replegando definitivamente a Hispania. Su sucesor Gasaleico, volvió a instalar la Corte en Barcelona. Desde ahí intentó recuperar a los francos la Septimania y la Provenza. Aunque por aquel entonces Cataluña sólo existía en la mente de Dios, los historiadores románticos y políticos catalanistas han puesto siempre sus ojos en la Septimania, como si perteneciera a la esencia ancestral de Cataluña. Más adelante relataremos cómo se conjuga todo ello siglos más tarde con la cruzada albigense y el papel de los Reyes de la Corona de Aragón.

Fue con Gasaleico cuando definitivamente entraron en Hispania unos 200.000 godos militarizados, casi todos arrianos. En ese momento, en la Península residían unos siete millones de hispano-romanos, que ya habían asumido el catolicismo plenamente y que se resistirían a ser convertidos al arrianismo, a pesar de que el poder estaba en manos de los godos. La dinastía de estos reyes fue toda una odisea de asesinatos, pactos y traiciones. Amalarico, que reinó entre 526 y 531, intentó que la capital goda fuera nuevamente Narbona, pero las intrigas le llevaron a que Barcelona fuera su lugar de residencia. Así, por tercera vez, se convirtió en la capital goda. Su sucesor Teudis fue el que finalmente trasladó la capital de Barcelona a Toledo, y de ahí la denominación actual del Reino visigodo de Toledo. ¿Y qué pasaba con Madrid? preguntará algún lector. Simplemente no existía. La primera noticia histórica que tenemos data de finales del siglo IX, cuando el emir cordobés Mohamed I levantó una fortaleza en un promontorio junto al río Manzanares, en el lugar donde se alza hoy la catedral de la Almudena. Barcelona fue tres veces capital de Hispania antes de que apareciera la villa de Madrid.

## **12. «TOTIUS HISPANIÆ REX»**

A mediados del siglo VI, el reino visigodo estaba lejos de estabilizarse. Luchas internas por el poder se combinaban con las invasiones de los francos, que estaban dispuestos a dominar la Península Ibérica, o de los vascones, que asolaban el valle del



Ebro. Mientras las tribus astures iban a la suya y los suevos, que ocupaban Galicia y medio Portugal, no se daban por enterados de que pertenecían al Reino visigodo. Para colmo, ante tanta presión, los godos pidieron ayuda a los bizantinos, que le cogieron gusto a la Península y más tarde hubo que echarles por la fuerza. Los del imperio oriental de Bizancio, aprovechando la invitación, invadieron buena parte del levante sur de la Península, desde Cartagena hasta el sur de Portugal, y la denominaron *Provincia Spaniæ*.

En medio de tanta inestabilidad aparece la figura de Leovigildo, que se instala nuevamente en la Septimania para frenar el avance de los francos, dejando a sus espaldas a los bizantinos. Tras varias campañas redujo a vascones y astures, incorporó a los suevos y consolidó el poder de Toledo como capital del Reino. Ya sólo quedaban los bizantinos como últimos invasores peninsulares. Su hijo, el famoso Recaredo, convocó el III Concilio de Toledo, donde se consagra la unidad de Hispania, se convierte al catolicismo (por obra de san Leandro) y unifica así a los godos con la población hispanorromana. El trágico asesinato de su hermano san Hermenegildo, a manos de su padre Leovigildo, culmina uno de los episodios fundantes de la unidad de España. Varios reyes y asesinatos después, apareció Suintila quien, por fin, unificó todos los territorios ibéricos al expulsar definitivamente a los bizantinos. Según cuenta san Isidoro en su obra *Historia Gothorum*, Suintila aparece como el primer rey de «totius Spaniæ». Como enseguida veremos, ya se va larvando el concepto de *Hispania* como algo más que un mero recuerdo de un pasado romano o una mera referencia geográfica: como un evidente concepto. El resto de los reyes godos hasta la caída de D. Rodrigo, se lo evitamos al lector. Ello no quita que prosigamos nuestra reflexión sobre lo que significaba para aquellos hombres la palabra *Hispania*.

### **13. «LAUS HISPANIÆ»**

San Isidoro de Sevilla (nacido en Cartagena, para los despistados), es una figura inestimable en un momento histórico en el que el Reino visigodo, estando a punto de desintegrarse, consiguió milagrosamente su consolidación y alcanzó una efímera etapa de esplendor. De hecho, el santo es albacea de esa época y referente inexcusable como testigo de su tiempo. José Antonio Maravall, en su obra más que clásica, *El concepto de España en la Edad Media* (1981), asentó el siguiente juicio: «el carácter

básico que la obra isidoriana tiene en la cultura de nuestra Edad Media, da a su concepción hispánica un valor excepcional. Actúa, con otros tantos, como un factor de integración en nuestro disperso medioevo y es una de las razones, entre otras muchas, por las que en nuestra Edad Media subsiste, a pesar de las fuerzas contrarias, un sentimiento de comunidad». Esta visión de Maravall nos desvela la importancia de la figura de san Isidoro de Sevilla. En él se manifestó explícitamente el sentimiento hispánico que pudo sobrevivir posteriormente a siete siglos de invasión musulmana, y que explicará la futura hermandad (a pesar de muchas querellas internas) de los nuevos reinos hispanos que surgen durante la Reconquista. De ahí que los historiadores nacionalistas insistan en que, tras la invasión musulmana, no quedó nada de la España goda; y en que los nuevos reinos nada tenían que ver con la vieja Hispania romana. Sólo así se podría argumentar (con más que extraños equilibrios argumentativos), que Cataluña era un pueblo y una nación en sí misma que procedía de sí misma, y para sí misma.

Para ilustrar la importancia de san Isidoro de Sevilla debemos remontarnos al prólogo de la segunda versión de la *Historia Gothorum* que escribió (la primera era más breve y en la segunda muestra una mayor confianza hacia los godos, recién convertidos al Catolicismo). Este prólogo es conocido como la *Laus Hispaniæ*. El texto destaca por su fuerza y emotividad, y evidencia un sentimiento «nacional» o de unidad espiritual de los pueblos hispanos, unificados políticamente por los godos. Es un escrito de reconciliación, en el que se reconoce implícitamente a los godos como un pueblo llamado a fecundar el sustrato hispano-romano. El texto, del siglo VII, (extractado) reza así: «Eres, oh España, la más hermosa de todas las tierras que se extienden del Occidente a la India; tierra bendita y siempre feliz en tus príncipes, madre de muchos pueblos. Eres con pleno derecho la reina de todas las provincias, pues de ti reciben luz el Oriente y el Occidente. Tú, honra y prez de todo el Orbe; tú, la porción más ilustre del globo. En tu suelo campea alegre y florece con exuberancia la fecundidad gloriosa del pueblo godo. La pródiga naturaleza te ha dotado de toda clase de frutos. Eres rica en vacas, llena de fuerza, alegre en mieses. Te vistes con espigas, recibes sombra de olivos, te ciñes con vides. Eres florida en tus campos, frondosa en tus montes, llena de pesca en tus playas [...] Eres, pues, Oh, España, rica de hombres y de piedras preciosas y púrpura, abundante en gobernadores y hombres de Estado; tan opulenta en la educación de los príncipes, como bienhadada en producirlos. Con razón puso en ti los ojos Roma, la cabeza del orbe; y aunque el valor romano vencedor; se desposó contigo, al fin el floreciente pueblo de los godos, después de haberte alcanzado, te arrebató y te armó, y goza de ti lleno de felicidad entre las regias ínfulas y en medio de abundantes riquezas».

Aunque algunos expertos interpretan que san Isidoro sólo hace referencia a España como una unidad geográfica, la loa habla por sí misma: es un canto a un

espíritu que enlaza con siete siglos de romanización y un agradecimiento a los godos, antiguos invasores y herejes arrianos; convertidos ahora en católicos y líderes de este Reino. Siete siglos de invasión musulmana no pudieron con esta Hispania que canta san Isidoro. Salvador de Madariaga, en su obra *España*, en referencia a la huella de la romanización que había impregnado la Península de un sentido de unidad, ratifica nuestro juicio. Siete siglos de invasión musulmana no fueron capaces de anular ese espíritu: «El pueblo era —escribe Madariaga—, poco más o menos, el mismo en el norte que en el sur. La tendencia hacia el sur, que empieza en la Reconquista, se debe mucho menos a la sensación de extranjerismo que los habitantes de Al-Ándalus pudieran producir sobre los del norte, que a una tradición que sentía a Hispania como una entidad y que, por consiguiente, invitaba a los estados más poderosos de la Península a reconstruir en su entorno la unidad hispánica».

La llegada de los godos parecía poner en peligro la unidad hispánica. Los godos y los hispanorromanos habían estado separados pues estaban sometidos a dos legislaciones diferentes. Incluso estaban prohibidos los matrimonios mixtos. El rey Leovigildo (573-586) eliminó esa disposición. Pero ya antes, en 506, se había promulgado la *Lex Romana visigotorum*. Se considera la legislación mejor elaborada de la época en Europa, y unificaba los dos derechos consuetudinarios, estableciendo una unidad legal que confirmaba la unidad política. La organización administrativa romana y la judicial hispanorromana fueron respetadas por los visigodos, así como la división territorial. La postura conciliadora de san Isidoro de Sevilla, en su *Historia de los Godos*, se explica porque era consciente de que los únicos capaces de dar cohesión a tan gran extensión territorial eran los godos. Sin ellos, Hispania estaba condenada a la desintegración por las razzias bárbaras. Ferran Soldevila, en su *Història de Catalunya*, expresamente evita dar importancia al periodo visigodo y el capítulo dedicado a ellos lo titula: *El ensayo visigodo*, dando a entender que nunca se logró una verdadera unidad peninsular. Así puede justificar que no existió una componente identitaria común entre la España de la Reconquista y la España visigoda. Deja así una laguna espacio-temporal en la que puede «encajar» la aparición de la «nación catalana» de la nada.

## **14. LOS OBISPOS «CATALANES», PASEANDO POR TOLEDO**

La realidad hispanogoda se configuró con tres elementos: un sustrato popular y

aristocrático fuertemente romanizado y católico; una clase dirigente goda; y una estructura eclesial compacta, capaz de amalgamar a la población y a una clase dirigente recién convertida al catolicismo. La visualización de esta unidad se encuentra en los concilios toledanos, que sirvieron de punto de encuentro, tanto de discusión como de unión, entre reyes y obispos. ¿Qué hicieron los obispos de la futura Cataluña? Hemos de tener en cuenta que por aquella época se estilaban muchos concilios provinciales, y que era más fácil acudir desde Barcelona a Narbona (252 kilómetros), donde se celebraban concilios, que a Toledo (692 kilómetros). Sin embargo, la participación del episcopado «catalán» en los concilios toledanos fue permanente, junto a los otros obispos peninsulares.

Como las relaciones de nombres son pesadas, sólo nos referiremos a algunos obispos de las diócesis de Tarragona, Barcelona y Seo de Urgel, para tener una visión aproximada de su importante presencia. En el I Concilio toledano estuvo presente el obispo Lampi de Barcelona. Con él asistió también Hilario, Obispo de Tarragona. San Justo, de la Seo de Urgel, participó en el II concilio de Toledo (531). En el crucial III Concilio de Toledo, presidido por san Leandro, donde se cristalizó la unidad religiosa y política de Hispania, estuvieron presentes el de Tarragona, (Artemio), Simplicio (de la Seo d'Urgell) y el de Barcelona, Ugno. Era arriano pero en el concilio abjuró de la herejía. También era frecuente la presencia de estos obispos en las coronaciones de los reyes visigodos. Sabemos que el Obispo de Barcelona, Emila, asistió a la entronización del rey Gundemaro (610). Ello demuestra la clara conciencia del sentir hispano de la jerarquía «catalana». En el IV Concilio, presidido por san Isidoro, acudieron obispos de nuestras demarcaciones o enviados especiales. Oia, metropolitano de Barcelona, viajó a los Concilios V y VI. Protasio, Pastor de Tarragona, acudió a los concilios VI (638) y VII (646). Igualmente hubo representantes «catalanes» en el VIII y IX. Los concilios permitieron establecer fuertes relaciones espirituales y de amistad entre todo el episcopado peninsular. El obispo de Barcelona, Quirze, asistente al X concilio toledano, fue íntimo amigo del arzobispo San Ildefonso de Toledo, y de Tajón de Zaragoza.

No hubo concilio en el que no hubiera representación «catalana». Desde el I Concilio al XVIII, pasaron tres siglos de unidad espiritual en España. Este pequeño «ensayo», en boca de Soldevila, es lo que permitió la supervivencia de una España cristiana tras la invasión musulmana. La brusca irrupción morisca desarticuló la estructura episcopal española. En Tarragona, San Próspero (711-713), huyó a la península itálica. Tras varios líos, conspiraciones y luchas de poder, la sede episcopal se trasladó a Narbona. Ello implicaba un dominio franco sobre los condados pre-catalanes, que pasaban a depender de un obispado franco. Sin embargo, siglos después, tras la reconquista de Tarragona, los condes de Barcelona solicitaron a Roma la restauración de la sede tarraconense como primada de las Españas. Su

corazón estaba en la Península, no en Francia. Por mucho que quieran los nacionalistas, los condados «catalanes», en ese continuo balancear entre uno y otro lado de los Pirineos, al final siempre se decantaron por Hispania. Hubo, eso sí, casos especiales, como el Obispo Frodoí de Barcelona (c. 861-890), de origen franco-germánico; y que fue contrario a restablecer las costumbres y liturgia visigoda. Mientras que Tarragona estuvo ocupada por los musulmanes durante varios siglos, los obispos godos nunca dejaron de soñar con su restauración.

## 15. Y LA PREGUNTA ES... ¿DÓNDE ESTÁ ESPAÑA?

Tras la invasión musulmana, se plantean varias hipótesis respecto a los que significa España: a) Si Hispania era una mera referencia geográfica, la «verdadera Hispania» sería la musulmana pues los califatos llegaron a ocupar buena parte del territorio peninsular. Tras la desintegración del reino goda, las realidades políticas que surgieran posteriormente serían «algo nuevo no vinculado con el pasado»; b) En cambio, si Hispania era algo más que una mera denominación territorial, si era un sentir y una forma de ser, habría sobrevivido a la invasión musulmana y los reinos de la Reconquista estarían relacionados vitalmente con ella.

En principio hay documentos que pueden avalar ambas hipótesis. Alfonso I el Batallador (1104-1134) escribe en uno de sus documentos que *reina en Pamplona, Aragón, Sobrarbe y Ribagorza*, y cuando en 1126 hace una expedición hasta Málaga nos dice que fue *a las tierras de España*. Sin embargo, podemos encontrar en la *Crónica Mozárabe* o *Crónica del 754* (en latín, *Continuatio Hispanica*) que se defiende la continuidad con la idea de España anterior al 711. En muchos documentos que se conservan, a partir de los últimos años del siglo XII se designa a toda la Península, (esté en poder de moros o de cristianos, con el nombre de España). Ello parece dar la razón a los que defienden que «España» era una mera referencia territorial y no política.

Sin embargo, para dilucidar si los nuevos reinos hispanos se sentían vitalmente vinculados con la España goda, se hace imprescindible revisar las *crónicas astures*. Las primeras denominaciones de Hispania en el reino astur las encontramos en el *Himno de Santiago*, escrito bajo el reinado de Mauregato (783-788). En el *Himno* se referencia al Apóstol como *Patrono de Hispania*. Respecto a las crónicas astures, destacaremos tres. En primer lugar, encontramos la *Crónica de Alfonso III* (escrita

poco antes del siglo IX), en cuya primera parte se relata el ataque de los sarracenos a la costa de *Spania*. En ella se habla, a veces, de *Hispaniæ exercitus* y, otras, de *Gothorum gentis exercitus*. Este dato desvela que los términos eran sinónimos. Sobre todo, señala el experto Alexander Pierre Brosnisch, «sobrevive la idea ideológica de España como tierra prometida que reaparece después de la pérdida del reino. Esta idea es fuerte en el relato de Covadonga de la Crónica de Alfonso III». Misteriosamente, en la segunda parte de la crónica, desaparece prácticamente toda referencia a Hispania y es sólo aplicada a la zona dominada por los musulmanes. Parecería que la conciencia hispánica se va perdiendo.

Un segundo texto es la *Crónica de Albelda* (escrita entre 881 y 883) en el que la palabra Hispania reaparece con fuerza, por otro lado, se empieza generalizar su uso en plural: *Las Españas* (la denominación en plural de Las Españas sólo había aparecido en el IV Concilio de Toledo). Por último tenemos un texto compilado más tardíamente (a finales del siglo IX), donde el uso de la denominación Hispania se recupera y se identifica de nuevo con los godos. En resumen, la idea de España parecía destinada a sucumbir en cuanto que concepto político y a quedar reducida, paradójicamente, a la tierra ocupada por los musulmanes. Sin embargo, fue recuperada desde el reino astur, y desde ahí se fue extendiendo a otros incipientes reinos que iban surgiendo durante la reconquista, entre ellos la Corona de Aragón. Ahora, la conciencia surgida ya no era sólo de pertenecer a Hispania, sino que habían aparecido Las Españas.

**Breve digresión:** El discurso preliminar de la Constitución de 1812 reconocía la importancia de la época goda para entender la esencia de España. Dice así: «Los españoles fueron en tiempo de los godos una nación libre e independiente, formando un mismo y único imperio; los españoles después de la restauración [en referencia a la Reconquista], aunque fueron también libres, estuvieron divididos en diferentes estados [...]». Esto demuestra, y podríamos aportar miles de documentos, que multiseccularmente en España se mantuvo la conciencia de la unidad goda, como referencia de la unidad patria y nacional. Y de esta conciencia participaron totalmente los catalanes.

## 16. UN VIAJE EN TREN Y UNAS REFLEXIONES UNAMUNIANAS SOBRE ESPAÑA Y CATALUÑA

Cuenta en sus memorias el literato Joan Puig Ferrater, el que fuera Diputado de ERC durante la II República, y que ya mencionamos en la introducción, un viaje en tren en el que coincidió con Unamuno. Éste le espetó por qué no escribía en castellano, a lo cual respondió de buena fe que no lo dominaba suficientemente para ello. Unamuno, con el genio que le caracterizaba, lanzó una diatriba, que recoge nuestro protagonista: «acabó diciéndome que, por muy catalanes que fuéramos, nosotros éramos íberos romanizados, y teníamos tanto de españoles como los demás españoles, con todos sus defectos y cualidades, y que aportar nuestro matiz étnico a la literatura general española como Séneca, Marcial, Lucano lo habían aportado a la latina, habría sido un gran bien para España; pero más para los mismos catalanes, ahora condenados a la oscuridad, a las limitaciones y a lo casero de su particularismo que les ata las alas y no los deja volar alto, les comprime el pensamiento, y se debaten prisioneros en una jaula, orgullosos, vanidosos, y hasta petulantes por haberse encerrado en ella, como si Barcelona y Cataluña fueran el ombligo del mundo».

El retrato es perfecto y de una actualidad que estremece. Unamuno, no se cortaba: «Estáis envenenados de la política que lo corrompe todo; habríais aportado a la literatura castellana, al pensamiento español, incluso a la lengua castellana, un matiz más e, importantísimo, un enriquecimiento. España habría ganado en cultura. Al querer ser un hecho diferencial, un particularismo, os habéis empequeñecido. Todos juntos constituimos España y el pensamiento español: vascos, gallegos, valencianos, andaluces, asturianos, cántabros y de esta diversidad nace una riqueza nacional que halla su unidad en la lengua castellana [...] Vosotros os habéis querido diferenciar, separar de la lengua castellana, y en el pecado lleváis la penitencia, que es vuestra soledad; la limitación de vuestra cultura, que no es española ni catalana, sino un pobre apéndice de la española».

Estas palabras calaron hondo en Joan Puig que, tras los años, reflexionaba: «Creo que en un momento dado, en la época de Milá y Fontanals [del renacimiento de los estudios literarios, pero que nada quería saber de política] pudimos incorporarnos a la literatura castellana. Creo que habría ganado Cataluña y España. No se habría producido el catalanismo, literario ni el político. Los catalanes formaríamos parte de la cultura española y, por tanto, de la Europea». No estamos de acuerdo, en parte, con Unamuno, pero algo de razón llevaba. Renegar de las raíces hispanas de Cataluña imposibilita el menor juicio acertado sobre nuestra tierra catalana y sobre España entera. Pasaremos ahora a esbozar cómo se engendró Cataluña en el seno de Las Españas, y cómo las teorías nacionalistas no tienen más sustento que el sentimentalismo o en la vacuidad histórica.

## Capítulo II

### DE HISPANIA A LAS ESPAÑAS

«La revisión de nuestros referentes históricos sólo se puede realizar al día siguiente de la independencia, nunca antes. Y no se puede hacer antes por la sencilla razón de que sin referentes difícilmente habría independencia»

(VÍCTOR ALEXANDRE, *Diari El Punt*, 5 de enero de 2007).

El sueño de un reino hispano-godo se vio frustrado por la invasión musulmana. Ello no quita que una elite visigoda consiguiera sobrevivir arrinconada en las montañas, mientras que el Imperio Carolingio presionaba por el norte y constituía su Marca (frontera) Hispánica. La España goda, que parecía condenada a desaparecer, renació desde pequeños reductos como el reino astur. El concepto de Hispania, como hemos analizado en el capítulo anterior, parecía condenado a ser una mera referencia geográfica del territorio ocupado por los califatos musulmanes. Sin embargo, en las crónicas de los pequeños reinos cristianos empezó a hablarse de *Las Españas*. Igualmente, las referencias al reino goda se mantuvieron, al igual que una vinculación existencial con él. España no se conquistaba: se reconquistaba. Ello hubiera sido imposible sin el poso cristiano de la población hispanorromana que había conseguido convertir a los godos. *Las Españas* eran cualquiera de los reinos cristianos que con mayor o menor fortuna se iban configurando por la Península Ibérica. La Cataluña condal, integrada en la Corona de Aragón, será una parte más de esas Españas.

#### 17. «VUESTROS JÓVENES VERÁN VISIONES Y VUESTROS ANCIANOS SOÑARÁN SUEÑOS»

Estas palabras del profeta Joel fueron pronunciadas por san Pedro el día de Pentecostés, ante una multitud que creyó en la Buena Nueva. Esta referencia a visiones y sueños la traemos a colación porque no se puede explicar la historia de los pueblos meramente por factores económicos. Sin una idea, sin un espíritu fundador, sin un sentimiento de predilección, los grupos sociales no se convertirían en patrias.



El escritor catalanista Puig y Ferrer, en su exilio en Francia, desechaba las interpretaciones marxistas de la Historia, meramente materialistas, como mecanismo para explicar el devenir de los pueblos. Desde otro punto de vista, pero coincidente, la visión providencialista que tenía san Isidoro sobre Hispania (tan criticada por los materialistas), no dista de la que tuvieron los catalanes durante siglos posteriores. Narciso Feliu de la Peña, en su *Fénix de Cataluña*, dedicada a proponer la restauración económica de Cataluña, relata primero los fundamentos espirituales de Cataluña: «Tuvo su Oriente la fe catalana en la feliz venida de Santiago el Mayor, que... dejó obispo en Barcelona a san Eterio. Y algunos años después, el Apóstol de las gentes, Pablo, en Tortosa a san Rufo, y en Gerona a san Máximo», y continúa su apología afirmando que la facilidad con la que se extendió el Cristianismo en Cataluña, y que sería: «Origen fuerte y base segura de su constante firmeza, continuada en tan dilatados siglos... con felices anuncios de perpetuarse [la fe recibida] hasta el fin de los siglos, pronóstico [que realizó] el evangélico predicador san Vicente Ferrer. Esta constancia de la fe catalana ha enriquecido nuestra Provincia con la rica púrpura y carmín sagrado de tantos santos mártires». Y sigue «Esta [Cataluña] dio armas para las empresas que gloriosos consiguieron en toda la redondez del Orbe contra los enemigos de la Iglesia y su Romano Pontífice».

Y como si Cataluña, junto a España, estuviera predestinada a cumplir un papel fundamental en la Cristiandad, Feliu de la Peña relata las premoniciones que en esta tierra se tuvieron sobre el nacimiento del Salvador: «De aquí han procedido los anuncios y premios que ha logrado esta Providencia en la claridad de la noche buena de Navidad que, según algunos, fue de tres soles que aparecieron, en el día del nacimiento de Nuestro Dios y Señor, en España (que todos los españoles somos iguales en la firmeza y adelantamientos de la fe católica) pronóstico de la veneración de España al soberano misterio de la Santísima Trinidad, o vaticinio de la venida de los tres apóstoles: san Pedro, san Pablo y Santiago»; o cómo la tierra catalana tembló cuando murió Cristo en la Cruz: «Y no menos en el sentimiento de sus montes, en el día de nuestra Redención, quedando eterna y constante memoria en las roturas de las Peñas de Montserrat». Es bonito constatar que Feliu de la Peña, no podía concebir un libro de economía práctica sin antes ensalzar la espiritualidad del pueblo catalán.

**Curiosidad:** Santo Tomás de Aquino, sorprendentemente, en la Suma Teológica (III, q. 36, a. 3, ad 3.) recoge la tradición de la aparición de los tres soles en España, como manifestación del nacimiento de Cristo, diciendo: «Sin embargo, también es creíble que apareciesen señales del nacimiento de Cristo en otras partes del mundo, como sucedió en Roma, donde manó aceite, o en España, donde aparecieron tres soles que, poco a poco, se convirtieron en uno solo». Es la única vez que sale la palabra España en la Suma Teológica y

precisamente en referencia a un fenómeno que describe un catalán.

Para escándalo de los republicanos separatistas, si se hubieran dignado leer el libro que estamos citando, se encontrarían afirmaciones que les sonrojarían. Feliu de la Peña sigue exponiendo las glorias de Cataluña, entre ellas: «en elegir a sus hijos primeros, entre los españoles, al gremio de la Iglesia en merecer fundarle el santo Tribunal de la Inquisición, que solo pudo proceder de la fe catalana, en san Raymundo de Peñafort, su primer inquisidor; en ser tan católica, que jamás ha permitido herejes, ni heresiarcas». Por aquellas épocas no existía la corrección política y la gente escribía las cosas tal y como las pensaba.

**Digresión:** El dominico Raimundo de Peñafort, principal consejero de Jaime I, introdujo la Inquisición en la Corona de Aragón con la misión de perseguir a los cátaros. Los últimos núcleos de cátaros se refugiaron en territorios de la corona aragonesa. Lérida, Puigcerdá, Prades o Morella se convirtieron en centros de cátaros occitanos. En Morella vivió el último «perfecto» cátaro conocido: Guillaume Bélibaste. Por tanto, *la primera Inquisición*, llamada medieval, se instauró tras la publicación en 1231 de la bula *Excommunicamus* del Papa Gregorio IX, que puso en práctica el catalán San Raimundo de Peñafort. En el concilio de Tarragona de 1242 se estructuró definitivamente el Tribunal de la Inquisición en Aragón y reguló su funcionamiento según un primer reglamento, escrito por el propio santo y que constituyó un primer *manual de inquisidores*. También fue catalán, de Gerona, el máximo tratadista inquisitorial de la época: fray Nicolás Eymerich. «Misteriosamente», la mala fama se la ha llevado la Inquisición castellana y muchos historiadores consideran al primer inquisidor a Torquemada (véase, por ejemplo, Joaquín Pérez Villanueva y Bartolomé Escandell Bonet, *Historia de la Inquisición en España y América*).

Además, sigue De la Peña, Cataluña fue la primera «en admitir sus hijos en primeros conquistadores y apóstoles del nuevo mundo con Colón». El capítulo también realiza disquisiciones sobre los primeros mártires de España, que vertieron su sangre en tierras catalanas, como Santa Eulalia, o la gracia recibida de la aparición de la Virgen para fundar la Orden de los Mercedarios. La obra continua sobre las gestas de los catalanes en cuestiones de armas, recurriendo a la épica y sin asomar ninguna soberbia nacionalista. Sea o no creyente, uno no puede menos que reconocer en estas líneas del *Fénix de Cataluña* la conciencia de un pueblo que se siente fuerte, arraigado en una providencial historia y con un destino que cumplir. Por el contrario, intentar fundamentar una identidad en el eslogan «Espanya ens roba» (España nos

roba), es de una debilidad de espíritu, como mínimo, infantil. Se recomienda a los que hacen alarde de este eslogan que lean al historiador catalanista Ramon d'Abadal y de Vinyals, en su escrito *Política catalana i història de Catalunya* (1936), cuando afirma que: «No creemos en la explicación materialista de la historia. La escuela que la aplica tiene, como casi todas las escuelas absolutas, un gran porcentaje de error». En todo caso el argumento materialista puede funcionar si previamente ha existido un cambio en el alma y en la vida espiritual de un pueblo que le hayan arrastrado al materialismo.

## **18. TARRAGONA: NUEVAMENTE PRIMADA DE LAS ESPAÑAS Y LAS PERIPECIAS QUE SE SUCEDIERON**

En este capítulo no podemos dejar de referirnos a la cuestión del Primado de las Españas. El título de Primado es antiquísimo en la Iglesia Católica y señala la primacía de un obispado sobre otros de su entorno. El origen viene de la época de la invasión bizantina (siglo VI), que sufrió el precario Reino visigodo, y que ya mencionamos en el capítulo anterior. Cayó la provincia *Carthaginense* de la que dependía la sede episcopal de Toledo. La ciudad mesetaria quedó libre de la ocupación y el rey visigodo Gundemaro designó dicha ciudad como la metrópoli de toda la provincia (610). Ello propició que Toledo se acabara considerando, de facto, la capital del Reino y es donde se celebraron los ya mentados 18 concilios toledanos. Con la invasión musulmana, en 711, Toledo quedará bajo dominio musulmán y en una extraña situación jurídica: pues era medio musulmana y medio cristiana, y algo judía. Con la reconquista de la ciudad, por parte de Alfonso VI, el Papa otorga la bula *Cunctis Sanctorum*, de 1089, en la que se reconoce a los sucesivos titulares de la diócesis toledana la condición de Primados de las Españas, recuperando el papel protagonista que la sede episcopal había tenido en época visigoda. Como tantas otras cuestiones de burocracia y política eclesial, tras su restauración en 1091, dos años después de Toledo, Tarragona empezó a usar también el viejo título de Primada de las Españas, «Hispaniarum Primas». La restauración del episcopado tarraconense fue fundamental, pues mantener el título de Primado de las Españas frenaba los planes francos de dominio sobre los condados catalanes y los aunaba moral y espiritualmente a Hispania.

La reconquista no fue fácil y estuvo llena de episodios que reseñaremos brevemente. En el siglo XI, Tarragona era un territorio fronterizo. Estaba sometida al Califato de Córdoba (hasta su desmoronamiento) y posteriormente al Reino musulmán de Tortosa. La decadencia musulmana llevó a que Tarragona y sus campos se convirtieran en una zona prácticamente deshabitada y arruinada. En julio de 1089, el papa Urbano II se dirigió al Conde de Barcelona, Berenguer Ramón II *el Fratricida*, como *princeps* de Cataluña (este título en aquel entonces era genérico, y no tenía el significado regio actual), así como a los obispos, nobles y barones catalanes: para que emprendieran una cruzada para la reconquista y reconstrucción de Tarragona y así restaurar la metrópoli eclesiástica. Berenguer Ramón II respondió sin excesivo entusiasmo, ya que la región era una tierra «de nadie», abandonada y despoblada, y cuyos anteriores e infructuosos intentos de reconquista habían sido demasiado caros, al no obtener ningún resultado. Como quien no quiere la cosa, el avisado conde fratricida, en 1090, realizó una solemne «*donación de la Ciudad y el Campo de Tarragona a Dios y al Príncipe de los Apóstoles y su Vicario*». Con otras palabras, se quitó el muerto de encima, regalándosela al Papa. En 1091, el Pontífice Romano concedía a la sede episcopal el título de Primada de las Españas. Sólo había un fallo: la ciudad no había sido aún conquistada y estaba en manos de los musulmanes. Este tipo de donaciones (sin coste para el donante), eran frecuentes en la época, y quedaban muy bien delante del Santo Padre. Urbano II se vio obligado a crear una orden militar de caballeros, sometida a los agustinos, para acabar con la resistencia musulmana: pero tampoco lo consiguió.

En el año 1116, las tropas catalanas del conde de Barcelona, Ramón Berenguer III, tomaron la ciudad de Tarragona, culminando el proceso de reconquista de la región. En el año 1118 entregaba la ciudad y el campo de Tarragona al obispo Oleguer de Barcelona (el que posteriormente sería san Olegario). En el traspaso al obispo de la antigua (e imperial) Tarraco, se la declaraba «destruida y desierta, sin cultivos ni inquilinos». El antiguo prestigio de Tarragona debía ser restaurado y san Olegario recabó la ayuda de los nobles que habían acudido a la Cruzada desde el norte de Europa. Entregó la ciudad y la región de Tarragona a un caballero normando: Robert de Colei, conocido más tarde como Robert d'Aguiló (versión catalanizada), en calidad de «Príncipe de Tarragona». Este título causó muchos disgustos, pues algunos lo interpretaban como título honorífico y otros como título regio. Todo ello coincidió con la llegada de los normandos que susodicho caballero se trajo para ocupar Tarragona, y ello creó fricciones con Barcelona, que veía peligrar su primacía. Finalmente, uno de los obispos de Tarragona, para evitar el predominio normando, entregó la jurisdicción del «Principado de Tarragona» a Ramón Berenguer IV de Barcelona, en 1151.

Es importante tener en cuenta el siguiente dato que ahora aportaremos: aunque la

«cuestión» de Tarragona parecía un mero problema «catalán» o local, en realidad no era así. En los famosos *Usatges* (usos y costumbres) que los reyes de la Corona de Aragón y posteriormente los monarcas españoles, debían jurar, se establecía que las sedes episcopales catalanas debían ser ocupadas sólo por gentes naturales del Principado. Pero los propios *Usatges* reconocían que había una excepción: la sede de Tarragona, que podía ser ocupada por cualquier obispo de España. Así se reconocía su vinculación y primacía sobre los demás obispados de España. La importancia del Primado de las Españas que representaba Tarragona es fundamental para entender el sentido hispano de la Corona de Aragón y de Cataluña, de la que formaba parte. Pedro II *el Católico* renovó la infeudación o vasallaje de Aragón al Papa (al igual que ya hicieran tiempo atrás Sancho Ramírez y Pedro I), con su coronación por el Papa Inocencio III en el monasterio de San Pancraccio de Roma, en noviembre de 1204. Fue el primer monarca del reino que fue coronado y ungido. A partir de él y por concesión de la Santa Sede (en bula dictada el 6 de junio de 1205), los monarcas aragoneses (muchos de ellos condes de Barcelona) serían coronados en la Seo de Zaragoza, de manos del arzobispo de Tarragona, Primado de las Españas. Por eso es absurdo pensar que los Condes de Barcelona eran reyes de Cataluña. En todo caso eran Reyes de Aragón y Condes de Barcelona (por mucho que residieran en Barcelona y hablaran catalán).

**Digresión histórico-política:** La primacía toledana, como la tarraconense, fueron tan aceptadas como discutidas. Incluso la sede de Braga, antigua capital del reino suevo, reclamaba el mismo título de Primada de las Españas, en el recién creado reino de Portugal. Los obispos de las tres sedes reclamaban a Roma que se decidiera pero, por ejemplo, el Papa Honorio III dejó la cuestión sin resolver (bula de 19 de enero de 1218). Los conflictos de prelación llegaron a estar presentes incluso en el Concilio de Trento, causando problemas protocolarios. Hoy por hoy, Roma reconoce a las tres sedes el derecho de ostentar ese título. Desde un punto de vista jacobino, centralista y moderno, esto parecería una locura y un caos. Sin embargo, nosotros vemos todo lo contrario. Este lío no es más que una manifestación del sentir de las Españas en los diferentes pueblos hispanos, que tenían como un timbre de honor poder ostentar ese título, fueran castellanos, catalanes o portugueses.

## 19. LA MARCA HISPÁNICA: UN ARMA DE DOBLE FILO

La antigua denominación de *Marca Hispánica* (habitualmente referida a la pre-Cataluña) pone nerviosos a los nacionalistas, pues parece contradecir sus tesis. Pero no siempre fue así. Fueron muchos los historiadores catalanistas, como Ramón d'Abadal, que insistieron en preservar ese nombre. A pesar de que la denominación sonaba a reivindicación hispanista, para estos autores tener un «nombre» ya indicaba ser «unidad administrativa autónoma» del Imperio Carolingio. Por tanto, la existencia de la Marca sería una prueba de la pre-existencia de una «nación catalana». Sin embargo, en la documentación oficial carolingia sólo encontramos ese nombre entre 821 y 850: y siempre entendida como mera «frontera de España», carente de reconocimiento como una estructura administrativa carolingia.

Otro error de los historiadores nacionalistas es que aplicaron el nombre Marca Hispánica sólo a la parte catalana de ésta, pues en verdad, la Marca fue un territorio que comprendía toda la frontera político-militar del Imperio Carolingio con Al-Ándalus, al sur de los Pirineos. Por tanto, iba desde las actuales Vascongadas hasta Barcelona. Estaba organizada en casi una veintena de condados, de los cuales sólo unos cuantos serían parte de los futuros condados catalanes. Al igual que el Califato de Córdoba se fue desintegrando en taifas que llevarían a su posterior destrucción, con el tiempo, la Marca también se fue dividiendo. Por el lado oriental de los Pirineos emergió el Reino de Navarra, que acabaría engendrando la Corona de Aragón; y por el occidental surgirían un conjunto de micro condados, que acabarían liderados por los Condes de Barcelona, allá por el siglo XI.

La denominación *Marca Hispánica* cayó rápidamente en el olvido, pero fue recuperada siglos más tarde por Pierre de Marca (1594-1662) en su obra *Marca hispanica sive limes hispanicus*. Esta obra tenía una clara intención política: justificar la anexión de Cataluña al Reino de Francia. Por tanto, había que crear la ilusión de que Cataluña, en tiempos del Imperio Carolingio, ya era una unidad política autónoma que Francia había respetado y seguiría respetando en el futuro (una vez arrebatada a España). Recordemos que en 1640, Pablo Claris había entregado Cataluña al Rey de Francia y que, desde entonces, durante décadas, ésta fue teatro de operaciones militares entre ambos reinos. Las invasiones fueron constantes y los intentos de convencer a los catalanes de que traicionaran a España produjeron constantes campañas propagandísticas, como la obra mencionada. Casi cuatro siglos después los nacionalistas tomaron prestado el argumento propagandístico francés.

José Antonio Maravall, al respecto, afirma que: «desde el momento en que Pierre de la Marca, y tras él los benedictinos historiadores del Languedoc, de Vich y Vaissete, escribieron en toda oración con un par de mayúsculas las palabras Marca Hispánica, se fue creando en los historiadores posteriores el hábito de aceptar la

visión de la pretendida Marca Hispánica como si fuese un departamento organizado de un Estado administrativo de nuestros días... Marca Hispánica no es, consiguiente, un nombre de país, menos aún el nombre de una región constituida como una parte del Reino franco». Esta reflexión lleva a plantearnos de dónde surgió Cataluña; y si alguna vez, en esos tiempos, fue independiente.

## 20. ¿HUBO INDEPENDENCIA ALGUNA VEZ? ¿SOMOS MILENARIOS?

Los condados francos a este lado de los Pirineos se fueron constituyendo desde el de Ausona en 788, hasta el de Pallars, en 916 pasando por el de Barcelona, en 820. La palabra conde, *comites* en latín, significa amigo o asociado. Los condados, en un principio, fueron totalmente independientes entre sí. La mayoría de los condes eran visigodos y no francos. Esta distinción es fundamental para entender posteriores acontecimientos y porque, además en la mayoría de condados se mantenía el recuerdo de la vieja unidad hispano-goda y el deseo de restaurarla. El Conde de Barcelona Borrell II (954-992), que ya había sometido el resto de los condados a su señorío, se casó con la hija de Raymundus, Conde de Avernia, y a su hijo le pusieron el nombre del abuelo. Así es como entró en España el nombre Raimón, tan querido por los catalanes; aunque, en realidad, era totalmente foráneo. ¿Cuándo los condados pre-catalanes empezaron a separarse del Imperio de Carlomagno? Los historiadores catalanistas insisten y persisten en que fue con Guifredo el Velloso (al que algunas leyendas le atribuían también, erróneamente, el origen de la bandera catalana). Sin embargo, de este personaje poco sabemos, sólo que fue el primer señor feudal de la pre-Cataluña, pues transmitió hereditariamente sus dominios a su hijo, cosa que, anteriormente, no era así, ya que los territorios *alodiales* (tierras con las que se premiaban a líderes guerreros de confianza del Rey) no se transmitían familiarmente.

**Paradoja:** los nacionalistas republicanos, que reivindican la figura de Guifredo el Velloso como el abanderado de la independencia catalana frente a Carlomagno, deben asumir que él inició el tan denostado feudalismo en Cataluña, a modo de una dinastía familiar. Si los condados no hubieran acabado heredándose familiarmente, la historia de Cataluña hubiera sido otra

totalmente diferente. Así, paradójicamente, gracias al carácter feudal que adquirieron los condados y a la institución de la monarquía, hoy los republicanos pueden reivindicar una «nación».

La leyenda sobre Guifredo es bonita y tardía, pero carente de fuentes. Ramón d'Abadal, recordemos su condición de catalanista, en sus *Anales* sobre los primeros condes catalanes, sentencia con toda sinceridad: «el nacimiento de la soberanía nacional por Guifredo el Velloso es una fantasía ligada a concepciones políticas modernas... Nadie podrá decir nunca cuándo nació Cataluña». Esta es la mayor verdad que hemos oído de boca de un catalanista.

**Asombrosas mentiras de la Generalidad de Cataluña:** La historiografía romántica en Cataluña sigue pesando, tras más de 150 años desde su aparición. Si uno accede a la página web de la actual Generalidad de Cataluña, puede encontrar textos de este estilo: «Historia y leyenda confluyen en el nacimiento de Cataluña, ya que el origen entronca con un personaje real, adornado con características épicas: Guifredo el Velloso. A este noble de reconocido valor en la batalla se vincula la tradición del nacimiento de las cuatro barras, marcadas con sus dedos y su propia sangre encima de su escudo dorado. A su muerte, en el año 897, fue el primer conde que traspasó hereditariamente sus posesiones a la Marca Hispánica, se desligó de los reyes francos y dio así origen a la casa condal de Barcelona [...] El linaje de Guifredo el Velloso fue el embrión de la corona de Aragón, al unir su destino al reino aragonés en virtud de los problemas dinásticos que sufría esta monarquía». Resumiendo: gracias a un conde del que casi nada sabemos, surgió el embrión de la Corona de Aragón. Cuando todo el mundo debería saber que la Corona de Aragón surge del Reino de Navarra. Gracias a la potencia «seminal» de los Condes de Barcelona se constituyó la Corona de Aragón. Increíble interpretación; increíble que aparezca en una página oficial de la Generalidad; increíble que se pueda mentir con tanta impunidad.

A pesar de esta mitificación, poco a poco, los historiadores catalanistas van abandonando la visión romántica que se tenía de Guifredo el Velloso y reconocen que sería más «acertado» proponer al Conde Borrell II (927—992) como factótum de la «independencia de Cataluña». Es innegable que Borrell II tuvo una personalidad muy peculiar; pero todavía es prematuro hablar de Cataluña, simplemente porque aún faltarían dos siglos para que apareciera la palabra «Cataluña». Borrell II fue Conde de Barcelona, Gerona, Osona y Urgel. En este personaje parece que la «historia nacionalista» ya cuadra mejor, pues había conseguido unificar en su persona varios



condados. Además, ciertamente, se fue alejando de la influencia franca. Sin embargo, la historia no es tan idílica.

Borrel II, para desvincularse del desmoronado Imperio Carolingio, se fue acercando a la corte del Califato de Córdoba. Era consciente de que sus señoríos eran demasiado pequeños como para constituir una «unidad independiente» que no acabara sometida a los vaivenes e intereses de un cuerpo político superior. Entre 950 y 966, envió embajadas a Córdoba para firmar tratados de amistad y paz con el moro. Sin embargo, como reconoce Ramón d'Abadal, otras delegaciones ya fueron de clara sumisión: «si las dos primeras delegaciones de Borrell a Córdoba, las de 950 y 966, pueden no representar más que unos tratados de paz y amistad, es evidente que las dos últimas, las de 971 y 974 tuvieron un alcance jurídico mucho más preciso, supusieron por parte del Conde Borrell el establecimiento de un vasallaje hacia Alhaquem». Ironías de la historia, el «independentista» Borrell simplemente fue un traidor a los carolingios que se entregó al califato de Córdoba.

Pero la historia siempre es cruel. En 976 murió Alhaquem II y Almanzor tomó el poder en el Califato. Inició expediciones contra el reino de León y el condado de Castilla. En 985 su expedición se dirigió contra la Barcelona de Borrell. La ciudad fue saqueada, incendiada y destruida, y la mayoría de habitantes asesinados o cautivos. Borrell, espantado, inició una política de acercamiento y reconciliación con los reyes francos. Hugo Capeto exigió del díscolo conde que, una vez las tropas francas hubieran llegado a Aquitania, acudiera él personalmente a rendir fidelidad y a guiar el ejército. Sin embargo, Borrell no acudió. Bien, bien, nadie sabe por qué: algunos apuntan a que Hugo Capeto hubo de marchar a solucionar conflictos con otras fronteras; otros que, viendo Borrell alejado el peligro de los musulmanes, decidió enrocarse y no acudir a la cita. De ahí vendría la pretendida «independencia de Cataluña». En realidad lo que hizo Borrell —mal que les pese a los «demócratas» de ERC— fue mantener un sistema feudal a costa de un decadente imperio carolingio.

Lo peor del caso es que fueron los eclesiásticos catalanes actuales los que resucitaron esta idea de la *independencia borrelliana*. En una carta pastoral del 27 de diciembre de 1985, titulada *Raíces cristianas de Cataluña*, fruto de un estéril Concilio o Sínodo de obispos catalanes, se podía leer: «Ya hace mil años que Cataluña, nacida políticamente del tronco europeo carolingio y proyectada a partir de la Marca Hispánica, se desprendía de toda sumisión ultra pirenaica e iniciaba su propio camino a través de la Historia... los obispos de la Iglesia de Cataluña damos fe de la realidad nacional de Cataluña». Esta pastoral fue suficiente para que una entonces minúscula ERC solicitara la creación de una comisión para la conmemoración del milenario de Cataluña. Es triste pensar que, en 1936, ERC fuera connivente y copartícipe del asesinato de miles de clérigos catalanes. Cincuenta años

después, el catalanismo clerical lo agradecía, regalándoles munición ideológica.

## 21. EL MITO DEL ABAD OLIBA Y DE LA DEMOCRACIA MEDIEVAL

El eclesiástico catalanista Carles Cardó (1884-1958), imbuido de romanticismo, interpretaba así la historia eclesial catalana y el papel del catolicismo catalanista: «retornar a la ingenuidad medieval, iluminada por la ciencia y la experiencia adquirida, e intentar reencontrar lo que sería aquella democracia cristiana que en la Edad Media se estaba gestando, y que el Renacimiento y la Reforma interrumpieron». Creer que de la Edad Media se hubiera derivado «naturalmente» una Democracia Cristiana al estilo moderno (si no llega a ser por el Renacimiento y la Reforma) es como mínimo una «boutade» intelectual, por no decir una estulticia histórica (más cuando este eclesiástico era muy culto). Pero el catalanismo había cegado a muchas inteligencias, incluyendo a la de privilegiados sacerdotes. Ello no podía menos que influir en la versión de la historia que iban propagando los voceros catalanistas.

El 24 de octubre de 1971, con motivo del estreno del *Himno de las Naciones Unidas*, compuesto por Pau Casals, él mismo interpretó el famoso *Cant dels Ocells* al violoncelo. Tras el acto, y para deleite de los catalanistas, que en España estaban desesperados porque no había forma de que Franco se muriera, declaró ante los periodistas en un inglés algo macarrónico: «I am Catalan» y siguió (traducimos) «Cataluña es hoy una región de España, pero ¿qué ha sido Cataluña? Cataluña ha sido la nación más grande del mundo. Yo os explicaré por qué. Cataluña tuvo el primer Parlamento, mucho antes que Inglaterra. Cataluña tuvo las primeras Naciones Unidas. En el siglo XI todas las autoridades de Cataluña se reunieron en una ciudad de Francia —entonces Cataluña— para hablar de paz, en el siglo XI... paz en el mundo y contra las guerras, la inhumanidad de las guerras... esto es Cataluña».

Evidentemente los periodistas no debieron de entender nada, pues además estas palabras las soltaba rápidamente y nervioso. Por ser precisos, en primer lugar hay que decir que en el siglo XI aún no había aparecido la palabra Cataluña, ni por tanto la conciencia de ser catalán. En segundo lugar, Pau Casals se estaba refiriendo a las Asambleas de Paz y Tregua que promovió el Abad Oliba (971-1046), que muchos

consideran el padre espiritual de la pre-Cataluña. Ciertamente Oliba fue el organizador de las Asambleas de Paz y Tregua (*Pau i Treva*) que reunieron a señores feudales para «humanizar» las guerras y violencias intestinas de la época. Pongámonos en situación. El poder real carolingio se había desmoronado. Los señores feudales campaban a sus anchas. El desorden social, las guerras entre nobles, los robos, abusos, asesinatos, estaban al orden del día. La desintegración social era más que evidente.

Nuestro Abad consiguió reunir en 1027 una Asamblea de «La paz de Dios» en Toulouse (cerca de Perpiñán). De ella salieron compromisos como no guerrear el domingo, o bien considerar las iglesias territorio sagrado y con derecho de acogida. La historiografía catalanista, de la que había mamado Pau Casals, insistió siempre en el hecho diferencial de Cataluña, al ser estas asambleas un precedente del parlamentarismo y, por tanto, de la democracia. Sin embargo esta visión idealizada tiene sus fallos: en primer lugar, comparar el parlamentarismo medieval con el moderno; en segundo lugar, el Abad Oliba no inventó nada que no se supiera: las «Asambleas de Paz de Dios» se habían iniciado en el sur de Francia cuarenta años antes de que Oliba convocase la suya. Él, y todo el mundo, ya las conocía; lo cual no resta mérito al conseguir convocarlas. Las Asambleas de Paz y Tregua ciertamente, fueron precedentes de los futuros parlamentos, pero propiamente no fueron parlamentos.

**Digresión sobre el mito Pau Casals:** un juicio bastante contundente sobre Pau Casals y el catalanismo lo realiza Joan Puig Ferreter en sus memorias. Recrimina que el catalanismo le quisiera convertir en un símbolo de lucha. Sentencia: «¿Y qué diremos del primitivismo idolátrico que tantos catalanes tienen sobre Pau Casals, un nuevo símbolo, un nuevo héroe, un profeta de la libertad de la patria, un nuevo Ghandi, acaso el hecho de que no quiere tocar el violoncelo por el mundo ha quitado al dictador Franco del Poder? Francamente, esto se nos aparece como un signo de nuestra incapacidad y puerilidad patriótica y cultural».

## 22. LAS CORTES MEDIEVALES NO SE INICIARON EN CATALUÑA...

La soberbia nacionalista ha llevado a plantear a Cataluña casi (o sin el casi) como el primer pueblo «democrático» de la historia. Las Cortes medievales aragonesas, sin embargo, fueron más tardías que las castellanas. En Europa hubo unos asomos de asambleas, como las que ya hemos referido antes. Tras la invasión normanda, por ejemplo, los monarcas ingleses posteriores a 1066 constituyeron consejos, formados por la nobleza y los miembros del clero de quienes recibían consejo y consentimiento en cuestiones de Estado. Aunque antes, en el siglo X, en el reino de León se encuentran algunas asambleas parecidas, durante el reinado de Ramiro II (931-950). A lo largo del siglo XI se celebran en León asambleas extraordinarias del «Palatium» regio, si bien en el Concilio de Coyanza, de 1055, y en el de Compostela, del año siguiente, predomina el carácter de reuniones eclesiásticas.

Sin embargo, en un sentido más preciso, debemos considerar que las Cortes medievales se constituyen cuando es convocado el tercer estado, esto es, el pueblo en sus representantes especialmente municipales y corporativos. En este sentido, la primera convocatoria de Cortes de las que se tiene constancia escrita es la efectuada por Alfonso IX de León en 1188, a la que también acuden los «boni homines»; y a la que, más tarde, se sumarían nuevas asambleas en 1202 y 1208.

**Digresión:** Si determinar cuándo aparecen las primeras Cortes no es tan fácil como parece, imaginémonos cómo poner fecha al nacimiento de una nación en aquellas épocas. Algunos objetan que los «boni homines» no representan a los ciudadanos, sino a hombres que ocupaban cargos especiales. Para Sánchez Albornoz es en la curia celebrada en Benavente en 1202, cuando se puede empezar a hablar de Cortes, «en cuanto asamblea en la que la decisión regia por la que se toma el derecho a devaluar el valor de la moneda solo sea posible vendiendo tal derecho a cambio de la satisfacción de un tributo». Incluso algunos discuten si en 1160 ya hubo Cortes en Castilla.

Sea como sea, la «despótica» Castilla y León (en boca de tantos y tantos historiadores y pensadores catalanistas) tuvo antes sus Cortes que la Corona de Aragón y, en ello, ambos reinos antecedieron a Europa. Lo más parecido en Francia son los Estados Generales, y fueron creados en 1302 por Felipe IV. La disputa por la primacía «democrática» de la Corona de Aragón sobre Castilla nos parece anacrónica y fuera de contexto por prejuicios románticos e ideológicos. Un jurista vasco, profesor universitario de Derecho, Jon Arrieta Alberdi, advierte que hay que superar esta visión romántica, propagada por la historiografía catalanista: «Creo [...] que actualmente se empieza a superar la tendencia a considerar las Cortes de Castilla y las de los reinos de la Corona de Aragón tomando a las primeras como propias de una monarquía autoritaria, fuerte, no pactista, con capacidad para instaurar la justicia

pasando por encima de los intereses de los brazos; y a las segundas, las Cortes de los reinos de la Corona de Aragón, dotadas de los caracteres contrarios». El estereotipo de una Castilla autoritaria, y el de una Cataluña o Aragón democráticos, debe acabar de una vez.

Sin querer entrar en una infantil discusión de «quien fue primero», coincidiendo con la institución histórica del Reino de Aragón en 1188, se tiene constancia de una reunión pública de la Corte en Huesca y de otra en 1208. El pueblo estaría presente, pero no queda clara su función en la asamblea. Será en las Cortes de Monzón, en 1217, donde claramente la presencia de ciudadanos y burgueses tiene una función, y en este sentido ya podemos hablar de Cortes medievales, aunque algo más tardías que en León. La consolidación de la institución parlamentaria en la Corona de Aragón se refleja en las 14 veces, entre 1289 y 1585, en las que fueron convocadas las Cortes de Monzón (ciudad equidistante entre Zaragoza y Barcelona). Lo que no tiene sentido es que, para adelantarse, algunos historiadores catalanes propongan como «Primeras Cortes catalanas» la Asamblea de Paz y Tregua celebrada el año 1192, año en el que el brazo popular participa por primera vez. Ello es absurdo, porque Cataluña no era un reino. Sí es cierto que bajo el reinado de Pedro II (para los historiadores catalanistas es Pedro III) *el Grande* (1276-1285), en las Cortes celebradas en Barcelona en 1283, el rey se obligaba a celebrar anualmente General Cort (Corte General), con la participación representativa de la época, para tratar del buen estado y la reforma de su heredad. El rey establecía: «si nós i els successors nostres volem fer alguna constitució o estatut a Catalunya, els sotmetrem a l'aprovació i consentiment dels Prelats, dels Barons, dels Cavallers i dels ciutadans...» («si nos y nuestros sucesores queremos hacer alguna constitución o estatuto en Cataluña, los someteremos a la aprobación y consentimiento de los Prelados, los Barones, los Caballeros y los ciudadanos...»). Así, adoptaron forma institucional las Cortes Reales Catalanas, pero no como un acto de «independencia», sino como un lógico desarrollo progresivo institucional dentro de la Corona de Aragón.

## 23. ...Y LA GENERALIDAD TAMPOCO

Es común la confusión entre la Generalidad (en su versión actual como gobierno autónomo de Cataluña) con su verdadero origen medieval en cuanto que una mera «agencia tributaria». Por mucho que les duela a los nacionalistas, la Generalidad tuvo

su origen en las Cortes de Monzón, en 1289, al designarse una *Diputació del General*, comisión temporal para recaudar el servicio o tributo que los estamentos concedían al Rey a petición suya. Pero los libros de Historia de los colegios catalanes enseñan que la Generalidad se fundó en las Cortes de Cervera, en 1359 (otro misterio a resolver). Se deja caer en los temarios que ya era un gobierno catalán y se olvidan de especificar por qué fueron convocadas por Pedro IV, *el Ceremonioso*. En el siguiente epígrafe aclararemos el enigma. En Cervera se acordó que las Cortes designarían doce diputados, con atribuciones ejecutivas en materia fiscal, y unos *oïdors de comptes* (auditores de cuentas) que controlarían la Administración bajo la autoridad del que ha sido considerado primer Presidente de la Generalidad, Berenguer de Cruïlles (que, para oprobio de los republicanos laicistas, era el obispo de Gerona).

Nuevamente en las Cortes de Monzón de 1362-1363 se creó el impuesto llamado *generalitats* (generalidades), que era un tributo permanente que garantizaba unos ingresos propios y una continuidad a la *Diputació del General*, integrada desde entonces por tres diputados. En las Cortes de Barcelona-Lleida-Tortosa (de 1364 a 1365), se acabó de consolidar la institución: las Cortes emitieron deuda pública que debía ser administrada por la Diputación del General o Generalidad con carácter permanente. En estas mismas Cortes se asignó la residencia de este organismo en Barcelona. Pero, a pesar de lo que desearían los nacionalistas, sería un castellano, un Trastámara —Fernando I, Rey de Aragón por el Compromiso de Caspe—, el que, en 1413, diera a la Generalidad una forma legal definitiva, convirtiéndose en un organismo de gobierno; casi desvinculado de las Cortes, autónomo en la designación de sus componentes, y con funciones para hacer observar el sistema constitucional de la Confederación. Como ya escribimos en *Historias ocultas del nacionalismo catalán*, gracias a este Trastámara castellano, Cataluña pudo contar con un órgano casi autónomo de gobierno.

## **24. DEMASIADOS PEDROS: LA GUERRA DE LOS PEDROS Y EL ORIGEN DE LA GENERALIDAD**

Para un historiador novel adentrarse en las genealogías de los reyes de Aragón puede resultar algo más que confuso. La culpa la tienen los historiadores catalanistas, que se

empeñan en numerar los Condes de Barcelona, que a su vez eran Reyes de Aragón, con una numeración propia: como si también fueran «reyes catalanes». Por eso, a Pedro IV *el Ceremonioso* le llaman Pedro III; y el pobre historiador novato lo confunde con Pedro III *el Grande*; y así ya hemos montado el lío. Si, para colmo, aparece un rey castellano llamado también Pedro, como Pedro I *el Cruel*, el riesgo de equivocación es mayúsculo.

Serán precisamente estos dos Pedros (*el Ceremonioso* IV de Aragón y *el Cruel* I de Castilla), los causantes de la recreación de la Generalidad en Cer-vera, con motivo de la denominada «Guerra de los dos Pedros», entre Castilla y Aragón. Un historiador catalanista, que no merece ni siquiera que reseñemos su nombre, nos da la habitual versión victimista de la guerra: «En el año, Castilla le hacía la guerra a Cataluña. Otra vez. En la Guerra denominada de los dos Pedros. Aquellos años eran frecuentes las Cortes ya que en nuestro país, en nuestra Cataluña, las decisiones las tomaban las Cortes. El Rey, Pedro III, no podía decidir solo y mucho menos crear impuestos para financiar la guerra. Lo había de proponer a las Cortes y las cortes decidían si concederlo o no, en función de los intereses de la nación, no sólo del Rey».

**Aclaraciones necesarias frente a la manipulación:** Si analizamos esta interpretación, veremos una clásica manipulación a base de sutilezas, lindezas y malas intenciones. Ahí nuestro comentario: a) En el texto se deja caer que Castilla tenía como hobby hacerle la Guerra a Cataluña y, por tanto, siempre era la culpable de las agresiones. En realidad fue un conflicto con la Corona de Aragón, y era muy habitual entre los reinos hispánicos; b) El Rey era Pedro IV *el Ceremonioso*: eso de Pere III está sacado de la manga para que parezca un rey catalán, en vez de un rey de Aragón; c) Sutilmente se deja entrever que la «nación» catalana era tan democrática que el Rey no podía hacer nada sin las Cortes. En cambio Castilla debía de ser muy mala y antidemocrática y, sus gobernantes, unos autócratas.

Expliquemos ahora la verdadera causa del conflicto que diera lugar a la reforma de la Generalidad en la celebración de las Cortes de Cervera. En realidad, la culpa fue de la Corona de Aragón. Pedro IV, de por sí, era culto, pero impetuoso, y la guerra centró todo su reinado. No es de extrañar que finalmente entrara en roces con los castellanos. En 1356 un ridículo suceso causó el conflicto que nos concierne. Una nave aragonesa, al mando de Francesc de Perellós, saqueó en Sanlúcar dos galeras genovesas ante la presencia del rey castellano, Pedro I, *el Cruel*, que casualmente estaba allí pescando atunes. El rey castellano exigió una reparación y Perellós, impasible, cargó la mitad del botín y el resto lo arrojó al mar ante las mismas narices reales. El incidente de Sanlúcar fue una provocación consciente, y escondía la

intención del rey de Aragón (contra las tesis victimistas catalanistas) de obtener la hegemonía en la Península, y colocar en el trono a Enrique de Trastámara, el hermano bastardo del rey castellano. En resumen: Pedro IV, rey de Aragón, conspiraba para deponer a Pedro *el Cruel* y colocar en su lugar a Enrique el Trastámara. Un poco más adelante reflexionaremos sobre la paradoja histórica que provocó esta política. Ahora continuemos la historia de la Generalidad.

Dominado por sus delirios de grandeza, en lo que Pedro IV no reparó es que estaba sin blanca para una guerra de ese calibre. El 8 de abril de 1359, perdón por la expresión tan catalana, debió «cagarse en las calces» cuando vio aparecer frente a la bocana del puerto de Barcelona la impresionante flota que había reunido Castilla. Para mantener la guerra no había otra solución que convocar Cortes para pedir dinero. Por mucho que se afirme que «Espanya ens roba», aún se debe explicar por qué el Rey aragonés reunió durante su reinado hasta 26 veces a las Cortes con el fin de solicitar dinero a sus súbditos. Pero la de 1359 no fue una convocatoria más. Nunca llegó el rey más necesitado, y nunca sus súbditos más reacios a pagar. A regañadientes, las Cortes aceptaron concederle el dinero solicitado, pero sólo a condición de que lo administrara una comisión compuesta por 12 miembros que gozaran de inmunidad: cuatro por cada uno de los tres estados. Así nació la Generalidad (la de Cervera). La orden explícita de quemar los documentos al término de su mandato demuestra que esta institución no fue concebida en su origen como una institución permanente y, por lo tanto, no era una institución política, sino meramente tributaria.

## **25. CUANDO ARAGÓN QUERÍA DOMINAR CASTILLA Y LAS IRONÍAS DE LA HISTORIA**

La historia es cruel, que se lo digan a Pedro *el cruel*. El Rey castellano había iniciado una respuesta beligerante contra las injerencias de Aragón. Pero la habilidad de Pedro *el Ceremonioso* (el aragonés) y los privilegios concedidos a la Generalidad, que le reportaron buenos dineros, le permitieron sobrevivir al conflicto. Pedro IV (que fue más cruel que el castellano Pedro *el Cruel*) fue denominado por sus enemigos «Nerón», y a él mismo le gustaba compararse con el «Rey David». El aragonés conspiró hasta la saciedad contra el castellano. La forma más efectiva, como ya



dijimos más arriba, fue promocionando al que sería el primer Trastámara, el futuro Enrique II, hermanastro de Pedro *el Cruel*. Enrique y sus hombres pasaron a militar en las filas de Pedro IV de Aragón. Le secundó en todas sus conspiraciones hasta que finalmente el rey castellano murió asesinado y se alzó en el trono de Castilla el primer Trastámara. Lo que parecía un triunfo de Aragón sobre Castilla y la posibilidad de que la hegemonía peninsular basculara hacia Barcelona, acabó produciendo el efecto contrario.

En primer lugar, la *Guerra de los dos Pedros* desgastó totalmente a la Corona de Aragón que inició una terrible decadencia (acompañada de las famosas pestes). En segundo lugar, Enrique II no cumplió sus compromisos por la ayuda prestada y nunca entregó las tierras peninsulares que le había prometido al Rey de Aragón. Para colmo se mostró un gobernante hábil y recuperó a Castilla de su crisis interna. Y, por último, y aquí viene la gran ironía de la historia, fue fundador de una dinastía que acabaría gobernando la Corona de Aragón tras el compromiso de Caspe. La introducción de los Trastámara en Aragón, en 1412, fue llorada hasta la saciedad por los historiadores románticos del XIX. Pero ninguno de ellos nos recuerda que los Trastámara llegaron hasta donde llegaron gracias a las intrigas del aragonés Pedro IV.

## 26. CONDES «XARNEGOS» Y ADHESIONES A CASTILLA

Considerar la entrada de los Trastámara en la Corona de Aragón como casi una «contaminación» es propia de un pensamiento crípticamente racial. No obstante tenemos varios casos en los que los Condes de Barcelona se unieron matrimonialmente con casas reinantes castellanas, derivándose descendencia «xarnega» que ahora se nos oculta. Sí, por las venas de nuestros venerados Condes, corría sangre castellana.

Berenguer Ramón I, conde de Barcelona (1005-1035), apodado *el cuervo* (posiblemente el verdadero apodo era *el curvo*, por jorobado), en el año 1021 se casó con Sancha, hija de Sancho García, conde de Castilla (por aquél entonces Castilla era aún un condado del Reino de León), con la que tuvo dos hijos: Ramón Berenguer I (1023) y Sancho (en honor al abuelo castellano). Así, la sangre castellana empezaba a fluir por la casa condal barcelonesa. Pero este no fue el único caso. Ramón Berenguer III, *el Grande*, Conde de Barcelona de 1082 a 1131, casó a su hija Berenguela con el rey Alfonso VII de Castilla. Éste era hijo de doña Urraca y el 26 de mayo de 1135 se

hizo coronar en la Catedral de León como *Imperator totius Hispaniæ* (Emperador de toda España). En dicha ceremonia recibirá el homenaje, entre otros, de su cuñado Ramón IV, Conde de Barcelona, de su primo el rey García Ramírez de Navarra, y del conde Ermengol VI de Urgel. Es significativa la presencia «catalana» en esta coronación, reconociendo la primacía española del Rey de Castilla. De su matrimonio con la catalana Berenguela nacieron siete hijos, dos de ellos serán reyes: Sancho III (Castilla) y Fernando II (León).

Por las venas de la dinastía castellana corrió sangre catalana y viceversa. Pedro II de Aragón, *el Católico* (1178-1213), venerado por los catalanistas por su absurda muerte en Muret (Francia) luchando contra Simon de Montfort (hecho que explicaremos más adelante), era hijo de Alfonso II *el Casto* de Aragón y Sancha de Castilla. La hija de Jaime I, Violante de Aragón, se casó con Alfonso X de Castilla. El propio Jaime I se había casado en primeras nupcias con Leonor de Castilla.

La relación entre los Condes de Barcelona y los Reyes de Castilla era más intensa de lo que imaginamos. Cuando falleció Ramón Berenguer I, *el Viejo*, conocido por recopilar *els usatges* o costumbres o leyes catalanas, le sucedieron sus dos hijos, que co-gobernaron el Condado de Barcelona. Por las tonterías de la vida uno se llamaba Ramón Berenguer II y el otro Berenguer Ramón II (muy graciosos los padres). Los hermanos se llevaron fatal hasta que Berenguer Ramón liquidó a su hermano y se ganó el justo apodo de *el fraticida*. Los nobles catalanes le obligaron a someterse a juicio ante el Rey de Castilla. Como señala Vaca de Osma: «Este episodio prueba la intensa conexión familiar entre los Condes de Barcelona y la nobleza de sus homónimos de Castilla». Más aún, demuestra la ascendencia de los reyes castellanos sobre los Condes de Barcelona.

## 27. ¡ARAGÓN, ARAGÓN!

Pese a quien le pese, Cataluña no tuvo más entidad política durante la Edad Media que el ser una casa condal unida matrimonialmente a la Corona de Aragón. Bien es cierto que hubo reyes catalanes (nacidos en Cataluña) de la Corona de Aragón, pero nunca existieron «reyes de Cataluña». La unión de la casa condal con la Corona, se produjo cuando el 13 de noviembre de 1137, Ramiro II, el Monje, rey de Aragón, depositó en su yerno, Ramón Berenguer IV, el reino en cuanto que regente, pero no el título de rey, que se reservó para él mismo. Ramiro había casado a Berenguer con

Petronila (que aún era una niña de 15 años), quien heredó la corona, tomando el título de *Reina de Aragón* (que posteriormente pasó al hijo de ambos: Alfonso II). Berenguer se tituló siempre Conde de Barcelona, Príncipe de Aragón, Marqués de Tortosa y Duque de Lérida. Nunca osó tomar el título de Rey de Aragón, y mucho menos un inexistente título de «Rey de Cataluña». Por el contrario, Alfonso II recibió de su madre el título de Rey de Aragón (hecho que coincide cuando aparece por primera vez el gentilicio de «catalán»). Y hasta finales del siglo XII no aparece la palabra «catalanesch», en referencia a la lengua que se hablaba por aquí. Por tanto, cuando aparecen las primeras referencias a Cataluña, ésta ya está totalmente integrada en la Corona de Aragón.

Los historiadores nacionalistas se inventaron, sin ningún rubor profesional, términos como «Reino de Cataluña y Aragón», «Corona catalanaaragonesa»; o a los reyes, desde Alfonso II, los denominaban «reyes catalanes». Entre las vergüenzas catalanistas está la tergiversación de textos, como una frase atribuida al capitostre almogávar Roger de Lauria. La frase que realmente pronunció fue: «en el Mediterráneo hasta los peces llevan la insignia de Aragón». Víctor Balaguer se sacó de la manga una frase en boca de Lauria, parecida pero falsa: «hasta los peces llevaban las cuatro barras catalanas». Esta frase fue posteriormente repetida hasta la saciedad por historiadores nacionalistas, para dar la sensación de que el Mediterráneo estuvo en manos catalanas, y no de la Corona de Aragón.

Martín el Humano fue el último rey de la Corona de Aragón (cuya muerte y falta de descendencia provocó el compromiso de Caspe), aunque aquí insistan en llamarle el «último rey de Cataluña». Cuentan las crónicas que, cuando llegaron sus tropas de derrotar al Vizconde de Narbona, el Rey les esperaba en su palacio de Bellesguard (en las faldas del Tibidabo). El anciano monarca vio acercarse a los emisarios que anunciaban la victoria y, según cuenta Soldevila, sus gritos de guerra fueron *¡Victoria, Victoria, Aragón y sant Jordi!* Este grito de *¡Aragón!* coincide con el de los almogávares, de los que trataremos enseguida. Estos mitificados guerreros «catalanes» nunca gritaron *¡Cataluña!* en sus embates guerreros.

## 28. EL MITO DE LOS ALMOGÁVARES

Rescatamos una noticia que pasó desapercibida en 2005, pero que aún causa estupor. La Generalidad de Cataluña pagó en el año 2005 unos 200.000 euros a un monasterio

del Monte Athos en concepto de compensación por el ataque de los almogávares en el año 1305. Esta acción política sólo puede ser fruto de un acomplejamiento sin límites, tras un suceso acaecido hace 700 años. Ello no quita que los almogávares se hayan convertido en parte esencial del muestrario simbólico nacionalista.

Paradójicamente, son innumerables las referencias identificativas con los almogávares en grupos de distintas y enconadas posiciones políticas. Tanto separatistas como españolistas retoman su nombre para bautizar agrupaciones o páginas web. Es indudable que la expansión de la Corona de Aragón no pudo realizarse sin este espectacular cuerpo militar que asombró a su época. El catalanismo ha utilizado su figura como enseña de la quintaesencia guerrera del pueblo catalán dispuesto a luchar hasta la muerte por la causa. Su recuerdo fue desapareciendo y rebrotando a lo largo de la Historia. Durante el siglo XIX el excursionismo catalanista se identificó con estos guerreros. Por el contrario, la Segunda Bandera de Paracaidistas del Ejército Español, creada en 1954 tomó el nombre de Roger de Flor y su himno acaba: «Por España ¡Desperta Ferro! / Es mi lema triunfar o morir». O bien, en 1958, el escritor Ramón J. Sender escribió y publicó la novela *Bizancio*, ambientada durante la epopeya almogávar; o bien *Almogàvares* eran los nombres de centurias de la Organización Juvenil de España, la famosa OJE. En fin, que el nombre ha servido para un roto y un descosido. Podemos traer a colación una canción, de 1795, de cuando los *miqueletes* (cuerpos militarizados de ciudadanos) se enfrentaron a la Convención francesa, que decía así: «Aire, minyons, en nom de Déu / Tingam el cor d'un Macabeu / Façam entendre a l'Univers / Que hereus som dels almogàvers» («Venga muchachos, en nombre de Dios / tengamos el honor de un Macabeo / hagamos entender al Universo / que somos herederos de los almogávares»).

La mitología de los almogávares se empezó a forjar con las crónicas medievales de Bernat Desclot y Ramón Muntaner en las que se relatan sus hazañas especialmente en la famosa expedición a Bizancio. De ellos dice Muntaner: «Estas gentes de nombre almogávares son unas gentes que no viven sino de las armas y no están en ciudad y villas, sino en montañas y bosques... y han sufrido males que nadie podría sufrir, que bien estarán dos días sin comer, o bien comerán yerbas del campo». La visión romántica se produjo en el siglo XIX a través de un milanés, Luigi Monteggia —uno de los introductores del romanticismo en España— que escribió un libreto para ópera titulado *I catalani nel ducato d'Atene*. El famoso grito *Desperta ferro!*, fue cambiado por el romanticismo catalán, en palabras del historiador Anton María Espadaler, por un: *Desperta Pàtria!* La Academia de las Buenas Letras de Barcelona convocó en 1841 un concurso literario sobre la expedición de los catalanes a Oriente. El mito empezaba a cobrar vida propia para el incipiente catalanismo. Antonio de Bofarull, historiador romántico y catalanista, escribía también en el siglo XIX dramas del estilo: *Roger de Flor o el manto del templario*.

En 1859, Víctor Balaguer, catalanista que acabó reciclado en españolista, escribía *Los Pirineos: un canto a la unidad perdida entre los catalanes y los occitanos*. Los almogávares, entonces, serán comparados con los revolucionarios garibaldinos, que en aquellos tiempos habían puesto en jaque al Papa y a los Estados Pontificios. En los Juegos Florales de 1867, Damas Calvet ganaba con una composición sobre los almogávares, titulada: *Són ells!* (¡Son ellos!). El colmo del anacronismo lo encontramos en una poesía del sacer-dote catalanista Jaume Collell que nos presenta a los almogávares bailando una sardana a los pies de la Acrópolis («Ballaven la sardana als Propileus»). La verdad sea dicha, ni Roger de Flor era catalán, ni bailó una sardana en su vida. Por otra parte, el orgullo españolista se sumaba al mito durante la Guerra de África (1859-1860), donde los voluntarios catalanes fueron rápidamente identificados como los nuevos almogávares. Hasta el andaluz Antonio García Gutiérrez compuso la pieza teatral *Venganza catalana*, estrenada con éxito clamoroso en 1864. Uno de los textos del libreto rezaba: «Ya podéis volver a España / Cruzando sin pena el mar / Y a los vuestros contar / Tan poderosa hazaña». El impacto de la obra fue tan grande que Rafael del Castillo reconvirtió la obra de teatro en una novela titulada *Roger de Flor o Venganza catalana*.

Mientras que la literatura castellana recogía sin recelos el mito catalán la fantasía catalanista ya empezaba sus derivas. Pelayo Briz escribió un poema de siete mil versos titulado *L'Orientada*. El final del interminable poema culmina con una visita del viejo cronista Muntaner a Montserrat donde es atendido por un ermitaño conocedor ya de las gestas catalanas en Oriente. La mitología catalanista se empieza a esbozar: Montserrat, eremitas, proezas guerreras lejanas, espiritualidad difusa... En 1894 Francisco Ubach Vinyeta incluyó en el romancero catalán el poema titulado *Atenes Catalana*. Pero, huyendo del romanticismo, debemos preguntarnos ¿quiénes eran realmente aquellos guerreros que habían sugestionado a tantos bardos y atemorizado a tantos pueblos?

## **29. LOS ALMOGÁVARES TAMBIÉN ERAN CASTELLANOS, Y MOROS, INCLUSO GALLEGOS**

Cabe decirse que, el común de los catalanes desconoce quiénes componían estas tropas de elite. Como siempre, algún historiador, como el griego Georgios Paquimeres, al constatar el trauma que supuso para los griegos el desembarco de los

almogávares, los idealizó. Vio en ellos a los herederos de un viejo pueblo germánico: los *ávaros*. De ahí teóricamente se derivaría su nombre. Sin embargo, siguiendo al insigne etimólogo catalanista Joan Corominas, descubrimos en el término un origen árabe. El mote (Al-muwavir) significaría «los que hacen incursiones en la frontera». Su origen, que en el imaginario catalanista está en los Pirineos, en realidad es mucho más amplio, ya que eran una población irregular que servía para repoblar zonas alejadas de Cataluña. Las crónicas cuentan que Alfonso el Batallador «pobló el castellar, sobre Çaragoça, de almugàvers» (pobló el castellar, sobre Zaragoza, de almogávares). Esta referencia, en este contexto, se refería a los soldados de experiencia y valor. En la Crónica de Jaime I (*El Llibre dels fets*), se hace alusión a los almogávares como a una unidad dentro de un cuerpo regular. Además, aunque ciertamente muchos procedían de la zona de Cataluña, entre ellos también habían aragoneses, navarros, castellanos, e incluso sarracenos.

Ramon Llull sorprendería a los catalanistas si leyera lo que dice de los almogávares en su *Darrer llibre sobre la conquesta de Terra Santa* (Último libro sobre la conquista de Tierra Santa): «Son guerreros de a pie, armados con lanzas, flechas y escudos, acostumbrados a hacer caminadas cortas y largas, de día y de noche. Hay muchos en Cataluña, Aragón y Castilla. Estos hombres son muy necesarios en la conquista de tierras». Juan de Mariana, en su *Historia General de España*, insiste en que «eran una tropa singular de montañeses de Aragón, Navarra y Cataluña». Historiadores reconocidos como Luis Suárez y Ricardo de la Cierva señalan que fueron un «fenómeno común a todos los reinos hispánicos». De hecho, de las tropas almogávares que fueron a Bizancio, los catalanes estaban entremezclados con numerosos guerreros provenientes de la frontera que lindaba entre el Reino de Valencia y el de Granada. El experto historiador Antoni Atienza ha demostrado, en publicaciones como *Els valencians en Grècia*, que en Bizancio el botín se calculaba y repartía en moneda valenciana.

Dos curiosidades contra la mitología nacionalista: por un lado, los griegos que sufrieron la cruzada almogávar les solían llamar «latinos» o «tarraconenses». Y los propios almogávares se denominaban a sí mismos «francos»; algunos cronistas los denominaron «ítalos», lo cual se explica por sus guerras en Sicilia durante 20 años (1282-1303). El historiador Grégoras afirma que Roger de Flor formó su ejército de almogávares con guerreros de «la baja Iberia y de la parte más occidental de la Francia Transalpina». Por Iberia se entendía entonces la frontera entre los reinos cristianos, castellano y aragonés, con el Islam. Rufino Blanco-Fombona testifica que a la expedición a Bizancio acudieron valencianos, mallorquines, sicilianos, sardos, calabreses, occitanos e incluso griegos y turcos, así como gallegos y asturianos.

Las tropas almogávares, según Bernat Desclot en el *Libre del rei en Pere e dels seus antecessors passats*, cap. LXXIX (Crónica del rey don Pedro), estaban

compuestas por catalanes, aragoneses, «serranos» (unos dicen que serranos hace referencia a sarracenos), valencianos, murcianos, castellanos, gallegos y «gente de la profunda España»... gentes que, por no tener renta, o haberlas perdido en el juego o por alguna mala acción, hubieron de huir a «los puertos del Muradal» (Sierra Morena). Podemos decir, sin ánimo de equivocarnos, que los almogávares estaban formados por gentes de la España toda. La descripción de Desclot es bizarra: «Estas gentes que se llaman almogávares no viven más que para el oficio de las armas. No viven ni en las ciudades ni en las villas, sino en las montañas y los bosques, y guerrear todos los días contra los Sarracenos: y penetran en tierra de Sarracenos una jornada o dos, saqueando y tomando Sarracenos cautivos; y de eso viven. Y soportan condiciones de existencia muy duras, que otros no podrían soportar. Que bien pasarán dos días sin comer si es necesario, comerán hierbas de los campos sin problema. Y los adalides que los guían conocen el país y los caminos. Y no llevan más que una gonela o una camisa, sea verano o invierno, y en las piernas llevan unas calzas de cuero y en los pies unas abarcas de cuero. Y traen buen cuchillo y buena correa y un eslabón en el cinto. Y trae cada uno una buena lanza y dos dardos, así como una panetera de cuero a la espalda, donde portan sus viandas. Y son muy fuertes y muy rápidos, para huir y para perseguir; y son catalanes y aragoneses y serranos (sarracenos)». Desclot distinguía entre dos tipos de almogávares: los adeliz (guías de montaña) y los golfins, estos últimos serían los «serranos» pues procedían de Sierra morena. En las famosas Cántigas de Santa María, de Alfonso X, aparecen unos dibujos de almogávares y por sus atuendos se comprueba que son castellanos. Aunque los almogávares aragoneses se mencionan por primera vez en una *Crónica* del siglo x, los almogávares castellanos son posteriores y no aparecen documentalmente hasta *las Siete Partidas del Rey Alfonso de Castilla*. Se sospecha que el Rey Alfonso creó esas hordas guerreras en su reino a imitación de las que ya poseía su pariente aragonés, y también que las bautizó con el nombre de almogávares. Respecto a sus comandantes más famosos, sólo hay que decir que demuestran la internacionalidad de esas tropas. Entre los líderes más renombrados tenemos a Berenguer de Entenza (aragonés); Fernando Ximénez de Arenoso (valenciano); Bernat de Rocafort (catalán); Corberán d'Alet (gascón); Fernando de Aones (aragonés) o Ruggero von Blume (alemán), catalanizado como Roger de Flor. Este último, a pesar de que goza del nombre de una importantísima calle barcelonesa, jamás estuvo en España ni de visita.

### 30. *HISPANIÆ* EN LAS CRÓNICAS DE LA CORONA DE ARAGÓN

Alfonso II fue el primer Rey-Conde (Rey por Aragón y Conde por Barcelona). De él ya dijimos que durante su reinado apareció la palabra «catalán». Ello no quita que en algunos de sus escritos oficiales haga referencia a la Corona de Aragón como parte de Las Españas. Por ejemplo, cuando en 1176 concede la villa de El Puig al monasterio de Poblet, que se halla «in regione Hispaniarum»; o en los tratados con los cónsules de Pisa, en 1177, donde aparecen las referencias a Hyspaniam e Yspaniam, en relación a la Corona aragonesa.

Quizá, y contraviniendo el canon, empezaremos por la última crónica medieval de la Corona de Aragón. Su autor fue Pedro Miguel Carbonell Soler (1434-1517). Su obra fue titulada con el significativo nombre de *Cròniques d’Espanya*, aunque el autor especifica que su tratado se centra en la Corona de Aragón y los Condes de Barcelona. Los historiadores catalanistas han dado mil vueltas para intentar explicar por qué el autor hace referencia en su título a España, cuando en realidad trata de la Corona de Aragón y de Cataluña. Incluso alguno de ellos llegó a aventurar que algún desalmado habría cambiado del título en un ardid maléfico. Sin embargo, no hay que ser tan retorcidos. Nuestro cronista del siglo xv no hacía más que seguir una larguísima tradición de los cronistas medievales que siempre identificaron la Corona de Aragón con Hispania o en plural: *Las Españas*. En la *Gesta Philippi Augusti, Francorum Regis* (1211), de Guillaume le Breton, se refiere a la Corona de Aragón como «fines Hispaniæ». Las *Chroniques de Saint-Denis* (1223) relatan, en época de Jaime I, cómo llegaron del reino de España unos reyes sarracenos. El historiador Ladero Quesada propone que, en referencia a Castilla, Portugal, Navarra o Aragón, «la conciencia de saberse españoles era compatible con la defensa y la exaltación de cada reino, incluyendo claro está la política». Por tanto, para los habitantes de dichos reinos no había contradicción en pertenecer a su reino y a España.

En la *Crónica de San Juan de la Peña*, de la que bebieron muchos cronistas medievales aragoneses, se dice: «*huvo guerra con todos los reyes Cristianos, es asaber de Espaynna*». Será Jaime I el primero en dejar un testimonio firme de la idea de España, o Las Españas, en su *Llibre dels Fets*, o crónica de su reinado. Son constantes las referencias como: «pues aquellos de Cataluña, que es el mejor Reino de España, el más honrado y el más noble». En la *Crónica* de Ramón Muntaner, referida a Jaime II, igualmente encontramos muchas referencias a España, por ejemplo: «Y seguramente él [el rey de Castilla] decía verdad: que si estos cuatro reyes [Navarra, Portugal, Aragón y Mallorca] que el llamó de España, que si son una carne y una sangre, y llegasen a entendimiento, poco durarían y tomarían todo el otro poder del mundo». La *Crónica* de Pedro el Ceremonioso tampoco se queda corta y



salen referencias constantes a España, como cuando se hace alusión a la construcción y organización de los castillos que se tienen a «modo de España», según la *Consuetudo Hispanie*, recogida en *Las Partidas* de Alfonso X *el Sabio*, y que Pedro IV admiraba porque favorecían el poder real.

Con la llegada de los Trastámara a la Corona de Aragón, tras el compromiso de Caspe, y ya abandonando la Edad Media, se mantiene el espíritu hispano de las crónicas. El narrador Lorenzo Valla, en su *Historia de Fernando de Aragón*, escribe: «Así España, cuyas regiones y comarcas, más que las ciudades, han elegido sus nombres, no está tanto dividida en cinco reinos cuanto presta obediencia a cinco reyes, el de Castilla, Aragón, Portugal, Navarra y Granada». En la crónica de Antonio Beccadelli, al servicio de Alfonso *el Magnánimo* en el reino de Nápoles, también se habla de «Spanya». La Crónica de Aragón de Gauberto Fabricio de Vagad, cronista de Juan II y Fernando *el Católico*, denomina a Aragón como «cabeza de Iberia». Las referencias a España nuevamente son constantes como un territorio en el que se incluye la Corona de Aragón y, por tanto, Cataluña. Por último, entre el siglo xv y xvi tenemos la *Crónica regum Aragorum et comitum Barchinone et populationis Hispanie*. Culmina la crónica con una referencia a Carlos I, en cuanto heredero de Fernando *el Católico*, que fue «revestido» «*in regnum totius Hyspanie*» (en todos los reinos de España).

**Reflexión:** ¿por qué el catalanismo niega lo evidente? La idea de las Españas está en la médula de la Corona de Aragón y, por tanto, del Principado de Cataluña. Una parte importante de los primeros catalanistas aún lo entendía así, y pretendía que Cataluña fuera reconocida como —quizá— la más activa de Las Españas y la única posibilidad de regeneración del Estado español (este era el pensamiento del Cambó de la Restauración). De ahí al odio a lo español y al deseo irracional de separación, hay todo un camino recorrido. Pero para que este último deseo sea «coherente» con la Historia, habría que eliminar tres siglos de crónicas medievales.

## **31. SANT JORDI: «¡VIVA LA ESPANYA ENTERA!». ORIGEN, FRACASO Y RESURRECCIÓN**

Según cuenta el historiador Manuel Riu, «Ningún catalán llevaba el nombre de Jorge (Jordi) en el barrio de Santa María del Mar», en la Barcelona de mitad del siglo XIV. Contrariamente a lo que pudiera parecer en el imaginario popular, la devoción a sant Jordi, durante siglos, fue muy limitada, circunscrita a ciertas élites y con escaso arraigo popular. Sólo con la aparición del catalanismo la imagen de Sant Jordi fue utilizada como parte del aparato ensoñador nacionalista. Para colmo, este encumbramiento decimonónico se inició con una declaración de españolismo. El recientemente fallecido historiador Pere Anguera, conocido por su aversión a todo lo que fuera tradicional, se asombró al descubrir uno de los primeros panfletos decimonónicos dedicados al santo, titulado *Sant Jordi. Patró de Catalunya*. En él se pueden leer las siguientes estrofas laudatorias «Catalans i castellans / jermans son tots en la terra / fora l'odi i rencor / i viva la Espanya entera / Bon cop de fals / Bon cop de fals / al que vulguin la guerra, bon cop de fals». La traducción sería: «Catalanes y castellanos / hermanos son todos de la tierra / fuera el odio y el rencor / y viva la España entera». Es evidente que este panfleto, sin fecha, pero escrito entre finales del siglo XIX o principios del XX, correspondería a un tradicionalista que empezaría a sospechar que el catalanismo, aparentemente conservador, se estaba trocando en un discurso de odio contra Castilla.

Corroborando la tesis de que la «devoción» actual a sant Jordi, es fruto de las campañas catalanistas decimonónicas tenemos el hecho de que del patrono se conocen pocos «Goigs» (gozos). Los Gozos, como ya dijimos, eran canciones populares religiosas dedicadas a los santos, a Jesucristo o a las advocaciones de la Virgen María. No sabemos cuándo empezó esta bella costumbre de cantarlos en las grandes fiestas del pueblo cristiano, pero sí podemos decir que en pleno siglo XIII ya se coreaban. Sin embargo, el santo que da nombre hoy a tantos catalanes, Jorge, apenas despertaba interés popular. Sólo es con la aparición del catalanismo que se empiezan a componer gozos a sant Jordi en número importante. Por el contrario, tal devoción estaba arraigada entre caballeros y nobles. Ésta entró en Cataluña desde Francia y se difundió entre aristócratas pertenecientes a las órdenes de caballería. No la trajeron los almogávares de Grecia, como falsamente supusieron algunos, pues su aparición en la Historia fue más tardía que la llegada de la devoción. Aunque el tema del Dragón era recurrente allí donde se había establecido la memoria del santo, como en Francia o Alemania, éste solía ser combatido con oraciones. Sin embargo, en la versión, el santo luchaba con la lanza. Para los estudiosos, esta diferencia se debió a que el Dragón simbolizaba a los musulmanes. De hecho, Pedro II fundó la Orden Militar de San Jorge de Alfama en 1201 (cerca de Tortosa), como fuerza de choque contra el Islam.

En 1281, Pedro III *el Grande* usaba la divisa —tan políticamente incorrecta— de una cruz de sant Jordi con cuatro cabezas de negros en los respectivos cuadrantes que

formaba la cruz (en realidad representaban cabezas de moros que había derrotado en cuatro batallas importantes). El imaginario nacionalista aún la bandera de las cuatro barras con sant Jordi, pero esto nunca fue así. En 1395, Barcelona adoptó la «senyal de sant Jordi», que se transformó en la enseña de la aristocracia militar. También, con el tiempo, la Diputación General tuvo durante siglos este escudo como enseña, y no la *Señal de Aragón*, hoy llamada «bandera catalana». Las élites barcelonesas intentaban contagiar al pueblo de entusiasmo por el santo, pero la devoción no arrancaba. En 1574, la Generalitat consiguió que las autoridades eclesiásticas concedieran indulgencia plenaria a quien visitara la capilla de sant Jordi, en la Generalitat, el día de su festividad. En 1667, el Papado declaraba fiesta para todo el Principado el día de sant Jordi. Paradójicamente, en la medida en que se fue popularizando la fiesta, también se fue castellanizando. En el siglo XVII las homilias del obispo de Barcelona en honor del patrón ya se leían en castellano. Durante la «dominación» borbónica, la festividad fue cobrando más popularidad. Posteriormente, en la Guerra del Francés, se convirtió en un modelo y referente de lucha contra el mal (el Dragón dejaba de representar el Islam, para ser un reflejo de la revolución francesa). En 1810, la Junta Superior de Cataluña, refugiada en Solsona, convocó a una misa cantada en homenaje a San Jorge, «especial patrono de la Corona de Aragón». En 1832, en las postrimerías de la I Guerra Carlista, el *Diario de Barcelona*, conservador y ligeramente catalanista, publicaba unos «goigs» a sant Jordi, en castellano, que así decían: «Adalid triunfador / en la tierra y en el cielo / de nuestro catalán suelo / sed grande Jorge». Lo único popular era que, desde hace siglos, para el día del santo, cerca de la Generalidad se ponían paradas de rosas y se vendían.

¿Cuándo cambió todo? ¿Cuándo la devoción se transformó en parte del imaginario catalanista? Sin lugar a dudas, y la respuesta es obvia, fue durante la *Renaixença*. Pere Anguera no deja lugar a dudas: «La *Renaixença* literaria y el incipiente nacionalismo político fueron los impulsores de la devoción al santo, que se manifestó bautizando con su nombre a las criaturas o dedicán-dole altares, y fueron también los auténticos promotores de la conversión del culto religioso en un culto patriótico». Aunque parezca extraño, antes del movimiento de la *Renaixença* a ningún catalán se le ocurriría poner a su hijo el nombre de Jordi.

## 32. SANT JORDI SE HACE CATALANISTA... Y EL DRAGÓN ECOLOGISTA

Como también reconoce Miquel Dolç en su *Llibre de Sant Jordi*: «A partir de la Renaixença, cuando la devoción al santo mártir, que hasta entonces había tenido preferentemente un carácter oficial y caballeresco, deviene una devoción de todo el pueblo catalán... (y se transforma en) símbolo cívico y patriótico». Ya en 1877, una asociación catalanista-católica, llamada con el *misterioso* nombre de «La misteriosa», celebró la primera velada cívico-patriótica para celebrar «el día de Sant Jordi, Patrono de nuestra Patria Cataluña». Igualmente, en el mismo sentido trabajaron asociaciones catalanistas de nuevo cuño que iban surgiendo, como la Asociación Catalanista de Excursiones Científicas.

La *Juventut Catòlica* de Barcelona, tirando a integrista-catalanista, proponía que la devoción a sant Jordi debía ser el filtro para que no cualquiera que se encasquetase una barretina pasara por catalanista (véase discurso de Josep de Palau en el *Certamen catalanista* de 1881). La Liga Espiritual de Nuestra Señora de Montserrat propagaba unos «gozos» en honor del patrono que terminaban (en catalán): «Velad por mi Patria y por su renacimiento». No es de extrañar que Pere Anguera, historiador ateo, con cierto tono de desagrado, manifestase: «Dicho de otra manera, los promotores consiguieron la simbiosis de la reivindicación nacionalista con la reafirmación de la ortodoxia política». Poco a poco, desde Barcelona y a través de las asociaciones catalanistas, el «culto» a sant Jordi se fue expandiendo por toda Cataluña. Su extensión alcanzó los últimos rincones de nuestra tierra, en la medida en que sutilmente se iba transformando su carácter religioso en parte de un imaginario político. En 1916, tras una victoria electoral de la Lliga Regionalista, hasta los republicanos laicistas catalanes, a través de *La Campana de Gracia* (22 de abril de 1916), se identifican con sant Jordi: «Nosotros los Sant Jordi electorales íbamos a librarla [a Cataluña], pero no nos ayudaron suficiente».

Siempre en tono místico y ambiguo las referencias a sant Jordi acababan con una indirecta sobre qué podía representar el Dragón. Una poesía de 1917 acaba así: «Y libra a todo un pueblo deseoso / de nueva y continuada libertad / Nuestra Patria es el pueblo de escasez / Compañeros decidme entonces: ¿quién será el Dragón?». La respuesta quedaba abierta: podría ser el centralismo españolista, los anarquistas o cualquiera que no comulgara con el catalanismo. En 1918, por ejemplo, en la festividad de sant Jordi, en Manresa, en la puerta de la Iglesia de san Miguel, alguien colocó un cartel que rezaba: «Sant Jordi, patrón de Cataluña, devolvednos la libertad» (¿qué libertad? ¿arrebataada por quién? Las respuestas quedaban en manos de la imaginación del lector).

En los años 20 del siglo xx, el imaginario catalanista ya había integrado

plenamente al caballero rescatador de vírgenes. Su fiesta se celebraba en todas las poblaciones, y se acompañaban los festejos de sardanas y manifestaciones catalanistas. Incluso en 1921 los actos ya se anunciaban en catalán. En Tarragona a las mujeres se les regalaban claveles en vez de rosas, pero en 1934 se impuso el centralismo barcelonés y la rosa fue el regalo obligatorio. Los «Pomells de Joventut», una especie de boy-scouts catalanistas, en 1922, adquirieron el compromiso de rezar a las 12 del mediodía, el día de sant Jordi, la siguiente oración: «Glorioso Caballero San Jorge, Patrón de nuestra nación, interceded cerca de Nuestro Señor para que sea reconocida a Cataluña su plena y libérrima personalidad, y encienda cada día más en el corazón de los catalanes el amor a la Patria. Amén». Durante el gobierno de Primo de Rivera, el historiador Pere Anguera recoge infinidad de sermones de curas catalanistas donde no es difícil asimilar el Dragón como una analogía régimen militar. En las plegarias de la fiesta se pide por los exiliados y por los que «padecen» persecución.

En la medida en que el republicanismo catalanista fue ganando espacio político y también se asumía al santo como parte del imaginario catalanista, la situación se fue volviendo esquizofrénica. Los laicistas anticlericales acabarían tomando a un santo católico como referente, aunque dándole a la fiesta un absurdo tono laico. Por ejemplo, en 1931, tras la proclamación de la II República, Macià declaró el día de sant Jordi como fiesta cívica e inhábil para las administraciones. Sin embargo la *Lliga espiritual de la Mare de Déu de Montserrat*, pudo officiar Misa en la capilla de sant Jordi de la Generalidad. Macià, que no asistió, por el contrario disfrutó recibiendo una bandera de la *Unión Catalanista*. La Generalitat proclamó el 23 de abril — festividad del santo— el día de la Bandera Catalana (que evidentemente no era la de san Jorge). Todo quedaba burdamente mezclado.

Durante la campaña del Estatuto de Autonomía (1932), en Vic, un orador exclamaba: «En el día de sant Jordi celebramos la perennidad del catalanismo». En el *Diari de Reus* (órgano de la Lliga), del 23 de abril de 1933, se acusa a la FAI de ser responsable de que el Gobierno de la Generalitat prohibiese los actos religiosos en la capilla de Sant Jordi. Por primera vez en varios siglos, en pleno auge del catalanismo, se rompía con una tradición. La contradicción es patente: en el *Diari de Vich*, del 23 de abril de 1933, se puede leer, el día de sant Jordi: «lleva en el corazón un grito de alegría y un lloro, alegría por el triunfo de la Patria, y lloro por los ataques a la Fe». Ese mismo día en la *Gazeta de Vich* se escribía, en referencia a sant Jordi: «Si un día nos distéis Fe para defender la Patria, dadnos ahora patriotismo para defender la Fe». El catalanismo católico había secundado a los republicanos que ahora perseguían la fe católica. Un año más tarde, el 21 de abril de 1934, la misma *Gazeta de Vich*, denunciaba: «Hasta 1931 la oración de los catalanes a sant Jordi era para que nos librara de los peligros exteriores. Hoy que en Cataluña del mismo campo de antiguos

amigos han salido enemigos, nuestra plegaria será para que nos libre de nuestros enemigos interiores... ya que la libertad de Cataluña no puede ir acompañada por un encadenamiento de la religiosidad del pueblo catalán». Ya era demasiado tarde, el catalanismo conservador había parido y alimentado al catalanismo de izquierdas, pero éste ahora tenía mucha hambre y empezaría a devorar a su progenitor.

## Capítulo III

### DE LAS ESPAÑAS AL IMPERIO

«En los quatro angulos del mundo resuena el estruendoso valor de las armas catalanas, siempre vencedoras. En la conquista de les Indias Occidentales partió de Barcelona Colón, con muchos catalanes. El primer alcaide de la isla Espanyola en el fuerte de Cibau fue de esta nación: Se llamaba Pere de Margarit, cavallero catalán.»

(GASPAR SALA, *Proclamación Católica*, 1640)

No podemos olvidar que Cataluña perteneció al Imperio español tanto durante los Austrias como con los Borbones. Con sus altibajos, Cataluña nunca fue ajena al destino imperial. Y participó en mayor o menor medida en esa magna empresa. Desde la unión de las Coronas de Castilla y Aragón, con los Reyes Católicos, se iba a iniciar una etapa donde la participación de los catalanes fue mucho más importante que la que han querido resaltar los historiadores nacionalistas. Ferran Soldevila, por ejemplo, vuelve a suspirar y gemir: «Pero la más triste de todas las exclusiones que la política de los Reyes Católicos perpetró, la más funesta para Cataluña —y también para España— fue la imposibilidad de relacionarse y comerciar directamente con el Nuevo Mundo». En este capítulo intentaremos desmontar la falsedad de esta tesis, aunque previamente expondremos un mosaico de acontecimientos que muestran cómo se fueron fusionando en espíritu ambas coronas. Ello fue posible porque ya existía un sustrato común tan potente que permitió la participación de los pueblos hispanos en empresas hermanadas.

**Queja por lo penoso de la argumentación:** lo más penoso de la afirmación de Soldevila es que pocas páginas después afirma que Fernando el Católico ya dejaba ir a aragoneses a América, o que Carlos I levantó la prohibición de sus súbditos no castellanos de viajar a las Indias, o que Felipe II declaró extranjeros en las Indias a aquellos que no fueran castellanos, leoneses, aragoneses, valencianos, catalanes, navarros o baleares (1596) (Véase recopilación de las *Leyes de las Indias*, Lib. IX, tít. XXVII, ley XXVIII). En época de Carlos V tenemos constancia de insignes catalanes en América: Miguel Rifós, en la expedición del río de la Plata; Joan d'Espés (leridano), en la conquista de Nueva Andalucía; fray Feliu, en México, muerto en loor de santidad.

**Queja por flagrante contradicción:** En su misma obra, páginas más adelante, Soldevila se alegra de que Cataluña no participara en las gestas

hispánicas. Así lo afirma: «Si Cataluña se hubiera dejado arrastrar a las empresas hispanas, habrían pesado sobre ella algunas de las causas que provocaron la decadencia hispánica; las continuas guerras, en que hubiera tomado parte, la habrían despoblado y es muy probable que dentro de las empresas hispánicas hubiera perdido —como Castilla perdió— sus libertades y sus fuentes de riqueza... el aislamiento de Cataluña, pudo entonces, a lo mejor, contribuir a salvarla». En pocas páginas pasa de quejarse de la prohibición en la participación, a sentirse afortunado por no haber participado. Fenomenal forma de divulgar la Historia.

### **33. PEDRO DE ARAGÓN: DE LA APOTEOSIS EN LAS NAVAS DE TOLOSA (1212)...**

Hace poco hemos celebrado el 800 aniversario de la Batalla de las Navas de Tolosa, hecho crucial para entender la España actual. La participación navarra, castellana y aragonesa presagiaba la futura unión de todos los reinos cristianos. Para la Corona de Aragón y los cronistas catalanes el hecho fue asumido como algo trascendental. Prueba de esto es el *Poema narrativo catalán sobre la batalla de las Navas* (recuperado y editado por Ferran Soldevila) que sirvió de ensalzamiento del Rey de Aragón, Pedro II *el Católico*, por su participación en los hechos. El eje central del poema es una maniobra táctica decisiva planeada por el Rey. Los datos que aporta el autor avalan un conocimiento bastante preciso de los hechos. Este poema sirvió de fuente al gran cronista Bernat Desclot, quien lo prosificó e integró en su gran *Crónica*. Así, la Batalla de las Navas de Tolosa quedó firmemente asentada en la memoria historiográfica de la Corona de Aragón. Por el contrario, los historiadores nacionalistas minimizan la participación de los aragoneses y catalanes en la Batalla.

Entre las diferentes tropas cristianas (sin contar las castellanas, órdenes militares y cruzados venidos de Europa) se agruparon 20.000 hombres en torno a los reyes Sancho VII de Navarra, Pedro II de Aragón y Alfonso II de Portugal (aunque este no acudió personalmente), en su mayoría catalanes y aragoneses almogávares. Importantes testimonios de la primera mitad del siglo XIII aluden, con gran elocuencia, al brillante papel del rey Pedro de Aragón en la victoria cristiana. El cronista-testigo hispano más importante de todos, el arzobispo Rodrigo de Toledo,



dejó testimonio explícito del valor y mérito de las tropas aragonesas y catalanas, y en la propia Corona de Aragón nadie dudó nunca que el rey Pedro había sido «qui vencé la batalla» (quién ganó la batalla). Ciertamente los cronistas aragoneses exageraban en su entusiasmo patriótico, pero de lo que no cabe duda es de que Pedro II cosechó tan gran fama tras la batalla que traspasó las fronteras de los Pirineos. Ejemplo de ello son fuentes como la del monje-cronista inglés Roger of Wendover, que consideró «inmortal» la gloria obtenida por el rey de Aragón en esta jornada. O el célebre cronista de los Capeto, Guillaume le Breton, que aseguró —erróneamente— que el monarca aragonés había enviado al Papa el estandarte del Miramamolín como señal de la victoria.

La Batalla de Las Navas de Tolosa supuso, por todo ello, el apogeo del prestigio militar del Pedro II como rey defensor de la fe y de la Cristiandad. Había demostrado ante toda Europa ser digno de llevar las armas que el Papa le había ceñido en 1204. Parece ser que el mérito del monarca no sólo provenía de la batalla en sí, sino de su preparación y motivación. Pedro *el Católico* había movido las voluntades en favor de la guerra cuando Alfonso VIII seguía en tregua con el imperio almohade; había potenciado la ruptura de la paz; se había unido inmediatamente al llamamiento castellano y luego al papal en pro de una gran cruzada antimusulmana; había persistido con su amigo, el rey de Castilla, tras la deserción de muchos ultramontanos (guerreros que venían más allá de los Pirineos); se había opuesto, con Sancho de Navarra y el arzobispo de Narbona, a toda desviación del objetivo principal de la empresa. Ya en el campo de batalla, su papel y el de sus hombres en la consecución de la victoria fue merecedor de los mayores elogios. Pedro II se creyó investido de una misión providencial y salió convencido, tras las Navas, de que una protección especial divina se cernía sobre él. Y esta «confianza» sería la que acabaría con su vida y trastocaría definitivamente el destino de la Corona de Aragón.

### **34. ...AL FRACASO DE MURET (1213): EL AÑO QUE CAMBIÓ TODO PARA EL SUEÑO CATALANISTA**

La batalla de Muret ya no es tan conocida, aunque fue de trascendental importancia para el futuro de la Corona de Aragón, y por tanto, de España. Para entenderla hay que comprender la imbricación de la Corona de Aragón en el mundo occitano (ya desde fecha muy temprana). A ella coadyuvaban la proximidad geográfica, a pesar de

la frontera natural de los Pirineos, una base visigoda común que aún pesaba en costumbres comunes, una misma aplicación de las derivaciones del derecho romano y la proximidad lingüística con la lengua de Oc. La distancia del reino franco, las relaciones de vasallaje y las políticas de enlaces familiares, hacían que la Occitania francesa estuviera más cerca de España que de la Francia franca. Como señala un cronista francés, los Condes barceloneses estaban ligados a esas tierras por una «unité profonde de culture, de langue et de civilisation». Durante el siglo XII, como en toda Europa, los conflictos eran constantes, las fronteras y fidelidades no dejaban de moverse. La Occitania (que ocupaba más de un tercio de la actual Francia), no había logrado convertirse en un reino y estaba presionada por tres fuerzas: la dinastía normanda de los Plantagenet, que ocupaba media Inglaterra y una parte considerable de Francia con base en Normandía; los francos, que durante un siglo no tuvieron fuerzas suficientes para afrontar su conquista; y la Corona de Aragón, con la que más vinculación afectivo-cultural existía y, por tanto, más posibilidades de entendimiento.

Pero uno de los casos más peliagudos en la historia eclesiástica medieval lo iba a cambiar todo: la aparición en la Occitania de los cátaros o albigenses (por la ciudad de Albi). Ya Santo Domingo intentó inútilmente una «cruzada espiritual» de predicación y debates teológicos, que en 1207 concluía en fracaso. El Papa de turno convocó una Cruzada contra ellos, a la que estaban llamados tanto los francos como los aragoneses. Para Pedro II, ello suponía un problema delicado, pues mantenía relaciones constantes con señores feudales occitanos y no quería que la participación en esa Cruzada fuera vista como una agresión contra ellos. Por parte francesa acudió, liderando a los cruzados, Simon de Montfort. Para tranquilizar a ciertos señores feudales occitanos, Pedro II y Simon de Montfort pactaron el matrimonio de sus respectivos vástagos: el que sería Jaime I y Amicia de Montfort. Como Don Jaime era un niño de cinco años, quedó recluido en Carcasota, bajo la custodia de Montfort y que se aseguraba así la fidelidad del monarca aragonés.

A finales del verano de 1212, a nadie escapaba que el conflicto occitanocátaro había llegado a su punto final. Tras tres años casi invicto, el conde Simon de Montfort culminaba uno a uno sus objetivos militares. La población occitana católica empezó a sospechar que la cruzada de Simon de Montfort era algo más que una Cruzada. Estaban simplemente ante una invasión franca pura y dura. Pedro II, *el Católico*, se vio en una situación harto difícil. Por un lado, como Rey católico debía apoyar a Simon de Montfort en la cruzada pero, por otro lado, debía defender a los occitanos de la invasión franca. El rey aragonés, deslumbrado aún por la fama adquirida en la Batalla de las Navas de Tolosa, se creyó lo suficientemente fuerte como para dominar la situación: detener a los francos y a los albigenses a la vez. Entró en Francia llegando a Tolosa y realizando un juramento de defensa de la Occitania (era un acto ofensivo al rey franco, pues Tolosa debía vasallaje a este

último). Algunos historiadores nacionalistas, con evidente desproporción sentimental, a ese acto le llamaron el frustrado inicio de un posible «imperio occitano-catalán» (terminología más que discutible históricamente). La cruzada albigense pasaba a segundo plano y se iba a dilucidar el futuro de la Occitania. El Rey aragonés reclutó tropas y comprometió su patrimonio para obtener recursos. Con otras palabras, puso toda la carne en el asador para iniciar una inevitable guerra contra los francos, que se libraría en Muret.

**Reflexión histórica y resentimiento nacionalista:** un hecho significativo que cabe resaltar es que Pedro II reclutó muchos más hombres y nobles para la Batalla de las Navas de Tolosa que para la de Muret. Según algunos autores, los efectivos eran escasos para semejante empresa. Y hubo una clara renuencia de la nobleza a participar en la empresa occitana, no consiguiendo reunir el mismo número de nobles que en la empresa de las Navas de Tolosa. Los historiadores nacionalistas, siempre buscando argumentos originales, dicen que ello se debió a que en las Navas de Tolosa había posibilidad de botín y que en la guerra occitana no. Extraño argumento. Nosotros preferimos pensar que la vista estaba puesta más en la Reconquista entre los hermanados reinos hispanos, que en unos territorios —los occitanos— de los que poco a poco se sentían cada vez más alejados.

La batalla de Muret tuvo un final desastroso: la muerte del Rey Pedro. Su fallecimiento tuvo tintes épicos del estilo película *Braveheart*. El rey había decidido probar su valía como caballero cambiándose la armadura con uno de sus hombres, para enfrentarse como simple caballero a Simon de Montfort. Éste mandó a sus caballeros abatir al pobre caballero revestido con la armadura real. Pero Pedro II, en vez de huir, se descubrió a sí mismo gritando: «El rei, heus-el aquí!» (¡Aquí está el rey!). Y eso fue su final, pues ahí mismo acabaron con su vida. Para colmo, Pedro *el Católico* fue excomulgado, en muerte, por considerarle un traidor a la Cruzada, y solo años más tarde el Papa permitió su entierro en una abadía, pero fuera de camposanto. Su hijo, el futuro Rey Jaime I, quedó prisionero de Simon de Montfort, y la Corona de Aragón declinaba definitivamente sus aspiraciones sobre la Occitania, para volcarse sobre la Reconquista peninsular. Fallecida también la madre de Jaime I, Inocencio III por medio de una bula obligó a Montfort a ceder la tutela del infante Jaime a los Caballeros Templarios de la Corona de Aragón. Así pudo salvarse de una profunda crisis la Corona que, con un ya reconocido Rey Jaime, por la díscola nobleza aragonesa, pudo dirigir la Reconquista hacia las tierras de Valencia y el Mediterráneo. La Providencia dispuso que Cataluña, integrada en la Corona de Aragón, siguiera como camino natural los destinos de los reinos de la Península, y no

los de Francia.

## 35. BARCELONA CELEBRA LA CONQUISTA DE GRANADA

La Reconquista de la Corona de Aragón llegó hasta donde llegó: Murcia, que fue entregada «misteriosamente» al Rey de Castilla. Hecho que los nacionalistas no perdonan y que ven como una extraña traición, que impidió que la Corona de Aragón siguiera extendiéndose hacia el sur. El caso es que a pesar de este misterio, los catalanes y aragoneses participaron en la gran gesta hispana de la toma de Granada.

**El misterio de la entrega de Murcia:** en realidad el misterio no fue tal sino una situación un poco compleja. Resumamos. El yerno del Rey Jaime I, Alfonso, (futuro Alfonso X *el Sabio*) tras las Navas de Tolosa conquistó Murcia. Posteriormente la perdió por una revuelta morisca y le pidió a su suegro ayuda. Jaime I, por el Tratado de Almisra (1244), se comprometió a su devolución. Se instalaron ahí 10.000 aragoneses como colonos. Tras algunas disputas, por el Tratado de Torrellas, Murcia pasa definitivamente a Castilla pues le avalaba un derecho de conquista previo. Misterio resuelto.

En 1482, según el catalanista Soldevila, acuden 1.500 catalanes al cuartel de Córdoba en el comienzo de la campaña contra el Reino de Granada. Con un cierto resentimiento que se desprende de su pluma, y un lenguaje anacrónico, Soldevila afirma: «Una vez más los Países catalano-aragonesos (sic), generosamente, sin que vayan a buscar en la lucha ninguna ganancia territorial, ayudan a Castilla en su obra de Reconquista —ahora a acabarla, a terminarla». La militancia nacionalista le impedía ver a Soldevila el entusiasmo hispano de la Reconquista y siempre dejaba caer la sospecha sobre una Castilla que abusaba de la *ingenuidad* catalana. Las galeras reales de la Corona de Aragón parten de Barcelona comandadas por capitanes catalanes como Francesc Torrelles, Francesc de Pau, Pere Busquets, Galcerán de Recasens, etcétera. Años después, en 1510, Fernando *el Católico* viajaría a Barcelona y concedería a todos los participantes prerrogativas nobiliarias para ellos y sus descendientes. Cuando ya se precipitaba el reino de Granada y las tropas cristianas asediaban la ciudad, en 1491, los barceloneses se apuntaron en masa a la movida. Se

proclamó un jubileo por la cruzada y se bendijeron las banderas que irían al combate. Todo ello lo relata con gran lujo de detalles Feliu de la Peña en sus *Anales de Cataluña*.

Cuando cayó Granada, y siguiendo los *Dietarios de la Diputación General*, se produjeron en Barcelona: «Las más grandes manifestaciones de alegría que nunca se habían hecho». Esta cita es tomada por Soldevila que, como siempre, deja caer una sospecha: «si hemos de creer el Dietario de la Generalitat». Curiosamente, el historiador catalán sospecha de la fuente si refleja un entusiasmo hispanista; en cambio, la cita como autoridad cuando entiende que apoya sus tesis nacionalistas. Ver para creer. La hiel sigue manando de la pluma de nuestro historiador: «Castilla conseguía en Granada el fruto de su perseverancia egoísta (sic)». En cambio, Soldevila olvida gestas como la de 1502, donde los franceses, por enésima vez, invadían el Rosellón. Fernando *el Católico* acudió en 1503 con 18.000 soldados castellanos y 10.000 catalanes. El «egoísmo» castellano brilló por su ausencia y, como pasaría más de una vez en la historia, los castellanos salvaron el Rosellón para Cataluña.

## **36. ALMIRANTES CATALANES DOMINAN EL MEDITERRÁNEO**

Desde la época de esplendor de la Corona de Aragón, Cataluña había dado insignes marineros que dominaron el Mediterráneo. Ejemplo de ello fue Ramón Marquet, hombre de confianza de los reyes Jaime I y Pedro *el Grande*. Junto con Berenguer Malloll, organizó la expedición naval de 1282 a Barbería (África del Norte) y a Sicilia, que inició la expansión aragonesa por tierras italianas. En la batalla de las islas Formigues, en 1285, descalabró la flota francesa. Navegantes como éste hubo muchos. Frente a la desconfianza de los historiógrafos catalanistas, el recién iniciado Imperio español no tuvo ningún reparo en contar con catalanes para altos cargos militares. Un ejemplo de ello es Ramón Folc de Cardona-Anglesola, nacido en Bellpuig, en 1467. Fue nombrado Almirante de la escuadra española que conquistó Mers-el-Kebir en 1505, durante las campañas del norte de África. Esta conquista serviría de base para la toma, cuatro años después, de Orán, que quedaría integrada en la Corona española durante los siguientes siglos. Ramón Folc también participó en la

guerra de la Liga de Cambray (Italia) en el ejército de Fernando *el Católico*. Como tantos catalanes fue premiado con virreinos en Sicilia y Nápoles. Como jefe de los ejércitos de la Santa Liga, tras las victorias de Novara y La Motta (1513) repuso a los Médicis en Florencia, expulsó a los franceses del norte de Italia y sitió Venecia, apartada de la alianza tras pactar con Francia. En los últimos años del reinado de Fernando *el Católico* destacaron también almirantes como Bernardo Vilamarí o Hugo de Montcada que retomaron el control del Mediterráneo.

Durante el inicio de la etapa imperial española en Barcelona se retoma la construcción de bajeles (superando una profunda crisis que estuvo casi a punto de eliminar esta industria); se reabren consulados como el de Alejandría, los catalanes empiezan a comerciar en Egipto haciendo la competencia a los venecianos. Luís de Recasens, capitán general de la armada española, obtiene en Pantelaria una sonada victoria contra el turco Solimán (1516). ¿Dónde está la decadencia? Cataluña ni decae ni tampoco tendrá una vitalidad espectacular como Castilla: simplemente sigue su propio ritmo. Pierre Vilar lo describe así: «sobre bases sociales renovadas, [Cataluña] vivirá tiempos más calmados, más prósperos, pero en una larga pasividad». Ello explicaría por qué, pudiendo aventurarse a las Indias (como demostraremos), lo hará con menos intensidad en los primeros siglos del Imperio; en cambio explotará su presencia en los siglos XVIII y XIX. La integración que se estaba produciendo entre las dos antiguas coronas que ahora configuraban la España imperial muchas veces ha pasado desapercibida y se desvela en hechos insólitos, como el que sigue.

### **37. VALLADOLID—MONTSERRAT: UNA UNIÓN ESPIRITUAL Y MATERIAL**

Durante el reinado de los Reyes Católicos, se hizo patente (antes de que apareciera el Protestantismo y la Contrarreforma), la necesidad de reformar monasterios que se habían relajado en demasía, o bien habían perdido su fuerza espiritual fundacional. En un documento, los Reyes ordenan: «... porque en nuestros reinos hay muchos monasterios e casas de religión, así de hombres como de mujeres, muy disolutos y desordenados en su vivir e en la administración de las mismas casas e bienes espirituales e temporales, de lo cual nacen muchos escándalos e inconvenientes e cosas de mal ejemplo... de que nuestro Señor es muy deservido, e a nos se podría

imputar e dar asaz cargo». Los Reyes Católicos, en una visita realizada al monasterio de Montserrat, en 1492, fueron testigos de la decadencia del cenobio y alcanzaron que el Papa Alejandro VI anexionase Montserrat al monasterio de San Benito el Real de Valladolid, en plena expansión. La comunidad benedictina de Valladolid, por tanto, sería la encargada de lograr que renaciera la espiritualidad benedictina en Montserrat.

En 1493 una docena de monjes llegaban al santuario de Nuestra Señora de Montserrat. Con ellos iba quien sería elegido prior, y más tarde Abad, García Jiménez (Ximenes) de Cisneros (hermano del famoso Cardenal). Desde 1390, el monasterio de Valladolid se había convertido en el centro de restauración de la *estricta observancia*. El 3 de julio de 1493, Cisneros se hacía cargo del priorato de Montserrat e iniciaba la reforma, tanto material como espiritual y disciplinaria de los monjes. El monasterio catalán era muy distinto al de Valladolid, en especial por la cantidad de monjes ermitaños que vivían dispersos por los riscos y también por el gran número de peregrinos que acudían cada día. Los monjes debían dedicarse, por tanto, a la vida activa, alimentándoles, curando a heridos y enfermos o auxiliándoles espiritualmente. Cisneros procuró preservar las peculiaridades de Montserrat, y en el Capítulo General de 1500, logró que les fuera reconocido un estatuto propio. En él se establecía que los monjes montserratinos seguían la Regla de San Benito, pero «en otras cosas, algunas diferentes de nuestra congregación [Valladolid], nos conformásemos con las loables costumbres de este monasterio, por conservar la devoción de los peregrinos». No obstante, los *spirituales ejercicios*, núcleo de la reforma cisneriana, quedaban reconocidos en Capítulo General como recto camino de perfección y vida religiosa.

Cisneros estaba convencido de la utilidad de la imprenta para el impulso evangelizador. Antes de fin de siglo ya editaba Montserrat un primer *Enchiridion Benedictinum*, que incluía la Regla de San Benito, obras de San Buenaventura, el *Tratado de ascensión espiritual de Gerardo de Zupthen*, entre otras obras. Muy pronto fue seguido por la elección de misales, breviarios, procesionales y los ejemplares del *Directorio de las Horas Canónica*, las *Constituciones de los Monjes*, así como obras del Abad, entre ellas *Ejercitatorio de la vida espiritual*, que se convirtió en uno de los pilares de la reforma espiritual. Al morir, en 1510, la escuela de oración de García Jiménez de Cisneros estaba consolidada. En 1512 es elegido abad Pedro de Burgos, discípulo predilecto de García. El impulso reformista cisneriano estaba definitivamente asegurado y su obra se extendió por toda Europa. Incluso en los imprescindibles *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio de Loyola los expertos señalan que se nota la impronta de la escuela de Cisneros. La relación de san Ignacio de Loyola (un vasco) y Montserrat (catalana) con la espiritualidad infundida por un vallisoletano, es un canto a la riqueza de la espiritualidad hispana. Por desgracia, en la Revuelta de los Segadores (1640), los monjes castellanos serán

expulsados, aunque tras varias décadas podrán volver. No será hasta el siglo XIX cuando Montserrat se desligue de Valladolid y emprenda su propio camino; primero glorioso y ejemplar y luego decantado al servicio de la política nacionalista, más que al de la religión (pero eso lo relataremos más adelante). ¿Qué catalán sabe hoy en día que durante cuatro siglos los monjes de Montserrat eran principalmente castellanos? Sigamos con las sorpresas.

### **38. PREDILECCIÓN DE CARLOS I POR LOS CATALANES: BARCELONA, CAPITAL IMPERIAL**

Según la tesis clásica nacionalista, con la llegada de los Borbones llegó el absolutismo y la «desnacionalización» de Cataluña. En cambio, con los Austrias, aún se conservó la identidad y fueros catalanes. Pero este esquema tampoco explica bien por qué los pueblos hispanos se iban fusionando y consolidando una identidad común. Por eso, Ferran Soldevila titula el capítulo dedicado a los Austrias en su *Història de Catalunya* con la significativa frase: «La desnacionalización pacífica». Da a entender así, que durante la época de los Austrias, sin darse cuenta, los catalanes estaban dejando de serlo (¿?). Esta tesis no quita que algún historiador romántico-catalanista, como Francisco de Bofarull, fuera más honesto y ensayara un sorprendente escrito con el significativo título de *Predilección del Emperador Carlos V por los catalanes* (1895). Las tesis de este tratadillo son prácticamente reproducidas por José Antonio Vaca de Osma en su obra *Los catalanes en la historia de España*.

Veamos los argumentos. Carlos I llegó a España, rodeado de flamencos y sin entender ni «papa» de castellano. En Castilla se encontró un ambiente de hostilidad, tanto por su Corte flamenca, como porque aún había partidarios de doña Juana (la Loca) y todos le consideraban un extranjero. El futuro emperador se traslada en 1519 a Barcelona donde, ante unas primeras reticencias, jura los fueros y se convierte en Conde de Barcelona, siendo aceptado por el pueblo. Para Carlos I, Barcelona es un centro geopolítico fundamental, ya que mantiene una proximidad con los intereses mediterráneos, sobre el turco, con la Provenza y el Rosellón que le enlazan con su Borgoña, etcétera. En Barcelona se establecerá un año y ahí recibirá la noticia de su proclamación como emperador. Barcelona se convierte así, por breve tiempo, en la sede del imperio de los Habsburgo. Incluso en la Catedral de Barcelona quedará



registrado en su escudo el recuerdo de la reunión del capítulo del Toisón de Oro. Por aquél entonces, Castilla se levanta en armas contra el Emperador en la guerra de los Comuneros y Valencia amenaza con sus «Germanías». Sólo en Barcelona el Emperador se encontró a gusto.

La estancia de Carlos I en Barcelona propició unas ventajas económicas y el florecer cultural de la Universidad de Barcelona. El conocimiento de las estructuras políticas de la Corona de Aragón le permitió aprender y aplicar esa forma de administración política tan peculiar en la organización de las tierras del Nuevo Mundo. Esta forma de gobernar le alejaría del centralismo borbónico: «Cada reino gozó de gran autonomía pues más que gobernarlos, los dejaba ir a su aire, como a hijos mayores, pero hijos suyos, con un carácter casi patrimonial», señala Vaca de Osma. Un «enemigo eterno» para los catalanes era Francia. El consolidado reino franco tenía siempre puestos los ojos en el Rosellón y la Provenza. Por eso el triunfo de Carlos I contra Francisco I de Francia, en la batalla de Pavía (1525), fue más que celebrada por todos los catalanes. Además mandó personalmente al Duque de Alba a defender la frontera francesa. Frente a los continuos ataques berberiscos al levante español, el Emperador ordenó «poner en plena actividad las atarazanas y astilleros barceloneses». Se rehizo una flota de combate y ante el peligro de un ataque berberisco a Barcelona envió 2.000 soldados alemanes que, unidos a la milicia de Barcelona, alejaron el peligro. Los catalanes tuvieron el privilegio de defender para el Emperador plazas en las islas mediterráneas como Malta o Rodas.

La nobleza catalana vivió un momento de esplendor con Carlos I, que seguía sin hacer mucho caso a los castellanos. Miguel May fue nombrado Embajador en Roma; Antonio de Cardona, Virrey de Sicilia; Berenguer d'Oms, general de las galeras españolas (fue el terror de la morería); Miguel de Boera, Capitán General de la armada en las expediciones a Túnez y Argelia o Hugo de Montcada (que ya mencionamos antes), General en Jefe de los ejércitos que entraron en Roma. Durante mucho tiempo, el oro de la Indias llegaba a Barcelona, donde era acuñado; y las *Leyes y Ordenanzas para el gobierno de las tierras descubiertas en ultramar* fueron promulgadas en Barcelona, el 20 de noviembre de 1542. Ello no quita que el Imperio se fuera caste-llanizando y que Toledo se convirtiera en la capital imperial. ¿Qué hubiera pasado si Barcelona se hubiera transformado en la capital permanente de la España imperial? No podemos acabar este epígrafe sin mencionar una reflexión del Ferran Soldevila, que destaca tanto por su lucidez, como por su idiotéz: «Si la desnacionalización de Cataluña avanza [en época de Carlos V], no es por la fuerza de imposiciones retrógradas, sino por la misma fuerza de expansión y atracción de la monarquía española, por entonces en la cima de su poder y de su gloria». Cataluña se iba integrando en los destinos de la monarquía hispánica por convencimiento, no por vencimiento; con entusiasmo y sin marasmo. Y ello le duele al historiador

nacionalista.

### **39. CATALANES PASEANDO POR LAS ALPUJARRAS: «LOS SÚBDITOS DE TODA ESPAÑA MÁS LEALES AL REY»**

El 1568 estalló la rebelión morisca de las Alpujarras. Reinando Felipe II, vio abrirse una quinta columna en la Península, mientras sus tercios trataban de mantener un costosísimo Imperio en Europa. Guillermo de Orange se frotaba las manos pensando que la sublevación musulmana supondría el debilitamiento definitivo del Imperio español. Lo que en un principio fue un motín de unos pocos miles de moriscos, pronto fue una revuelta de 20.000 hombres, que se iba replicando por toda España. Era urgente actuar y así lo hizo Felipe II, comisionando a su hermanastro Don Juan de Austria. Según señalan algunos autores (John Lynch, Kamen, Elliot, Thomas), y relata Pío Moa, Juan de Austria acababa de sofocar una pequeña revuelta en Cataluña. Tras firmar la paz con la Corona, unos 5.000 catalanes juraron lealtad a Felipe II y se pusieron en marcha hacia Andalucía para ayudar a sofocar las revueltas moriscas. Este refuerzo resultó determinante para la derrota de los moros y la demostración de que los catalanes «eran los súbditos más leales al Rey de toda España», como dijo Juan de Austria después de la victoria. Poco tiempo después, esos catalanes que lucharon en las Alpujarras, se reencontrarían en Barcelona, embarcándose para la aventura de Lepanto. Por ahora mencionamos dos protagonistas en la campaña de las Alpujarras, ambos pertenecientes al Tercio de la Costa de Granada: Miguel de Moncada y Lope de Figueroa, que reaparecerán enseguida en nuestra historia.

### **40. LOS CATALANES EN LEPANTO: COLECCIONANDO TROFEOS**

La Liga Santa que emprendería el combate contra la morería y acabaría con su hegemonía mediterránea fue liderada por España. Formalmente fue dirigida por Don Juan de Austria, aunque acompañado por el veterano Don Luis de Requesens quien actuaba como consejero en temas navales. Se discute el papel de Requesens frente a Don Juan (excesivamente joven e inexperto sobre todo en temas marinos) y de los méritos de la victoria. Miquel Coll i Alentorn, en su *Història dels catalans 1516—1660*, afirma que: «Lluís de Requesens actuaba como lugarteniente y asesor del príncipe, el cual no podía dictar ninguna disposición relativa a la escuadra, ni tan solo la correspondencia privada sin la aquiescencia de Requesens». Pero no entraremos en esta estéril discusión sobre quién tuvo más mérito, pues el caso es que ambos se compenetraron bien y el resultado salta a la vista. Nos interesa, en todo caso, resaltar la participación de los catalanes en las tropas imperiales. Para la navegación se dispuso que la armada se organizara con un grupo de exploración y cuatro escuadras. La escuadra de descubierta formada por tres galeras españolas y cuatro venecianas al mando del catalán Don Juan de Cardona, navegaba ocho millas por delante de la flota, para reconocer cualquier nave que se sospechara enemiga. También hay que tener en cuenta que la nave capitana, así como muchas otras, se construyeron en las atarazanas de Barcelona. Aún hoy, ahí, se encuentra una reproducción de la Nao de Don Juan de Austria.

De la Batalla de Lepanto quedaron muchas memorias en Cataluña, ya que la gesta impactó notablemente en la capital catalana. Algunos de estos recuerdos han perdurado, otros se han perdido y algunos permanecen ignorados. Entre los más privilegiados está el Santo Cristo de Lepanto, que se venera con gran devoción (a pesar del laicismo imperante) en la Catedral de Barcelona. Esta imagen (milagrosa por otro lado, pues su extraño contorno de cadera se explicaría por un movimiento de la imagen para esquivar una bala otomana) presidía la nave capitana de la armada cristiana. Durante mucho tiempo se conservó en Montserrat la lámpara de la nave capitana turca, pero en 1811 desapareció, cómo no, tras la profanación de las tropas francesas. Una de las «reliquias» más desconocidas se halla en la Iglesia de Sant Feliu de Guixols. Se trata del pabellón de la nave capitana turca. Su presencia ahí se explica por la numerosísima participación de marineros de la villa en la Batalla de Lepanto. La imagen de la Virgen de la Victoria se veneró en el Convento de Montesión. Banderas y gallardetes arrebatados al moro fueron repartidos por toda Cataluña. Otra inesperada influencia fue la eclosión de la devoción a Nuestra Señora del Rosario. A partir de 1571, en toda Cataluña se erigieron numerosísimos altares, capillas e iglesias en su honor, ya que el Papa había mandado rezar el rosario a toda la Cristiandad mientras se libraba el combate; y a esos rezos se atribuyó la victoria.

Josep Pla, en su *Guía de la Costa Brava*, al hablar de Sant Feliu de Guíxols, cita a los autores del siglo XVII Salvador Ribes i Roig y Gelpí, y a la lista que

elaboraron de 80 marineros de la villa que participaron en la batalla. Algunos guardaron banderas turcas en su casa, conservadas hasta finales del XVIII. Por otro lado se sabe que el capitán Camisó asaltó la nave capitana turca y mató al almirante otomano, Alí Paixà; hecho que inclinó de forma definitiva la cruzada en favor de la flota cristiana. Ferran Soldevila, al describir la batalla de Lepanto barre para casa, pues enfatiza todo lo que puede la presencia de los catalanes: «Es catalán Lluís de Requesens, lugarteniente del generalísimo Juan de Austria (que era menor de edad) y verdadero dirigente de la flota; es catalán Joan de Cardona (del consejo privado de don Juan) que, con ocho galeras, avanza al descubierta, y entablada ya la lucha impide intrépidamente, con un gran peligro personal, el movimiento de dieciséis galeras turcas que intentaban atacar por el flanco, catalanes son Montserrat Guardiola, Ferrán Sanoquera, Enric de Cardona; Dimas de Boixadors, Miquel de Montcada (en cuyo tercio combatía Cervantes), Alexandre y Joan de Torrellas, Guillem de Sant Climent, y otros muchos que situán muy alto, una vez más —y será la última—, el nombre de Catalunya en las aguas del golfo de Corinto, que dos siglos antes, en tiempos de los ducados de Atenas y Neopatria, era un lago catalán».

Sólo dos apuntes a la versión de Soldevila: 1) Ciertamente Cervantes sirvió a las órdenes de Miquel de Moncada, pero este no era catalán, sino valenciano; y 2) querer emular Lepanto con la aventura de los almogávares es dejar que la pasión nacionalista domine la razón histórica. Lo que sí se puede tomar como cierto es su afirmación de que: «Cataluña que había comprendido la posible trascendencia de ese esfuerzo supremo había abocado todos sus recursos y todas las reservas de gente de mar». No sólo eso, sino que la victoria despertó la poesía catalana con las obras de Joan Pujol (sacer-dote mataronés) y Dionís Pont (mallorquín). Un poema de este último, nos muestra la hermandad entre catalanes y castellanos: «Que illustre gent castellana / Aportaba Don Juan, / Gent tudesca, italiana, / Brava gent la catalana / Que hauran fet de tallar carn». Lepanto fue un ejemplo más de cómo lo catalán y lo hispano se fusionaban connaturalmente ante empresas comunes.

## **41. CERVANTES... ¿PERDIDO EN BARCELONA?**

Es indudable que Cervantes estuvo en la batalla de Lepanto. Lo que no está tan claro es dónde estuvo un par de años antes. También es evidente que conocía Barcelona, por los detalles de su relato de *El Quijote*, aunque los historiadores no se ponen de

acuerdo acerca de cuándo pudo estar en la Ciudad Condal. Algunos apuntan a que Cervantes, en 1570, ya era soldado de la Compañía de Diego de Urbina, del antes mencionado Tercio de Granada o de Miquel de Moncada. En 1572, tras una reorganización de los Tercios, se incorporó al de Lope de Figueroa. En sus combates por el norte de África caería célebremente prisionero. Los cervantistas más escrupulosos suponen que pasó todo el año 1570 y parte del 71 en Italia, y no es hasta enero del 72 cuando su nombre aparece en las listas de soldados del ejército de Felipe II. No sería descabellado considerar que Cervantes no se enrolara en Italia, como suele afirmarse, sino en España; y, de ser así, pasó por Barcelona, con su hermano Rodrigo, junto a las tropas que habían de combatir en Lepanto. Sabemos de cierto que el Tercio que había luchado en las Alpujarras se recompuso en Barcelona, de donde zarpó el 11 de julio de 1571. Eso explicaría que el día de San Juan de 1571, a cuya fiesta aludirá después en *El Quijote*, estuviera en Barcelona y asimismo se encontrara ya en la Ciudad Condal el día 16 del mismo mes, en que Don Juan de Austria fue recibido por las autoridades locales, tal y como consta en el *Dietari del Antich Conseil Barceloní*. El relato del dietario parece que es emulado irónicamente en la narración de la entrada del Quijote en Barcelona. Quizá parodiando esa visita quiso Cervantes que don Quijote se embarcara también en la nave capitana, en el capítulo LXIII de la Segunda parte de la obra. Es bonito pensar en esta conjunción de Tercios imperiales, Lepanto, Barcelona como inspiración cervantina... Y todo ello quiere ser eliminado de un plumazo por la historiografía nacionalista. Pero ahí está la Historia. Los Tercios castellanos no fueron invasores de Cataluña, sino que los catalanes participaron en el ejército imperial como cualquier otro pueblo de Las Españas.

## **42. PASEANDO POR FLANDES: «EL TERCIO DE CATALANES DE QUERALT»**

¿Participaron los catalanes en los afamados Tercios hispanos? La respuesta es sí. Entre las tropas regulares del Imperio español existían dos tercios propiamente catalanes por su lugar de reclutamiento: el tercio de la Diputación de Cataluña y el Tercio de la Ciudad de Barcelona. Estos tercios no nos consta que participaran en Flandes o en otros lugares épicos. Sin embargo, hubo otro Tercio que tendría esa

misión. Se trató del Tercio de Queralt, que llegó a los Países Bajos en 1587. Contaba con unos 1.900 hombres, distribuidos en 18 compañías. Esta unidad militar se formó, según cuenta un cronista, con gentes sin oficio ni beneficio, aunque también se le sumaron ciudadanos de prestigio: «Había en este tiempo en Cataluña gran cantidad de bandoleros, que no es cosa nueva en los caballeros de aquella tierra á tener bandos y discordias, [...] le pareció al Rey, nuestro señor, limpiarla con procurar sacar toda la gente sobrada que habia ejercitando las armas, y así hizo un perdón general de todos los facinerosos que habia con tal que le fuesen á servir á los Estados de Flandes debajo de la mano de Alexandro, y así mandó levantar un tercio y se arbolaron banderas para él en Barcelona y toda Cataluña, y debajo dellas, demás de la gente de la calidad que digo, se alistó mucha principal y soldados muy valerosos, de suerte que en breve tiempo se formó un tercio de diez y ocho compañías muy lucidas, y habiendo marchado por toda Italia llegaron en este medio á los Estados de Flandes». El peculiar Tercio se puso a las órdenes de Don Luis de Queralt, caballero catalán muy honrado, y de ahí tomó su nombre.

Esta unidad compuesta casi íntegramente por catalanes, causó extrañeza entre los otros tercios acantonados en tierras flamencas: especialmente porque hablaban catalán y no les entendían. Y como tampoco entendían a los flamencos, les empezaron a llamar los «valones de España». Más tarde, con cierto *retintín*, les renombraron con el título de *El Tercio de Papagayos*, ya que cuando intentaban hablar castellano lo hacían tan mal que provocaban jerigonzas y sornas. Este Tercio, junto a tres más, estaba destinado a desembarcar en la invasión de Inglaterra, pero el fracaso de la Armada Invencible lo desactivó. Por fin, sin muchas heroicidades bélicas que contar, el Tercio se redistribuyó entre otras unidades. Sobre Don Luis de Queralt, nos ha llegado un elogio que le hizo Alonso Vázquez: «El capitán y gobernador D. Luis de Queralt, caballero catalán muy gallardo; mostrólo en las guerras de Flandes; dio mucha y buena cuenta de todo lo que se le encomendó del servicio del Rey, nuestro señor, á satisfacción de su sobrino Alexandro, el cual le estimó por sus muchas y buenas partes; fué este caballero Gobernador de un tercio de infantería española que llevó á los Estados de Flandes».

### **43. BANDOLERISMO CATALÁN: ¿HÉROES O VILLANOS? LA CRISIS DE UN SISTEMA**

Retrocedamos un siglo. Al morir Fernando *el Católico*, «el mejor monarca que hubo en España», en boca de Próspero de Bofarull. El propio rey reconocía, dos años antes de su muerte, que «nunca la Corona de España estuvo tan acrecentada ni tan grande como ahora». Sin embargo, España no era una entidad uniformada, sino que los diferentes reinos tenían sus idiosincrasias y ritmos particulares. Según Marcelo Capdeferro, «cuando murió Fernando (1516) Castilla había entrado ya en la Edad Moderna. Cataluña, en cambio, permanecía anclada en la Edad Media». Esta pequeña ambientación nos ayudará a entender lo que significó realmente el bandolerismo en Cataluña. De 1521 a 1621, durante el siglo que va de Carlos V a Felipe III, el bandolerismo se convirtió en la lacra social por excelencia de la tierra catalana. Este fenómeno fue por un lado exaltado como parte del espíritu catalán y, por otro, criticado en cuanto que un anquilosamiento de un régimen medieval que no supo evolucionar. Vayamos por partes. La historiografía nacionalista y los movimientos catalanistas modernos han mitificado a «héroes» como Joan de Serrallonga (entre otros, aunque este fue el más conocido). Estos bandidos fueron (y aún los son) loados y cantados como auténticos robinhoods del pueblo. Incluso a nivel popular se larvó una guerra civil entre los *nyerros* (cuyo símbolo era un lechoncillo) y los *cadells* (cuyo símbolo era un perro). Veamos qué subyacía en cada bando y cuál era la naturaleza del conflicto, especialmente en época de Felipe III.

Los *nyerros* constituyeron una facción político guerrillera que asolaba villas y ciudades, y solían asaltar carruajes que transportaban impuestos del Estado, así como a séquitos de nobles favorables a la monarquía hispánica. Fueron protegidos por una más que decadente aristocracia catalana en vías de extinción que soñaba ilusamente que la monarquía francesa le devolvería la gloria, prestigio y riquezas. Por eso los *nyerros* defendían los intereses y territorios de estos señores feudales, rehuyendo de su obediencia al Rey de España. Este bandolerismo quedó «justificado» y «legitimado» gracias al abuso de los antiguos *usatges* (usos y costumbres) medievales que permitían a los señores feudales proteger a sus vasallos frente a la autoridad del Rey. Como señala el gran hispanista J.H.Elliot: «La Corona de Aragón estaba dominada por una constitución de la cual fácilmente abusaba una aristocracia irresponsable». Andrés Reig, Vice-Canciller del Consejo de Aragón, escribía al Rey en 1615: «quien fomenta y entretiene a los bandoleros son algunos y gente poderosa para conservar sus parcialidades». Los *nyerros* solían vestir con sombrero rojo y una larga capa del mismo color. Un dato interesante, aunque escasamente conocido, es que esta facción tuvo claras concomitancias con los hugonotes (protestantes franceses) que tantas veces habían intentado apoderarse del Rosellón. La relación entre los protestantes franceses y las familias catalanas que se fueron posicionando a favor de Francia y contra España es un campo de investigación aún prácticamente virgen.

Los cadells tampoco se quedaban cortos. Eran una facción también militarizada que con apoyo de obispos, población urbana y la nobleza hispánica, defendía los intereses y territorios de estos. Se dedicaba también a asaltar o quemar las propiedades de los nyerros. Esta sería una de las tantas «guerras civiles» que se vivieron antes, y se vivirán después en Cataluña. La consecuencia de este conflicto, según señala Pujades, fue que: «El Virrey ya no puede más: los ladrones se burlan de él y los caballeros le han perdido el respeto... Todos ellos son más señores de la tierra que el propio Rey». Cataluña, como pasará tantas veces en la Historia, al deslindarse de una autoridad superior cayó en el más salvaje de los cainismos. No es difícil establecer una relación del conflicto entre nyerros y cadells, la busca y la biga, felipistas y austracistas o la persecución interna en Cataluña durante la Guerra Civil española. Si se dice que hay dos Españas, bien se puede afirmar que hubo dos Cataluñas: una fiel a su tradición y otra rebelde y afrancesada.

**Digresión sobre la decadente nobleza catalana:** En tiempos de Felipe III, a la decadente nobleza catalana, según Vaca de Osma, «les entra el prurito de los títulos». Las viejas baronías y vizcondados medievales les saben a poco. Solicitan al Rey títulos de Grandes de España, marquesados o condados. Desde antiguo, los títulos de nobleza catalana habían pasado, gracias a los enlaces matrimoniales, a la nobleza castellana (por ejemplo, entre otros, el Ducado de Cardona y el Condado de Ampurias pertenecían a Don Diego Fernández de Córdoba). De golpe, Felipe III se sacó de la manga ocho nuevos títulos de nobleza que repartió entre sus catalanes más allegados. Siglos después, Alfonso XIII, con la misma intención de ganarse apoyos, pero en un sentido más cutre, empezó a otorgar títulos de nobleza a eméritos empresarios catalanes. El caso más significativo fue el título de Conde de Godó. Su representante actual, en 2008, recibió el título de Grande de España. Ello no impidió que necesitado urgentemente de las subvenciones de la Generalitat, convirtiera a la vieja *La Vanguardia española*, en un panfleto nacionalista infumable.

**Una de bandoleros:** El bandolerismo catalán fue reciclado por el romanticismo hasta tal punto de convertir a asesinos sanguinarios en héroes románticos. No es casualidad que Serrallonga fuera uno de los grandes mitos del romanticismo decimonónico. Ejecutado unos años antes de la Guerra de los Segadores, fue transformado en héroe de los pobres y desvalidos. Ya en el siglo XVIII aparecieron obras de teatro sobre su figura. En el siglo XIX la pieza *El catalán Serrallonga*, que se representaba en toda España con notable éxito, era prohibida por subversiva. Mucho tiempo después, un «bardo» de la *Nova*



*cançó*, que cautivó a los jóvenes revolucionarios de la Transición, y al que tendremos el gusto de dedicar un epígrafe en capítulos finales, compuso *El bandoler*. La canción causó furor y demostraba la fuerza del romanticismo, por su carácter simbólico y revolucionario.

#### **44. LA TRAGEDIA DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVII: LAS DENTADAS DE FRANCIA**

La segunda mitad del siglo xvii fue desastrosa para España en general, y para Cataluña en particular. El reinado de Felipe IV y, posteriormente, el de Carlos II, tuvieron en Cataluña su lacra particular. Sería la época de la Guerra de los Segadores, la Guerra de la Secesión de Cataluña (con la famosa traición de Pau Claris); la época de las constantes invasiones francesas; y de un conflicto entre catalanes que era la continuación lógica de la de los nyerros y cadells. Para colmo, la monarquía hispánica se estaba quedando sin fuerzas ni recursos y los viejos reinos no estaban muy dispuestos a colaborar en el desgaste que estaba sufriendo Castilla. De ahí el famoso verso de Quevedo: «En Navarra y Aragón / no hay quien tribute un real / Cataluña y Portugal / son de la misma opinión / Sólo Castilla y León / y el noble reino andaluz /son los que cargan la cruz / católica Majestad, / por favor, tened piedad».

Ante la necesidad de ser breves, sólo señalaremos la sucesión de conflictos que hubo de padecer Cataluña. La Corona estaba en guerra abierta con Francia desde 1635 (en el marco de la Guerra de los Treinta Años). En 1640, Cataluña (al menos una parte) y Portugal se levantarán contra el Rey provocando una situación crítica que ponía en peligro de disolución a toda la Monarquía. La causa del malestar en Cataluña eran las constantes exigencias del Conde Duque de Olivares para que el Principado contribuyera al esfuerzo que suponía defender la frontera. Entre los abusos contra la población por parte de unas tropas mal pagadas y desmotivadas y el egoísmo de los dirigentes catalanes, encabezados por Pau Claris, se produjo el desencuentro. Acogiéndose a la excusa de los viejos fueros y sus privilegios, se iniciaría la Revuelta de los Segadores. Entre 1640 y 1652 se produciría la Guerra de Secesión pues, traicioneramente Cataluña había sido entregada a Francia por Pau Claris. Una parte de las élites catalanas (aquellas que apoyaban, como vimos, a los

nyerros) aceptaron entregar el Principado al Rey de Francia. Éste se creyó en el derecho de invadir Cataluña, todo ello orquestado con gran habilidad por el Cardenal Richelieu. A las miserias de la guerra se sumaron pestes como las 1647 y 1654.

Después de más de una década desesperada, en 1652, y tras la reconquista de Barcelona por las tropas españolas, se daba por acabada la guerra. Pero las consecuencias fueron funestas, con la firma, entre la Monarquía hispánica y el rey de Francia, de la Paz de los Pirineos (1659): pasando el condado del Rosellón y la mitad del de la Cerdaña a estar bajo la potestad francesa. Lo que con tanto esfuerzo había defendido la Monarquía hispánica no impidió que, el delirio de un hombre llevara a que Cataluña perdiera un 20 por ciento de su territorio.

**Caracterización de Pau Claris:** La locura de Claris, al que en su posterior discurso fúnebre se le denominó el «Moisés catalán», había provocado una de las mayores pérdidas territoriales de Cataluña. Los juicios sobre él son dispares, incluso entre los catalanistas. Rovira y Virgili dice de él que fue: «el padre protector, defensor y liberador de la Patria»; el catalanista Padre Miguel de Esplugues lo calificó de «atolondrado y poco edificante». El juicio más ponderado, posiblemente, nos lo ofrece J.H.Elliot: «Clarís no sabía nada del mundo, más allá de Cataluña, que realmente era todo su mundo. Odiaba a su obispo, odiaba a los castellanos y reservaba todo su amor y lealtad al que era su Capítulo Catedralicio y su provincia nativa». Hoy Claris goza del beneplácito de los historiadores catalanes, que no han querido realizar una biografía crítica del personaje.

Pero ahí no acaba la cosa: los franceses, no satisfechos con el resultado, iniciaron la denominada Guerra de los Nueve Años (1689-1697), en la que invadieron parte de Cataluña, a la par que bombardeaban Barcelona y Alicante. Incluso antes, Gerona, en 1675, había sido sitiada. Los partidarios de la Monarquía hispánica en el Principado tuvieron que volver a desangrarse metafórica y literalmente en una nueva guerra. De por medio se produjo la guerra de las «barretines» o de los *gorros*, (1687-1689) donde se repetían los acontecimientos de 1640. Muchos campesinos, angustiados por una crisis de langostas que había provocado hambrunas, y por los constantes sacrificios que se les pedían para mantener las tropas en la guerra contra Francia, acabaron lanzándose a una revuelta. Cataluña se hundía en medio de sus propias contradicciones e indecisiones.

**Digresión muy importante:** un tema histórico interesante y digno de ser profundizado es la espiritualidad de los alzados contra las autoridades españolas. A Rovira y Virgili, republicano, laico y catalanista, siempre le

ptovocó repulsión el espíritu «religioso» de esta revuelta. Por ejemplo, «¡Viva la fe de Cristo!», «¡Viva la tierra, muera el mal gobierno!» fueron los lemas de los segadores que originaron la revuelta del 7 de junio de 1640, día conocido como el Corpus de Sangre. La Diputación editó la famosa *Declaración católica a Su Majestad fiadora de Felipe el Gran*, en la que se intentaba justificar teológicamente la rebelión. Otros historiadores, y aquí conviene profundizar, señalan que las influencias hugonotas se dejaron entrever entre los rebeldes. Ello coincidiría con el espíritu de los nyerros y señalaría una «infiltración» hugonota en la católica Cataluña, nada estudiada, como ya hemos advertido. Ello explicaría el apoyo de ciertas familias influyentes a la causa francesa. Pensemos que en la Revuelta de los Segadores se reprodujeron en Cataluña multitud de asesinatos en los que los «más desfavorecidos» asesinaban a los ricos de las villas (una copia exacta del conflicto entre nyerros y cadells).

## **45. LA REVUELTA «DELS ANGELETS»**

Entre tanta tragedia y guerras hubo un levantamiento en el Rosellón digno de ser estudiado, ya que los nacionalistas lo han intentado tergiversar; incluso, ocultar. El Rey francés, aparte de iniciar una brutal política de «reeducación» francesa que consistía, entre otras cosas, en extinguir cuanto antes la lengua catalana, también sableó con el impuesto de la sal a los campesinos de la zona (los campesinos necesitaban la sal para su ganado). Ello provocó una revuelta muy peculiar, llamada «dels angelets» (de los angelitos). El nombre no está claro de dónde viene, pero posiblemente se debe a la devoción de los labriegos pirenaicos a san Miguel Arcángel y que éste era patrono de los «miqueletes» (las famosas milicias populares de las que ya hemos hablado). La revuelta tuvo dos fases. La primera, 1667-1668, fue precedida de la ejecución de varios catalanes que se negaron a pagar el nuevo impuesto sobre la sal. Esta primera fase fue liderada por José de Trinxeria que organizó una eficaz guerrilla contra las tropas francesas a las que hostigaba, al igual que asesinaban a los cobradores de impuestos de la sal. El gobierno francés finalmente cedió y suavizó las medidas de los impuestos.

Una segunda revuelta se produjo entre 1670 y 1674 y fue más dura. El gobierno francés hubo de enviar más de 4.000 soldados, ya que «els ange-lets» fueron capaces

de sitiar y tomar poblaciones. Otra diferencia, sumamente importante y acallada —o distorsionada— por la historiografía catalanista, es que esos campesinos catalanes deseaban volver al servicio de la Monarquía hispánica, pues ya habían catado el Absolutismo francés. En 1673 las guerrillas catalanas «dels angelets» iniciaron contactos para lograr un retorno del Rosellón a España. En la llamada conspiración de Vilafranca de Conflent, el sábado de Gloria de 1674, se preparaba la declaración de reintegración de los condados catalanes a España. Pero la conspiración fue descubierta y su líder, Manuel Descatllar, fue detenido, torturado salvajemente y ejecutado en Perpiñán. Su compañero Francesc Puig i Terrats, fue degollado delante de su propia casa. La represión general fue tremenda: requisas de patrimonio, condenas a galeras, ejecuciones... El coste fue tan tremendo que el Rey de Francia incluso propuso cambiar los Condados catalanes por los de Flandes, a lo que el Rey español se negó. La historiografía catalanista siempre ha ocultado el carácter «español» de la revuelta «dels angelets». Pero ahora, en algunos artículos científicos de ciertos historiadores, ellos mismos se preguntan con asombro si realmente, en el fondo, esos catalanes lo que querían era volver a España. La extrañeza les viene, en primer lugar, por los documentos franceses que claramente veían en esta sublevación el deseo de sumisión a la Monarquía hispánica; y, en segundo lugar, porque hasta ahora en la «academia catalanista» se había defendido que estos catalanes luchaban por una Cataluña que ni fuera española ni francesa; pero la ausencia de documentos al respecto imposibilita esta tesis.

## **46. REGIMIENTOS CATALANES PARTIDARIOS DE FELIPE V**

Cuando aún no se había iniciado la Guerra de Sucesión, y llegaba por primera vez Felipe V a Barcelona como rey indiscutido, siendo aclamado por los catalanes y jurando sus fueros, apareció un curioso personaje: Blas de Trinchera. Hijo de un famoso caudillo miquelete, propuso al Rey formar en dos meses un Tercio completo para acantonarlo en Nápoles. El Rey, sorprendido e incrédulo, accedió a sufragarlo. Blas de Trinchera contó con muchos antiguos miqueletes y en dos meses consiguió preparar y uniformar un tercio de 700 catalanes. Esta unidad marchó para defender el reino de Nápoles y, tras el alzamiento austracista que iniciaría la Guerra de Sucesión, sus integrantes —todos catalanes— se mantuvieron fieles a Felipe V.

Otras unidades compuestas de catalanes también se mantuvieron en las filas

felipistas. Veamos la relación: Regimiento de Dragones «Pons» (1703-1706), comandado por Miquel Pons de Mendoza que luchó junto al Regimiento de Dragones de «Camprodón» (1703-1706). Éstas fueron dos unidades de extraordinaria calidad bélica y muy eficaces para la victoria de la causa felipista. Otros regimientos de catalanes felipistas fueron: el de Dragones «Picalqués» (1706-1710); el Regimiento de Dragones «Grimau» (1710-1718); Ya acabada la Guerra, los catalanes pudieron alistarse en el Regimiento de Dragones «Tarragona» (1718-1734) y en el de «Sagunto» (1725-1785).

**Curiosidad histórica. Unos catalanes salvan a Felipe V:** uno de los Regimientos de Dragones, más concretamente el de «Camprodón», salvó al mismísimo Felipe V en la batalla de Almenar. Éste huía en desbandada, tras una terrible carga de las tropas austracistas, comandadas por el general inglés James Stanhope. El ejército felipista hubo de retirarse a Zaragoza y, si no fuera por la protección de los catalanes, Felipe V habría caído prisionero. Ironías de la historia, gracias a unos catalanes, Felipe V acabó ganando la Guerra y luego llegó el Decreto de Nueva Planta.

Otro Tercio de infantería catalana fue el de Llovet (1703-1704), fundado por Manuel de Llovet y formado por unos 600 catalanes, que fue destinado a Ceuta. Tras el alzamiento austracista, se mantuvo fiel al Borbón. Otros regimientos de infantería felipista de los que no hemos conocido más datos que los de su existencia son el de «Ballaró» (1704-1707) y el de «Molina» (1704-1707) o los regimientos de caballería números 1, 2, 3 y 4 «Rafael Nebot» (que se fueron constituyendo entre 1703 y 1714). Hacia estos últimos hubo siempre desconfianza y miedo a que se pasaran a los austracistas. Pero la lista sigue: encontramos el Regimiento de Fusileros «Naturals de Cervera» (1711-1714), cuyo teniente coronel era Josep Vilallonga i Saportella; o los Regimientos de Fusileros «Po de Jafre» y el de «Naturals de Berga», de los que por desgracia no hemos podido encontrar más datos. Sea como sea, el querer plantear la Guerra de Sucesión como una guerra entre catalanes y castellanos es una simple estulticia. Estamos ante una guerra civil, donde muchos castellanos eran austracistas, al igual que muchos catalanes eran felipistas.

## 47. 1714: UN TERCIO CASTELLANO DEFIENDE BARCELONA

El imaginario catalanista quiere creer en un sitio de Barcelona donde los catalanes puros defendían su catalanidad hasta la muerte. Evidentemente Barcelona estaba llena de barceloneses, menuda obviedad, pero entre los defensores de la ciudad había muchos que no hablaban catalán: porque eran o aragoneses, o navarros; o incluso, castellanos austracistas. De momento sólo cabe aquí apuntar que el verdadero héroe de la defensa de Barcelona no fue Rafael de Casanovas, sino el Teniente Mariscal Antonio de Villarroel y Peláez (gallego, aunque nacido accidentalmente en Cataluña). Fue el hecho de que hubiera nacido en Barcelona lo que le permitió ser elegido en vez del otro candidato: el Teniente Mariscal Antonio Colón de Portugal y Cabrera, Conde de La Puebla que no era catalán (aunque no hemos podido averiguar su lugar de nacimiento).

Lo que casi nadie sabe es que hubo un Tercio de Castellanos defendiendo Barcelona en 1714. Se trataba de una unidad de infantería llamada Regimiento de la Concepción. Su coronel era Gregorio de Saavedra; sus colores de divisa eran el azul y rojo; y su patrona —evidentemente— la Inmaculada Concepción. El Regimiento estaba compuesto de unos 700 castellanos. Este regimiento se fundó en 1713, tras la traición inglesa, y tuvo el sobrenombre de *Villarroel*, pues este fue su organizador directo. El coronel, hombre de confianza de Villarroel, fue comisionado como comandante fijo de Baluarte. La leva de este regimiento, hasta llegar a los mil hombres, fue completada con catalanes.

Otro regimiento peculiar y nada catalán fue el de Infantería Santa Eulalia. Igualmente se formó tras el abandono de los ingleses. En él se aglutinaron todos los soldados navarros y su coronel fue Don José Íñiguez Abarca, Marqués de Las Navas. Más tarde fue sustituido por un castellano, el Coronel Antonio del Castillo y Chirino. También, cuando las cosas se pusieron mal, muchos navarros decidieron marchar y el regimiento se completó con catalanes. Francesc de Castellví y Obando (1682-1757) en sus *Narraciones Históricas* Vol. III, recoge algunos nombres de oficiales españoles voluntarios en la ciudad: «Coroneles españoles de voluntarios: don Manuel Desvalls, don Pablo Toar...». Otra fuente muy especializada es la proporcionada por Agustí Alcoberro i Pericay en su obra *L'Exili Austracista (1713-1747)*, Vol. II, donde reseña los «Oficiales españoles vivos en diferentes regimientos alemanes», que provenían de la defensa de Barcelona.

## **48. LO QUE NUNCA JURARÁN LOS INDEPENDENTISTAS: «EN NOMBRE DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD...»**

Hacía años que el conflicto sucesorio había quedado resuelto. El Archiduque Carlos y los aliados ingleses habían abandonado a su suerte a las tropas austracistas. Prácticamente toda Cataluña ya había sido tomada por las fuerzas felipistas; pero Barcelona decidió resistir. No podría explicarse esta resistencia numantina o, mejor dicho, macabeica, sin el apoyo de un fervor religioso extraordinario. En todos los documentos y proclamas son constantes las invocaciones a la Divina Providencia, las procesiones, los rezos públicos del Rosario, novenarios y la presencia constante del Santísimo en los altares. Infatigablemente se invocaban a los santos patronos: Santa Eulalia, San Severo y San Narciso o Nuestra Señora de las Mercedes, que fue proclamada Generalísima del Ejército resistente.

Impresionantes fueron los actos de bendición de las banderas y el juramento de los soldados. Los regimientos desfilaban por Barcelona hasta la iglesia o capilla donde se hallaba la santa o santo patrón bajo cuyo patrocinio estaban. Acto seguido se oficiaba un misa solemne y finalizado el oficio las banderas eran bendecidas. Los oficiales salían fuera del recinto sagrado y se colocaban frente a los soldados formando un círculo con la bandera en el centro. Clavadas las banderas en las astas, eran alzadas, y bajo su presencia un auditor leía las ordenanzas militares, especialmente los capítulos referentes a la defensa del Rey y de la Patria. Entonces, oficiales y soldados alzaban los tres dedos de la mano derecha en señal de la Santísima Trinidad y realizaban este juramento: *«En nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Tres Personas distintas y un sólo Dios verdadero Juro no abandonar mi bandera hasta perder la última gota de mi sangre en defensa de la Sacra Cesárea Católica Real Majestad del Rey nuestro Señor y del Fidelísimo Principado de Cataluña»*. Finalizado todo el ceremonial de bendición y juramento, se disparaban tres salvas de fusilería, tras de lo cual el regimiento volvía desfilando hasta su acuartelamiento.

## **49. LAS BANDERAS DE 1714**

También se celebraron con especial devoción las diadas en honor de los santos

patrones que protegían la unidad. El 15 de marzo de 1714, en honor de Santa Madrona, el V Batallón de la Coronela, de Barcelona celebró su onomástica bajo la supervisión del sargento mayor de la Coronela Félix Nicolás de Monjo y a la orden del teniente coronel de la unidad. Abría la parada un destacamento de música militar, seguido de una compañía de granaderos y los 434 milicianos del batallón. Ante la Catedral de Barcelona formaron a seis de fondo, aguardando hasta la finalización del oficio. Acto seguido se inició la procesión con la sagrada cruz, el clero y el cabildo, seguidos por el cuerpo de la virgen y mártir Santa Madrona bajo palio llevado por el consistorio municipal, encabezado por el Conseller en cap y coronel Rafael Casanova; cerraban la procesión los hombres del V Batallón. Concluida la procesión, las tropas formaron en orden de batalla, lanzaron una descarga cerrada y se desarbolaron las banderas.

Las banderas de la infantería del Ejército de Cataluña mostraban la imagen del santo patrón de cada unidad, custodiado por las armas del Principado de Cataluña y las reales armas del emperador y rey Carlos III de Aragón, llevando también una bandera de san Jorge. Los estandartes de caballería seguían el mismo patrón, y el Regimiento de Caballería de la Fe llevaba un Cristo bordado sobre fondo verde, divisa de la unidad, con el siguiente lema *Pro Lege, Patria et Rege* (Por la Ley, la Patria y el Rey), bajo el cual figuraban las armas reales de Carlos III de Aragón, las del coronel del regimiento, y las de Cataluña. En las banderas de la Coronela de Barcelona figuraban las armas de la Ciudad y el emblema del gremio de la Compañía. Mención aparte merece la Bandera de Santa Eulalia, la bandera que desde el siglo XVI devino bandera de la Ciudad, de fondo carmesí con la imagen de Santa Eulalia, copatrona de Barcelona, flanqueada por las armas de la Ciudad y un sagrado cálice con el lema: *Exugere Deus, Judicam Causa Tuam*, (Ven Dios, y juzga tu causa).

Tras la reforma de 1713, que reorganizó la Coronela en 6 batallones, se dotó a cada batallón de una bandera con la imagen del santo patrón o del misterio católico bajo la advocación del cual estaba: Santísima Trinidad, Inmaculada Concepción, Santa Eulalia de Barcelona, Santa Madrona, San Severo de Barcelona y Virgen de la Merced. El capitán de la 7ª Compañía del II Batallón, Francisco de Castellví y Obando, narró que cada una de las seis primeras compañías de cada batallón mostraban en el anverso la imagen del santo patrón, con el escudo heráldico de Barcelona debajo, y en el reverso las reales armas de Carlos III de Austria, con el símbolo heráldico del gremio repetido en las cuatro esquinas de la bandera.



## **50. FELIPE V SE RODEA DE CATALANES PARA SU PROTECCIÓN**

Felipe V, tras la Guerra de Sucesión, acometió la reforma de su Guardia Real. En 1731 formó la Compañía de Granaderos Reales. La formación de esta compañía fue encargada al catalán Barnardino Marimón. En 1735, esta unidad militar pasó a integrarse como cuerpo de la Casa Real, obteniendo así unos privilegios especialísimos. Los nombres de las insignes familias catalanas se encuentran entre la oficialidad de este cuerpo: los Marimón, los Azlor, los Alós y los Amat. Ciertamente entre ellos había una relación de parentesco y amistad que propició que Marimón consiguiera cargos para el resto; pero Felipe V no tuvo inconveniente en que su «guardia pretoriana» fuera dirigida por catalanes. Insignes militares como Junyent Bergós, levantador del Regimiento de Barcelona, o Joaquín Bru Sampsó, se sumaban a la oficialidad catalana. Un hombre clave fue José Ortador, que fue nombrado «Comisario real de Guerra de los ejércitos de S.M. y propietario de dicha compañía».

El origen de este excepcional cuerpo al servicio de Felipe V (del que ningún historiador nacionalista nos ha hablado) está en el apoyo inicial de los catalanes al Rey antes del inicio de la Guerra de Sucesión. Entre los años 1702 y 1703, se formaron en Cataluña cuatro regimientos de infantería y dos de dragones. De los regimientos de dragones surgirían los hombres que nutrirían años después la guardia personal de Felipe V. Los fautores de los regimientos de dragones fueron Miguel Pons y José Camprodón. Reinando ya Felipe V en paz, se siguieron formando regimientos de catalanes, como los de los Dragones denominados «Ampurdán» y «Ribagorza» (en 1718), constituidos por Isidro Pou y Pedro Miguel. En 1734 la noble familia de los Sentmenat creó el Cuerpo de Infantería de Cataluña. Lo más irónico de esta cuestión es que del Cuerpo de Granaderos de Felipe V, propiamente catalán, acabaría surgiendo un himno que se acabaría convirtiendo en la marcha real y después en el himno de España.

## **51. LOS EFECTOS BENÉFICOS DEL DECRETO DE NUEVA PLANTA**

Ante la caída de Barcelona, el Decreto de Nueva Planta y la pérdida de los fueros y

*usatges* podemos hacer dos cosas: ponernos a llorar hasta no parar o aceptar que pasó y analizar sus consecuencias. En la historiografía catalanista es más que evidente la posición adoptada. Sin embargo, paradójicamente, tras las lógicas represiones después de un conflicto y el Decreto de Nueva Planta, se tiene que asumir que a Cataluña le sentó muy bien la derrota. Si bien el catalanismo no cejó en quejarse de que se le había privado de asistir a América, en el siglo XVIII el comercio catalán eclosionó. Por eso no es de extrañar que Víctor Balaguer, catalanista converso al españolismo gracias a sus ganancias americanas, justificara: «El descubrimiento de América... iniciado por castellanos y aragoneses... completado luego por los naturales de la Corona de Aragón y... de todas las nacionalidades españolas... el descubrimiento de América... aún sin darse cuenta los que intervinieron, vino a ser alianza y base de interés común, contribuyendo poderosamente a la unidad de España» (Conferencia titulada *Castilla y Aragón en el Descubrimiento de América* y pronunciada en 1892).

Ciertamente el Decreto de Nueva Planta acababa con una serie de usos y derechos seculares del Principado, pero también anulaba las fronteras arancelarias en la Península. Como señala Carolina Rúa en su tesis doctoral sobre el tema: «Castilla aumentaba sus mercados en un 25%, pero Aragón accedía a un mercado cuatro veces superior... dicho de otra manera Castilla pasaba de un mercado de 6 millones a 7,5, mientras que la Corona de Aragón pasaba de 1,5 a 7,5 millones». De Pinedo en una comunicación académica titulada *Notas sobre la conquista del mercado peninsular por los comerciantes y los productos catalanes en el siglo XVIII*, recoge algunos testimonios de la rapidez con la que los catalanes se aprovecharon del Decreto de Nueva Planta. En Galicia, por ejemplo: «enxambres de marineros catalanes que no cabían en su País, atraídos de la fama de las marítimas riquezas de Galicia, se derramaron sobre sus costas». Castilla se vio inundada de catalanes que iban a comprar materias primas como la lana. En Badajoz: «Catalanes con chinas, encaxes y otros géneros de algodones y sedas, vendían por las calles y casas el tiempo que querían...».

Es interesante el testimonio de Larruga y Boneta en un escrito titulado *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España* de 1787. En él se lee: «las provincias de estos dominios que más intereses sacan de la corte por un verdadero comercio suyo activo, son las de Valencia y Cataluña... la segunda saca mucho más en los diferentes géneros de sus fábricas que entran continuamente, siendo los renglones más principales paños, bayetas, estameñas, indianas, lienzos pintados, papel y medias de seda,... de curtidos entra un renglón considerable de zapatos, admira el gran número que se consume, y este es un ejemplar de lo industriosa que es Cataluña, pues solo de este género vende en España más que los demás zapateros».

Eran tan evidente los beneficios del Decreto de Nueva Planta que Soldevila no tiene más remedio que afirmar: «El balance que va desde la setentena de años que van desde la caída de Barcelona en 1714, hasta la muerte de Carlos III (1788) no era, entonces, tan descorazonador como podría parecer en un principio». Se queja de la pérdida del amor de los catalanes por la propia lengua y de la «desmemoria» histórica. Los hijos de los defensores de la Barcelona de 1714 —sigue Soldevila— «escriben como verdaderos *botiflers* y la opinión ilustrada se muestra abiertamente felipista». Por ello, Soldevila, junto a Rovira y Virgili, reconocen —aunque no logran entender— los recibimientos entusiastas que los Borbones recibían cada vez que viajaban a la Ciudad Condal. Hasta el más mediocre de ellos, Carlos IV, fue desafortadamente recibido en medio de un delirio popular. Y es que el bienestar de los despóticos Borbones suplió todo recuerdo de la amarga derrota.

## 52. UNA PERVERSIÓN HISTORIOGRÁFICA DEL CATALANISMO: EL COMERCIO AMERICANO

En la tesis doctoral de Cristina Rúa, que antes hemos señalado, se afirma que: «la visión más generalizada en la historiografía nacionalista catalana (que explicaba la decadencia económica de Cataluña en los siglos XVI y XVII en función de su exclusión del comercio americano), hacía un flaco favor a la investigación. Este mito catalanista se había convertido en un dogma contra el que muy pocos se atrevían a rebelarse». El historiador y catedrático Carlos Martínez Shaw se ha dedicado a recoger testimonios que prueban que, aunque en el testamento de Isabel II se concedía «el trato y provecho de las Indias» a los castellanos, Fernando el Católico no hizo mucho caso. Por otra parte, el juicio de Pierre Vilar es determinante: «Es el comercio colonial, no el comercio exterior, aquel cuya demanda excita la industrialización en Cataluña», de tal forma que «el desarrollo industrial catalán de fines del siglo XVIII resulta prácticamente inconcebible de no haber contado con el mercado americano». Según Alonso de Herrera, Carlos I habría concedido explícitamente el usufructo de las Indias también a los habitantes de la Corona de Aragón. Se puede afirmar que: «los catalanes estuvieron siempre presentes en los barcos de la Carrera de Indias como pasajeros, tripulantes o sobrecargos al cuidado de sus propias mercancías». Eso es lo que se desprende del magnífico *Fondo Documental Enrique Otte* —historiador hispanoalemán, especialista en el tema— en

el que ya se registran compañías comerciales catalanas desde el siglo XVI. Según historiadores como Fontana o Cabrera Lobo es que si no hubo más relaciones comerciales era porque la evolución de la coyuntura catalana no coincidía ni en el espacio ni en el tiempo con la de la España imperial. Del mismo parecer fue siempre Vicens Vives, como ya señalamos anteriormente.

### **53. LA RED CATALANA EN MADRID: «EL PERIODO FELIZ»**

Los nacionalistas se quejan de la invasión castellana de Cataluña, pero no atienden a la invasión de catalanes que sufrió Madrid tras el Decreto de Nueva Planta. Si bien, como ya dijimos, los primeros años de la derrota catalana fueron duros, se puede decir que a partir de 1724 se inicia un período de prosperidad para Cataluña. Este crecimiento tiene indicadores muy claros: aumento de la urbanización, intensificación del tráfico mercantil, expansión de manufacturas, aumento de la población, acumulación de capital, inversiones productivas. Nada mal para ser un «país ocupado y oprimido». A finales del XVIII, en Cataluña han aparecido compañías especializadas en la exportación de aguardiente, se crean negocios nuevos como el de seguros, se reactiva la construcción de barcos o los servicios de transporte transatlántico. Lo que los catalanistas denominan una etapa de «foscor» (oscuridad), Pierre Vilar la definió como «el periodo feliz». Los catalanes fueron tejiendo una red de comercios y contactos en Madrid que les permitió no sólo realizar buenos negocios, sino también garantizar su influencia política. No hubo que esperar al Decreto de Nueva Planta, pues este movimiento ya se había puesto en marcha unos años antes. Según Larruga: «Los telares de máquina no fueron conocidos en Madrid hasta el año de 1692, en que Francisco Potau, catalán, puso un telar en que fabricaba á un tiempo seis piezas de listones, obra llana y listada». Cataluña salía de sí misma y se encontraba un mundo en que podían fructificar todas sus potencialidades económicas, artísticas e incluso espirituales. Por eso, para la historiografía catalanista, es prácticamente imposible encontrar un documento de queja hacia la dinastía de los borbones durante el siglo XVIII.

## 54. EL BATALLÓN DE VOLUNTARIOS DE CATALUÑA

Mientras Cataluña tejía sus redes comerciales por España y el Nuevo Mundo, también los catalanes participaban en los cuerpos militares y expedicionarios con notable éxito y reconocimiento. Buena parte de las gestas militares de los catalanes, a los largo del siglo XVIII y principios del XIX, proviene de un batallón de voluntarios que se remonta a 1701, y que fue tristemente disuelto en 2004. Su historial militar es impresionante. Con motivo de la llegada de Felipe V a Barcelona, en 1701, Don Blas Felipe de Trinchería se ofreció para formar un Tercio (del que ya hemos hablado). Tras la Guerra sería denominado el de «Voluntarios de Cataluña» y se dividiría, con el transcurrir del tiempo, en dos Batallones. El primer batallón de voluntarios catalanes tendría dos réplicas más (o gemelos) que forjarían su propia historia militar.

Reseñemos las principales acciones de estas unidades. El primer batallón original (el primer gemelo) participó en la Guerra de Sucesión, aun bajo el nombre de Tercio de Trinchería (1702-1714); Guerra contra la Cuádruple Alianza (1717-1721); Ocupación de Nápoles (1735); Campaña de Portugal (1762); Expedición a Argel (1765); Buenos Aires (1766-1778); Guerra de las Naranjas (1801), una breve guerra entre España y Portugal, por las intrigas napoleónicas; Expedición del Marqués de la Romana (1808), en el que el primer Batallón de Infantería Ligera 1º de Voluntarios de Cataluña (1.200 hombres), tuvo que acudir a Alemania, en virtud de un pacto napoleónico para reforzar el bloqueo báltico de Inglaterra; Guerra de la Independencia (1808-1814), esta vez contra el francés; y presencia en Panamá y Quito (1815-1821).

La segunda réplica de este cuerpo es más decimonónica y coincide con Guerra de la Independencia (1808-1814). Posteriormente realizará su labor en América: Cuba (1819), Nueva España (1822), Cuba (1823-1838), Puerto Rico (1838-1854), Cuba (1854-1857). La tercera réplica se limitará a actuar en Mallorca y Alicante (1819-1821).

El 2º de voluntarios de Cataluña cuenta con las siguientes acciones militares: Defensa de Melilla (1774-1775), Expedición a Argel (1765), Sitio de Gibraltar (1779), Expedición a Nueva Orleans (1780), Expedición a Pensacola (1781), Expedición a Santo Domingo (1782), Guerra contra la Convención (1793-1795), Combate de Trafalgar (1805), Guerra de la Independencia (1808-1814); Guerra de África (1859-1860); Guerra Carlista (1872-1876), Guerra de África (1893), Guerra de Cuba (1895-1898), Guerra de África (1909-1928). Estas unidades recibieron a lo largo de su historia numerosas condecoraciones: tres Cruces Individuales por la acción del Puente de San Andrés de Yébenes (Toledo) en 1813 (Guerra de la Independencia); una Cruz Laureada de San Fernando Colectiva y 31 individuales por la defensa del castillo de San Juan de Ulúa (Nueva España) en 1825; seis Cruces

colectivas: Cruz de Mora y Consuegra (1810); Cruz conmemorativa del Ejército de Reserva de Andalucía (1814); Cruz de distinción de Alburquerque (1815); Cruz del 2º Ejército de la Izquierda, Batalla de San Marcial (1815); Cruz conmemorativa de la Batalla de Albuera (1815), una Cruz Laureada de San Fernando Individual por la acción de Haduya (Melilla), en 1913.

**Digresión sobre el pacifismo catalanista:** Hace poco tiempo, en medio de los desvariados discursos nacionalistas sobre la independencia, salió un estudio sobre cómo debería ser el futuro ejército catalán. Entre otros argumentarios lo importante es que tuvieran la oportuna acreditación de nivel de catalán. Lo más gracioso es que ante esta propuesta «patriótica», grupos radicales independentistas lanzaron el grito al aire, afirmando que Cataluña no debía tener un ejército, pues los catalanes siempre habíamos sido pacifistas. Que se lo digan a todos aquellos expedicionarios de las unidades que hemos descrito.

## 55. PRIMERA COMPAÑÍA FRANCA DE VOLUNTARIOS DE CATALUÑA

La Primera Compañía Franca de Voluntarios de Cataluña fue un cuerpo del ejército colonial español formado por voluntarios provenientes de Cataluña. Se formó como unidad independiente en 1767 con 4 oficiales, 4 sargentos, 2 tambores y 94 soldados, provenientes del Segundo Regimiento de Voluntarios Catalanes de Barcelona. En un principio, la Compañía estaba destinada a servir en La Habana; finalmente fue destinada a México (donde ya había otra compañía catalana, los Fusileros de Montaña). Allí colaboró en la exploración de la Alta California y, embarcada desde el puerto de San Blas, formó parte de la expedición que descubrió la Bahía de San Francisco. En 1772 se ordenó la fusión de las dos unidades catalanas en un cuerpo de dos compañías de Voluntarios de Cataluña, con base en Guadalajara, desde donde realizaban misiones de control fronterizo, de exploración y de apoyo a la base naval de San Blas.

A finales de agosto de 1789, la primera compañía, al mando del capitán Pedro Alborni, participó en una misión en el Pacífico Norte. El 25 de marzo de 1790, los

navíos Concepción y San Carlos atracaron en la isla de Nutka, en la actual provincia de la Columbia Británica (Canadá). La estancia de la compañía fue muy dura debido al frío y a las frecuentes lluvias. Y desde ahí realizaron expediciones incluso más al norte. La presencia de los voluntarios catalanes es el motivo por el que, en los dibujos realizados por la expedición de Alejandro Malaspina, que pasó por Nutka en el verano de 1791, aparecen numerosos individuos portando la típica barretina catalana. A su regreso, la Compañía continuó sirviendo en California y después contra los insurgentes en México. En 1815 se unió a otras unidades realistas.

La presencia de catalanes en California fue frecuente e importante, empezando por el leridano Gaspar de Portolà. Tras una experiencia militar en Europa pasó en 1764 a Nueva España; y en 1767 fue nombrado gobernador de Baja California. Su misión era expulsar a los jesuitas y reemplazarlos por franciscanos, conforme al decreto de Carlos III, influido por la masonería. En 1769, fue nombrado comandante de la expedición organizada por el visitador general de Nueva España, José de Gálvez, a la Alta California, para asegurar la posesión española de esos dominios, frenando las incursiones rusas y británicas. Encargó al mallorquín Fray Junípero Serra continuar la labor de las antiguas misiones jesuíticas. Esta expedición fue famosa y fructífera por fundar la misión de San Diego (1769), recorrer la bahía de Monterrey y descubrir la de San Francisco. Otro leridano que dejó bien alto el pabellón en California fue Pere Fages i Beleta, alias «El Oso». Este apelativo se lo ganó tras cazar varios platígrados en San Luis Obispo. En 1767, como teniente de los Voluntarios Catalanes, llega a Sonora para servir a las órdenes de Domingo Elizondo. Reemplazó a Portolá como gobernador (1770-1774) de la Nueva California. Desde el cuartel general de Monterrey comandó expediciones a las bahías de San Francisco y San Pablo, al estrecho de Carquinez, al río San Joaquín y a las correspondientes áreas circundantes. En 1777 combatió a los apaches en Sonora y ascendió a teniente coronel. Su vida daría para una película.

¿Quién puede negar que Cataluña no participó en los destinos de la España imperial? Pero tarde o temprano llegaría la decadencia del Imperio, aún así Cataluña mostró más vitalidad y entusiasmo que el resto de pueblos de España.

## Capítulo IV

### DEL IMPERIO A LA RESISTENCIA DEL ALMA CATALANA

«Valerosos catalans / anems tots á la campanya / á defensar nostre Deu / Lley, Patria  
y Rey de Espanya»

(Canción popular en la Guerra *Gran*, 1793-1795)

Mientras el Imperio de la Monarquía Hispánica se iba desintegrando tras tres siglos de esplendor, desgastado desde fuera y desde dentro, aún tuvo arrebatos para las últimas grandes gestas. En ellas, el pueblo catalán mostró un exacerbado espíritu patriótico y españolista. Lejos quedaban las traiciones de las élites catalanas en el siglo XVII. El siglo XVIII fue el de la integración plena en el Imperio hispánico y el XIX —en la misma medida en que iba apareciendo tímidamente el catalanismo y, con más intensidad, el laicismo revolucionario— fue el de la resistencia frente a la Revolución y la Modernidad laica. Lo que iba a ser el siglo XIX, en continuidad con la Cataluña hispana, quedó prefigurado en la Guerra *Gran*. El pueblo catalán manifestaría su capacidad de autoorganización, independientemente de los gobiernos masónicos de Carlos IV, y se lanzaría a luchar contra la Revolución Francesa. Esta sería la constante de la resistencia del alma catalana frente a la Modernidad, que trataba de transformarla.

#### 56. RECONQUISTANDO EL ROSELLÓN Y EL ESPÍRITU HISPANO: LA GUERRA «GRAN» (1793-1795)

La Guerra *Gran* (Grande), llamada también del Rosellón o de la Convención, sólo puede entenderse como la emergencia del alma catalana ante lo que consideraba un deber patrio y religioso. Para los historiadores es una guerra incomprensible, pues no se trata de una mera guerra defensiva, ni siquiera de una guerra para recuperar el Rosellón, aunque al final se convirtió en objetivo (vieja reivindicación desde el Tratado de los Pirineos). La chispa, el motor de esta Guerra, fue la ejecución, por parte de la Convención francesa dirigida por Robespierre, de Luis XVI y la Reina María Antonieta. La ejecución de los monarcas provocó profunda repulsa en toda



Europa y el inicio de nuevas hostilidades. Francia declaró la Guerra a España el 7 de marzo de 1793, iniciando la invasión por Cataluña, Navarra y Vascongadas. En toda España se reclutaron voluntarios dispuestos a enfrentarse a la Convención, pero sólo en Cataluña la movilización alcanzó el carácter de un verdadero ejército popular, subvencionado por los gremios y ayuntamientos. El sentir religioso, patriótico, y los todavía presentes recuerdos de las constantes invasiones francesas llevaron a que un grito resonara en toda Cataluña: «¡A matar franceses!». Por las calles de las ciudades aparecían pasquines exigiendo la expulsión de los gabachos que residían en España (excepto, claro, los que habían huido de la Revolución Francesa) y la declaración de guerra contra los enemigos de Dios y de la Monarquía.

El gobierno español de Carlos IV, dominado por masones y afrancesados, a pesar del regicidio del primo de Carlos IV, puso todas las reticencias sobre la mesa para iniciar esta Guerra. Pero los catalanes no hicieron caso. La ofensiva principal se desarrolló en Cataluña adónde afluyeron miles de voluntarios al grito de «¡Déu, Pàtria i Rei!» Paradójicamente algún historiador catalanista ha visto en la «Guerra Gran» un precedente del catalanismo, al demostrar el pueblo su capacidad de iniciativa y capacidad organizativa. Pero si atendemos al alma catalana de aquel momento, reflejada en sus cantos populares, veremos que nada tiene que ver con el catalanismo.

Entre las muchas poesías que surgieron, recogemos un breve muestrario: «Aquells francesos malvats / son nostros majors contraris, / han comés tantas maldats / alevosas y execrables. / Valerosos catalans, / anems tots á la campanya / á defensar nostre Deu / Lley, Patria y Rey de Espanya» (Aquellos franceses malvados / son nuestros mayores contrarios / han cometido tantas maldades / alevosas y execrables. / Valerosos catalanes / vamos todos a la campaña / a defender nuestro Dios / Ley, Patria y Rey de España); Otra famosa, sonaba así: («¡Al arma, al arma, espanyols! / ¡Catalans, al arma, al arma! / Que lo frenetich francés / nos provoca y amenassa. / Privinguda en la frontera / la millor tropa de Espanya, / tothom espera impacient / la ordre de entrar á la Fransa. / No temau espanyols, no, / mallograr esta campanya, / que la fortuna constant / favorable os acompanya» (¡Al arma, al arma, españoles! / ¡Catalanes, al arma, al arma! / Que el frenético francés / nos provoca y amenaza. / Prevenida en la frontera la mejor tropa de España, / todo el mundo espera impaciente / la orden de entrar en Francia. / No temáis españoles, no, / mallograr esta campanya, / que la fortuna constante / favorable os acompanya»).

En julio de 1793 se formó un cuerpo de voluntarios barceloneses bajo el lema «Por la Religión, el Rey y la Patria». El llamamiento y la respuesta se repitieron por todas las comarcas catalanas, que aportaron miles de «miqueletes» que incluso subieron desde Valencia. El Capitán General de Cataluña, el general Ricardos (aragonés), que consiguió unos 25.000 hombres, ante el primer intento de invasión

francesa, contrató invadiendo el Rosellón. Fue ocupando poblaciones derrotando al francés, culminando sus triunfos con la batalla de Truillás, dejando unas 6.000 francesas viudas. Sin embargo, Ricardos, falto de suministros, tuvo que retirarse (y aún así iba venciendo a los franceses en diferentes batallas).

El *Diario de Barcelona* publicó, con motivo de la toma de Bellaguarda por las tropas de Ricardos, tres sonetos, uno en catalán y dos en castellano, celebrando la victoria: «Ja del bronze tronant la força activa / rompé de Bellaguarda la alza roca; / y rendida la foch viu, que la sufoca, / la guarnició se entrega, y s'fa cautiva. / Lo Gall Francés abac la cresta altiva / de son orgull, que á tot lo mon provoca, / y devant del Lleó no bada boca, / si que fuig aturdit quant ell arriba. / Vallespir, Roselló, la França entera / del valor español lo excés admira / ja espera resistir, ja desespera, / ja brama contra el Cel pero delira; / que lo Cel es qui vol que torne a España / lo Roselló, Navarra y la Cerdeña» («Ya del bronce tronante la fuerza activa / rompió de Bellaguarda la alta roca; / y rendida al fuego vivo, que la sofoca, / la guarnición se entrega, y se hace cautiva. / El Gallo Francés abate la cresta altiva / de su orgullo, que a todo el mundo provoca, / y ante el León no dice esta boca es mía, / sino que huye aturcido cuando éste llega. / Vallespir, Rosellón, la Francia entera / del valor español el exceso admira; / ya espera resistir, ya desespera, / ya brama contra el Cielo, pero delira, / que el Cielo es quien quiere que vuelvan a España / el Rosellón, Navarra y la Cerdeña»).

En numerosas localidades del Rosellón, siglo y medio después de su separación de España, se recibió a las tropas de Ricardos al grito de «¡Viva España!», manifestando su voluntad de adherirse a la Corona española, como en Roca d'Albera, Sureda, la Menera, Costoja y Sant Llorenç de Cendans. Un testimonio publicado en *La Gaceta de Madrid* en abril de 1793, describía cómo fueron recibidas las tropas españolas en Sant Llorenç: «Las tropas de S.M. habían sido recibidas, particularmente en la Villa de S. Lorenzo de Cerdá, con la mayor alegría; el pueblo sobre las armas, y los sujetos distinguidos gritando viva el Rey, viva España, viva la Religión, lloraban de gozo cuando oyeron a su legítimo vicario en la Misa la oración por el Rey y por el Pontífice [...]». Este magnífico inicio de la Guerra empezó a torcerse por la muerte de Ricardos en Madrid, de una neumonía, cuando iba a recabar apoyos. La falta de convicción del gobierno de Godoy y una leva obligatoria masiva del Ejército francés (que reclutó un número de tropas desproporcionadas respecto a los voluntarios catalanes) hizo el resto. En julio de 1795 Godoy firma la Paz de Basilea, según la cual las tropas galas se retiraron de España a cambio de la cesión a Francia de la parte española de la isla de Santo Domingo.

## 57. Y LOS FRANCESES SE APROPIARON DE LA BANDERA Y LENGUA CATALANA

La invasión francesa de España encontró en Cataluña una situación peculiar. Por un lado una aferrada resistencia en los pueblos, y por otro un servilismo de ciertas elites en Barcelona. Ferran Soldevila reconoce en su Historia de Cataluña que «En Francia existía aún la idea de que Cataluña se encontraba *madura para una revolución*». Aunque, más bien, la Cataluña popular estaba preparada para una contrarrevolución. La experiencia francesa, tras tantos siglos de combatir a España utilizando Cataluña como teatro de operaciones (hasta apoderarse definitivamente el Rosellón), fue hábilmente utilizada. Por un lado, en 1808, se acuñaron monedas en Barcelona «Ab les armes d’Aragó» (esto es, con las cuatro barras). En 1810 Napoleón ordenó al Mariscal Augereau que izara las banderas francesas y catalanas en lugar de la española. Paradójicamente, esta es la primera referencia moderna de la aparición de la bandera catalana. Las cuatro barras, también fueron utilizadas en los papeles oficiales, señoreando sobre el pecho del águila imperial napoleónica. Para colmo, el *Diario de Barcelona* dejó de editarse en español, para ser publicado en lengua catalana y francesa; las actas del Ayuntamiento de Barcelona empezaron a redactarse en catalán. La estrategia de asociar lo catalán a lo francés estaba clara, aunque no causó ningún efecto. Un catalanista —político e historiador—, Nicolás d’Olwer, en su *Resumen de literatura catalana* (1927), no tiene más remedio que reconocer una verdad que le duele en las entrañas: «Los catalanes preferían hablar en castellano sobre el despotismo vergonzoso de Fernando VII, que hablar su propia lengua amparado por el glorioso Emperador de los franceses».

Por aquellos tiempos, al catalán de siempre las cuatro barras no le causaban la más mínima emoción. En el Decreto de la Junta Superior de Cataluña, del 20 de febrero de 1809, se ordenaba un alistamiento general de los somatenes contra el francés. De esta orden se desprende la ausencia total de la bandera catalana como símbolo. Cada una de las unidades que se formaran, decía el decreto, llevaría: «una bandera con el Santo Patrono de mayor devoción que haya en los pueblos que formen la división» [ocurría lo mismo que en la defensa de Barcelona de 1714, lo cual demuestra la continuidad del alma catalana siglos después]. Como mucho, un cuerpo de almogávares fue premiado con un escudo de la Merced que portaba las cuatro barras y una cruz. Las monedas de más valor acuñadas en Cataluña por la Junta Superior, no llevaban las cuatro barras, sino el escudo de castillos y leones enmarcando las flores de lis borbónicas. Durante la Guerra carlista de los Siete Años (1833-1840), ni las tropas carlistas (defensoras de los fueros catalanes), ni las tropas mercenarias que les combatían, ni los ejércitos gubernamentales que tomaban nombre de ciudades catalanas (para mimetizarse con la población), nadie, llevaba pendones

con las cuatro barras.

## 58. PARA LOS CATALANES, NAPOLÉON ERA EL «ABORTO DE LUCIFER»

El historiador nacionalista Rovira y Virgili expresaba en su *Historia de los movimientos nacionalistas* que el catalanismo no podía emerger del pueblo catalán levantado en armas contra Napoleón. Su espíritu era demasiado reaccionario y fanáticamente religioso. El catalanismo, para él, debía ser algo moderno y laico y, por tanto —paradójicamente—, afirma que el catalanismo lo traían los soldados napoleónicos en sus mochilas. En cierta medida tiene bastante razón, pues ese pueblo catalán resistente era todo menos catalanista o modernizante. Veamos algunos de los epítetos que le dedicaron las poesías populares: «Demonio encarnado», «Aborto de Lucifer», «Primogénito del gran diablo», «Anticristo» (éste era el más suave). La *Canción de Malaparte*, insiste en que hay que «hacerle cruces» como a un endemoniado.

Ferran Soldevila, siempre confundido entre la Historia y sus deseos de lo que debería ser la Historia, desbarra un poco al tratar del evidente patriotismo español de los catalanes de aquella época. En su *Historia de Cataluña*, «rebaja» ese patriotismo y lo intenta entremezclar con un «patriotismo catalán» por aquél entonces inexistente, al menos en cuanto que precedente del nacionalismo. Nuestro historiador analiza el fenómeno con estas sorprendentes reflexiones: «el patriotismo [de aquellos catalanes] mezcla. Decimos, de patriotismo catalán y español, mezcla liada ¿Cómo separarlo del sentimiento y del sentimiento monárquico —*Religión, Patria y Rey, son los que demandan este servicio*— es la divisa que lleva la bandera de los almogávares fundados en 1810». Y en el colmo del cinismo, Soldevila se pregunta si esto es «¿Patriotismo español, patriotismo catalán? [...] es difícil separarlos». La ceguera física puede incluso curarse, pero la del alma es casi imposible. Toda esta retahíla es para evitar afirmar que se puede ser patriota español y catalán a la vez.

## 59. EL PATRIOTISMO CATALÁN DURANTE LA GUERRA DEL FRANCÉS: ¡AQUÍ YACE ESPAÑA LIBRE!

Sería interminable describir las manifestaciones de españolismo de todos aquellos catalanes que lucharon por su *Dios, Patria y Rey*, durante la Guerra del francés. Salvo los afrancesados de Barcelona y los masones (que solían coincidir), el pueblo catalán «esclatava» (explotaba) de patriotismo español puro. De ahí que el nacionalismo catalán no suela tocar este tema. Pero dejemos que sea la musa popular la que nos muestre el sentir del pueblo. Al igual que en la Guerra Gran, fueron frecuentísimas las poesías y cantos populares, algunos épicos y otros irónicos. Recogemos algunos ejemplos, uno de ellos sobre la batalla del Bruch: Oh batalla del Bruch, la més gloriosa! / afronta de «Marengo», «Eilau» i «Jena» / intrèpidos paisans, gent valerosa, / d'Espanya glòria, de la França pena, / accepteu la corona victoriosa / que la fama vos dóna a boca plena / que la història los noms dirà ab grandesa / d'Igualada, del Bruch i de Manresa» (no traducimos porque se entiende bastante bien). Esta es una poesía anónima publicada en el *Diario de Manresa*, y recogida en el libro *Els precursors de la Renaixença*, de Josep Maria Poble.

El barcelonés Josep Robrenyo, en *Els laments de la trista ciutat de Barcelona*, escribe: «Ai maleïda França; / Te n'has de recordar, / Del mal que has fet a Espanya / Nos la tens de pagar!». (¡Hay maldita Francia! / te has de acordar / del mal que has hecho a España / ¡Nos lo tienes que pagar!). Josep Maria Arnau en *La Pubilla del Vallés*, rememora su participación en la guerra con estos patrióticos versos: «Ha de saber senyoret / Si no sap més que fer el llaç / Que aquest honròs uniforme, / Símbol de la lleialtat, / Representa l'heroisme, / Representa el valor gran / Amb què els fills de Catalunya, / Defensàrem, pam a pam / La independència espanyola / Los fueros i la llibertat» (Ha de saber señorito / si no sabe hacer más que el lazo / que este honroso uniforme / Símbolo de la lealtad / Representa el heroísmo / Representa el gran valor / Con que los hijos de Cataluña / Defenderemos palmo a palmo / la independencia espanyola / los fueros y la libertad).

El carácter de este libro, conjunto de pequeñas reflexiones históricas que nos permiten intuir lo que fue Cataluña durante siglos, nos impide alargarnos todo lo que deseáramos en cada epígrafe, pues de cada uno podríamos escribir un capítulo entero. Recurriremos, por tanto, debido a las restricciones de espacio, a una obrita muy especial: *Centinela contra franceses*, de Antonio Capmany. Este catalán, diputado en las cortes de Cádiz, defensor acérrimo de la nación española, y triste testigo de la invasión francesa, decidió escribir este opúsculo como arma propagandística, ya que la edad no le permitía coger las armas. Por un lado, en el libro se queja de cómo la propaganda afrancesada y liberal ha debilitado el espíritu patrio. El reblandecimiento espiritual, está matando el alma española. Con cierta contundencia, escribe: «En otro

tiempo la religión hacía obrar prodigios; el apellido de ¡Santiago! convocaba y alentaba a los guerreros; el nombre de ¡Españoles! inflamaba porque envanecía; y el recuerdo de *Patria* infundía deseos de salvarla al noble, al plebeyo, al clérigo y al fraile. Pero hoy, que con la inundación de libros, estilos y modas francesas se ha afeminado aquella severidad española». Capmany era consciente de que fueron más peligrosas las costumbres e ideas que venían de Francia que no sus soldados. No obstante, este prócer catalán, al final del libro, en tono de epopeya lanza una filípica al espíritu español casi en tonos apocalípticos: «Nunca entreguéis las armas al enemigo sino por la punta; nunca os dejéis coger vivos sino muertos. Nunca os espante el número de huestes enemigas ni su formidable aparato [...] Cuado perecierais todos, iremos los viejos, los niños y las mujeres a enterrarnos con vosotros, y las naciones que se trasladen a esta desolada región [...] leerán atónitas: *Aquí yace España libre*».

## **60. HEROÍNAS CATALANAS CONTRA EL FRANCÉS: LA COMPAÑÍA DE SANTA BÁRBARA**

El relato de Capmany, a pesar del legítimo tono propagandístico, es interesante por lo acertado de sus juicios. Mientras en España muchos se levantaban en armas contra Napoleón, otras poblaciones se entregaron sin la menor resistencia, bien por aceptar sobornos, bien porque las autoridades eran afrancesadas. No es de extrañar, por tanto, que Barcelona se entregara, mientras que Gerona, Tarragona, Valls, o Vich, resistieran. En este epígrafe queremos homenajear a las mujeres catalanas que destacaron en la defensa de la Patria, aunque el comportamiento de todas las catalanas fue ejemplar por su sacrificio y entrega.

Cómo no, debemos empezar por la catalana Agustina de Aragón (1786-1857) [Agustina Saragossa y Domènech]. Es una de las figuras más relevantes de la resistencia española al francés; representa un auténtico baluarte del imaginario español en el homenaje a sus heroínas. Su popularidad a partir del episodio del Portillo fue enorme, convirtiéndose en el gran símbolo hispano. El 15 de junio de 1808, los franceses forzaron las entradas a la ciudad por la zona de Casablanca, intentando penetrar en Zaragoza entre las puertas del Carmen y del Portillo. El gran asalto del 2 de julio se centró en el Portillo, donde la batería allí dispuesta había

perdido a todos sus hombres. Fue entonces cuando Agustina, tomando la mecha de las manos de un moribundo, disparó el cañón contra los atacantes, logrando su retirada. Intervino la heroína en otros episodios de los Sitios de Zaragoza, participando en la lucha por el convento de Jerusalén (y también en el Sitio de Teruel). Su azarosa vida le llevará todavía al Sitio de Tortosa, donde nuevamente fue hecha prisionera, escapándose más tarde. Cada vez hay menos gente, especialmente en Cataluña, que desconoce que Agustina era catalana; nació en Barcelona, falleciendo en Ceuta, adónde se dirigió con el último de sus maridos. La historia nos documenta su llegada a Zaragoza, a los 22 años, en plena guerra contra los invasores.

Otro caso ejemplar de heroísmo femenino fue en los Sitios de Gerona. Durante el asalto francés del 20 de junio de 1808 al baluarte de santa Clara, los defensores españoles huyeron dejando heridos y muertos. Las mujeres gerundenses acudieron al lugar del desastre, para ayudar, curar y, sobre todo, dar ejemplo de valentía ante los atemorizados defensores. A partir de entonces, estas mujeres —según el estudio de José Grahit Grau— «dieron continuados ejemplos de valor, patriotismo y elevados sentimientos caritativos acudiendo voluntariamente a los lugares de mayor peligro y cuidando de suministrar víveres, refrescos y municiones a los que se levantaron en defensa de la patria, de la monarquía y de la religión, y de recoger los heridos y conducirlos a los hospitales».

Esta espontánea caridad, llevó a varias mujeres a solicitar que se organizara una compañía femenina para hacer más efectivos y organizados estos esfuerzos. Elevaron así una petición al General Álvarez de Castro. Éste recibió la idea con plena satisfacción y aceptó el proyecto que pasaría a denominarse Compañía de Santa Bárbara. Un documento del general informaba de la creación de dicho cuerpo: «Don Mariano Alvarez de Castro, Mariscal de Campo, etc. — Habiendo entendido el Excmo. Sr. Marqués de Coupigny, General del exercito de Cataluna el espíritu, valor y patriotismo de las Señoras Mugerres Gerundenses, que en todas las épocas han acreditado, y muy particularménte en los sitios que ha sufrido esta Ciudad, y en el riguroso que actualmente le ha puesto el enemigo; deseando hacer publico su heroismo y que con más acierto y bien general puedan dedicar y emplear su bizarro valor en todo aquello que pueda ser de beneficio común a la Patria, y muy particularmente de los nobles guerreros defensores de ella, y que a su tiempo tenga noticia circunstanciada S. M. del inaudito valor, y entusiasmo de las Señoras Mugerres Gerundenses para recompensar con distinciones sus méritos y servicios, sean premiadas con un distintivo honorifico, y de mérito, y de hacerlas dotar para que contraigan su alianza de matrimonio decente, y sin deshonor el menor a las familias, y eternizar los dignos nombres de tales heroínas; Ha venido S. E. con orden de 22 del actual en disponer y mandar que se forme una compañía de doscientas Mugerres sin distinción de clases, jóvenes, robustas, y de espíritu varonil para que sean empléadas

en socorro, y asistencia de los soldados, y gente armada, que en acción de guerra tuvieren la desgracia de ser heridos, llevarles en sus respectivos puestos todo quanto sea necesario de municiones de boca, y guerra a fin de que por este medio no se disminuyan las fuerzas de los guerreros que se oponen al enemigo, previniendo que se nombren a tres de dichas Señoras Mugerres para Comandantas de la expresada Compañía... Girona 28 Junio de 1809.— Mariano Alvarez.».

Son miles las anécdotas patrióticas que podríamos contar, pero nos quedamos con una, para demostrar la valentía de esas mujeres catalanas. En la noche del 3 al 4 de noviembre de 1809, al toque de generala, Maria Marfà y Vila, esposa de un cabo de Rentas que permanecía en cama herido, se armó con el fusil y la canana de su marido y salió de casa en dirección al punto en que se percibía el tiroteo. Los artilleros del puente de San Francisco que tenían a su cargo dos cañones, sentados sobre los estribos, le dijeron que regresara a su domicilio a cuidar a su esposo. A lo que ella respondió: «Cuando se toca generala éste es —señalando el fusil que llevaba sobre el hombro— mi marido. He de vengar la sangre que le han hecho derramar estos gabachos malditos». Mientras que así se comportaban las catalanas, a miles de kilómetros, al otro lado del atlántico, los catalanes también luchaban por la hispanidad.

## **61. PASEANDO POR ARGENTINA: TERCIO DE MIÑONES DE CATALUÑA**

El Imperio español estaba llegando a su fin. El desgaste natural, la oposición de otras potencias, los malos gobiernos afrancesados, la invasión napoleónica, llevaron a que durante el siglo XIX, se fuera desmembrando lo que durante tres siglos había sido una unidad política, religiosa y espiritual. Aún en esos momentos de debacle, y ante un agotamiento generalizado de recursos, todavía muchos españoles lucharon como voluntarios por ese Imperio. Y los catalanes no fueron menos.

Es bastante desconocido el llamado *Tercio de Miñones de Cataluña*, denominado también Batallón de Voluntarios Urbanos Miñones de Cataluña, Tercio de Catalanes o Tercio de Miñones. Ésta fue una unidad de infantería creada con milicianos voluntarios en 1806 en Argentina. El denominador común es que todos eran voluntarios nacidos en Cataluña, residentes en Buenos Aires o Montevideo, y en la



que se incluyeron también a hijos de catalanes y otros voluntarios. La formación de esta milicia fue para frenar las incipientes invasiones inglesas al Virreinato del Río de la Plata. Su primer jefe fue Jaime Nadal y Guarda, al que le sucedió Oleguer Reynals. El nombre de *miñones* (muchachos), como ya señalamos en capítulos anteriores, corresponde al de miqueletes, esto es, a las milicias de ciudadanos encargadas de la defensa de las poblaciones, tradicionalmente frente a ladrones y delincuentes. Con el tiempo se convirtieron en unidades que participaron en importantes conflictos durante siglos.

El Tercio se había forjado en unas reuniones secretas de catalanes pudientes, que finalmente solicitaron permiso a las autoridades españolas para crear la unidad militar. La carta que dirigieron a la autoridad competente decía así: «Muy Ilustre Cabildo Justicia y Regimiento: Los que suscribimos, naturales del Principado de Cataluña, ante Usía, con el mayor respeto decimos: Que deseosos de formar un cuerpo de voluntarios que sea útil al servicio y defensa de la Patria, para poderlo hacer y combinar en los términos más proporcionados, ocurrimos a V. S. en solicitud de que nos permita formar Lista de los individuos de que haya de componerse este cuerpo para que hecha, pueda también de consentimiento de todos, proponer á Usía, los términos y circunstancias con que, uniformados á nuestra costa, hayamos de hacer el servicio á que se nos destine, y en que por ahora solicitamos esta permisión, para oportunamente después que sepamos el número de que ciertamente se compondrá dar parte a Usía á fin de que se realice, y obtengan las aprobaciones necesarias. Buenos Ayres y Agosto diez y nueve de mil ochocientos seis. Jaime Nadal y Guarda, Jaime Laballol, Juan Larrea, Oleguer Reynals».

La solicitud fue aprobada por el Cabildo y por el Virrey Santiago de Liniers. El elevado número de voluntarios que consiguieron hizo que finalmente se posibilitara la creación de un cuerpo de artillería, *Patriotas de la Unión*, y uno de infantería: *los Miñones*. Liniers lanzó una proclama el 6 de septiembre de 1806, instando al pueblo a organizarse en cuerpos separados según su origen: «[...] Vengan, pues, los invencibles cántabros, los intrépidos catalanes, los valientes asturianos y gallegos, los temibles castellanos, andaluces y aragoneses; en una palabra, todos los que llamándose españoles se han hecho dignos de tan glorioso nombre».

El Tercio de Miñones catalanes prestó una compañía de 120 hombres (Compañía de Miñones Catalanes de Montevideo) a las fuerzas de Pascual Ruiz Huidobro, que tenía la intención de reconquistar Buenos Aires a los ingleses. Esta unidad estaba comandada por el teniente de miqueletes de Tarragona, Rafael Bufarull, y el subteniente José Grau y había sido costeada en parte por el catalán Miguel Antonio Vilardebó. Los catalanes, al enterarse de la acción de los ingleses, habían escrito al gobernador de Montevideo: «Los individuos catalanes deseando liberar Buenos Aires de los pérfidos ingleses [...] hemos determinado formar una compañía [...] para

servir de partida de Guerrillas o como vulgarmente se dice Miñones catalanes [...]». Durante los combates de Buenos Aires capturaron el cuartel de la Ranchería. En el informe al Cabildo de Montevideo sobre esta acción se puede leer: «[...] los Migueletes con sus Comandantes Don Rafael Bofarull y Don José Grau [...] cayeron como un torbellino sobre los Ingleses que custodiaban el Parque y los atropellaron matando a muchos y poniendo en fuga a otros, y tomándoles diez o doce prisioneros [...] Los Migueletes se desparramaron por las calles interiores de la ciudad, tiroteando por toda la noche y todo el día y noche siguiente sobre las avanzadas enemigas a cuyas guerrillas se le agregan algunos tiradores de la ciudad».

Tras esta primera gesta española y derrota inglesa, vino un nuevo ataque en 1807. El 20 de enero de ese año se produjo el combate del Cordón o del Cardal, cerca de Montevideo, logrando los británicos el triunfo. Los Miñones catalanes participaron en el combate integrando la división española de vanguardia, con dos compañías. Esta acción inglesa era la preparación del asalto a Montevideo, que se produjo el 3 de febrero de 1807. La ciudad se hallaba defendida, entre otras unidades, por la compañía de Miñones al mando del comandante Rafael Bofarull. Muchas fueron las acciones en las que participó el Tercio de Miñones; por ello, en 1809 la Junta Suprema de Sevilla dispuso, en nombre del Rey premiar a los oficiales de los distintos cuerpos milicianos de Buenos Aires, reconociendo los grados militares que se les habían otorgado.

## **62. EL EJÉRCITO REALISTA DE CATALUÑA: «VIVA LA RELIGIÓN, MUERA EL TRAIADOR, MUERA EL PECADO»**

Entre 1820 y 1823 en España se produjo el trienio liberal. Los sectores más afrancesados se hicieron con el poder (por un golpe de Estado, evidentemente) y presionaron a Fernando VII para convertirse en un títere del liberalismo. Ello provocó una reacción llamada la guerra Realista protagonizada especialmente por guerrillas partidarias de que Fernando VII fuera un Rey de verdad [a esto los liberales lo llamaban absolutismo] y no un pelele constitucionalista. Este conflicto se considera el precedente de las guerras carlistas y, sociológicamente, podemos afirmar con certeza que en ella participaron los hijos de la generación que en la Guerra *Gran* se habían levantado contra la Convención, o parientes de los guerrilleros que habían luchado en

la guerra del francés.

Ya desde los primeros días de 1820, en los que tiene lugar el golpe de Estado de Riego, se vivía una situación de guerra latente y permanente que se perpetuaría durante todo el siglo XIX. Los realistas catalanes fueron posiblemente los más belicosos de toda la Península. Mientras que los levantamientos realistas iban fracasando en toda España, en 1821 los realistas catalanes, armados con palos, empezaron a perseguir a los constitucionalistas (liberales) por las calles de algunos pueblos como Piera (Anoia) y Cornudella (Priorato). Los gritos de guerra eran toda una declaración de principios de lo que encarnaban estos catalanes: «Viva la Religión, muera el traidor, muera el pecado, mueran los liberales, [...], muera la Constitución», mientras amenazaban: «matarem, degollarem y fregirem» (mataremos, degollaremos y freiremos) al son de la música de las comparsas populares. Dejando de lado estas amenazas más carnavalescas que políticas, el verdadero espíritu que movía a estos hombres queda de manifiesto, por ejemplo, en un pasquín clandestino distribuido en Vilafranca del Penedés por los realistas el mes de octubre de 1822, que reza: «Los que sois fieles cristianos / destruid estos impíos / hipócritas de milicianos / la mayor parte de ellos / se puede decir que son / rebeldes a la fe santa / y que persiguen la religión».

Los primeros levantamientos fueron rápidamente controlados y sofocados por el ejército constitucionalista. Pero en la primavera de 1822 se consiguió por fin un pronunciamiento generalizado, dirigido por Mataflorida, desde su exilio francés, con la ayuda del arzobispo de Tarragona, Jaume Creus. Los realistas consiguieron movilizar, en momentos puntuales, unos 12.000 hombres armados y cerca de 20.000 a lo largo de 1822 y 1823. Los liberales movilizaron unos 11.000 soldados y unos 12.000 milicianos. El 21 de junio de 1822, Antonio Marañón *el Trapense*, asalta y toma la Seo de Urgel, donde se instala la Regencia, presidida por el Marqués de Mataflorida. El Barón de Eroles, héroe de la defensa de Gerona durante la Guerra de la Independencia, es nombrado Generalísimo de los Ejércitos Realistas en Cataluña, y extiende la sublevación, tomando las ciudades de Balaguer, Puigcerdá, Castellfullit de la Roca y Mequinenza.

El gobierno tuvo que recurrir a otro héroe de la Guerra de la Independencia, al navarro Espoz y Mina. Éste ya había participado en 1816 en la *Conspiración del Triángulo* (una sociedad secreta de inspiración masónica) junto con Rafael de Riego, para derrocar a Fernando VII. Mina consiguió tomar la Seo de Urgel y liquidar la resistencia catalana, el 3 de febrero de 1823. Ello no impidió la entrada de los Cien Mil Hijos de san Luis en España, con el fin de restaurar los derechos de Fernando VII. El objetivo fundamental de la intervención francesa era terminar con el gobierno liberal. Las fuerzas constitucionalistas se enfrentaron con los franceses en Cataluña al mando de Francisco Espoz y Mina, pero no hubo apenas reacción popular de apoyo y

debieron retirarse [Soldevila se empeña en afirmar que hubo una gran defensa liberal en Cataluña contra los Cien Mil Hijos de san Luís, en fin]. El ejército francés ocupó Madrid sin resistencia y bajó hasta Andalucía en persecución de los liberales que se habían refugiado en Cádiz, con Fernando VII como rehén. Es de destacar que, pocos años antes, la entrada de las tropas francesas de Napoleón, habían provocado la resistencia más salvaje. En cambio ahora los soldados franceses eran recibidos con alegría por las poblaciones. Ello significa que el rechazo a los franceses no era por ser franceses, en el caso de Napoleón, sino por las ideas que representaban.

**Digresión:** respecto a la Guerra Realista, sólo realizar unos breves apuntes: a) La Regencia de Urgel, liderada ideológicamente por el Barón de Eroles, no deseaba el liberalismo, ni tampoco un absolutismo que consideraba afrancesado. La Regencia propugnaba un sistema, podríamos decir, foral en el que se respetaran las libertades de todas las Españas. Pero la llegada de los Cien Mil hijos de san Luis restauró un absolutismo en la persona de un débil Fernando VII, que no sabía ni en qué creía. Una parte muy importante de altos mandos militares absolutistas luego lo fue de militares que lucharon contra el carlismo. Mientras el carlismo no pudo durante todo el siglo lograr el poder por las armas, los liberales se fueron repartiendo el poder en sus dos versiones: los radicales y los moderados.

**Clave de una malintencionada interpretación histórica:** En la Guerra Realista se creará un esquema justificativo materialista que ha llegado hasta nuestros días, y que se aplicó a todas las revueltas tradicionalistas catalanas durante el siglo XIX. Esto es, que las guerras no tenían causas ideológicas o religiosas, sino meramente debidas a la escasez alimentaria y a la miseria provocada por malas cosechas. Prueba de ello fue la polémica obra de Pere Anguera: *Dios, Patria y hambre*, en la que defendía esta tesis. Casi dos siglos antes, este argumento ya fue inventado por un diputado liberal catalán, Pere Surrà i Rull, que afirmaba: Cataluña «sumergida en la miseria por la sequía y falta de trabajo,... está convertida en teatro de los mayores desastres, en los que ha sido precipitada por los medios más tortuosos o infames, producto del oro extranjero y de gentes fanáticas y supersticiosas, que han procurado y logrado extraviar la opinión pública hasta el punto de envolver a aquella provincia en la guerra civil».

### 63. LOS «AGRAVIATS» O «MALCONTENTS»: «GUERRA ABIERTA A LA INFERNAL CHUSMA DE MASONES, COMUNEROS Y CARBONARIOS»

Sólo habían pasado cuatro años de la derrota de los liberales constitucionalistas, y estos ya volvían a dominar a un débil Fernando VII [es increíble que la historiografía denomine a Fernando VII *absolutista* cuando era un flojeras integral y un mero títere]. Ello provocó un giro en su política volviendo a tesis liberales. Lo cual provocó un peculiar alzamiento, principalmente en Cataluña, entre marzo y septiembre de 1827. Se le llamó la Guerra de los «Agraviados» o «Descontentos». Curiosamente, una de las quejas y motivaciones de esta revuelta era el incumplimiento de la promesa del Rey de restablecer la Inquisición. Los catalanes preferíamos la Inquisición a la policía recién fundada. Los viejos voluntarios realistas desempolvamos nuevamente las armas. El 25 de agosto de 1827 se pronunció Agustín Superes, con un *Manifiesto* que proclamaba la guerra. Durante el Trienio liberal ya había organizado una partida de realistas que actuó en la comarca de Montserrat. Junto a Josep Bussoms (Jep dels Estanys) y otros, *la Junta Suprema Provisional de Gobierno del Principado de Cataluña* en Manresa, dominó una gran parte de la Cataluña interior: rápidamente fueron ocupados Vich, Cervera, Valls, Reus, Talarn y Puigcerdá, y permanecieron asediadas Cardona, Hostalrich, Gerona y Tarragona. Los *malcontents* se quejaban, esencialmente, de los siguientes agravios: que no se restableciera la Inquisición; que los afrancesados tuvieran «cautivo» al Rey o de la aparición de un nuevo Reglamento de los Voluntarios Realistas para poder controlarlos y desactivarlos. Esta guerra es claramente un precedente de las Guerras Carlistas, pues Agustín Saperes y Busons ya proponían la sustitución de Fernando VII por su hermano, Carlos María Isidro.

Para darnos cuenta del espíritu de este popular levantamiento, tomemos como ejemplo la publicación, en el verano de 1827, del impreso *Aviso a los buenos españoles*, firmado en Olot por Jacinto Castañ, y que acababa así: «a tomar las armas, empuñad las espadas, declaremos la guerra abierta a la infernal chusma de Masones, Comuneros y Carbonarios, que os aseguro y prometo que quitados estos de en medio respiraremos tranquilos y mereceremos la bendición de Dios, el amor del Soberano, y la gratitud de la Patria [España]». En otra proclama daba las gracias a «aquellos que han tomado las armas en defensa de los más sagrados derechos de nuestro adorable Monarca y Santa Religión». En Manresa se publicó *El Catalán Realista* que tenía como lema «Visca el rei i mori el mal govern!» (Viva el Rey y muera el mal gobierno).

El gobierno de Madrid envió al Conde de España (de triste recuerdo en Cataluña) y, ante la magnitud del levantamiento, Fernando VII anunció un viaje a Cataluña para

apaciguar los ánimos. El Rey envió a los sublevados bonitas y paternales palabras de reconciliación. El indulto concedido, y el papel traicionero de la jerarquía eclesiástica (que recuerda al de la Guerra de los Cristeros en México, en el siglo XX) facilitaron la finalización de la campaña. La ciudad de Manresa se rindió sin lucha el 8 de octubre y a ella le siguieron Cervera, Vic y Olot. La alevosía de Fernando VII y de su entorno liberal no tiene perdón: acordado un trato benigno con los rendidos, el monarca rechazó posteriormente cualquier petición de gracia; nueve de los principales caudillos fueron fusilados, mientras que unos trescientos fueron deportados a Ceuta. Barcelona sería administrada por el indolente y tráfuga *Conde de España* —años más tarde se pasaría al carlismo y los propios carlistas le asesinarían por su crueldad— que gobernó a base de terror. Soldevila, esta vez acierta: «Durante cinco años, Barcelona se entregó a la crueldad y las extravagancias de un hombre [...] que bordea la demencia y la monstruosidad [...] en Barcelona se fusilaban hombres sin juicio, puestos en capilla por error o sin motivo (o se les enviaba exiliados) a ultramar sin motivo». ¿Por qué ningún nacionalista actual habla de esta represión salvaje? Porque el ejecutor era en esos momentos, liberal y constitucionalista; y los perseguidos tradicionalistas.

La magnitud de la revuelta que estamos reseñando fue mucho mayor de lo que algunos historiadores quieren reconocer. En el corregimiento de Villafranca del Penedés, por ejemplo, se presentaron 671 indultos sobre 694 sublevados. Las listas oficiales de «malcontentos» tradicionalmente han propuesto unos 8.000 efectivos. Pero ello se debería más a una propaganda gubernamental que a la realidad. Los últimos estudios al respecto elevan la cifra al doble, e incluso algunos proponen unos 20.000 (en documentos franceses de control de fronteras de la época se calculaban más de 23.000). La Guerra de los Agraviados o Malcontentos anunciaba un siglo donde una parte de Cataluña, la que había recogido las esencias de la Hispanidad, no se rendiría y lo entregaría todo en sucesivas guerras.

## **64. LA GUERRA «DELS MATINERS» (LOS MADRUGADORES): «PER SERVIR EL REI D'ESPANYA»**

No haremos referencia, por falta de espacio, a las Guerras carlistas en Cataluña de 1833-1840 y la de 1872-1876, por ser suficientemente conocidas. Sólo destacaremos

que en ellas el conflicto duró un año más que en el resto de España, demostrando así el espíritu combatiente de los catalanes. Sin embargo, sí que dedicaremos un epígrafe a la Guerra *dels Matiners*, por ser un fenómeno exclusivamente catalán. El conflicto se produjo entre 1846 y 1849, tras los intentos fallidos de la solución «Balmes», que proponía una unión esponsal entre las dos ramas en conflicto. Pero Isabel II terminó casándose con su primo Francisco de Asís [con tal fama de sarasa que despertó la jeringonza de todo el pueblo] y no con el pretendiente carlista, Don Carlos Luis de Borbón. Como curiosidad, diremos que las partidas carlistas *dels matiners*, por su aversión a la dinastía liberal, llegaron a combatir conjuntamente (o al menos a respetarse) con partidas republicanas.

El conflicto se debía, como siempre, a varios motivos: el apoyo explícito de Don Carlos VI a las partidas que desde 1840 aún seguían en las montañas catalanas; reformas (algunas muy impopulares) de los gobiernos de Narváez, como el reclutamiento forzoso de quintas (que privaban a las familias campesinas de sus hijos, imprescindibles para su supervivencia); impuestos sobre el consumo o la introducción de un nuevo sistema de propiedad liberal que entraba en colisión con los usos comunales de la tierra, entre otras razones. Al inicio se levantaron en Solsona unos 500 hombres, en forma de guerrillas dispersas. Atacaban a funcionarios públicos y a unidades militares. En los inicios, el caudillo más importante fue el sacerdote Benet Tristany (luego hablaremos de su familia), que en febrero de 1847 protagonizó una entrada en Cervera para hacerse con fondos y munición. Tristany fue capturado y lo fusilaron ese mismo año. Por esa época, el General Manuel Pavía, Capitán General de Cataluña, contaba con un ejército de más de 22.000 hombres para combatir a unos 5.000 carlistas. Al levantarse partidas republicanas, hubo de solicitar más fuerzas al gobierno. La respuesta fue que no podía enviarlas, «siendo ya un esfuerzo singular el que se mantenga allí tanto tiempo un ejército que es la tercera parte de todo el de la Península, África e Islas adyacentes». Pero al final la realidad se impuso y Pavía consiguió reunir unos 50.000 soldados. Frente a ello, el triunfo carlista era imposible; aunque derrotados en lo militar, no lo fueron en lo social, ya que aún volvería a producirse otra Guerra Carlista.

Como siempre, para reconocer el espíritu de unos hombres en armas, hay que recurrir a las poesías populares y al genio del pueblo que cantaba sus gestas. De la Guerra *dels Matiners* nos han llegado muchas canciones, según las zonas de Cataluña donde luchaban las partidas. Extractamos algunas: «Una cançó us vull cantar / no hi ha molt que n' és dictada, / treta n' és dels matiners / que corren per la muntanya. / A levantar-se, minyons, / la victòria és per nosaltres» (Una canción os quiero cantar / no hace mucho que fue dictada / sacada está de los matiners / que corren por las montañas / a levantarse, chicos / la victoria es para nosotros); otra está dedicada a un joven apellidado Pobla: «Ai amor, / ai! amor de més entranyes, / ai! amor / S' és fet

soldat de cavall / per servir el rei d' Espanya, / el rei i la religió, / la religió i la patria» (Ay amor / ¡Ay! Amor de mis entrañas / ¡Ay! amor / se ha hecho soldado de caballería / para servir al rey de España / al rey y la religión, / la religión y la patria).

**Digresión:** ¿Quién puede dudar que entre aquellos voluntarios de la Guerra Gran, los Realistas, los Malcontents y los Carlistas no había una continuidad vital y existencial que se iba transmitiendo de generación en generación? En estas sagas familiares se custodiaba como un tesoro la verdadera esencia de Cataluña. Frente a las injerencias de los gobiernos centrales, que no eran precisamente de derechas, sino más bien liberales de izquierdas. Por eso ERC es más «botiflers» (extranjerizante) que cualquier carlista decimonónico. Pues ellos defienden los principios del constitucionalismo moderno y liberal y odian la tradición católica y patriótica catalana.

## 65. UNA «NISAGA» (SAGA) CATALANA DE VERDAD: LOS TRISTÁN

Si tuviéramos que ejemplificar lo que fue el espíritu tradicionalista catalán durante el siglo XIX, deberíamos recurrir a la saga de los Tristany. Si uno recorre intrincados caminos del pre-Pirineo solsonés, en aquella Cataluña profunda que siempre fue carlista, y arriba al municipio de Pinós, en la villa de Ardèvol, hallará una imponente masía-acastillada que perteneció a los Tristany. De esa majestuosa casa *pairal* (solariega) surgieron varias generaciones de combatientes durante todo el siglo XIX: la Guerra Realista, la Guerra dels Malcontents y las tres Guerras carlistas.

El caudillo e iniciador de esta saga fue Benet Tristany y Freixes (1794-1847). Era clérigo y había obtenido una canonjía en la Catedral de Gerona. Durante el período del Trienio Liberal (1820-23) ocupó la población de Solsona al mando de su propia partida de guerrilleros. Durante el movimiento *dels malcontentst*, formó la Junta de la Segarra. Su actividad carlista se inició en 1835. Meses después, alcanzó el grado de general carlista, al mando de la división acantonada en Manresa, compuesta por un millar de hombres. Tras la primera guerra carlista, Tristany no tuvo más remedio que tomar el camino del exilio hasta el año 1846, fecha en la que regresó para



establecerse en Cervera, Guisona y, por último, en Solsona. Fruto de una delación, fue apresado y fusilado.

El general Rafael Tristany, sobrino de Benet, había seguido a su tío desde los 18 años. Durante la Primera Guerra Carlista llegó a participar en tantos combates que alcanzó el grado de Teniente Coronel. Durante la Guerra *dels Matiners* comandó una brigada de 3.000 hombres, con el grado de brigadier (1849). Tomó numerosas ciudades y derrotó a fuerzas isabelinas, hasta el final de conflicto. De por medio montó él solito la *Guerra dels Tristany*. Entró en Cataluña desde Francia, en 1855; levantó una partida de 200 hombres con los que inició una expedición desde Solsona hasta Igualada, para intentar sublevar nuevamente las fuerzas catalanas. Posteriormente fue defensor de los Estados Pontificios frente a los garibaldinos. En 1861 ofreció sus servicios a Francisco II de Nápoles (acosado y posteriormente derrocado por las fuerzas revolucionarias de Garibaldi y Víctor Manuel II de Saboya). Fue capturado y deportado a Francia. Durante la Tercera Guerra Carlista entró en el principado, en 1872, siendo comandante General de Cataluña. Sus acciones fueron innumerables así como sus victorias. Cuando el Infante Alfonso de Borbón abandonó Cataluña, tomó el mando de 12.000 infantes y 500 de caballería. Fue un fino estratega en la última Guerra Carlista, y consiguió el respeto de sus enemigos alfonsinos por el trato humanitario que concedía a sus prisioneros. Fueron muchas sagas catalanas, más humildes, quizá, pero igual de entusiastas, las que siguieron semejantes pasos. No son pocos los combatientes carlistas catalanes que, tras la derrota, se fueron a Italia a luchar a favor de los Estados Pontificios contra las tropas revolucionarias de Garibaldi. Este epígrafe sirva de homenaje a familias enteras, catalanes de pro, que sacrificaron generaciones para defender el ideal hispano de Cataluña encarnado en el famoso cuatrilema: «Déu-Pàtria-Furs-Rey».

## **66. DE LO QUE NUNCA SE QUEJARÁN LOS NACIONALISTAS: AGRESIONES Y AGRAVIOS QUE MISTERIOSAMENTE «NO HAN EXISTIDO» NUNCA**

El discurso nacionalista nos «machaca» con la inexistente «invasión» de Castilla y el sempiterno 1714 (no dejaremos de repetir que ese conflicto no puede entenderse como una guerra entre Castilla y Cataluña). Sin embargo, de las «invasiones» del siglo XIX nunca se dice nada. No hemos encontrado ningún argumentario nacionalista

que se queje de los generales españoles que entraron en Cataluña para reprimir las fuerzas realistas o carlistas, ni de los bombardeos de la ciudad de Barcelona durante el mismo XIX. La explicación es relativamente sencilla. Prácticamente todas las «invasiones» decimonónicas de Cataluña por unidades del ejército español se hicieron desde gobiernos de «izquierdas» o «liberales». Por ello, el nacionalismo se ve obligado a correr un tupido velo sobre el que podía ser uno de sus argumentos más potente. Repasemos la lista de «invasiones» misteriosamente nunca denunciadas por los nacionalistas.

Ya hemos citado antes la «invasión» de Cataluña del navarro masón Espoz y Mina, en 1823, para acabar con la Regencia de Urgel. Igualmente el General Torrijos, madrileño y masón, luchó contra los realistas catalanes. Durante la Guerra del Agravats o Malcontents el Marquès de Campo Sagrado fue sustituido en la Capitanía General de Cataluña por el Conde de España, del que ya hemos hablado. Después de la traición de Fernando VII a sus más leales súbditos tradicionalistas —fusilando a sus caudillos— que se habían levantado en armas para salvaguardar su dignidad, llegó el Conde a Barcelona. Como antes relatamos, el Conde de España impuso el terror liberal durante cinco años sobre la población tradicionalista. Gracias a decretos proteccionistas, Fernando VII se atrajo a los liberales moderados y a la burguesía textil (es asombroso ver cómo la historia se irá repitiendo). Evidentemente esta «invasión» tampoco es denunciada, pues facilitó la primacía de los privilegios de la burguesía catalana y de los liberales urbanitas. En la primera Guerra Carlista, las fuerzas cristinas contaron con Ramón de Meer y Kindelán, Barón de Meer y Conde de Gra, barcelonés de origen flamenco, que fue Capitán General de Cataluña contra los carlistas. En 1839 fue sustituido por Gerónimo Valdés de Noriega, asturiano y amigo de Baldomero Espartero.

Tras la primera Guerra Carlista, Espartero, manchego y masón, gozó de una fama excepcional, llegando a ser Regente de la Infanta Isabel. En 1842 disfrutó del favor de las masas barcelonesas, siendo recibido triunfalmente. Pero el idilio barcelonés saltó hecho pedazos al estallar una insurrección. La causa fue la noticia de que su gobierno iba a firmar un acuerdo comercial librecambista con Gran Bretaña que rebajaría los aranceles a los productos textiles ingleses, lo que supondría la ruina para la industria algodonera catalana. Ante la sublevación, Espartero dio orden directa de bombardear, desde el Castillo de Montjuïc, la ciudad de Barcelona. El balance final fue de 1.014 proyectiles lanzados, 462 edificios destruidos o dañados y entre 20 y 30 muertos. La represión posterior fue muy dura. Se desarmó a la milicia y fueron fusiladas unas cien personas. Barcelona hubo de pagar 12 millones de reales para sufragar la reconstrucción de la Ciudadela. Asimismo, se disolvió la Asociación de Tejedores y se cerraron todos los periódicos, salvo el conservador *Diario de Barcelona*. ¿Quién rememora esta represión actualmente? Nadie ¿Por qué?

Posiblemente porque Espartero era masón, y es mejor olvidar su nombre que reclamar justicia. Espartero envió a Martín Zurbano, logroñés y masón, durante el verano de 1842 a la provincia de Gerona para reprimir los restos de las partidas carlistas y, de paso, a los republicanos. Su paso por Gerona fue cruel, aunque convenientemente silenciado en los libros escolares. Durante la II República, en la capital de La Rioja funcionó la logia *Triangulo Zurbano*, a la que acudían republicanos radicales de Acción Republicana o Izquierda Republicana. Por eso se entiende que ERC nunca saque a la luz estas «represiones españolistas». Entre hermanos masones hay que mantener las formas.

Otro masón, esta vez catalán, también se dedicó al curioso deporte de bombardear Barcelona. Fue el General Prim. El 8 de junio de 1843 se produjo en Barcelona otra insurrección de tropas contra el gobierno. Esta vez la causa era la petición de que se proclamara la mayoría de edad de Isabel II y de que se procediera a su coronación, para evitar que la siguiera manipulando su Corte, liberal. El general Prim ordenó el 24 de octubre un bombardeo sobre la ciudad. El asedio duró unos dos meses y se lanzaron cerca de 3.000 bombas. Sigue el silencio nacionalista. Otra «invasión» fue —como ya antes señalamos— la del General Manuel Pavía, gaditano republicano, y luego, monárquico: Capitán General de Cataluña durante la Guerra *dels Matiners*. Misteriosamente, ningún grupo separatista haba de ello ni lo utiliza como argumento. La afinidad ideológica con estos personajes es más íntima que el «amor a la tierra».

## **67. LOS CATALANES OLVIDADOS DE: «LA LECHE DE MADRE ESPAÑOLA»**

Al igual que misteriosamente se han olvidado los nacionalistas de ciertas represiones, también se han olvidado de muchos catalanes. No podemos acabar este capítulo sin mencionar a aquellos que cayeron en Cuba durante aquellas cruentas guerras. Recomendamos el estudio *Cataluña y el Colonialismo Español (1868-1899)*, de Martín Rodrigo y Alharilla, en el que se detalla la explosión de españolidad que supuso la Guerra de Cuba. Los batallones, pagados por la Diputación de Barcelona (entre otras corporaciones y hacendados), encargó una bandera española que representara a los catalanes: «la Diputación provincial había estimado hacerles presente de una bandera, que ostentando los vistosos colores nacionales lleva los escudos de esta ciudad heroica y de las cuatro provincias catalanas (*Diario de*

Barcelona, 25 de marzo de 1869)».

Quizá lo que mejor refleje la españolidad de aquellos catalanes es el impresionante cuadro de Ramon Padró y Pijoan, nacido en Cervera, que inmortalizó a los catalanes voluntarios que embarcaban en la primera expedición hacia Cuba, en su cuadro titulado: *Embarcamiento de los voluntarios catalanes en el puerto de Barcelona*. Otro pintor, Eduardo Llorens Masdeu, barcelonés, pintó un mural que representa a voluntarios catalanes calados con su barretina y espardenyes (alpargatas típicas catalanas), a punto de embarcar en el barco Santander, fondeado en el puerto de Barcelona. Muchos artistas homenajearon a esos catalanes, y hasta nosotros han llegado sus obras. Un dramaturgo catalán, poeta y zarzuelista, a la par que político de la Unión Liberal, Francisco Camprodón Lafont, vicense y residente en La Habana, lanzó discursos entusiastas a estos voluntarios. En catalán, proclamaba: «Catalanes, que en nombre de la madre Patria, lo mismo hoy que en los tiempos antiguos, estáis siempre dispuestos a luchar por la honra de España y a mantener la integridad del territorio, a las sombra gloriosa de la tela de las barras rojas: Dios bendiga vuestra santa empresa y sed bienvenidos a las playas de Cuba [...] aquí no hay más que un color, un sentimiento, una aspiración y un grito: sostener el honor de la bandera y ¡Viva España!» y acababa con los gritos: «¡Vivan los voluntaris catalans!, ¡Viva l'eixercit de mar y terra!, ¡Vivan los voluntaris de Cuba!».

Ante los voluntarios Camprodón recitó esta poesía salida de su pluma: «Si creuen los insurgents / en son deliri insensat, / que á España ja s'ha acabat / la rassa de cors valents, / ne vindrán cents y mes cents / no de Catalunya sola; / Puig cuan nostre drap s'arbola, / está prompte á ser soldat / tot mascle que hagi mamat / la llet de mare española» (Si creen los insurgentes / en su delirio insensato / que en España ya se ha acabado / la raza de corazones valientes / no sólo de Catalunya / pues cuando nuestra bandera se enarbola / está pronto a ser soldado / todo hombre que haya mamado / la leche de madre española). La poesía, bastante larga, acaba así: «Cuba no s'pert, ni s'perdrá, / es de España, y ¡viva España!» (Cuba no se pierde ni se perderá / es de España y ¡viva España!).

En Cuba se había hecho célebre la *Sociedad de beneficencia de naturales de Catalunya*, que reunía a los potentados naturales del Principado que habían realizado obras como la de construir un hospital para los catalanes. A la llegada de las tropas, publicó un escrito de apoyo que decía así: «La capital de nuestra querida patria, la condal Barcelona, aquella rica ciudad ennoblecida por tantos títulos de gloria, si orgullo tenía con justicia por haber sido la ciudad que primero recibió en su seno ante los augustos reyes católicos don Fernando y doña Isabel, al inmortal Colon a su regreso a aquellas playas, más orgullo con usura ha querido tener mandando primero que ninguna otra ciudad de la madre patria, un cuerpo de ejercito de voluntarios que afiance en esta Isla la integridad nacional española [...] Todas las provincias de

España conceden a las de Cataluña su preeminencia en Industria, en comercio y en marina, V. S. nos prueba que a ninguna la ceden en patriotismo y en milicia, y la sociedad que tenemos la honra de representar, demuestra con su existencia que ninguna ventaja tampoco a Cataluña en sentimientos de caridad, y que Cataluña es la única que cuenta en esta Antilla una institución tan noble y benemérita [...] Españoles todos, nosotros y los de las demás provincias, todos reunidos bajo la misma triunfante bandera, todos con el mismo orgullo y con el mismo júbilo, saludamos a los que por defenderla no han vacilado en abandonar la paz y el encanto de sus nativos hogares».

**No todo es tan bonito:** Para que los catalanes pudiéramos gozar de los beneficios arancelarios, los gobiernos españoles concedieron a los ingleses el monopolio del comercio de esclavos durante 30 años. Todo ello en connivencia con empresarios catalanes e, incluso, utilizando el puerto de Mataró como punto de partida de negocios con trata de negros. Los resquicios legales fueron utilizados y grandes fortunas catalanas se forjaron a costa de la ilegalidad y el sufrimiento de muchos hombres de color.

Pero no todo en los catalanes fueron malsanos intereses. Antes bien, éstos eran una minoría: rica e influyente sí, pero minoría al fin. Muchos otros catalanes destacaron, precisamente, por lo contrario: por la entrega gratuita de su vida por el bien de otros.

## **68. EL PASO DE LOS SANTOS («EL PAS DELS SANTS»)...**

Agradecemos infinitamente a Francisco José Fernández de la Cigoña, amigo, gallego de nacimiento, madrileño de adopción y amante de Cataluña, una conferencia que dictó en Barcelona sobre el fenómeno que se denominó el «paso de los santos». Muchos eclesiásticos catalanes ya quisieran conocer tan bien nuestra tierra como él. No podría entenderse el siglo XIX catalán sin verlo como una explosión de genialidad, de tenacidad, belicosidad, rebeldía, productividad y, por supuesto, de espiritualidad y santidad. Como señalaba frecuentemente el Dr. Francisco Canals, sólo en Cataluña, y en ningún otro lugar del mundo, se dio tal concentración de santos y fundadores

durante en el siglo XIX. Extractamos, abusando de la confianza de Fernández de la Cigoña, casi literalmente, unos datos de su conferencia.

De la Cataluña central, más concretamente de la Plana de Vich, que fuera el corazón espiritual de Cataluña, y hoy un erial independentista, surgieron figuras inigualables como Jaime Balmes y san Antonio María Claret. Éste fue misionero infatigable, el «Apóstol de Cataluña», que misionó prácticamente toda nuestra tierra hasta que fue nombrado obispo. Editó miles y miles de libros, folletos, láminas y estampas para propagar la fe. Fundó dos congregaciones religiosas: los Misioneros Hijos del Corazón de María y las Religiosas de la Congregación de María Inmaculada. Murió en 1870, en el destierro, a causa de la revolución de 1868. Otro obispo menos conocido fue el franciscano Raimundo Strauch, obispo de Vic, nacido en Tarragona en 1760, campeón de los derechos de la Iglesia cuando las Cortes de Cádiz. Fue detenido mientras viajaba, y asesinado por odio a la religión en 1823. Con él fue también asesinado el hermano lego que le acompañaba. Strauch se había ganado las iras de los liberales al escribir una enciclopedia contra la Masonería. El movimiento de la *Renaixença* que tanta fuerza tuvo en Vic, ocupado en cosas «más importantes», nunca incoó su proceso de beatificación.

Pariente cercano de santa Teresa Jornet, y nacido en Aitona en 1811, tenemos al beato Francisco Palau y Quer, de agitadísima vida: combatiente de la fe y perseguido siempre, hasta su muerte en 1872. Creó la *Escuela de la Virtud* dirigió espiritualmente a los sacerdotes ordenados en Barcelona. En 1860-61 fundó una congregación mixta de Hermanos y Hermanas Carmelitas Terciarios en las Islas Baleares. Fue predicador de misiones populares y extendió la devoción de la Virgen María. Fue perseguido y exiliado innumerables veces por su ascendiente carlista. Dotado con el don de profecía y milagros, tuvo que soportar varias denuncias y procesos incoados por la masonería, pues «curaba» sin ser facultativo. Practicó exorcismos, fue consiliario de las tropas carlistas y organizador de los ermitaños de Mallorca, a la par que tuvo el don profético. Murió en Tarragona, el 20 de marzo de 1872, y fue beatificado por el Papa Juan Pablo II el 24 de abril de 1988.

El beato Manuel Domingo nació en 1836. Gracias a él se renovó la formación del clero español. Fundó el Colegio Español de Roma y los Operarios Diocesanos, que tanto bien espiritual hicieron al clero decimonónico. De tierras tarraconenses nos vino San Enrique de Ossó. Enamorado de la figura y de la obra de Teresa de Jesús, fundó la Compañía de Santa Teresa, con la intención de llevar el espíritu de la santa a la vida activa, centrada en la educación de los niños. Amigo de Gaudí, éste le construyó el famoso colegio de las teresianas de Barcelona. Por la vía del martirio llegó a los altares el dominico San Pedro Almató. Como tantos otros que llegaron con sus mismos afanes apostólicos a aquellas tierras del Extremo Oriente, fue decapitado en 1861. Juan Pablo II lo canonizó también en 1988.

Otro apóstol de Cataluña, donde predicó innumerables misiones y ejercicios fue el ex dominico Francisco Coll. Fundó las Dominicas de la Anunciata, dedicadas a la enseñanza de la juventud, especialmente en las poblaciones que carecían de escuelas. Fue canonizado por Benedicto XVI en 2009. En Tremp (Lérida), nació en 1823 san José Mañanet, consagrado también a la educación de los jóvenes, para lo que fundó los Hijos de la Sagrada Familia y las Misioneras Hijas de la Sagrada Familia. A él se debe el sueño de la construcción de un Templo, dedicado a san José, que con el tiempo se transformaría la Sagrada Familia de Barcelona. Fue canonizado en 2004. Sabadell dio a luz a uno de los catalanes más populares del siglo, el amado y odiado Félix Sardá y Salvany, autor de *El Liberalismo es pecado*. En el Alt Empordà nació, en 1810, el gran misionero dominico Juan Planas y Congost. Ese mismo año moría en loor de santidad el capuchino fray Miguel de Sarriá. Las tropas francesas tuvieron que proteger el cadáver de los fervores de la multitud.

Inolvidable fue la figura del jesuita Francisco Javier Butiñá, fundador de las Siervas de San José. Fue uno de los grandes promotores de la espiritualidad josefina. De Vic también nos vino Lorenzo Pujol, fundador de las Adoratrices Perpetuas del Santísimo Sacramento; en Olot, por las mismas fechas, aparecía el ejemplar canónigo Joaquín Masmitjá, fundador de las Hijas del Santísimo e Inmaculado Corazón de María. José Gras y Granollers, canónigo de Granada fundó allí las Hijas de Cristo Rey. Como puede ver el lector, la lista sería interminable: el jesuita José Mach, uno de los misioneros apostólicos más destacados de su época; el Obispo de Urgell José Caixal, exiliado ahí por sus simpatías carlistas; el cardenal Vives y Tutó, martillo del modernismo e íntimo colaborador de San Pío X; el benedictino José María Benito Serra, obispo de Daulia, fundador de las Oblatas del Santísimo Redentor y declarado carlista; el dominico Francisco Xarrié, en la lucha intelectual contra el liberalismo; José Xifré, hijo también de Vic y colaborador indispensable del Padre Claret. De todos estos eclesiásticos —decía Fenrnández de la Cigoña— no hay ningún liberal, muchos carlistas o simpatizantes y apolíticos. Pero, sobre todo, ni un catalanista. El catalanismo eclesial decimonónico generó intelectuales, pero no engendró santos.

## 69. ...Y DE LAS SANTAS

No podemos olvidarnos de las santas mujeres que también dio a luz en aquella época la tierra catalana. En Vilafranca del Penedés nació en 1781 la madre Ráfols,

fundadora de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana. Monja intrépida, en los famosos sitios de Zaragoza se destacó por su heroísmo y caridad; se hizo admirar y respetar de los mismos franceses. Fue detenida años más tarde por carlista, aunque posteriormente puesta en libertad. La beatificó Juan Pablo II en 1994. No menos apasionante es la vida de Santa Joaquina de Vedruna, nacida en Barcelona en 1783. De buena posición social, carlista, enamorada de su marido, madre de numerosa prole, al enviudar decide entregarse a los más necesitados, fundando las Carmelitas de la Caridad. Perseguida por el liberalismo, a su muerte, en 1854, dejaba abiertas casi treinta casas, en las que sus hijas espirituales atendían a la educación de las jóvenes y al cuidado de los enfermos pobres.

Otra catalana admirable fue Santa Teresa Jornet, fundadora de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados; paradigma de caridad ella y sus hijas, que vinieron a aliviar el desamparo de tantos miles y miles de ancianos de España y de todo el mundo. También ejemplo de entrega a los necesitados fueron Santa María Rosa Molas y sus Hermanas de Nuestra Señora de la Consolación; la beata Beata Ana María Mogas, fundadora de las Terciarias Franciscanas de la Divina Pastora; María del Carmen Sallés o Santa Paula Montal, la fundadora de las Escolapias. A parte de estas santas mujeres ya beatificadas y canonizadas, podemos resaltar muchísimas más: María Antonia París, cofundadora con el Padre Claret de las Claretianas; la venerable madre Paula Delpuig, originaria de Malgrat de Mar, ejemplar Superiora General de las Vedrunas; Teresa Arguyol, nacida en Sarriá en 1813, fundadora de las Clarisas de la Divina Providencia fue purificada con extraordinarios sufrimientos, muriendo transformada en una pura llaga. Teresa Toda y su hija Teresa Guasch fueron fundadoras de las Carmelitas Teresas de San José; la venerable Filomena de Santa Coloma, mística notabilísima en el convento de mínimas de Valls llegó a altas cumbres de contemplación; la recientemente beatificada Teresa Gallifa, de San Hipólito de Voltregá, fundadora de las Siervas de la Pasión; María Gay Tubau, fundadora de las religiosas de San José de Gerona; María Esperanza González Puig, nacida en Lérida en 1823, fundadora de las Misioneras Esclavas del Inmaculado Corazón de María; Catalina Coromina, que fundó las Hermanas Josefinas de la Caridad; Miguela Grau, de San Martín de Provençals, fundadora de las Hermanas de la Doctrina Cristiana; María Güell, de Valls, fundadora de las Misioneras Hijas del Corazón de María; Ana María Janer, de Cervera, 1800, fundadora las Hermanas de la Sagrada Familia de Urgel; Ana Ravell, de Arenys de Mar, 1819, fundadora de las Franciscanas Misioneras de la Inmaculada Concepción; Lutgarda Mas, fundadora de las Mercedarias Misioneras de Barcelona; Primitiva Munsuñer, de Figueras, fundadora de las Franciscanas de San Antonio; Enriqueta Rodón, barcelonesa, fundadora, fuera de Cataluña, de las Franciscanas del Buen Consejo; Carmen Sojo de Anguera, nacida en Reus en 1856, sierva de Dios que, dirigida espiritualmente por el



cardenal Casañas, murió con fama de santidad universalmente reconocida en Barcelona.

Cuando se alaba el espíritu emprendedor de los catalanes en materia de negocios materiales, muchos olvidan que miles de catalanes fundaron otras «empresas», cuya finalidad fue ayudar al prójimo y que tanto bien hicieron por la prosperidad material y espiritual de esta tierra. Ganaron otras riquezas; pero eran tesoros en el cielo.

## 70. LOS MÁRTIRES DEL SIGLO XIX

El siglo XIX, siglo de progreso material, siglo de guerras, siglo de explosiones ideológicas y de espiritualidad, también lo fue de mártires. Desde la invasión musulmana, ni Cataluña ni la Península habían sufrido el martirio religioso de forma sistemática. Si la invasión napoleónica ya tuvo un señalado carácter antirreligioso, igualmente lo tendrán las etapas «liberales» durante el reinado de Fernando VII. Pero, tras su muerte, las persecuciones se sucederían en toda España, especialmente en Cataluña. En nuestra biblioteca contamos con una pequeña joya, de 1888, titulada *Los mártires del siglo XIX*, del P. Francisco Muñiz, y prologado por el Padre Sardá y Salvany. Prácticamente es la única recopilación que se realizó en el siglo XIX sobre el martirologio de esa centuria. Extractaremos unos datos para comprobar cómo el «progresismo» liberal se cebó en los cenobios y parroquias.

En Cataluña, durante la invasión de las tropas francesas fueron asesinados y martirizados unos 50 eclesiásticos, entre ellos algunas monjas. De ellas destacamos la muerte martirial de Sor María Josefa Mestres, asesinada el 28 de junio de 1811. Los franceses habían saqueado la Iglesia de las franciscanas de Tarragona. Habían profanado el sagrario y derramado las sagradas formas. La hermana salió corriendo a postrarse en el suelo para recogerlas con la lengua y ahí mismo fue asesinada. El resto fueron fusilados, muertos a bayonetazos; alguno quemado o incluso decapitados o muertos a garrote. Durante el Trienio liberal, volvieron las matanzas y esta vez cayeron asesinados en Cataluña 74 frailes y sacerdotes. El más destacado, por su rango, fue el obispo de Vic, Dr. Ramón Strauch y Vidal. Su muerte fue decretada por la Masonería, tras escribir un tratado contra ella. Fue asesinado por los mismos que tenían a su cargo su seguridad. Pongamos algún ejemplo de la crueldad de aquellos asesinatos. Es espeluznante el martirio de franciscano de Tarragona Fr. Luis Pujol. Su muerte se produjo el 25 de febrero de 1823. Al fraile le decapitaron para jugar con su

cabeza y pisar su tonsura. Uno de los asesinos, para demostrar su «valentía», empapó una rebanada de pan en su sangre aún caliente y se la comió. Otro martirio terrible fue el del cartujo Pablo Salavert. Mientras que sus verdugos le llevaban al monte, le entonaban cantos religiosos burlescamente. Fue desnudado, martirizado y fusilado. Al encontrar su cuerpo se pudo contemplar el alcance de la barbarie: entre sus uñas y dedos habían cañas, y los ojos le habían sido arrancados. Al cura párroco de Sant Sadurní de Noya, D. Ramón Ruig y Soler, le causaron la muerte 16 heridas inflingidas en el cuerpo. Antes le habían quemado los pies a fuego lento y le habían abierto la cabeza a golpes de una barra de hierro.

Entre 1834 y 1835, la tierra volvió a teñirse de rojo con la sangre martirial. Esta vez la persecución se cebó especialmente en Madrid y Zaragoza, a la par que en otros lugares de España. Respecto a Cataluña caben destacar los asesinatos en Reus: entre carmelitas y franciscanos se contabilizaron más de 22 frailes conocidos (otros no se llegaron a identificar). Uno de ellos, el carmelita Fr. Andrés de Jesús y María, tenía 90 años, y estaba totalmente impedido cuando fue asesinado. En el resto de Cataluña, el 25 de julio de 1835, murieron (identificados) 28 frailes y eclesiásticos. Fue la famosa «bullanga» de Barcelona, con motivo de una mala corrida de toros en la conmemoración del Patrono de España. Un testigo de la época, Francisco Raüll, cuenta la «excusa» de los asesinatos: «Quiso la casualidad que los toros fueron muy mansos ó malísimos en aquel día, y exasperados los espectadores, después de los gritos, vociferaciones y confusión que se permite en aquellos espectáculos, dieron principio al barullo arrojando á la Plaza un sin número de abanicos; tras de ellos siguieron los bancos; luego las sillas, y por fin alguna columna de los palcos. Rompieron la maroma que forma la contrabarrera, y con un pedazo de ella una turba increíble de muchachos, con una espantosa algazara, arrastró el último toro por las calles de la ciudad». A partir de ahí empezó la quema y persecución de frailes.

Desde esa fecha, y durante los siguientes 50 años, los asesinatos se siguieron produciendo, aunque de forma paulatina y aislada y, por eso, ha pasado desapercibida una persecución «latente y constante». Aproximadamente fueron asesinados en Cataluña unos 68 eclesiásticos, esto es: toca a más de un asesinato por año. Pongamos varios ejemplos. En 1847 moría el Padre José Canal, de la diócesis de Solsona: murió abrasado al ser rociado con aceite hirviendo. O, en 1874, en la misma diócesis de Solsona fue asesinado el Padre José Gamisans. Su cuerpo fue expuesto y sus asesinos obligaron a todos los sacerdotes del lugar a ir a contemplarlo. Todos estos hombres fueron martirizados, bajo excusa política; pero en el fondo, era un odio a la fe milenaria que había engendrado Cataluña. El siglo XIX preparaba la gran persecución que se produciría en el siglo XX.

## 71. LOS MÁRTIRES DE LA CARIDAD: UN EJEMPLO DEL ALMA CATALANA Y ESPAÑOLA (BIENES EN LA TIERRA Y TESOROS EN EL CIELO)

Los catalanes tenemos (o teníamos) fama de buenos negociantes; y ello se aplica a los bienes materiales, pero también a los espirituales, como dijimos antes. Siguiendo la consigna evangélica de atesorar bienes para el Cielo, muchos catalanes ofrecieron un ejemplo de santidad con sus vidas, obras y martirios. Pero ahora queremos destacar otro tipo de mártires, mucho más desconocidos aún: son los llamados *mártires de la Caridad*. En 1885 una desgracia asoló España: una epidemia de cólera. La peste se cobró más de 100.000 víctimas en menos de un año.

Antes de seguir, contemos unas «anécdotas históricas». Cuando Lutero aún era sacerdote católico una peste devastó Witemberg y él se dedicó a sus feligreses con toda generosidad. Sin embargo, una vez ya separado de la Iglesia, y montado en su fantasía «luterana», ante otras pestes, se negaba a dar la comunión a los apestados, por miedo a contagiarse. Igualmente ocurrió con Calvino en una peste que se declaró en Ginebra. Él y otros ministros de su iglesia, se presentaron al Consejo de la ciudad para que fueran dispensados de cuidar a los enfermos por miedo a contagiarse. A lo cual el consejo accedió. O en Irlanda, el ministro protestante de Dublín prohibió a sus ministros acercarse a los enfermos de cólera, mientras que el Arzobispo católico imponía la obligación a sus sacerdotes de acudir en auxilio de los apestados. En la peste de 1847, en Liverpool, murieron por atender a los enfermos 24 sacerdotes católicos y un obispo.

No es bueno comparar, pero el comportamiento de los consagrados españoles en la epidemia de cólera de 1885 fue más que ejemplar en toda Europa. Murieron cientos de religiosos y religiosas por dedicarse a la labor de cuidados y curas. Sólo de las Hijas de la Caridad se contabilizaron 42 fallecidas por contagio; o 32 Hermanitas de los Ancianos Desamparados. Los primeros en cumplir fueron los obispos, con ejemplos de humildad inimaginables. Es el caso del Arzobispo de Granada, que vistiendo como simple sacerdote para no ser reconocido, visitaba a los enfermos; o el Arzobispo de Sevilla, D. Bienvenido Monzón, que murió contagiado debido a sus atenciones. En Cataluña, los obispos no se quedaron atrás en el ejemplo a dar. El de Tortosa se ganó la admiración de toda la Diócesis; el de Barcelona cayó enfermo por atender personalmente a las víctimas; el de Vic, para no distraer las ocupaciones de sus sacerdotes, él mismo llevó el viático a enfermos de cólera.

En Cataluña se atendió en los hospitales y centros eclesiásticos a más de 20.000 personas, y fallecieron una treintena de religiosos y religiosas. En Barcelona, el obispado en pocos días recogió más de 90.000 duros (una fortuna) para dedicarla al cuidado y manutención de enfermos y sus familias. En una carta pastoral, el obispo

de Barcelona relataba la heroica entrega de la Iglesia en esta prueba. Pero, ahondando más, y no quedándose en lo meramente accidental del fenómeno, pedía a los fieles que reflexionaran sobre el porqué de esta epidemia. Cataluña, la tierra de santos, estaba dejándose invadir por la secularización modernizante. Todo este drama vivido debía servir para reflexionar. Así, el obispo avisaba: «Mediten todos, singularmente los padres y madres de familia, que en esta atmósfera de irreligión respiran los pedazos de su corazón, quienes beben a sorbos los vasos de la impiedad. Recuerden los que tienen a su cargo la dirección de las colectividades, que quien siembra vientos recoge tempestades. Procuren poner todos algo de su parte para que la vida de la familia sea verdaderamente cristiana; que no se avergüencen de ser católicos en público los que lo son de corazón y aun en el seno de la familia». El obispo se quejaba de «la falta [...] en la santificación del día del Señor y de la blasfemia», como dos de los grandes males a erradicar del pueblo catalán; y de que la epidemia parecía no haber enseñado nada.

Frente a lo que pedía el obispo, a finales del siglo XIX y principios del XX se produciría un «renacimiento», pero no precisamente de la fe, sino de una nueva mística, disfrazada de religiosidad: el catalanismo. Este, a la larga, sería más mortífero para Cataluña que la epidemia de cólera de 1885.

## Capítulo V

### DE LA RESISTENCIA A LA MÍSTICA CATALANISTA

«Cuando se despliegue ante mí, que soy castellano y madrileño, la bandera catalana, la saludaré rendidamente, porque yo, castellano y madrileño, no quiero renunciar a que Cataluña siga tan española como Castilla, y su bandera tanto suya como mía»

(RAMÓN NOCEDAL, dirigente del Partido integrista)

El siglo XIX fue el de la eclosión españolista de Cataluña, a la par que se larvaba el nacionalismo. Durante buena parte del siglo, el Principado fue el foco vital de España: tanto por su actividad económica, como política, como espiritual o revolucionaria. Por mucho que se quiera explicar la aparición del nacionalismo, el historiador siempre encontrará dificultad a la hora de exponer esta transformación. La más española de las regiones españolas pasó una parte de ella a ser catalanista. Ello no puede explicarse sin mencionar el fracaso de la casta política española o la deslealtad de una burguesía sólo interesada en sus beneficios. Pero no todo puede ser explicado por causas materiales. Para que surgiera el nacionalismo tenía que producirse una transformación en el alma de un pueblo; y ello sólo pudo hacerse desde el espíritu. Sin el romanticismo, verdadero veneno de las almas de los pueblos, nunca hubiera aparecido el catalanismo.

### 72. LOS «GOZOS»: EL ALMA DE UN PUEBLO

El famoso catalanista Pau Casals, del que ya hemos dicho alguna cosa, escribió una vez: «Recoger y publicar los *gozos tradicionales* es un nuevo paso hacia el reencuentro del alma de un pueblo». Como también señalamos *supra* los «goigs» o gozos eran oraciones populares a santos, la Virgen o a la misma divinidad, que se cantaban en las fiestas patronales y gozaban de enorme popularidad. Aunque arrancan en la Edad Media, entre finales del XIX y principios del XX los mejores poetas de la *Renaixença* compusieron «goigs»: Josep Carner, Joan Maragall, Joaquim Ruyra, Mn. Jacinto Verdager, Mn. Pere Ribot, entre otros. Dominique de Courcelles, especialista francés en literatura catalana, decía que estas plegarias toman su nombre

de «gozos», de la primera palabra del Angel a María en la Anunciación: «Alégrate». Si, como decía el catalanista Pau Casals, los gozos representan el alma de un pueblo, veamos unos cuantos, para comprobar cómo estas devociones populares asumían con toda naturalidad que Cataluña era parte de España. Sin realizar un gran esfuerzo, en una escueta revisión de una pequeña colección de gozos, hemos encontrado más de cincuenta donde sale espontáneamente la palabra «Espanya». Extractaremos algunos, para acercarnos al «alma del pueblo catalán». Por motivos, como siempre, de restricción de espacio sólo entresacaremos las estrofas más significativas y las traduciremos al castellano.

En el *Himne de la peregrinació a la Mare en Mont-roig del Camp* (Tarragona), editado en 1900, una estrofa apunta: «Oh Vós, que a la muntanya / sortiu com un estel: / salveu la pobra Espanya, / salveu, Reina del cel» (Oh Vos que en la montaña, surgís como una estrella / salvad la pobre España / salvadla Reina del cielo». Como enseguida veremos, a la palabra «montaña» rima con «España», y esto se lo ponía fácil a los compositores. Es curioso encontrar antiquísimos «gozos» populares, en lo más profundo de Cataluña (ahora feudo del nacionalismo más antiespañolista) dedicados a santos andaluces. Por ejemplo, encontramos los *Goigs a los mártires sant Aciscle i santa Victòria*, (Gerona). Una estrofa canta: «D’Espanya sou naturals / i en Còrdova us criàreu, / la fe de Crist professàreu / que és font de ben immortals...» (De España sois naturales / y en Córdoba os criasteis / la fe de Cristo profesasteis / que es fuente de bienes inmortales). Incluso encontramos unos gozos dedicados al beato «Dídac de Cadis»: «Puix Jesús vos acompanya / com al seu conquistador: / Fervent Apòstol d’Espanya, / inflamau lo nostre cor» (Puesto que Jesús os acompaña / como a su conquistador / Ferviente Apóstol de España / inflamad nuestro corazón).

Los *Goigs a la Mare de Déu de Montserrat* (Tarragona), riman: «Vostra imatge col.locada / està sobre la muntanya, / entre les altes d’Espanya / és amb raó anomenada; / de lluny terra és avistada / i, del mar, pel navegant...» («Vuestra imagen colocada / está sobre la Montaña / entre las altas de España / es con razón llamada; / de lejos tierra es avistada / y del mar por el navegante»). Aunque es muy excepcional, se pueden encontrar algunos gozos en castellano. Uno curioso es el dedicado a la Virgen de Montserrat, editado por los vecinos del barrio de Vallcarca de Barcelona. En éste se hace hincapié en cómo la devoción montserratina se escampó por las tierras americanas: «De Montserrat bajo el nombre / os invocan á millares, / y os alzó templos y altares / España, y aunque asombre, / Nápoles, Roma y Viena, / Francia, Bohemia y Portugal. / Como vuestra protección / es del fiel firme atalaya, / á la Americana playa / llegó vuestra invocación; / á Chile y Perú enagena / y á Mejico nombre tal».

Uno de los santuarios marianos más tradicionales de Cataluña, que compite con Montserrat, es el de Nuestra Señora de Nuria. Hoy es un lugar mítico para el

nacionalismo, entre otras cosas por el «secuestro» de la Virgen por parte de algunos clérigos catalanistas, para que durante el franquismo la Virgen no fuera coronada por el Arzobispo de Tarragona. Según la tradición, san Gil vino de Grecia, arribando al angosto, y a la vez hermosísimo valle, para acabar sus días como penitente ermitaño. Aunque los nacionalistas afirman que Gerona no es España, el caso es que este antiquísimo gozo, fruto del alma catalana, dice lo contrario: «Per fugir del mon la furia / desde Atenas en Espanya, / jove vingueru a Nuria, / per fer penitencia estranya, / elegint esta Montanya / per burlarvos del mon vil» (Para huir de la furia del mundo / desde Atenas a España, llegasteis joven a Nuria / para hacer penitencia estraña / eligiendo esta montaña / para burlarlos del vil mundo).

Para estertor nacionalista tenemos otro gozo, uno de los más largos, dedicado a san Isidro Labrador. En nuestro libro anterior ya reseñamos cómo la devoción al santo madrileño caló en Cataluña mucho antes de la llegada de los Borbones. Este gozo se canta(ba) en el Monasterio de Bañolas, antaño tierra de carlistas, hoy tierra de separatistas. Extractamos algunas estrofas que pueden hacer gracia a cualquier madrileño, leyendo estas alabanzas en catalán a su santo más famoso: «Madrid, vila coronada, / us donava un humil bres; / ... Honor de la pagesia, / mirall excels de casats, / quin pagès no lloaria / vostres gestes i bondats... / De Banyoles i sa contrada, / sigueu sempre nort i escut; / feu-nos lluny la pedregada / i deu-nos feina i salut.... Vos que amb gloria poderosa / Sou de Madrit Sant Patró, / Mirau l'Espanya plorosa, / Aixugueu ja lo seu plor» (Madrid, villa coronada / os daba humilde cuna / ... Honor del campesinado / espejo excelso de casados / qué campesino no alabaría / vuestras gestas y bondad / ... / De Bañolas y alrededores / sed siempre norte y escudo / alejadnos el granizo / y dadnos trabajo y salud / ... / Vos que con gloria poderosa / Sois de Madrid patrón / Mirad la España que llora / secad ya su lloro».

Encontramos en 1829 unas coplas dedicadas al Corazón de Jesús, devoción que tanto arraigo tuvo en Cataluña. Esta lo alaba así: «Que en Espanya regnaria / devoció tan cordial / digué la veu celestial, / y s' compleix la profecia; / puix mes y mes cada dia / aumentau lo nostre amor» (Que en España reinaría / devoción tan cordial / dijo la voz celestial / y se cumple la profecía / pues más y más cada día / aumentáis nuestro amor). Como la relación sería interminable, recogemos un último gozo, también dedicado al Sagrado Corazón que se rezaba en el templo del Tibidabo. En concreto, dice así una estrofa: «A dalt d'aquesta muntanya / un gran temple aixecaré, / puix que regnaria a Espanya, / el Sagrat Cor prometé. / Barcelona amb gran fervor / expandirà el seu regnat» (Sobre esta montaña / un gran templo levantaré / puesto que reinaría en España / Sagrado Corazón lo prometió / Barcelona con gran fervor / expandirá su reinado). Si los gozos son el alma de un pueblo, empezamos a dudar que Cataluña tenga ya alma.

**El baile de san Isidro en Cataluña:** El folclore es fundamental para acercarse al ser de los pueblos. Antiguamente, en la población de Gracia (ahora un barrio de Barcelona), celebraban dos fiestas mayores. Una era la de san Isidro Labrador, patrono de los payeses de la llanura de Barcelona (que ahora ocupa el ensanche). La fiesta se celebraba el 15 de mayo. Como la otra fiesta, la Encarnación, solía caer en cuaresma, la fiesta de San Isidro era la más celebrada e importante. Se acercaban gentes de muchas poblaciones cercanas y la fiesta seguía esta rutina: Santa Misa con panegírico al Santo madrileño; canto de sus «gozos». Le seguía un solemne baile de ramos. A diferencia de otros bailes, en la danza de san Isidro estaba prohibido intercambiarse de pareja y el hombre estaba obligado a regalarle un ramo de flores a la mujer. La fiesta era muy antigua, pero tenemos noticia de principios del siglo XIX de la cofradía de san Isidro en Gracia. Por la tarde se hacía una procesión, donde dos jóvenes hacían de san Isidro y de su mujer santa María de la Cabeza. Esta era una fiesta popularísima y nadie se traumatizaba por celebrar un santo madrileño. Hoy el barrio de Gracia es uno de los más independentistas de Barcelona.

### **73. MOSSÈN «CINTO» VERDAGUER: BARDO DE MONTSERRAT Y DE LA HISPANIDAD**

Insistimos en que es a través de la poesía como llegamos a las entrañas de un pueblo y de una cultura. Hasta la llegada del catalanismo político, el catalanismo lírico nunca tuvo reparo en mostrar su amor a España, sin avergonzarse de ella. Una poesía de Antonio Bori y Fontestà, publicada en *El Trobador Català*, dedica unos versos a *Cataluña, la más rica y querida región española*: «De les regions espanyoles, / la més rica i estimada / és la de tots coneguda / per la terra catalana» (de las regiones españolas / la más rica y querida / es la de todos conocida / como la tierra catalana). Mn. Joan Colom retomaba la figura de Verdaguer para cantar la aportación de la tierras de Vich a la Hispanidad: «Vic o reina de Muntanya, / No et diran estèril, no; / Tres homes has dat a Espanya / Que no tenen parió: / Balmes en saviduria, / I Claret en sandetat; / Mossèn Cinto, en poesia. / Quina excelsa trinitat» («Vic o reina de Montaña / No te dirán esteril, no / tres hombres has dado a España / que no tienen



parangón / Balmes en sabiduría / Y Claret en santidad / Mosén Cinto, en poesía / ¡Qué excelsa Trinidad!«).

Mn. «Cinto» Verdaguer, icono del catalanismo y, a la vez, incómodo personaje para el nacionalismo, supo entrelazar los nombres de Montserrat y España, de tal forma que en su obra forman casi una unidad indestructible. Por eso, muchos de los poemas del que fuera el genio de la *Renaixença* nunca se recitan o retoman. Recojamos sólo algunos ejemplo: Gozos a *La Reina de Catalunya, la Mare de Déu de Montserrat*: «Des d'eixes altes cimes, / que gran és l'estrellada, / Verge de Montserrat! / És lo mantell esplèndid de Reina coronada / de nostre Principat... Donau abric a Espanya, la malmenada Espanya / que ahir abrigava el món» (Desde esas altas cimas, / qué grande es el firmamento / Virgen de Montserrat / Es el manto espléndido de una Reina coronada / de nuestro Principado... Dad abrigo a España, la deshecha España / que ayer abrigaba al mundo). En el famoso *Virolai* a la Virgen, muchos hacen piruetas para no cantar estas estrofas: «Dels Catalans sempre sereu Princesa, / dels Espanyols Estrella de l'Orient».

También compuso una Salve para los monjes de Montserrat, en la que cantaban: «Lo cel vos dóna / real corona / d'estrelles mil, / i eixa muntanya / vos dóna Espanya / per camaril» (El cielo os dona / real corona / de estrellas mil / y esa montaña / os da España / por camerino). O en el himno que compuso con el motivo del milenario de Montserrat, se lee: «Espanya us vol per Nord / preneu-la Vós per filla» (España os quiere por Norte / tomadla vos como vuestra hija).

Respecto al Sagrado Corazón, las poesías de Verdaguer son fuente de piedad y españolidad, a la vez que de catalanidad. Unas Coplas al Sagrado Corazón, rezan: «Oh Cor, Espanya us crida / sortiu, si us plau, / encès astre de vida / brillau, brillau» (Oh Corazón, España os llama / salid, por favor / enciende astro de vida / brillad, brillad). De su pluma fluían sin cesar elegías piadosas que siempre mentaban a España. Una dedicada al Espíritu Santo, toma tintes épicos: «¡Oh!, feu, diví oracle, / del temple un Cenacle, / d'Espanya un Tabor, / dels cors un sagrari / on puga habitar-hi / Déu Nostre Senyor» (Oh! Haced divino oráculo / del templo un Cenáculo / de España un Tabor / de los corazones un sagrario / donde pueda habitar / Dios Nuestro Señor). Este libro se ha iniciado con una de las poesías más bellas de Verdaguer dedicada a la Inmaculada, patrona de España, repitamos unos deliciosos versos: «Oh Verge immaculada, / per vostra Concepció, / d'Espanya Reina amada, / salvau vostra nació». Todo ello explica por qué Verdaguer, el gran poeta de Cataluña, no es estudiado en la escuela catalanista.

## 74. EL PI DE LES TRES BRANQUES (EL PINO DE LAS TRES RAMAS)

Para entender lo que es el nacionalismo catalán no se nos ocurre otra figura que la del *Pi de les tres branques* (Pino de las tres ramas). En uno de los parajes más hermosos de la Cataluña profunda, cerca de Berga, adentrándose en el término de Castellar del Riu, y en un llano conocido como Campllong, se erige una maravilla de la naturaleza: *el pi de les tres branques*. Este gigantesco pino, de la clase «pinasa» o semiabeto, y de 25 metros de altura, se caracteriza porque su enorme tronco se divide en tres perfectas ramificaciones. Tenemos registros del siglo XVIII que ya dan cuenta de la devoción que levantaba esa formidable obra de la naturaleza, pues los campesinos vieron en él una manifestación de la Santísima Trinidad. En 1746 el Obispo de Solsona, Fray José Mesquia, concedió 40 días de indulgencia por el rezo de tres Credos delante del pino, por ser «vestigio y figura de la Santísima Trinidad». Durante el último tercio del siglo XIX el pino cobijó aplechs (encuentros) de carlistas catalanes, ya que aquella zona siempre fue uno de los reductos impenetrables del tradicionalismo.

La devoción popular se cobijó durante decenios bajo su sombra. Pero un día llegó el bueno de Mn. «Cinto» Verdaguer a los pies del pino. El insigne poeta dijo de él: «Es verdaderamente notable este árbol que puede decirse único en todo el mundo, y a todos los que lo visitan les causa honda y devota impresión». Tanto le asombró este descubrimiento que en 1888, en un librito de poemas, introdujo uno dedicado a la centenaria conífera. El argumento de la poesía es tan sencillo como imaginativo: siendo niño el Rey Jaime I, viajaba hacia Monzón desde Narbona, y descansó cerca de Berga. Ahí soñó que se le daban tres ramas, que significaban tres reinos unificados por su corona. Y —en la poesía, claro— el acompañante de Jaime I, sentencia: «Rogemos para que este pino sea el árbol sagrado de la Patria».

Este inocente relato causó tal impacto en algunos catalanistas que tomaron el regalo de la naturaleza como un símbolo de los tres «países catalanes». Así, poco a poco, el árbol pasó de ser una analogía religiosa a transformarse en un icono político. El ocote español murió a principios del siglo XX, justo cuando arrancaba el catalanismo político (¿una señal del cielo?), y actualmente una de sus ramas está bastante maltrecha. Ello ocurría justo cuando se convirtió en lugar de encuentro de las juventudes de la Unión Catalanista y de los centros excursionistas (bien es cierto que a poca distancia está creciendo uno parecido). Tras la Transición, y a partir de 1980, se convirtió en lugar obligado de peregrinación nacionalista, llegando a juntar algún año a varios miles de catalanistas de todo el abanico político: desde los «moderados» de Convergencia y Unión a los terroristas de Terra Lliure.

En 1986, los «moderados» de CiU fueron acosados y expulsados por los radicales

separatistas. Querían que el acto no fuera un mero encuentro catalanista, sino una reivindicación separatista controlada por formaciones radicales. En 1988, los asistentes, principalmente del *Moviment de Defensa de la Terra* —MDT— (el brazo político del grupo terrorista Terra Lliure), se agredieron entre sí, fruto de peleas intestinas y planteamientos políticos enconados de los que luego hablaremos. Unos querían centrar la lucha en Cataluña, y otros no renegaban de una acción en todos los «países catalanes». En 1991, los agredidos fueron miembros de ERC, que eran considerados también demasiado moderados por los radicales. En 1996, La Plataforma per la Unitat d'Acció (PUA) atacó a otros colegas independentistas del *Estat Català*, por considerarlos una versión burguesa del catalanismo. El «fraternal» encuentro acabó con 10 heridos. Los que más se arrojan la representatividad de la voluntad de Cataluña están todos divididos, y enfrentados, hasta el hartazgo entre ellos.

**Digresión política:** La evolución de esta referencia del Pino de las Tres Ramas, es una clara analogía de lo que ha sucedido y sucederá en Cataluña. El catalanismo surgió fagocitando un espíritu religioso católico del que estaba penetrado la mayor parte del pueblo catalán, especialmente el rural. El nacionalismo se transformó, así, en una religión secular. Pero las religiones seculares son más radicales que las religiones trascendentes. Por eso el catalanismo ha «creado» sus herejías y persecuciones internas. En la medida en que más se defiende la independencia de Cataluña, más se atomiza y enfrenta entre sí el nacionalismo; dificultando así la posibilidad de alcanzar sus objetivos.

El proceso de «secularización» religiosa y emergencia de un catalanismo «sacralizado» exigía la construcción de símbolos nacionales. Paradójicamente, esta emergencia del imaginario catalanista hubo de convivir aún durante mucho tiempo con las muestras espontáneas de españolidad del pueblo catalán. Revisemos la construcción de algunos de estos símbolos y su «convivencia» con la Cataluña hispana.

## 75. «ELS CASTELLERS» NO ERAN CATALANES, SINO VALENCIANOS

Al igual que la sardana no era, propiamente hablando, un baile catalán (sino que procedía de un pequeño rincón de Cataluña y fue «exportada» y «nacionalizada» por el catalanismo, hace un siglo), algo parecido sucede con los famosos «castells» o castillos humanos. Esta tradición, en su forma actual, llegó a nosotros a principios del XIX, y se extendió el Campo de Tarragona, especialmente en la ciudad de Valls, y posteriormente en la comarca del Penedés. Gracias a la labor del nacionalismo durante las tres últimas décadas, hoy otras muchas ciudades y comarcas cuentan con *castellers* ahí donde nunca los hubo. Como en toda tradición, siempre podemos remontarnos a algún sustrato pagano. Las torres humanas que coronan algunas danzas son comunes a diferentes pueblos, y parecen incluir un origen mágico. Formaban parte de antiguas ceremonias agrarias y trataban de provocar el crecimiento de los vegetales, imitando el crecimiento y la elevación. Muchas de estas fiestas paganas con el tiempo serían cristianizadas.

Es en Valencia donde encontramos el primer registro de este tipo de construcciones humanas. Las más antiguas crónicas escritas que las vinculan a Algemés datan del primer tercio del siglo XVIII, pero de su constante y firme presencia muy bien puede pensarse en un origen mucho más antiguo. En este caso algunos estudiosos la remontan a la Valencia del siglo XV. Estos bailes tomaron el nombre de «Moixiganga» y «Muixeranga», que eran un conjunto de bailes y castillos humanos provenientes de la localidad valenciana de Algemés. Más que una danza propiamente dicha, es un conjunto de cuadros plásticos con intencionalidad representativa, que participa en las procesiones de Nuestra Señora de la Salud.

La tesis del origen valenciano de los *castellers* no es valencianista, pues la defiende también el artista catalán Josep Bestit que ha llegado a ser conocido como el «pintor dels castellers». Casualmente pudo contemplar una *muixeranga* de Algemés. Para él fue impactante: «Encontré en los libros de historia que el origen de los *castellers* está en Valencia. Los valencianos que, entre el siglo XVII y el XVIII, viajaban al norte de España a llevar sus mercancías, productos únicos y de gran calidad, cruzaban Tarragona y Valls, y allí cayeron muy bien sus costumbres, entre las que estaban los “balls dels valencians”, una danza con antorchas que reproducía el movimiento de una serpiente y que acababa con una torreta, un Castell».

En la zona de Tarragona, Reus y Valls empezaron a imitar a los valencianos a finales del siglo XVII. Está registrado que en 1687 actuó en la ciudad de Tarragona el «Ball dels valencians» (Baile de los Valencianos). En esta tradición valenciana tres de los bailarines subían encima de las espaldas de los compañeros, agrupados y formando piña. Los tarraconenses obviaron poco a poco los bailes e imitaron los

castillos humanos, aportando la audacia de construirlos cada vez más altos y originales, con el fin de manifestar y exteriorizar mejor su agradecimiento a la Virgen. El primer «castell» propiamente catalán está fechado en Tarragona en el 1770. En Valls, el primer registro es de 1791, durante las primeras Fiestas Decenales de la Candela, según el *Costumari català* de Joan Amades.

El período de mayor esplendor de los *castellers* fue el comprendido entre 1850 y 1870. Luego tuvo sus más y sus menos, aunque siempre se conservó esporádicamente en algún punto de Cataluña, como en El Vendrell. Será a partir del franquismo cuando renacerán las «colles» (grupos), como la veterana de Villafranca del Penedés, en 1948. Tras la Transición, la Generalidad potenció, financió y creó «colles» allí donde nunca habían existido (en los años 80 del siglo xx llegaban al Rosellón o a Baleares). Revestidos de «tradición», ahora los castillos son «diseñados» en ordenadores, para estudiar las posibilidades y la «anxeneta» (el niño o la niña que corona el castillo humano) se ha sometido a corrección política, pues debe llevar un casco homologado que cumpla las normas de la Generalidad. ¡Viva la burocracia de la que quería huir el catalanismo! Por otra parte, siendo tradicionalmente una actividad de hombres, ahora se mezclan varones y féminas. Algún sociólogo ha constatado que, hoy en día, las «colles» de *castellers* se han convertido en un foco de nacionalismo, que ha permitido «integrar» a la población «xarnega» de muchas poblaciones catalanas convirtiéndolos en los conversos más apasionados.

## **76. GRACIAS A UNOS «CASTELLERS» SE TOMÓ TETUÁN**

Ya hemos relatado en obra anterior que en 1859 fue creado el Cuerpo de Voluntarios Catalanes que, a las órdenes del General Juan Prim y Prats, tuvo una gloriosa participación en la Primera Guerra de África (1859-1860). Su uniforme, «al estilo catalán», con barretina, dio a conocer la preciada prenda a toda España. En esa guerra los catalanes lucieron por su bravura y entusiasmo, especialmente cuando eran arengados en su lengua materna por el General Prim. La conquista de Tetuán la realizaron a gritos de *¡España, España!* Una anécdota de esa guerra, poco conocida, nos la cuenta el historiador Alfredo Redondo, autor del libro *Voluntarios Catalanes en la Guerra de África (1859-1860)*. Sitiada la ciudad de Tetuán, los catalanes se encontraron con que no tenían una escalera a mano para entrar en la Alcazaba de la ciudad. La empresa parecía imposible. Entonces el General Prim recordó que muchos

de sus voluntarios pertenecían a su comarca natal, Reus y el Campo de Tarragona. Él mismo había sido testigo de las sorprendentes torres humanas que se recreaban en las fiestas populares. Se le encendió una luz y gritó a sus voluntarios: «Ala, minyons, feu la torre, i a dalt!» (¡Adelante chicos, haced la torre y arriba!). Los brazos de los voluntarios se fueron entrelazando y sobre ellos se fue levantando un *castell* en medio del combate. El historiador relata con emoción los acontecimientos: «La base de la columna humana que se alza esforzadamente al pie del minarete, y va subiendo, subiendo, hasta que, al final, el más ágil de todos trepa sobre sus compañeros, y, ya en la cima, iza la bandera española en la torre más alta de la ciudad de Tetuán». El voluntario que puso la bandera española en los muros de Tetuán fue Luis Baró y Roig, sargento primero.

El Cuerpo de Voluntarios Catalanes contó con 466 hombres, de los que la mitad fallecieron en África. Sólo volvieron 237. Sus uniformes, con barretina y alpargata, fueron costeados por la Diputación de Barcelona y constaban «cada uno de un gorro del país, tres camisas de algodón, dos pares de calzoncillos, dos camisetas de algodón, una túnica y pantalón de pana, un par de botines de cuero, dos pares de alpargatas con peales, un morralmochila, una manta y una bolsa de aseo». Los representantes de la Diputación, en el acto de despedida, pronunciaron estas palabras tan incorrectamente políticas para los oídos contemporáneos: «los Voluntarios de Cataluña sabrán acreditar en los campos de África, que son dignos descendientes de aquellos indómitos almogávares que tantas veces hicieron morder el polvo a la insolente morisma». En su despedida, «Barcelona organizó un desfile militar en su honor y el Abad de Montserrat los bendijo antes de marchar hacia el frente». A la vuelta, «los festejos duraron varios días y fueron muchos los actos de cariño de la población hacia estos voluntarios: comidas, recepciones oficiales...». La ciudad de Barcelona se engalanó con banderas españolas y catalanas y monumentos conmemorativos.

Todavía en 1894 se celebraba en Sant Martín de Provençals (actualmente pertenecientes a Barcelona) un homenaje a los excombatientes de Tetuán con comida, cantos patrióticos y lectura de poesías. En ellas se recordaban su asalto a las murallas y su espíritu patrio: «Ells son los que romperen las murallas / de ferro y carn que l'barbaro oposà,... Amb fills tan braus que feren tal hassanya / vencent mars, feras, terras y elements, / qui contra tu s'atrevia ja, Espanya?» (Ellos son los que rompieron las murallas / de hierro y carne que el bárbaro opuso... Con hijos tan bravos que hicieron tal hazaña / venciendo mares, fieras, tierras y elementos / ¿quién se atrevería contra ti España?). A modo de curiosidad, hay que decir que 75 años más tarde, otros catalanes en plena Guerra Civil nos dejaron un recuerdo de sus «castells». En el libro del Padre Nonell sobre *El Laureado Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat* se muestran fotos de los requetés catalanes levantando castillos humanos

a modo de entretenimiento en los momentos de descanso entre combate y combate.

## 77. DE LOS ÚLTIMOS DE FILIPINAS A LOS PRIMEROS DE LA LEGIÓN

Las Islas Filipinas cayeron en 1898, junto a Cuba. La España imperial sufría ya prácticamente su último desmorone. Pero cuatro siglos de gestas no podían acabar sin, al menos, una última heroicidad que ya ha quedado grabada en la conciencia colectiva de los españoles: «los últimos de Filipinas». Nos referimos al sitio de Baler. Un grupo de soldados españoles, desconocedores de la rendición del gobierno español, mantuvieron su posición hasta el 2 de junio de 1899. Sitiados por el ejército tagalo hubieron de pasar mil calamidades y sacrificios para sobrevivir. Su resistencia fue tan heroica que hasta el ejército enemigo les rindió honores al dejar las armas y el puesto que defendían. Estos héroes pertenecían al Batallón Expedicionario de Cazadores nº 2. La mayoría de sus miembros eran valencianos, pero entre ellos se encontraban cuatro catalanes: José Pineda Turán, natural de Sant Feliu de Codines, Barcelona; Pedro Vila Garganté, natural de Taltaüll, Lérida; Pedro Planas Basagañas, natural de Sant Joan de les Abadesses, Gerona y Ramón Mir Brills, natural de Guissona, Lérida. Aún se conserva la bandera española que esos catalanes defendieron en Baler. Entre los que acudieron a Cuba y Filipinas muchos eran viejos combatientes carlistas que así «expiaban su culpa» y podían volver a legalizar su situación en España. Ello explica su espíritu heroico y patrio. Los catalanes, protagonistas ineludibles en las últimas batallas imperiales, fueron los primeros también en apuntarse con entusiasmo, a principios del siglo XX, a las empresas bélicas que continuaban en África.

**Una noticia escandalosa para el catalanismo:** Año 2012: nuevamente los nacionalistas se rasgan las vestiduras. La causa es que en el Barrio de la Cirera, de la costera ciudad de Mataró, desfiló la Hermandad de Antiguos Caballeros Legionarios, portando un Cristo de la Buena Muerte, al son de cornetas y con armamento debidamente inutilizado. Sin previo aviso al Ayuntamiento, gobernado por los convergentes, unos veteranos legionarios, algo panzudos, recrearon el ambiente malagueño de la Semana Santa. Los

grupos independentistas más radicales aullaron por twitter diciendo que no volverían a permitir «ninguna manifestación de españolismo y militarismo».

Cataluña tiene mucho que ver con los primeros pasos en la fundación de la Legión española. Ello es relatado por el propio Millán Astral, en su librito *La legión* (1922), en el que explica su origen y espíritu. Cuando el militar español funda en 1920 este cuerpo, a imitación de la Legión extranjera francesa, desconfiaba del éxito que podía despertar el llamamiento. Se abrieron banderines de enganche en Ceuta, Madrid y Barcelona. Contra todo pronóstico en tres días se apuntaron 400 voluntarios y de ellos, 200 de Barcelona. Esto impresionó tanto a Millán Astray que en su obra relata: «Vino el alud de Barcelona, los doscientos catalanes, la primera esencia de la Legión, que bajaron arrasándolo todo y sembrando el pánico en el camino. Era la espuma, la flor y nata de los aventureros. Era el agua pura que brotaba del manantial legionario. ¡Bienvenidos, catalanes legionarios; vosotros seréis la base sobre la que se construirá la Legión!». A ellos y a los otros doscientos les arengó afirmando que su destino «es padecer hambre, sed, cansancio, trabajos y fatigas y al fin la muerte, como más seguro destino». Los catalanes debieron dejar su impronta en los orígenes de la Legión. En el libro mencionado se puede leer: «En el legionario es característica la alegría y el buen humor y de ello son su manifestación los cánticos. ¡Cantan a la mañana como los pájaros; cantan al salir a la marcha y al combate; cantan al volver, cantan, siempre cantan! Improvisan orfeones en las tiendas de campaña, en donde lucen sus galas tenores y barítonos. Coros catalanes, que con los gallegos se llevan la palma; óyense sardanas, caramellas...». Y acabando la obra aparece otra referencia: «En la Legión hubo hombres de todas las ideas y de todas las tendencias: sindicalista y antisindicalistas, catalanes y de otras regiones; anarquistas, nacionalistas y bolcheviques extranjeros».

## **78. CATALANES PASEANDO POR MELILLA Y EL PATRIOTISMO DE LA VANGUARDIA**

La fundación de la Legión se produjo por necesidad lógica de disponer de cuerpos de elite que lucharan en el Norte de África. Desde la Guerra de Tetuán (1860) se hacía imprescindible para España defender sus posesiones en Marruecos. En plena debacle



ultramarina se abrió otro frente, que constituyó la Guerra de Melilla (1893-1894), también conocida como la Guerra de Margallo o Primera Guerra del Rif. Cataluña se volcó una vez más en el envite africano. Un ejemplo del entusiasmo patrio que despertó esta breve contienda es la portada del semanario satírico, republicano y anticlerical *La Campana de Gracia*. En el Almanaque de 1894 la portada representa a una mujer que en sus faldas porta las cuatro barras catalanas; en una mano la bandera española y en la otra un fusil. *La Vanguardia* del 1 de noviembre de 1893 da cuenta de los acuerdos del Ayuntamiento respecto a la Guerra: «El Ayuntamiento, en su sesión de esta tarde, en proposición unánime ha acordado suscribirse por 50.000 pesetas mensuales para contribuir a los gastos de la campaña. También acordó iniciar una suscripción popular, encabezada con 10.000 pesetas, para ofrecerlas al Gobierno con destino de fusiles Mausser. Acordó también conceder pensiones a las viudas y huérfanos de los soldados de Barcelona que mueran en la campaña de Melilla. Por último, se acordó que organice un batallón de voluntarios de Barcelona, por Barcelona mantenidos y equipados. Estos acuerdos fueron acogidos con vivas entusiastas a España y al ejército».

El propio diario inició una suscripción popular para ayudar en la Guerra. En el diario del 3 de noviembre de 1893 se lee: «No venimos a pedir una limosna, ni un socorro: venimos a exigir, pero a exigir en condiciones tales que aun más placer van a sentir en dar aquellos a quienes venimos a pedir, que en el pedir y en el recibir lo hemos de experimentar nosotros. Tenemos en África a nuestros soldados: España les ha mandado allí a sostener el honor de nuestra bandera; allí pelean, allí mueren, allí vencen. Pero mientras pelean y vencen también sufren: sufren por la patria, sufren por nosotros. La patria socorre y premia sus sufrimientos. Nosotros debemos por nuestra parte ayudar a ese socorro [...] En la guerra tanto montan y tanto importan los fusiles, las balas y los cañones como los víveres. Mandemos víveres a Melilla. Que el pobre soldado no tenga que contentarse con saber que no se morirá de hambre si le faltara su alimento reglamentario. Que se goce también con esos extraordinarios que en las amarguras de la vida de campaña significan una compensación y un regalo. Mandemos vino, aguardiente, tabacos, harinas, todos los artículos de comer y beber que puedan servir para acrecentar el bienestar del soldado en campaña... En cuanto el importe de la suscripción lo vaya consintiendo, se fletará un buque que directamente transporte a Melilla los víveres recogidos y los que compren con el producto metálico, o bien se encargará el transporte a algunos de los buques que hagan el viaje a aquellas aguas».

La respuesta del pueblo catalán fue impresionante. Listas de particulares que daban sus donativos quedaron reflejadas en las distintas ediciones de *La Vanguardia*. A ellas se sumaron organismos públicos como el Ayuntamiento de San Andrés de Palomar, o privados, como la Asociación de Fabricantes de Manlleu y su comarca, o

la Escuela Normal de Maestras de Barcelona. El Real Club de Regatas de Barcelona regalaba una cura antiséptica por cada uno de los soldados; la Unión Liberal y el Casino de Granollers aportaban su dinero y así un sinnúmero de organizaciones, que representaban la verdadera «sociedad civil» catalana.

Desde Barcelona partieron las siguientes tropas: Cazadores de Cataluña (396 soldados); Cazadores de Barcelona (396 soldados); Cazadores de Figueras (396 soldados); el barco de transporte «Gerona», con 200 hombres y 10 cañones. Las autoridades militares, al llegar a Melilla, enviaron el siguiente telegrama al director de La Vanguardia: «Ruégole manifieste en *La Vanguardia* lo agradecidos que estamos todos por la entusiasta despedida de Barcelona. Su recuerdo durara tanto como nuestra vida. El día del combate recordaremos con orgullo las glorias de Cataluña, y procuraremos cumplir en el campo de batalla, como la patria tiene derecho a esperar de nosotros». ¡Qué tiempos los de aquella Vanguardia, tan irreconocible hoy en día! Unas décadas antes, con motivo de las manifestaciones en Cataluña contra la invasión alemana de las Islas Carolinas, en el periódico catalán se leía en primera plana esta filípica: «¡Aún hay Patria, aún hay Patria! Nuestro entusiasmo justifica la exclamación con que damos comienzo a esta reseña; porque creíamos que el acto de ayer sería brillante, sería imponente, pero jamás hubiéramos imaginado tanta majestuosidad, tanta grandeza. Sí, aún tenemos Patria; aún España puede ser una gran nación. Aún no hay país alguno que nos aventaje en patriotismo. Verdaderamente estamos poseídos de legítimo orgullo por la imponente manifestación de ayer» (*La Vanguardia*, 28 de agosto de 1885).

## **79. Y UN CATALÁN COMPUSO LA LETRA OFICIAL DEL HIMNO DE ESPAÑA**

Tras unas décadas prodigiosas del deporte español, culminadas con una etapa dorada en el deporte rey, nos hartamos de oír sonar el «mudo» himno español, al lado de otros himnos cuyos compatriotas parecían cantar emocionados. Una especie de reacción colectiva, algo chapucera a nuestro entender, llevó a que un tarareo onomatopéyico quisiera sustituir una letra en principio inexistente pero anhelada. Ello llevó a plantearse si el himno español, o más propiamente la «Marcha Real», o también «Marcha Granadera», hubiera de tener letra. Incluso se organizaron

concursos, y sin la más mínima aceptación social (nos entristece el alma pensar que lo único que parece unir a los españoles son los triunfos deportivos, el que confíe que una nación se puede apuntalar en eso, va muy equivocado).

Contra lo que la mayoría piensa, aparte de la famosa letra que compuso Pemán (que empezaba con el famoso: «Viva España, alzad los brazos / hijos del pueblo español, / que vuelve a resurgir»), sí que hubo letra oficial del himno. O, mejor dicho, hubo varias letras. Una de las primeras, aún no oficial, fue la de Ventura de la Vega, en 1843: «Venid españoles / Al grito acudid. / Dios salve a la Reina, / Dios salve al país.» Tras la Revolución de 1868, el General Prim convocó un concurso nacional para crear un himno oficial, pero se declaró desierto, aconsejando el jurado que continuara considerándose como tal la Marcha de Granaderos. Sin embargo, la promoción verdaderamente oficial de la letra del himno fue coincidiendo en 1909 con la boda de Alfonso XIII. Un catalán, el insigne poeta Eduardo Marquina, fue el encargado de componer la letra para la Marcha Real. Según contó el propio autor, Don Alfonso XIII quería que las estrofas recogieran un, «grito de afirmación y fe, no sólo no se enturbiasen con la menor tendencia política, sino que estuviesen limpias de esa forma agresiva del orgullo patriótico que, al acentuarse con caracteres de exclusividad y animosamente contra otros pueblos, privara al himno de la dulce prerrogativa de entonarse y sonar bajo un cielo que no fuera español».

Marquina escribió hasta doce variaciones (en algunas fuentes se señala que escribió hasta 30 versiones), para que Alfonso XIII eligiese las que mejor le parecieran. El monarca constitucional finalmente escogió tres. Una de ellas dice así: «Gloria, gloria, corona de la Patria, / soberana luz / que es oro en tu Pendón. / Vida, vida, futuro de la Patria, / que en tus ojos es / abierto corazón. / Púrpura y oro: bandera inmortal; / en tus colores, juntas, carne y alma están [...]».

Contra este tono pacificador y de un patriotismo no muy exaltado, el carlismo catalán propuso otra letra algo más combativa: «Viva España, / gloria de tradiciones, / con la sola ley / que puede prosperar. / Viva España, / que es madre de Naciones, / con Dios, Patria, Rey / con que supo imperar. / Guerra al perjuro / traidor y masón, / que con su aliento impuro / hunde la nación...». La versión alfonsina cayó con la llegada de la República. Pero 60 años después, Barcelona tendría el honor nuevamente de promocionar otra letra. Esta vez con la excusa de las Olimpiadas del 92. El Comité Olímpico propuso una horrenda letra que terminaba así: «Gloria a los hijos / que a la Historia dan / justicia y grandeza / democracia y paz». Evidentemente cayó en el olvido más absoluto. Y es que con el tiempo se acaba descubriendo que la democracia no es de las cosas más populares entre el pueblo. Por tanto, continuará el tarareo del himno si algún poeta no lo remedia.

## **80. Y OTRO CATALÁN MUSICÓ EL HIMNO A LA BANDERA ESPAÑOLA Y EL HIMNO DEL PILAR**

Sin ánimo de confundir al lector, hay otro himno oficial titulado *Canto Oficial a la Bandera de España*, compuesto por el palentino Sinesio Delgado García. En un concurso convocado por el gobierno respectivo, fue elegida esta composición como canto a la bandera española. Y así se publicó por Real Orden de 30 de abril de 1906. Meses después, el 2 de julio de 1906, se publicó como pieza musical, con el nombre de *Himno a la Bandera. Sobre la música de la Marcha Real Española* y con música del catalán Juan Bautista Lambert. La letra, evidentemente, era patriótica, con estrofas del estilo: «Tu eres, España, en las desdichas, grande, / y en ti palpita con latido eterno / el aliento inmortal de los soldados / que a tu sombra, adorándote, murieron... Por eso eres sagrada. En torno tuyo, / a través del espacio y de los tiempos, / el eco de las glorias españolas / vibra y retumba con marcial estruendo». Juan Bautista Lambert había nacido en Barcelona, en 1884; zarzuelista famoso, también había escrito piezas sinfónicas, sardanas y obras religiosas, como el *Himno a la Virgen del Pilar*, que con letra de Florencio Jardiel, compuso en 1908. No deja de sorprender, tras las constantes campañas nacionalistas, cómo aún podemos descubrir catalanes capaces de componer sardanas, zarzuelas e himnos patrióticos y religiosos, sin que ello les provocara ningún trauma interno.

## **81. Y EL PATRIOTISMO MODERNO ESPAÑOL NACIÓ EN CATALUÑA: LOS «HIJOS DE MALASAÑA» Y LA LIGA PATRIÓTICA ESPAÑOLA**

Por extraño que les parezca a muchos, el «patriotismo» moderno no nació con la Falange (1933), ni provenía de Castilla. Mucho antes, en Barcelona, ya se engendraron los primeros movimientos patrióticos como resistencia al catalanismo, cada vez más radicalizado. El 11 de enero de 1919 se anunciaba en Barcelona la fundación de la Liga Patriótica Española para combatir el separatismo. Según cuenta el diario *Abc* del día siguiente: «Barcelona 12, una de la madrugada. Se ha repartido con profusión en las Ramblas una hoja que firma el *Directorio de la Liga Patriótica Española*. Dice que su objeto es combatir en la Prensa, en la tribuna y en todas sus

relaciones diarias con el ciudadano las ideas separatistas que, con el equívoco de la autonomía integral para Cataluña, está haciendo tanto daño en todos los aspectos de la vida así interior como de relación con las demás regiones. Anuncia que se constituye en Barcelona una Liga Patriótica, un Círculo Español y, a ser posible, un periódico diario que será el portavoz de esta Liga, bajo el lema *todo por España y para España*. Añade que anunciada la formación de la Liga Patriótica Española, se están recibiendo numerosas adhesiones, que, según nuestras noticias, pasan ya de 7.000. La Liga Patriótica contribuirá, según anuncia la hoja, a estrechar más los lazos que unen a Cataluña con las demás regiones españolas. Termina aconsejando a todos los catalanes que desechen la indiferencia de que son víctimas, ya que, si no lo hacen ahora, luego no será tiempo de arrepentirse, pues con el equívoco de la autonomía integral se va camino de la desmembración del territorio patrio, y Cataluña ha de ser la región que más de cerca toque las consecuencias de tal error».

El especialista en la historia de la ultraderecha española, Xavier Casals, de probada seriedad investigadora, comenta la aparición de este movimiento: «Ésta configuró un ente ultraespañol de combate que surgió ante la campaña de demanda de autonomía promovida por la Lliga desde noviembre de 1918, secundada por republicanos y la mayoría del carlismo y radicalizada por los nacionalistas que lideraba Francesc Macià». Las agitaciones nacionalistas pretendían «hacerse con la calle» produciéndose una temporada caliente entre noviembre de 1918 y febrero de 1919, sobre todo en las Ramblas, arteria de la ciudad y testigos de muchos enfrentamientos y garrotazos. En uno de ellos un oficial fue herido grave de bala y un sargento acabó con la cabeza abierta por un garrotazo. El diario *El Imparcial* recogía el ambiente barcelonés: «Para dar un ¡Viva a España! hay que empuñar la browning, o hallarse dispuesto a ir a la casa de socorro». La Liga Patriótica Española, sin reunir grandes masas y compuesta, según Ucelay-Da Cal, por oficiales de paisano, funcionarios de bajo rango, policías fuera de servicio, e «hinchas» del Real Club de Fútbol Español (y creemos que otros elementos como el incipiente Requeté), acabó «limpiando», al menos temporalmente, las Ramblas de separatistas. Los catalanistas acusan a este «movimiento» de fascismo, pero nunca han querido reconocer las influencias fascistas sobre los militantes del *Estat Català* de Macià. Las tácticas de violencia callejera y amedrentamiento en el grupo separatista, eran exactamente iguales y tomadas, gracias a Dencàs, del fascismo italiano que tanto admiraba.

La Liga Patriótica tuvo su propio manifiesto fundacional, titulado, como no, «¡Viva España!» y dirigido «A todos los buenos españoles». Se denunciaba que en «este trozo de España que se llama Cataluña» unos malvados catalanes «pretenden intervenir en la conferencia de paz [de París] para que le sea concedida a Cataluña la independencia que los villanos sueñan les llegue impuesta por el mandato de Europa». El texto exhortaba «un día y otro día a clamar (el ¡Viva España!) para

ahogar con él las vociferaciones de esos perros separatistas». El grupo, como era costumbre en la época, tuvo su sede sobre el teatro Petit Pelayo, en las Ramblas, y su «grito de guerra» era la canción *La hija de Malasaña* que cantaba en el teatro Goya la cupletista *Mary Focela* y que concluía así: «¡Lucho como una leona / al grito de viva España! / Y es que por mis venas corre / la sangre de Malasaña».

## **82. LOS SINDICATOS LIBRES SE FUNDAN EN BARCELONA**

Para los patriotas españoles catalanes se abrían dos frentes contrarios y complementarios. Por un lado el nacionalismo catalán, que despreciaba la Patria española, para sustituirla por la nación catalana; y, por otro lado, el anarquismo apátrida, que renegaba del patriotismo español y catalán. Como reacción a la violencia sindical, desatada en Cataluña especialmente, se fundó en Barcelona el Sindicato Libre, que luego se fue extendiendo a otras regiones de España, con el nombre de Confederación Nacional de Sindicatos Libres (CNSL), llegando a igualar en afiliados a la socialista Unión General de Trabajadores (UGT). Sobre los Sindicatos Libres se han propuesto muchas tesis: su pistolero salvaje, su carácter «mafioso», «amarillista», etcétera; en fin se les ha dicho de todo, menos guapos. Sin embargo, creemos que aún hace falta un estudio serio que dé razón de su aparición.

Su fundador y promotor, en 1919, fue un carlista leridano muy activista: Ramón Sales Amenós. El acto fundacional se realizó ante militantes carlistas en el Ateneo Obrero Legitimista de Barcelona. Encontramos entre sus primeros afiliados a jóvenes trabajadores y dependientes del comercio que formaban parte de los círculos jaimistas (carlistas) de la Ciudad Condal. Junto a Ramón Sales Amenós, hallamos a otros líderes como Juan Laguía Lliteras (el ideólogo), Ceferino Tarragó, Ignacio Jubert, Josep Baró, Jordi Bru, Estanislao Rico, Domingo Farré, Feliciano Baratech y Mariano Puyuelo (muchos de ellos memorables carlistas de su época). En 1929 la organización reconocía 197.853 afiliados y un 60% de ellos en Cataluña. El historiador Colin M. Winston ha estudiado la evolución del Sindicato Libre: en una primera fase (hasta principios de 1921), su expansión habría sido modesta, (en torno a diez mil afiliados, provenientes del carlismo); hasta 1922 se produjo un avance considerable, favorecido por la estrecha colaboración del general Severiano Martínez Anido, Gobernador Civil de Barcelona. Los *cenetistas* habían pasado a la clandestinidad y la violencia sindical contra los empresarios había aumentado; por

tanto, la reacción e incremento de actividad del Sindicato Libre era lógica. De hecho, los miembros del Libre fueron los únicos con agallas para enfrentarse a la omnipotente organización anarquista que pretendía hacerse dueña del mundo obrero a base de asesinar empresarios. Sin embargo eso tuvo un precio: hasta 1923 sufrieron la muerte por asesinato 53 afiliados.

### **83. LA ENCARNIZADA MUERTE DE UN SINDICALISTA CATÓLICO**

El Sindicato Libre, insistimos, aún debe ser estudiado, pues las acusaciones de colaborar con la patronal y de hacerle el «trabajo sucio», tampoco están tan claras (no negamos el pistolero, pero tampoco afirmamos que fuera una especie de mafia al servicio de la patronal, tal y como se nos ha presentado). En la agrupación siempre hubo un recelo ante los empresarios prepotentes —herencia del origen carlista de este sindicato— y nunca se abandonó el estilo obrerista, llegando incluso a tener relaciones «amigables» con la UGT. Por el contrario, las relaciones con los sindicatos católicos no fueron buenas, pues estaban controlados por potentados católicos y catalanistas (en el caso de Cataluña es muy claro). Sólo se llevaron bien con los sindicatos católicos fundados por los dominicos, que eran más combativos y nada «amarillistas». La labor social de los dominicos tenía su fuerza en la región vasco-navarra, por lo que la simbiosis carlista y sindicalista se daba en muchas zonas, como Azpeitia. En 1924, en un congreso en Pamplona decidieron fusionarse y crear la Confederación Nacional de Sindicatos Libres, de los dominicos José Gafo y Pedro Gerard.

Tras la proclamación de la II República comenzó una represión feroz contra el Sindicato Libre. Lluís Companys, en una de sus tantas intrigas y maldades, suscribió el llamado *Pacto del Hambre*, por el cual la patronal acordó con la CNT y la UGT no contratar a ningún trabajador afiliado a los Sindicatos Libres. Ramón Sales, el fundador, se exilió a Francia y regresó en 1935. Al estallar la Guerra Civil fue capturado por los milicianos anarquistas y consiguió huir; pero nuevamente retornó a Barcelona, para intentar montar una quinta columna en la retaguardia republicana. Nuevamente capturado, esta vez encontró una muerte terrible ante las oficinas de la *Solidaridad Obrera*: «Encadenaron los pies y las manos de Sales a cuatro camiones. Acto seguido los camiones emprendieron la marcha, en direcciones distintas». Así

murió brutalmente descuartizado un catalán-español, obrerista y tradicionalista. Los anarquistas, ni que decirse hace falta, celebraron por todo lo alto la muerte del que había sido su enemigo más feroz. En un último acto de hipocresía, *La Vanguardia al servicio de la República* del día siguiente dio la noticia afirmando que simplemente había sido fusilado: «por quienes habían recibido mayores agravios de su funesta actuación».

## **84. LA UNIÓN PATRIÓTICA VS. LA TRAZA: VALLADOLID O BARCELONA**

El General Primo de Rivera, tras su pronunciamiento, era consciente de que no podía gobernar sin contar con un mínimo de apoyo popular. Siendo Capitán General en Barcelona ya se había sentido arropado por los catalanistas de la Lliga. Pero, ahora en el poder, y habiendo dejado de lado las promesas a los catalanistas, debía encontrar nuevos apoyos. De hecho, pudo escoger entre dos movimientos. Por un lado la *Unión Patriótica* y, por otro lado, *La Traza*. La Unión Patriótica pretendía ser el partido «democrático» de un Régimen no democrático. Su origen lo tuvo en Valladolid, con la intención de crear una asociación que acogiera a «todos los hombres de buena voluntad». La ideología del nuevo movimiento era claramente conservadora y defensora de un centralismo político, un corporativismo antisindical y una no muy comprometida defensa de la religión católica, aunque sí con manifestaciones católicas grandilocuentes. El General también definió la *Unión Patriótica* como «un partido central, monárquico, templado y serenamente democrático»; y su divisa fue: «Patria, Religión y Monarquía», adaptación moderada del trilema carlista «Dios, Patria y Rey», (en la que la religión pasa sutilmente al segundo lugar del trilema). Pero ¿quién puso los fundamentos sociales e ideológicos de este nuevo partido, que parecía salir de la nada? El origen geográfico se sitúa en Valladolid, en el entorno de personas próximas al periódico *El Debate*, dirigido por Ángel Herrera Oria, fundador de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. De hecho, el manifiesto fundacional se hace público en su periódico el 2 de diciembre de 1923. Posteriormente otras ciudades castellanas constituyeron uniones patrióticas, tales como Ávila, Burgos y Palencia. En 1926, la Unión Patriótica estaba asentada en todas las provincias españolas. La base militante era bastante heterogénea: la burguesía agrícola



castellana, dirigentes de organizaciones católicas como la de Ángel Herrera, mauristas, mellistas y antiguos liberales.

Frente a este proyecto «castellano», Primo de Rivera pudo contar con otra organización netamente catalana y que se la considera el primer representante, después de la Liga Patriótica Española, del fascismo en España. Se trataba de *La Traza*. Esta organización se había creado en Barcelona en 1923. Su origen coincide con el decaimiento, durante el Directorio de Primo de Rivera de los Sindicatos Libres. Publicó un *Manifiesto* en julio de 1923 y se ofreció a Primo de Rivera como fuerza paramilitar para difundir e imponer la dictadura establecida por éste. El manifiesto tenía un tono popular y anticaciquil, y llamaba a una «unión patriótica de todos los ciudadanos españoles». Justo antes de su viaje a la Italia fascista, Primo de Rivera tuvo una entrevista con tres dirigentes *tracistas*; y, a su vuelta, fue recibido por una formación de 300 de ellos al grito de «¡Por España!, ¡viva La Traza!». Sin embargo, Primo de Rivera parecía desilusionado con el régimen italiano que acababa de visitar y apostó por la Unión Patriótica, que tenía tintes más moderados. *La Traza*, que había manifestado su voluntad en convertirse en partido político único, adquirió el nombre de Partido Somatenista Civil Español y, posteriormente, el de Federación Cívico-Somatenista. El fracaso de esta organización provocó que la mayoría de los *trazistas* ingresaran en la Unión Patriótica. Los más «puristas» se incorporaron a otras formaciones como la Derecha Social o la Peña Ibérica; y aunque estuvieron activos aún durante 1925, la entidad desapareció oficialmente en 1926. Un grupúsculo se mantuvo y acabó incorporándose, con los años, a la Falange Española de Cataluña.

## **85. UNIÓN MONÁRQUICA NACIONAL: OTRO PARTIDO ESENCIALMENTE CATALÁN**

Con el nombre de *Unión Monárquica Nacional* se conocen diversas formaciones políticas de derechas y monárquicas. El embrión de todas ellas nació en Barcelona en 1919. Su alma mater fue Alfonso Sala y Argemí, después Conde de Egara, y contó con la nobleza alfonsina más españolista como Manuel Rius y Rius, Marqués de Olérdola, Darius Rumeu y Freixa, Barón de Viver, el Conde de Figols, el Conde de Montseny, el conde de Santa Maria de Pomers, o Luís Pons y Tusquet. Este movimiento era la oposición al sector conservador regionalista, aglutinado en torno a la *Federació Monàrquica Autonomista*. La Unión Monárquica Nacional, en esta

primera versión, fue un movimiento que limitó su acción prácticamente a Cataluña. Primo de Rivera utilizó a sus dirigentes (engañándolos) para disolver la Mancomunidad catalana. Anteriormente, no recibiendo ningún apoyo del poder central, no pudo nunca disputar el poder electoral de la Lliga Regionalista, aunque sus dirigentes pertenecían a la misma elite industrial catalana. La burguesía españolista en Cataluña no encontró el apoyo popular que sí supo lograr la Lliga Regionalista. El éxito de ésta fue el poseer una «ideología» mucho más cautivadora, romántica y experta en modular los sentimientos: el catalanismo. El Partido de Alfonso Sala desapareció cuando se proclamó la II República Española y sus miembros se integraron, primero, en la Peña Blanca y posteriormente en Renovación Española.

## **86. EL SOMATÉN: ¿ESPAÑOLISTA O CATALANISTA?**

En este epígrafe deberemos realizar un importante esfuerzo de síntesis, y de antemano pedimos disculpas si la escasez de espacio nos obliga a ser imprecisos. Las *hermandades* o *Santas Hermandades* eran instituciones medievales de autodefensa que proliferaron por todos los reinos de la Península. Eran los «hombres honrados» que tenían derecho a tomar las armas para defenderse ante el bandolerismo y las agresiones a las villas. Durante las revoluciones liberales del siglo XIX se constituyó en España la Milicia Nacional, con el fin de salvaguardar el «orden revolucionario». Los voluntarios ejercían el mismo papel de autodefensa; pero en este caso defendían a las élites liberales contra carlistas y otros ultramontanos. En Cataluña, la institución medieval fue derivando su nombre en *Somatent*. Se discute el origen etimológico y las interpretaciones son muchas. Por ejemplo, en los *Usatges* (recopilación de usos y costumbres) ya se habla de «metent só» (haciendo ruido, en referencia a la llamada a las armas); u otras explicaciones proponen que deriva de «som atents» (estamos atentos). Entre el siglo XVIII y XIX el Somatent fue sufriendo cambios, pasando de ser un cuerpo civil al servicio del Rey para imponer orden, a confundirse muchas veces con un cuerpo militarizado a modo de los «miquelets»: así, participó en la Guerra Gran o en la Guerra de la Independencia. En la medida que avanzaba el agitado siglo XIX, y se creaban las «dos Españas», el Somatén se fue politizando: apoyaron a la Regencia de Urgel, o en las Guerras carlistas participó en ambos bandos. A finales

del siglo XIX el Somatén había dejado de ser una organización excepcional de defensa para convertirse en una «institución» paramilitar permanente, reglamentada y al servicio del poder público, normalmente liberal. Por aquel entonces, en Cataluña había 40.000 somatenes; eso sí, con medios más que precarios.

Al iniciarse el siglo XX, y ante el aumento de los atentados y asesinatos anarquistas, el somatén fue reforzado y creció en Cataluña. En 1919 llegó a su momento de máximo esplendor. El cuerpo contó con relaciones directas y apoyo del Ejército y, de paso, fue parte de su servicio de espionaje para controlar tanto a los anarquistas como a los de los Sindicatos Libres. La burguesía catalana, tanto la espanyolista como la catalanista, apoyó económicamente a esta ingente organización, que se convertía en un potencial ejército ciudadano. De hecho, tras la Semana Trágica, en 1909, La Lliga organizó una demostración de fuerza haciendo desfilar por Barcelona al Somatén con Cambó a la cabeza. Esta organización, típicamente catalana, fue copiada en Madrid y en otros lugares de España, aunque formalmente fue Primo de Rivera quien en septiembre de 1923, decretó la extensión del somatén a todo el Estado. Pero, sin lugar a dudas, el modelo a seguir era el catalán. En el periódico *La Protesta*, de apoyo riverista, el 16 de septiembre de 1923, se elogiaba el apoyo del somatén catalán al golpe militar: «Los somatenes se aprestan a colaborar en la obra de redención nacional. ¡Vivan los Somatenes Armados de Cataluña!». El nuevo somatén que iba a formar Primo de Rivera, quería entroncarse con la larga tradición medieval catalana. En *El Heraldo de Madrid*, del 13 de septiembre de 1923, se escribía: «Somos el somatén, de legendaria y honrosa tradición española y, como él, traemos por lema *paz, paz, paz*». Con la llegada de la República, las nuevas fuerzas revolucionarias intentaron controlar el somatén y adaptarlo al nuevo orden legal incluso «catalanizarlo». Pero la llegada de la Guerra Civil desveló la verdadera idiosincrasia del somatén catalán al ser asesinados muchos de sus miembros. Durante el franquismo el somatén catalán perduró contribuyendo a combatir a los maquis. Pero llegada la Democracia, el Senado lo suprimió en 1978. Así la Democracia acabó con otra de tantas formas de organización social fuera del Estado. En la actualidad esta, casi milenaria, institución catalana es sólo reconocida en Andorra como cuerpo de defensa legal.

Relatadas estas manifestaciones de la vitalidad española de Cataluña, y siendo conscientes de habernos dejado en el tintero mil más, ahora debemos adentrarnos a comprender cómo surgió el catalanismo. En plena explosión de amor patrio a España, emergía una ideología camuflada de sentimiento. La fuerza de este nuevo movimiento, en principio minoritario y luego de masas, contó con una mística especial. Este desarrollo cuasi-religioso sólo puede explicarse como un proceso de secularización que propició el propio catalanismo eclesial.

## 87. EN BUSCA DEL SANTO GRIAL: BUSCÁBAMOS A DIOS Y ENCONTRAMOS LA «NACIÓN»

Hay muchas formas de ilustrar cómo se produjo la secularización de la sociedad catalana y el inconsciente papel de la Iglesia catalanista en la creación de una nueva divinidad: la patria catalana. A lo largo de los últimos tres capítulos iremos describiendo otras formas de secularización, pero ahora nos centraremos en una insospechada: «el amor a la ciencia». Jaime Balmes inició la apologética católica, a mediados del XIX, con increíble agudeza y energía. Pero no fue el único catalán. Fue precisamente en la Cataluña que empezaba a secularizarse, a la par que se poblaba de santos, donde la Iglesia encabezó un movimiento de liderazgo científico. La preocupación por la ciencia no sólo entroncaba con una tradición milenaria (aunque negada) en la Iglesia. Ahora, especialmente, se trataba de combatir no ya herejías, sino el mismo ateísmo. Jaume Sente-Josa, en su obra *Les ciències socials a la Renaixença*, defiende la tesis de que: «en sus orígenes, la motivación del interés de los sectores más lúcidos de la Iglesia catalana para los estudios de las ciencias naturales fue, en gran medida, una reacción ante la ofensiva materialista que el darwinismo había despertado en Europa y que [...] encontraba un amplio eco en los sectores del movimiento obrero influenciado por Marx y Bakunin».

Así, no es de extrañar que se forjara en Cataluña una generación de sacerdotes cultísimos, preocupados más por la ciencia que por la teología. Todos los estudios de estos sacerdotes giraron, en un principio, en torno a la geología. Esta disciplina debía ser dominada para poder combatir el evolucionismo darwinista. Georg Von Wright, en su obra *Explicación y comprensión* (Alianza, 1979) realiza la siguiente e importantísima observación: «La abundancia y peso específico de los intelectuales que se proclaman católicos en la Barcelona finisecular constituye, a mi modo de ver, una excepción en el mundo hispánico, [...] Su orientación catalanista les lleva a comprometerse en un proyecto público, de surgimiento nacional que es, sí, de raíz cristiana pero que no tiene un carácter confesional». Entre las primeras instituciones autonómicas que puso en marcha Prat de la Riba estuvieron el Instituto de Estudios Catalanes y la Junta Autónoma de Ciencias Naturales de Barcelona. En ellas colaboraron muchos sacerdotes debido a su incontestable preparación científica.

En este fenómeno se encuentra la explicación de por qué en sus orígenes el catalanismo, antes de convertirse en movimiento político, se extendió por los movimientos excursionistas. En Barcelona se fundó en 1876 *La Asociación Catalana de Excursiones Científicas* y un poco más tarde la *Asociación de Excursiones Catalana*. Luego se fusionaron en la actualmente existente *Centre Excursionista de Catalunya* (1891), que aún hoy en día es uno de los focos más potentes del catalanismo. Lo que empezó siendo una actividad apologética-científica, acabó

convirtiéndose en un instrumento de la emergente mística catalanista. En 1912, por ejemplo, el Padre José Guidol, presidente del *Centro Excursionista de Vic*, afirmaba en el discurso inaugural del Centro: «El excursionismo me muestra la Religión influyendo en el alma de nuestro pueblo». Mientras que en el resto de España el excursionismo tomaba un tono aséptico, en Cataluña los eclesiásticos se empeñaban en verlo como un fundamental instrumento catalanizador. En 1905, el Padre José Guitart, en un discurso a los excursionistas de Berga, les animaba a trabajar: «con constancia para la utilidad y gloria de nuestra tierra, que además de proporcionarnos medios para nuestro bien moral y material, contribuiremos a la regeneración y grandeza de Cataluña, nuestra amada Patria».

Igualmente la espeleología apareció en Cataluña y en España gracias a la iniciativa de los eclesiásticos. Aunque pronto, los mosenes catalanes encontraron en esta actividad una buena excusa para la reconstrucción «nacional». Así, por ejemplo, el Padre Marià Faura organizó el *Club Muntanyenc*, de señalado carácter catalanista, donde «todo es trabajar para el engrandecimiento de nuestra querida Cataluña, fin principal del Centro excursionista». En breve tiempo «excursión científica» se convirtió en el eufemismo de «excursión patriótica». El sacerdote Norbert Font, definía en su obra *El excursionisme científic*, que la finalidad del excursionismo: «no era otra que el descubrimiento científico, artístico y literario y, en consecuencia, político, de la Nacionalidad Catalana».

El canónigo Jaume Almera quería contribuir a la recristianización de Cataluña por medio de la ciencia, pero finalmente solo logró contribuir al crecimiento del catalanismo. En su obra *De Montjuich al Papiol*, uno puede encontrar afirmaciones exasperantes sobre el providencialismo divino llevado al extremo nacionalista: «Tales hechos [la orografía del valle del Llobregat] los tenía Dios decretados *ab aeterno* para bien y regalo del hombre, y especialmente del hombre ciudadano y morador de Barcelona y sus entornos». Almera, amigo del ya conocido quasi-fundador del catalanismo, Mn. Jaume Collell, participó en las celebraciones del milenario de Montserrat con artículos «científicos» sobre la geología, la Providencia y la Virgen de Montserrat.

Dentro del paroxismo cristiano-catalanista, el ya mencionado Norbert Font escribía *Determinació de les comarques naturals de Catalunya*. El eje central de la obra era que Dios había determinado las montañas como límites naturales de las antiguas tribus, y en ellas, estaba el génesis de las comarcas (y de paso, sin decirlo, de la organización territorial de Cataluña). Este sacerdote, en sus excursiones encontraba el santo Grial del catalanismo: la esencia de Cataluña; algo que no podía ocurrir en la Barcelona cosmopolita y pecadora, como reconoce en el prólogo que le escribe a Comas, en su obra *Excursió*, al admitir que en Barcelona (la ciudad del pecado): «no se sentía tan catalanista como cuando desde alguna cima del Pirineo contemplo

embobado la tierra extendida a mis pies».

**Digresión:** La influencia del excursionismo catalanista fue tal, que los centros excursionistas fueron tomados como referencia por la Generalitat republicana para proponer una nueva organización territorial. De los centros catalanistas católicos surgieron personajes como Batista Roca, que se nutrieron de estos ambientes para preparar el «catalanismo insurreccional». Grupos como Palestra o el Club Català, eran organizaciones paramilitares ocultas tras grupos excursionistas. En tiempos de Franco el escultismo católico catalán se convirtió en uno de los focos de catalanismo más extenso. Más adelante volveremos sobre este tema.

## **88. WAGNER INVADE EL PASEO DE GRACIA Y EL ALMA DE LA ÉLITE CATALANA**

No realizaremos un estudio en profundidad sobre Wagner y su influencia en Cataluña; y que nos disculpen de antemano los melómanos. Sólo podemos centrarnos brevemente en la tremenda influencia que tuvo en la burguesía catalana y, por ende, en el catalanismo. Si el excursionismo clerical, buscando a *Dios*, había encontrado la *Patria* ahora la *Patria* debía situarse en el lugar adecuado: el norte. Y Wagner iba a ser el guía en ese viaje. La arquitectura modernista que acompañaría al nacionalismo parece hacer cierta aquella frase de Wagner: «la arquitectura es música congelada»; y la música es la esencia del arte y por tanto debía reflejar el alma de un pueblo. Peius Gener, en la obra antes citada, insiste en que la cultura catalana nada tiene que ver con la madrileña. La cultura catalana huye del provincianismo y la vulgaridad: preconiza, por el contrario, la «religión de la belleza» como una manifestación de haber alcanzado un alto grado de civilización. Wagner, sobre todo en su primera etapa, había manifestado el deseo de alcanzar «el arte total», que debía manifestarse en su música. El wagnerismo en Cataluña se difundió principalmente por el Ateneo barcelonés y la revista *Juventut* (1900-1906), que se definía a sí misma como «periódico catalanista». Era una revista de wagnerianos convencidos que, paradójicamente, defendían la renovación musical frente a la tradición. Decimos paradójicamente, pues siendo catalanistas, eran partidarios de la música alemana

sobre la italiana o la propia catalana.

La música de Wagner se recubrió de cierta mística que, incluso, llegó a confundirse alguna vez con el catolicismo, prueba de ello es la obra del francés Domènec Espanyol, titulada: *L'Apothèose musicale de la Religion Catholique: «Persifal» de Wagner*. Sin embargo, la mayoría no lo vió así. La primera generación de catalanistas decimonónicos, que había buceado en los estudios románicos de la lengua «llemosina», que había restaurado el Monasterio de Ripoll o que se había sumergido en los Archivos de la Corona de Aragón para fantasear con los Condes de Barcelona, era considerada como pasada de moda por los wagnerianos. De ahí la importancia que el compositor alemán comportará al nuevo catalanismo: representaba la Modernidad que venía del norte, de Europa. Superado el catalanismo «católico», arcaizante, retrogrado y medievalizante, aparecía el «modernismo», como la forma «auténtica» de vivir el catalanismo. En 1893 se celebra la primera *fiesta modernista* en Sitges. La revista *L'Avenç* rechazará la recuperación del catalán tradicional, para proponer una modernización del mismo; aparecen los Rusiñol y jóvenes melómanos como Enric Morera, devotos wagnerianos. En paralelo, Joan Maragall pretende, desde las páginas del *Diario de Barcelona* «perturbar las plácidas digestiones de la burguesía catalana», a golpe de artículos que les aboquen a la modernidad.

## **89. EL ALMA DE LA «NACIÓN» CATALANA ESTABA EN EL «NORTE» ARIO**

El wagnerismo fue el imán de las vanguardias europeas, desde el straussismo hasta el impresionismo francés, que llegaban a Barcelona antes que a cualquier otro punto de España. Uno de sus devotos y promotores, Joaquín Marsillach, lo consideraba como *un arte para el pueblo*. En medio de una Barcelona en la que convivía una burguesía como pocas, junto a clases sociales profundamente desfavorecidas, y riesgos constantes de tumultos y atentados, el wagnerismo indujo a las elites catalanas a creer que eran responsables de la «educación» de las masas, sobre todo a través de la música. No es de extrañar que coincidieran dos movimientos, contrarios pero paralelos: los Coros de Anselmo Clavé, dedicado a los obreros; y el Orfeón Catalán de Millet, para los más conservadores y católicos. El Palau de la Música fue concebido para «la música auténtica» opuesta a la música escénica: zarzuelas, flamenquismo, incluso óperas; se oponía a todo menos al drama wagneriano.

Un personaje, de esos de segunda fila pero fundamentales para explicar ciertos acontecimientos fue Cebriá Montoliu. Este mallorquín fue el principal importador de la cultura anglosajona en ese momento, a la vez que un utopista que participó en la creación del *Instituto Obrero Catalán*, con el fin de redimir a los obreros mediante la cultura. Montoliu avisaba a los líderes catalanes del peligro de la incultura y la vulgarización: «por simple y cómoda pendiente conducirá fatalmente a una deplorable ruina todo nuestro renacimiento literario y nacional, convirtiéndonos pronto en una nación impotente de histéricos y epilépticos». La desafortunada confianza de muchos en que Wagner iba a ser el nuevo *mesías* redentor del pueblo a través del «arte total» no acababa de convencer a gente de «seny» (sentido común), como Joan Maragall, quien llegó a escribir: «¿Quién engaña a quién? ¿Wagner a los críticos, los críticos al público, o éste a los críticos y así mismo?».

En 1898, José María Roviralta escribía en la prensa: «Paso libre, paso al Norte». A diferencia del «noucentisme» defendido por D'Ors (un intento de fundamentar el catalanismo en el clasicismo griego y latino), el «nortismo» buscaba sus modelos estéticos e intelectuales en el mudo germánico y anglosajón: en música, Wagner; en literatura, Scott. Como todos sabemos el «noucentisme» gozó de éxito efímero, y lo que fue verdaderamente penetrando en el alma del catalanismo fue «el nortismo». Así se entiende que el Palau de la Música, verdadero templo del catalanismo, sede del Orfeón catalán y feudo de los Millet, fuera adornado con valquirias y caballos mitológicos; o por qué el busto de Wagner ocupa en él un lugar preeminente. El paganismo ornamental, no impedía que en la principal esquina de la fachada del magnífico edificio modernista estuviera una estatua de sant Jordi. Paganismo y cristianismo se confundían icónicamente: pero no se convirtió el paganismo, sino que se paganizó el cristianismo. Uno de los redactores de *Juventut*, Xavier Viura, escribía: «La santa influencia del cristianismo hizo florecer, como otras rosas desconocidas hasta entonces, todos aquellos legítimos sentimientos caballerescos y puros que el aliento impuro del Renacimiento [que consideraba deshumanizador] mustiaba. El culto espiritual de la mujer, la dulce y honesta galantería sublimada hasta el sacrificio más heroico, la amistad, la defensa de la religión escarnecida constantemente por los sectarios de Mahoma». En el fondo se mixtificaban el mito de Parsifal y sant Jordi. Ambos eran dos caras de un mismo personaje.

Adrià Gual, famoso escenógrafo wagneriano, escribía también en la revista *Juventut* que las leyendas catalanas no eran bien conocidas y que teníamos que saber identificarlas con otras leyendas para entenderlas mejor. Proponía, indirectamente, una relación fraternal entre las leyendas artúricas, las germánicas y las catalanas medievales. Esto produciría un efecto catártico que nos liberaría de la verdadera Historia, para introducirnos en los arcanos místicos que nos harían entender el futuro. Aunque en pocas líneas es difícil explicar este fenómeno psíquico-social, es



imprescindible conocerlo para entender por qué una burguesía conservadora quería ser a la vez revolucionaria (a menos que conservadurismo y revolución fueran también dos caras de los mismo). En el periódico *L'Esquella*, se escribía: «He aquí wagnerianos cómo, con constancia y fe por guía, hemos llegado a colocarnos, sino al nivel en todo, al menos en una manifestación artística, bien cerca de Europa, de la que nos encontrábamos alejados». La esencia de Cataluña no había que buscarla en sus raíces hispanorromanas o godas, ni en los verdaderos reinos medievales con sus glorias y miserias. La esencia de Cataluña estaba en el «norte».

En la tesis doctoral de Enrique Encabo, *Las músicas del 98: (re)construyendo la identidad nacional*, defendida en 2006, se sintetiza perfectamente este fenómeno: «Los Caballeros de la Tabla Redonda eran el modelo de la búsqueda de un santo Grial o símbolo oculto de la identidad primigenia. Por esta razón, Sant Jordi y el Dragón (la lucha caballero-héroe contra el monstruo para redimir la Belleza, el ideal amenazado, mito paralelo al de Perseo) aparece a menudo durante esta época de las artes plásticas o gráficas, no sólo como el máximo símbolo-oposición de la lucha de Cataluña contra Castilla, sino, al mismo tiempo, de la lucha del idealismo contra el materialismo y, en otro plano, del ángel contra el monstruo-máquina». Barcelona se convirtió al wagnerismo: su iconografía wagneriana se manifiesta en las vidrieras del Círculo del Liceo; las valquirias adornaban las majestuosas casas que la burguesía catalana se construían en el Paseo de Gracia. El estreno de *Parsifal*, el 31 de diciembre de 1913, produjo en Barcelona una auténtica «locura colectiva», según relata la prensa de la época. Cataluña era la tierra prometida y Wagner su Dios. El delirio fue tal que hasta la revista satírica *Papitu* saludaba el nuevo credo de la nueva religión: «Creo en un Dios-Wagner, genio todo poderoso, poeta, músico, creador del “leitmotif” y de la melodía infinita; creo en su tetralogía y en el Parsifal...». La «dèria» (locura) wagneriana había inoculado una mística en las élites catalanas y había abierto definitivamente las puertas del catalanismo; no como un mero posicionamiento ideológico, sino sobre todo como una mística cuasi religiosa. Ello explica la fuerza del fenómeno.

**Digresión sociológica:** En un artículo de Edgar Illas titulado *Marià Vayreda: el carlismo reciclado y el inconsciente catalán*, se define perfectamente a través de la figura del famoso literato Marià Vayreda, la evolución —contra natura— del carlismo al nacionalismo catalanista: La vida política de Vayreda, hijo de propietarios rentistas olotenses, empezó con un carlismo intenso que incluso le hizo luchar en la Tercera Guerra Carlista de 1872-1876 y se transformó más adelante en un devoto regionalismo católico-catalanista. Así, una vez perdidas la guerra y las esperanzas de éxito para la causa carlista, pasó de proclamar el «Dios, Patria, Rey y Fueros» a creer en el

lema «Pàtria, Amor i Fe» católico-catalanista de los Jocs Florals de Barcelona y de la Renaixença. Cabe decir que, si bien su regionalismo catalanista ya se inscribió dentro del Estado y el mercado liberal, aún mantenía un profundo antiliberalismo, el cual se manifestó, no en los términos carlistas, sino en primer lugar en términos católicos contra el laicismo de la sociedad moderna; en segundo lugar en forma de apelación a los valores rurales en oposición a los industriales y, finalmente, en términos culturales al reivindicar una lengua y una tradición catalanas que, a diferencia de la lengua castellana, que era la de la política, podía establecer un espacio casi utópico de celebración y reconstrucción de la nación».

No dejamos de insistir en la importancia de estos ejemplos y procesos psicosociales, que son los que realmente pueden explicar la aparición de ciertas ideologías. El catalanismo, contaminado de romanticismo, y sometido a las novedades europeas, empezó a cobrar vida propia y se deslindó de sus creadores conservadores y católicos.

## Capítulo VI

### DE LA MÍSTICA CATALANISTA A LA SUBLIMACIÓN

«Teniendo en cuenta las circunstancias que atraviesa la nación, lo más conservador que se puede ser, es ser revolucionario»

(FRANCISCO CAMBÓ)

El catalanismo, que buscaba en el «norte» su identidad verdadera, simplemente perdió el norte, que diríamos en expresión castiza. Creemos que desde fuera de Cataluña es muy difícil llegar a entender el tema lingüístico. No porque se trate de un problema práctico o educativo, sino porque se sumerge en lo más complejo de la psique humana y de un pueblo. El problema de la lengua, desde la perspectiva catalanista, no es un problema de comunicación, ni siquiera de defensa de lo propio o de la cultura. Bajo capa de legítima defensa de una lengua se esconde muchas veces un resentimiento irracional, una insatisfacción hacia lo propio o, por qué no decirlo, un extraño complejo de inferioridad que se disimula con exageradas manifestaciones de superioridad. Veamos algunos ejemplos.

Puig y Cadafalch, arquitecto magistral, líder de la Lliga, Presidente de la Mancomunitat, hombre culto, definió el castellano como un «intermediario inútil entre el catalán y el francés». Si un hombre cultísimo era capaz de afirmar semejante memez, es que algo raro pasaba en su mente ¿Cómo despreciar una de las lenguas más ricas del mundo, con un bagaje literario incomparable? ¿Qué explica esta afirmación de un hombre culto sino un extraño resentimiento, que aún hay que descubrir? Por otro lado, Valentín Almirall, el catalanista republicano que ostentaba el título nobiliario de barón, identificaba la figura del Quijote con la raza castellana: «es ya débil de cuerpo pero aún más de inteligencia». Esta alegoría literaria y política, vuelve a esconder algo. Pompeyo Gener, catalanista racista, afirmaba en 1903, en su obra *Cosas de España; herejías nacionales*, que durante la Edad Media solo hubo dos focos culturales: Barcelona y Córdoba. Para él, Castilla quedaba fuera. Todos estos personajes mencionados, tenían un nivel cultural suficiente como para no caer en dichas «boutades». Alguna explicación debemos encontrar que nos dé razón de la «sublimación» hasta lo indecible, que se hizo de la lengua y cultura catalana, en contra de la castellana. De paso, desharemos algunos mitos que se han ido construyendo en torno a la persecución del catalán.

## 90. CUANDO EL ROMANTICISMO LO CONTAMINÓ TODO

¿Qué es el Romanticismo? Una enfermedad intelectual provocada como reacción a otra enfermedad: el Racionalismo. El Romanticismo contaminó la cultura, el arte, las relaciones comunitarias y las personales. Inventó naciones, tergiversó la Historia, emancipó la imaginación y la emotividad de la razón. Y su eje medular fue la apología de la lengua como el alma de un pueblo. Si una nación perdía su lengua moriría irremisiblemente. Por ello cada lengua determinaba una nación y cada nación debía tener un Estado que garantizara la subsistencia de la lengua y la cultura. Baste leer a Herder o a Fichte para entender lo que representa el romanticismo y la importancia de la lengua para el nacionalismo. Aunque ello nos costó en Europa dos Guerras totales, este difuso movimiento que todo lo abarcó y todo lo contaminó, sigue gozando de buena fama. Autores como Francisco Canals, Rovira y Virgili, Solé-Tura e, incluso, Soldevila reconocen que sin la influencia del Romanticismo no podríamos explicar el origen del catalanismo. Como botón de muestra recogeremos unas frases de la *Historia de Cataluña* de Soldevila. Están sacadas del epílogo de la obra dedicado a la *Renaixença*: «En el fondo [tras la guerra napoleónica en Cataluña] toda posibilidad de salvación estaba en el idioma: el resto era accesorio. Si el idioma había conservado suficientes elementos vitales para resurgir del estado de aturdimiento en el que estaba, el resurgimiento total no dejaría de producirse». Daba igual que en Cataluña y en toda España se hubiera luchado y muerto por una idea de España y de la existencia, lo único importante era recuperar la lengua. Ella sola, como verbo divino encarnado en el alma del pueblo, nos dirigiría a la plenitud existencial; hasta alcanzar a ser una nación «rica i plena» (según reza el *Himno de los Segadores*).

## 91. LA LENGUA CATALANA... ORIGEN

Nadie puede dudar de la importancia de una lengua y de su valor intrínseco. Querer eliminar conscientemente una lengua es un acto contra el alma de los pueblos (y no lo decimos en sentido romántico). Han existido totalitarismos que han querido suprimir culturas y lenguas minoritarias, como en la Unión soviética; o democracias asimilacionistas como la sueca, que a punto estuvieron de extinguir la lengua y

cultura lapona. Sin embargo, hay otras lenguas que tienen su desarrollo propio, su auge, esplendor y posterior decadencia, sin necesidad de someter una violencia sobre ellas. Este es el *quid* en la discusión: determinar si el catalán decayó por sí mismo o fue sometido a un «genocidio cultural». Brevemente repasemos la historia del catalán, para poder emitir un juicio apropiado. Hasta el siglo XII, de los 1.000 documentos originales escritos que se conservan de Cataluña, al menos veinte están en un incipiente catalán; el resto están escritos en latín. Del siglo XIII, durante el reinado de Jaime I, se conservan unos 3.500 documentos y nuevamente sólo unas decenas están escritos en catalán; los otros lo están en castellano o aragonés, pero la inmensa mayoría en latín. Ello no obsta para que desde el siglo IX, en los textos latinos vayan apareciendo algunas palabras que podríamos considerar un primigenio catalán romance. El catalán nacía como lengua neolatina peninsular, aunque con una influencia provenzal. Cuando Berenguer III se casó en 1112 con Dulce de Provenza, los trovadores provenzales se pusieron de moda en Cataluña, extendieron sus acentos y llegando a poner en peligro la existencia del catalán como lengua de la elite.

La nueva lengua (el catalán) adoptó nombres tal y como: rusticón román, romance, nostre llatí, lernasí, llengua lemosina (seguramente porque los trovadores más preciados venían de Limoges). Sólo en 1291, gracias a Godofredo (ahora Jofré) de Foxá, en su obra *Declaració de las reglas de troba de Vidal de Basilea*, aparece la palabra «catalanesch», referida al catalán. Ello no quita que el catalán ya se hablara y escribiera desde hacía un siglo. En las historias nacionalistas suele decirse que el primer texto en catalán aparece en un texto latino: *Las Homilías de Organyà*, que no se pueden datar exactamente aunque corresponderían a principios del siglo XII. Pero sí tenemos perfectamente datado un texto catalán. Se trata de la rendición del castillo de Lorenz (en Lérida) a Pedro II: El acta de rendición, escrita en inequívoco catalán, data de 1211. El catalán surgía acompañado de la constitución de una estructura política, la Corona de Aragón, que le permitió su momento de auge y esplendor.

## **92. LA LENGUA CATALANA... ESPLENDOR**

El esplendor del catalán coincidió con el reinado del Rey Jaime I. Una de sus grandes figuras, curiosamente, no fue catalán sino mallorquín: Raimundo Lulio (ahora Ramon Llull), que vivió a lo largo del siglo XIII. Escribió tanto en latín como en catalán

(mallorquín) y su obra puede considerarse universal e inmortal. Durante el siglo XIII y XIV fueron innumerables los poetas, prosistas, cronistas, novelistas, dramaturgos y científicos que escribieron en latín. La cima del «catalán» poético se alcanzó en el siglo XV no con un catalán sino con un valenciano: Ausias March. No entraremos en discusión, pero las raíces maternas valencianas del que escribe estas líneas, nuestra profunda amistad con valencianos de pura cepa y argumentos lingüísticos sólidos obligan a afirmar la distinción entre el valenciano y el catalán. Por ello es perfectamente legítimo afirmar que Ausias March escribió en valenciano, por mucho que lo oculten los libros de texto del pancatalanismo (en estos momentos sentimos los rugidos de centenares de catalanistas que desde el otro mundo se están removiendo en sus tumbas por obra y gracia de esta afirmación). No en vano, el siglo XV fue llamado *El Siglo de Oro valenciano* o *Siglo de Oro de las Letras Valencianas*. Son muchos los poetas de altura que, entre el siglo XIV y el XV, nos dejaron las letras valencianas: Jordi de San Jordi (alabado por el Marqués de Santillana), Jaume Roig Roig, Bernat Fonollar y un largo etcétera. Un hecho que también «olvidan» los nacionalistas es la notable influencia que tuvo Ausias March en las letras castellanas. En 1539 se recopilaron 46 de sus 128 composiciones en Valencia, y fueron traducidas al castellano por Baltasar de Romaní. De 1555 tenemos una edición vallisoletana de 124 poesías, supervisada por Juan de Resa, capellán de Felipe II. La traducción de Jorge de Montemayor fue impresa en Zaragoza (1562) y en Madrid (1579). Su obra influyó de forma notable en la poesía española del Renacimiento. Un Renacimiento que nunca influiría en el catalán, como reconoce y llora Soldevila.

Por último, no podemos dejar de resaltar el *Tirant lo Blanch* (Tirante el Blanco) del escritor también valenciano Joanot Martorell, publicada en Valencia en 1490. Sin esta novela de caballería sería difícil imaginar la aparición de *El Quijote* tal y como lo conocemos. El estilo socarrón de la obra ejerció una fascinación en Cervantes, lo cual se deja ver en la elaboración del Quijote y en su crítica a las novelas de caballería. De ello da fe el siguiente fragmento de la obra de Cervantes en el que el cura y el barbero arrojan a la hoguera los libros de Don Alonso de Quijano: «—¡Válgame Dios! —dijo el cura, dando una gran voz—. ¡Que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre; que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos [...] Dígoos verdad, señor compadre, que, por su estilo, es éste el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen, y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con estas cosas de que todos los demás libros de este género carecen». Otra relación importante es la del catalán Juan Boscán Almogávar (1492-1542), poeta y traductor al castellano de obras renacentistas e introductor de la lírica italianizante en la poesía en castellano, junto con Garcilaso de la Vega a quien conoció en Italia. La admiración que Boscán sentía por la obra de Ausias March la transmitió al poeta toledano y se puede aún sentir la influencia del

poeta valenciano en Garcilaso.

## 93. LA LENGUA CATALANA... LA DECADENCIA

El siglo xv catalán, a diferencia del valenciano, ya da muestras de decadencia. Bernart de Rocabertí, poeta de un solo poema conocido *Comedia de la Gloria d'Amor* (de 1.522 versos); Francesc Ferrer, al que sólo se le conoce un poema o Pere de Torroella, que escribió más en castellano que en catalán, son sólo algunos ejemplos. Por el contrario, en el siglo xv contamos con más de 30 literatos castellanos de altura, y más de 60 en el xvi. De este siglo, en catalán, sólo tenemos algún poeta de mención como Pere Serafí o prosistas de segunda fila como Pere Carbonell. Por último, el siglo xvii, *el Siglo de Oro español*, eclosiona coincidiendo con la decadencia del catalán literario.

Mientras que en lengua castellana aparecen los Cervantes, Góngora, Quevedo, Garcilaso, Gracián y una infinidad de buenos literatos, en catalán sólo podemos destacar a Jerónimo Pujades y su *Corónica Universal de Cataluña*, que se inició en catalán y se acabó escribiendo en castellano. A este acompañaron algunos prosistas de segunda fila y dos poetas remarcables: Vicens García (el Rector de Vallfogona) y Francesc Fontanella, ambos de clara influencia castellana.

**Paradoja:** La mayoría de políticos, pensadores o historiadores nacionalistas no se acaban de poner de acuerdo cuando empezó la «decadencia» del catalán o su desuso. Bien es cierto, que al menos muchos de ellos quieren centrarla en el siglo xviii por culpa de la «centralización» borbónica y del Decreto de Nueva Planta. El armazón del argumento nacionalista se construye afirmando que durante el reinado de los Austrias, Cataluña gozaba de autonomía y la lengua estaba salvaguardada. Pero acabamos de demostrar que la decadencia literaria se produjo mucho antes de la llegada de los Borbones. Además, con los Austrias, Cataluña no se salvó de una crisis interna política, como ya explicaremos.

Entre las causas de la decadencia literaria que proponen los nacionalistas, la lista es muy dispar, lo cual indica la poca certeza y unanimidad de criterio al respecto.

Veamos varios argumentos: Fernando el Católico era un «calzonazos» y se dejó avasallar por la reina Isabel; pérdida de la independencia «nacional» en 1714 (éste es el más recurrido); reclusión en el Mediterráneo e imposibilidad de abrirse a América (también bastante socorrido); constantes medidas de «opresión» contra el catalán (con leyes y disposiciones absolutistas), incluso el «aburrimento» que producía el catalán a los catalanes que empezaron a pasarse al castellano (este argumento ha sido defendido por muchos catalanistas honestos). En una tertulia académica, el profesor Francesc Xicola, catalán de esos de ocho apellidos catalanes seguidos, nos sentenciaba sobre la decadencia del catalán y la superioridad del castellano: «El drama del catalán es que nunca tuvo un Barroco, ni un Nebrija». Ello es así, pero la culpa no fue política, sino fruto de los avatares de las culturas. El poder político castellano coincidió con el Renacimiento y el Humanismo y se retroalimentó de ellos. Y justo en ese momento empezaba la decadencia de la cultura catalana. Hemos de pensar que la proximidad de Cataluña con Italia posibilitaba que esa influencia hubiera sido más notoria que sobre la castellana, pero Cataluña ya no estaba para demasiados excesos por agotamiento interno, no por represión exterior.

Para darnos cuanta del alcance equívoco de los argumentos nacionalistas, tomemos la protesta contra el Decreto de Nueva Planta. En este Decreto no aparece nada sobre la lengua, excepto que «Las causas de la Real Audiencia se sustanciarán en lengua castellana». Este texto ha sido repetido hasta la saciedad por autores nacionalistas para demostrar la «represión lingüística». Lo que no dicen es que en toda España, hasta entonces, las Reales Audiencias sustanciaban sus causas en latín (al igual que en Cataluña); por tanto el castellano «reprimió» al latín, pero no al catalán. Aun así, el latín fue usado en la Justicia durante mucho tiempo (sin hacer caso a las «leyes represoras»). Es más que significativa la Real Cédula de Aranjuez del 23 de junio de 1768, firmada por Carlos III, en cuyo artículo 6 se lee: «En la Audiencia de Cataluña quiero que cese el estilo de poner en latín las sentencias y lo mismo en cualquiera Tribunales Seculares donde se observe tal práctica...». Finaliza afirmando que, en bien de las partes y teniendo en cuenta que en Aragón ya se fue abandonando el «lemosino», se recomienda que las sentencias sean en lengua castellana. De esta Real cédula se desprenden dos ideas nucleares: que no se había hecho mucho caso a las disposiciones del «odiado» Felipe V; y que el idioma que salía perdiendo era el latín, no el catalán. Las disposiciones (que tampoco fueron muy seguidas en Cataluña) de incorporar en la enseñanza primaria la lengua castellana, estaban ordenadas a un mejor cumplimiento de esta Real Cédula; esto es, que cualquier súbdito pudiera acudir a la Justicia y enterarse de las sentencias, pues el vulgo desconocía completamente el latín.

**Digresión:** Ya hemos señalado en otra obra que, por muchas disposiciones



que se hubieran legislado contra el catalán durante siglos, estas eran ineficaces, pues el Estado no tenía una capacidad de control social como la de hoy en día. En el siglo XVIII la inmensa mayoría de la población catalana rural no iba a la escuela; en la mayoría de pueblos no había más maestro que el párroco. Y según dice un contemporáneo dieciochesco, Baldiri Rexach, los pocos seglares que ocupaban cargo de profesor eran, a menudo, «un vagabundo o un glotón, un bribón o un poltrón».

## 94. CASTELLANO, CATALÁN Y LATÍN

El propio Baldiri Rexach había escrito en 1749 su *Instrucció per l'ensenyança de minyons*. En su introducción señala la importancia de que los niños aprendan «la lengua de la propia Patria [en referencia al catalán]», sin olvidar el francés y «la lengua española que nos es la más útil y necesaria de todas las lenguas extranjeras». Mientras escribía esas palabras, la lengua castellana ya era algo co-sustancial a Cataluña. Evidentemente en las zonas rurales se mantuvo el catalán como absolutamente predominante; pero la lengua castellana ya era parte integrante del paisaje cultural de las ciudades más importantes. El catalán, como ya dijimos, alcanzó su esplendor en el siglo XV. Por esas coincidencias, con el Renacimiento —a mediados del XV— resurgió también el latín como lengua de la Iglesia, de las relaciones internacionales y de la ciencia y la cultura en general. La decadencia del latín a partir del XVII coincidía con el empuje del castellano. Y la lengua catalana se quedó descolocada en tierra de nadie. En 1621, el catalán Pedro Gil, que escribía en *l'lemosí*, reconocía que: «la lengua castellana, llamada ya española, es casi universalmente entendida». Lo que la historiografía catalanista aún no ha querido entender es que el castellano, en realidad, fue ocupando el puesto del latín en el orden cultural. También, sobre todo en las grandes ciudades, especialmente en Barcelona, el castellano se fue extendiendo popularmente. Los primeros libros en castellano en Cataluña, como ya señalamos anteriormente, provenían de Montserrat y fueron el *Directorio de las horas canónicas*, y el *Exercitatorio de la vida espiritual*, escritos por el Abad Cisneros. La Contrarreforma impulsó de nuevo las antiguas órdenes religiosas y muchas de ellas optaron por el castellano en sus prédicas y escritos, tal como los capuchinos (los capuchinos catalanes de ahora creen que el castellano es la

lengua del Diablo). Otras más modernas, pero inmensamente poderosas, como los jesuitas, siguieron su mismo camino. Ricardo García Cárcel señala que: «Los jesuitas fueron pronto los monopolizadores de la predicación en Barcelona. En Santa María del Mar, por ejemplo, predicaban cada domingo por la tarde ante más de cinco mil personas. Salvo algún caso aislado, la Compañía de Jesús jugó habitualmente la baza de la descatalanización [...] Los dominicos asumieron igualmente la identificación de la solemnidad del acto religioso con la exigencia de la predicación en castellano [...] Los carmelitas predicaron especialmente en castellano. La orden agustina fue una de las más castellanizadas». Solamente los escolapios y franciscanos mantuvieron mayoritariamente la predicación en catalán, pero —cosa harto significativa— a la hora de imprimir los sermones lo hacían en castellano.

## **95. EL CELO DE LOS OBISPOS Y EL CONCILIO DE TRENTO**

En el Concilio Tarraconense de 1635-1636 se intentó dirimir el tema de la lengua propia para la predicación. El Concilio de Trento había dado la instrucción general de «*facilitati sermonis*». Unos obispos entendían esta disposición como una defensa del catalán y otros del castellano. Por ejemplo, el obispo de Tortosa, Jacinto Antolinez de Burgos, solicitó que: «en el Principado de Cataluña y en todo el Arzobispado de Tarragona no se predique otra lengua que la vulgar catalana», arguyendo que se ajustaba a la norma de Trento. En la segunda parte de este Concilio (1636-1637), el Obispo de Barcelona, García Gil Manrique, propuso otorgar a los obispos la facultad de dirimir si la predicación debía ser en castellano o en catalán. Con especial ímpetu, esta propuesta fue secundada por el obispo de Lérida, ya que la ciudad estaba inundada de aragoneses y navarros que iban a estudiar a la Universidad y no entendían el catalán, lo cual podía infligir un grave daño económico a la ciudad. Finalmente se impuso la tesis del obispo de Urgel, Pablo Durán, de que toda prédica debía ser en catalán. Pero en la clausura del Concilio el tema se reabrió de nuevo y una de las propuestas, aunque sin ser aprobada, es la que acabó imponiéndose por el decurso natural de los acontecimientos: usar el catalán «para los que se reconocen ignorantes de la lengua castellana tengan fasto más casero y ajustado a su caudal, y el castellano en los centros urbanos».

## 96. PERO... ¿CUÁNDO DIANTRES FUE PERSEGUIDO EL CATALÁN?

Entre 1640 —Revuelta de los Segadores y la entrega de Cataluña a Francia por parte de Pau Claris— y la Paz de Rijswijk, en 1697 (por la que Cataluña volvía oficialmente a la soberanía hispánica), el Principado no dejó de ser invadido y reconquistado continuamente. Las autoridades catalanas rebeldes, durante la Guerra de Secesión (1649-1652), prohibieron taxativamente el uso del castellano e impusieron la obligatoriedad del catalán. Tras décadas de interminables guerras, aún le tocaría sufrir a Cataluña otra: la de Sucesión, que culminaría en 1714. Los historiadores nacionalistas acusan a los Borbones Felipe V y Carlos III, y su cédula de 1768, de prohibir, censurar, o exterminar el catalán. Pero misteriosamente se olvidan del único Borbón que sí emitió un decreto de prohibición total del catalán: Luis XIV. El Rey Sol publicó en 1700 un decreto prohibiendo el uso público del catalán en los condados allende los Pirineos que Francia había conseguido adueñarse. La verdadera persecución del catalán la inició Francia con los siguientes decretos y disposiciones: 1661, Luis XIV otorga al Collège de Jésuites, a perpetuidad, las clases de gramática en la Universidad de Perpiñán, a través de las cuales se introduce el francés entre la nobleza, el clero y la burguesía; 1672, Ordenanza para promover escuelas para la enseñanza en francés; 1682, Orden que exige la lengua francesa a los roselloneses para obtener cargos públicos y obtener títulos honoríficos y da seis meses para aprenderlo; 1683, prohibición a los roselloneses de estudiar en el resto del Principado. Al lado de esto, podemos reírnos de las disposiciones de los Borbones españoles.

Otras contradicciones en la historiografía nacionalista son más flagrantes. Según Prat de la Riba, la persecución del catalán empezó con Felipe V; igualmente lo declara así Rovira y Virgili en su *Historia de los Movimientos nacionalistas*. Por otro lado, arguyen, el *Renacimiento* del catalán se produciría a principios del XIX y con él, el despertar de la conciencia catalana. Y aquí es cuando la cosa deja de cuadrar. El propio Rovira y Virgili afirma que el catalán fue sustituido por el castellano en 1825. Por un lado el catalán está renaciendo y por otro desapareciendo (misterio entre los misterios). Tácitamente está reconociendo que la tan odiada cédula de Carlos III, de 1768, no sirvió para nada. Por otro lado Joan Corominas, en su *Història dels Països Catalans*, retrasa esta fecha hasta 1858 (en referencia a la Ley Moyano de 1857). Si los historiadores catalanistas no se ponen de acuerdo en cuándo y por qué empieza la decadencia del catalán... ¿qué nos queda de cierto?

La gran dificultad de los historiadores nacionalistas clásicos (Rovira y Virgili, Ferran Soldevila, y otros) es conciliar su ideología con los hechos históricos. Sabedores de que el liberalismo, del que eran hijos, se había asentado en España

gracias a la Constitución de Cádiz, las críticas nunca arrecian contra ella. Todo ello a pesar de que en su artículo 368 se establece que el Plan de Enseñanza será uniforme para todo el «Reyno». El catalanismo de izquierdas siempre ha tenido cuidado en sus denuncias sobre las leyes que «atacaban» al catalán. Buena parte de estas leyes fueron promovidas dentro del espíritu centralizador de construcción de un *Estado nacional* al estilo francés, como síntoma de modernidad revolucionaria. Por eso la escuela debía ser centralizada y uniformizadora. Sin embargo, el Estado decimonónico español, no era tan fuerte y eficaz como el francés; en parte gracias a las Guerras realistas y carlistas que defendieron a capa y espada una España foral y antijacobina.

## **97. EL VERDADERO ENEMIGO DEL CATALÁN: LA MASONERÍA (¿?)**

Frente a la acusación de que Castilla reprimió el catalán tendríamos argumentos parecidos para decir algo que nadie dice: «la masonería reprimió el catalán». Dicho así, la frase no es exacta; pero, por esas «casualidades», buena parte de las disposiciones decimonónicas «contra» el catalán provinieron de masones. Es fácil encontrar en la red una lista de «agravios» que sufrió la lengua catalana durante siglos, por parte de los gobiernos de Madrid. Pero ¿qué ideología sustentaban los promotores de esas disposiciones? Sintéticamente exponremos los «agravios» y los «responsables».

– 1715, en Consulta del Consejo de Castilla: se afirma que «en el aula no puede haber ningún libro en catalán, tampoco no se hablará y escribirá en esa lengua y donde la doctrina cristiana se enseñará y será aprendida en castellano». En el fondo, es lógico, tras la reciente derrota en la Guerra de Sucesión. Aquí obviamos responsables concretos al desconocerlos. Aunque debemos insistir en que, en esas fechas, el «Estado» era incapaz de que buena parte de las disposiciones que salían de los gobiernos llegaran realmente a las escuelas.

– 1768, el Conde de Aranda promueve una Real Cédula por la cual se

prohíbe la enseñanza del catalán en las escuelas de primeras letras, latinidad y retórica; se expulsa el catalán de todos los juzgados, y se recomienda que lo hagan también las curias diocesanas. El Conde de Aranda es uno de los «sospechosos» de haber introducido la masonería en España. A pesar de estas prescripciones legales, el catalán continuó usándose habitualmente en la enseñanza de primeras letras: hegemonía que no perdería hasta finales del siglo XIX. El Estado no tenía medios para controlar el cumplimiento de esas disposiciones. Prueba de ello son las constantes denuncias de los gobernadores civiles de que los maestros seguían enseñando en catalán.

– 1780, Real provisión promulgada por el Conde de Floridablanca: «Obliga a todas las escuelas a enseñar la gramática de la Real Academia Española». José Moñino y Redondo, primer Conde de Floridablanca, fue masón y uno de los *factótums* de la expulsión de los jesuitas y de su disolución, cuando eran la punta de lanza del saber y del conocimiento de la época. En esta Real Provisión tampoco se especifica si la gramática castellana se debe explicar en castellano, o puede realizarse en catalán.

– 1801, «Instrucciones de Manuel de Godoy sobre los teatros: se prohíbe cualquier idioma que no sea el castellano». Hemos de recordar al historiador, que denunciaba: «La traición del masón Godoy, ministro del reino y agente de la masonería francesa, entregó España a Napoleón».

– 1821, El plan Quintana: «Obliga a utilizar el castellano en el sistema escolar». Manuel José Quintana elaboró el informe para proponer los medios de proceder al arreglo de los diversos ramos de instrucción pública (llamado *Informe Quintana*), posteriormente convertido en norma legal en 1821 con algunas modificaciones. Por tanto, esta Ley se promulgó durante el Trienio Liberal. Quintana fue masón y acabó siendo preceptor de Isabel II y fue conocido también por sus poesías eróticas que, parece, influyeron en exceso sobre la Reina, explicando así sus desenfrenados ardores que, a la postre, la convirtieron en una títere de los ilustrados masones de su Corte.

– 1837, «Un Edicto Real imponía castigos corporales y difamatorios a los infantes que todavía hablaran en catalán en la escuela». A falta de más información, sólo podemos decir que durante esa época regía la regente María Cristina y fue cuando se promulgó la Constitución de 1837, de carácter liberal y progresista, haciendo un guiño a los liberales moderados. Por aquella época los hombres fuertes fueron Espartero y Mendizábal (el de la

Desamortización), ambos masones. Se suele mencionar que con «la Real Orden de 1837, se confirmó la prohibición del catalán en las salas de espectáculo y en las representaciones teatrales, y no se admitieron a censura esas obras escritas en esa lengua». Una denuncia de la que no hemos podido confirmar la fuente, dice que en 1838 se prohibieron los epitafios en lengua catalana en los cementerios. Si es verdad, ello ocurrió durante un gobierno progresista.

– 1857, «Ley Moyano: rectifica la prohibición del catalán en la enseñanza pública. Se considera que es la ley que más contribuyó a que los niños catalanes fuesen analfabetos en su propia lengua». Semejante afirmación es más que absurda. La *Ley Moyano*, aunque impulsada por un gobierno liberal moderado, fue fruto del espíritu centralista liberal progresista. Moyano era un liberal, y masón, que poco a poco había reculado hacia el partido moderado. La Ley Moyano fue impulsada en 1857 e incorporó buena parte del Proyecto de Ley de Instrucción Pública del 9 de diciembre de 1855, elaborado durante el Bienio Progresista por Manuel Alonso Martínez, bajo el gobierno de Baldomero Espartero (masón). Analizada con detalle, la Ley Moyano no es para rasgarse las vestiduras. En su Título I, y en referencia a la enseñanza primaria, sólo especifica, en el artículo 2º, que entre otros objetivos, los niños deben conocer: «Principios de Gramática castellana, con ejercicios de Ortografía». En el Título II propone como área de conocimiento: «Gramática castellana y latina» y «Ejercicios de análisis, traducción y composición latina y castellana».

Hay que decir que, en primer lugar, la analfabetización —a pesar de estas leyes— seguía extendida por toda la Cataluña rural. Y que, en segundo lugar, en ningún momento la ley especificaba cuál era la lengua vehicular, simplemente se señalaba que se debía enseñar gramática castellana, pero no se concretaba en qué lengua. Si a alguien le parece este argumento demasiado retorcido para justificar la «no represión» del catalán, que investigue en cuántos institutos de Cataluña actualmente se enseña lengua castellana en catalán. Las posteriores normativas a lo largo de principios del siglo xx, dan a entender que estas leyes nunca fueron eficaces y que en Cataluña, los maestros seguían enseñando en catalán. Por cierto Moyano, tienen un destacado retrato en la sala de Juntas de la Universidad de Barcelona. Y como ya explicamos en nuestro libro *Historias ocultadas del nacionalismo catalán*, su estatua en Madrid es obra de un escultor catalán.

– 1862, «Ley del Notariado: Prohíbe el uso del catalán en las escrituras

notariales». Esta ley, fruto lógico de la extensión de comunicaciones entre todas las zonas de España, tiene su origen en el Gobierno del General O'Donnell, militar isabelino y anti carlista. Miembro de la Unión Liberal y partícipe en las logias masónicas que conspiraron contra el masón Espartero.

– 1870, «Ley del Registro Civil: Prohíbe el uso del catalán en el Registro civil». Esta Ley fue promulgada durante el mandato del catalán Prim, conocido masón, y miembro del Partido progresista.

– 1881, «Ley de Enjuiciamiento Civil: Prohíbe el uso del catalán en los juzgados». Aunque la ley fue promulgada días antes de la caída del gobierno de Cánovas, perteneciente al Partido Liberal Conservador, no fue derogada por su sucesor, Práxedes Mateo Sagasta, del Partido Liberal Fusionista, igualmente reconocido masón. Durante sus gobiernos se promulgaron las siguientes disposiciones: 1896, «Dirección General de Correos y Telégrafos: Se prohíbe hablar en catalán por teléfono»; 1902, «Real Cédula: Prohíbe representar, cantar y bailar piezas que no fuesen en idioma castellano».

– 1902, Decreto de Romanones, obligando a que la enseñanza del Catecismo sea en castellano. De Romanones, según cuenta Vidarte en *No queríamos al rey*: «[el] conde de Romanones, [...] también había sido iniciado en secreto por Sagasta y [...] siempre cumplió bien con la Orden [masónica]».

A buen entendedor pocas palabras bastan. La paradoja resalta en que la masónica Esquerra Republicana de Catalunya, liderada por el masón Macià, hiciera de la persecución del catalán la bandera de su lucha política; pero que nunca denunciara a la masonería como promotora de estas políticas. Otros decretos del catalán, especialmente durante el Directorio del Primo de Rivera, instando a los profesores de Cataluña a impartir las clases en catalán, sólo demuestran que las disposiciones anteriores poco éxito habían tenido especialmente en los pueblos. Sobre el franquismo ya aportamos suficientes datos en nuestra anterior obra para formar un juicio más que correcto al respecto.

**GOIGS**  
**DEL GLORIOS APOSTOL SANT JAUME,**  
QUE SE TENDRA EN LA SUA CAPELLA DE LA PARROQUIA DE MALLER, BISBAT DE VIC.



*Pais que sempre sou estat,  
nostre sempre, llum y guia;  
Jesuus benaventurat,  
Sant Joan Evangelista  
Vareu totle per gressa,  
Y el Cristu congozna  
Com enria en Coromita;  
Nosa dala la companya  
De Jezuus y am. costat: etc.*

*Dispera que Cristu fou mort  
Per la terra perdiciona,  
El Barcelona arribera,  
Molt constant, valent y fort;  
Conventua ab perla  
La gent que estala en peccat: etc.*

*En Zaragoza tinguera  
Un castello singular,  
Pois Maria va baixar,  
Sobre un pilar la viera;  
Per molt gran esta alegria  
Y lo castello adreit: etc.*

*A Jerusalem tornava  
Per convertir los infidel,  
Pero fura tan cruada  
que la mort ab ella trobava:*

*y. Ora pro nobis Beati Jacobi.    ✠ Et digni efficiamur promissionibus Christi.*

**OREMUS.**

*Beati Jacobi glori tui martiris et rector: et Docti Jacobi Apostoli sui unum precibus, et exoracionibus tuis plorant et miseris vocat decrocat. Per Domini nostri etc ✠. Amen.*

**TORNADA.**  
Pois esta ja collocat  
En lo Cel ab alegria:  
Allegreus cada dia  
Jesuus benaventurat.

*Ab constancia y esadia  
Vareu ener dignitat: etc.  
Lo voste con volguer: Deu  
Despos a Espanya torat,  
Y ab Compostela rentat  
Vintat d'ora la Ser;  
Dele de Findeu y Ugrua  
Y de tota sou visitat: etc.*

*Quant Espanya facha de Maru  
Verent vos los Cristianes,  
Espoliat als Africanes  
Ab espasa con a torat,  
Antan no guarda  
Nobre un cavall armat: etc.*

*Vent tota los Cristianes,  
Que voste favor reclama,  
Victoria sempre demana  
Bata per los vostres manes,  
Deis alfige sou la guia  
Alcanzant los sanats: etc.*

**TORNADA.**  
Pois esta ja collocat  
En lo Cel ab alegria:  
Allegreus cada dia  
Jesuus benaventurat.

Los «goigs» o «gozos» son poesías populares catalanas dedicadas a santos. Hay cientos de «gozos» redactados en catalán dedicados a Santiago (Sant Jaume), Patrono de España. Aquí un ejemplo del Obispado de Vic, en catalán, de 1871.

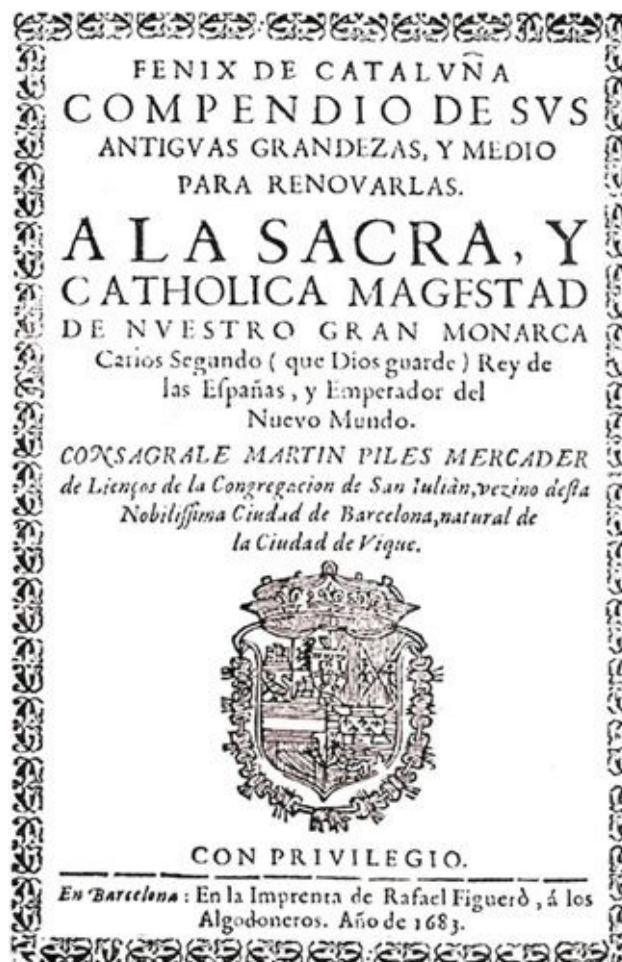




La España visigoda en el año 700, siendo ya una unidad geográfica política y religiosa. La Septimania (languedoc-Rosellón) ya pertenecía a ella.



Placa en la ciudad de Cervera conmemorando la «fundación de la Generalitat» en esa ciudad, en 1359. En realidad, la Generalidad fue fundada en las Cortes de Monzón, en 1289, setenta años antes.



Feliu de la Peña, recoge en sus obras el sentir de los catalanes de finales del siglo XVII. Su obra «Fenix de Cataluña», está dedicada a «La Sacra y Catholica Magestad», Carlos II.



Escudo cardenalicio del Arzobispo de Tarragona, Isidro Bertrán, Primado de las Españas, en 1712. En su tumba se puede leer: «TARRACON. HISPANIARVM PRIMAS» (Primado de las Españas).



Moneda del Archiduque Carlos, con la leyenda en latín «Carolus III, Hispaniarum Rex».



Escudo de Sant Jordi, del Rey de la Corona de Aragón Pedro III *el Grande*. El escudo portaba las cabezas de cuatro negros.



Durante cuatro siglos la Abadía de Montserrat dependió de Valladolid. Su gran Reformador fue el castellano García Jiménez de Cisneros. Ahí publicó su famoso *El Exercitatorio de la Vida espiritual*. Esta obra influyó en San Ignacio de Loyola y en sus *Ejercicios espirituales*.





Recreación histórica del acto de bendición de las banderas y juramento de los soldados de Barcelona en 1714. Los soldados alzan los tres dedos de la mano derecha, en señal de la Santísima Trinidad, y realizaban el juramento de luchar hasta morir.



Portada de la novela titulada *¡Atrás el Extranjero!*, publicada en Barcelona en 1881. Refleja el espíritu español que eclosionó en Cataluña durante la Guerra del Francés.

**GOIGS**  
**St. Isidre**  
QUI ES VENERA  
SANT ESTEVE DE



**DE**  
**Llaurador**  
EN L'ESGLÉSIA DE  
BANYOLES (GERONA)

Per les virtuts que heu sembrades  
en el camp de nostre cor:  
*Deu nos Fe i bones ayudes,  
Sant Isidre Llaurador.*

Madrid, vila coronada,  
us donava un home breu  
amb velle cabellada  
entre solans i verges.  
Les roses més perfumades  
ara envien vostre olor.

*Deu nos...*

La vostra mare amorosa  
se va sant des de petit  
i als peus de la Verge us posa  
com un poselló exquisit.  
Note les seves mirades,  
la santedat treua flor.

*Deu nos...*

Jesús en l'Encarnació  
és nostre amic preferit  
i en la Missa, cada dia,  
us dona més fe i delit.  
Vostrejo, en les verges,  
us ensenya la suor.

*Deu nos...*

A les mans ens mostrea Felis,  
als llavis un pecó coral.  
Qui sap de pregà i les feines  
guanyarà doble jornal.  
Que siguin vostres peïjades  
nostre orient guaiador.

*Deu nos...*

Urec de vostrejo d'estralla  
contra l'espectacle gran  
d'un angle guant la vella  
mentre Vos esteu pregant.  
Qui adreça al Cel llurs mirades  
no li manca pà i sal.

*Deu nos...*

Sembro diatre de la trisa  
i als hospitalis i prisons;  
Vostre amor és plà de trisa  
que allargua als pobraments.  
Llaurador me'n a missa besades,  
d'aquest pà confortador.

*Deu nos...*

Es tant dolça i és tan blava  
la llum de vostre mirà  
que'n collides de la glansa  
se us riuquen a la mà.  
I en les tristes hivernades  
els plerans amb grassia d'or.

*Deu nos...*

Diu us dona per esposa  
una santa sagelical.  
Que hi hi esteu una mica  
poco d'un clarell d'orell!  
Sou dos Dones Rigides  
amb el llac del sant amor.

*Deu nos...*

Si l'augua e Madrid és poca,  
heu gran vostra virtut  
que'n heu brollat d'una roca,  
com un altre Moisés.  
Aquelles rigides sagrades  
de salut son brollador.

*Deu nos...*

Vostre mà gubna i respone  
cap encor del non so lo haquet,  
per, damunt d'un rei es posa  
i li torna la salut.  
Les espertes més preudes  
son les que porten al cot.

*Deu nos...*

Honor de la pagèsia,  
mirall exacte de casats,  
quin pagès no llauri  
vostres ganes i bondats.  
En canies i treballades,  
cantarem a vostre honor.

*Deu nos...*

De Banyoles i sa contrada,  
alguna sempre sortí encant;  
he-mes llauri la potegada  
i de-vos-tes feus i salut.  
Que en nostres llars estabades,  
no hi hi mai cap encor.

*Deu nos...*

Per les virtuts que heu sembrades  
en el camp de nostre cor:  
*Deu nos Fe i bones ayudes  
Sant Isidre Llaurador.*

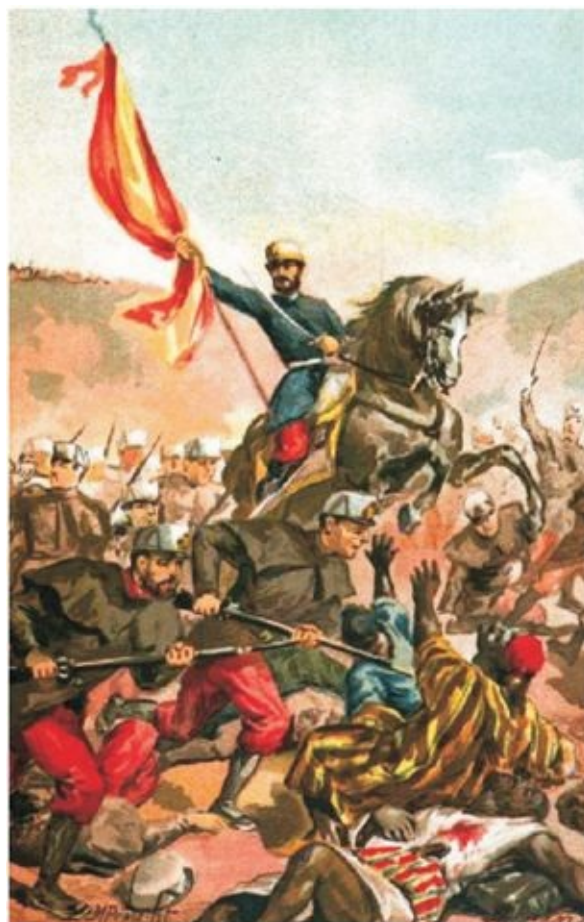
v. Invoca debetis Dominum per vias rectas. (T. P. Alcheia).  
x. Et ostendit illi regnum Dei. (T. P. Alcheia).  
ORACIONES: Da nobis quesumus misericors Deus: beato ISIDORO Agrícola Confessore  
tuo intercedente, suppete nos: suppete nos: sed etiam nostris et exemplis placitis: tibi semper humiliter  
deservire. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

«Gozos», en catalán, en honor a San Isidro Labrador, Patrono madrileño de los campesinos catalanes (Bañolas, Gerona).



Dansa de Sant Isidre

Dibujo de época de la Danza de San Isidro. Fue muy popular durante dos siglos en la plana de Barcelona, antes de que el catalanismo impusiera la sardana como «baile nacional».



El General Prim enarbolando la bandera española en la Batalla de Castillejos.



Portada del almanaque de izquierdas *La campana de Gracia*, con motivo de la Guerra de Melilla 1893-1894. Se ensalza la bandera española en combinación con la catalana en las faldas de la joven.

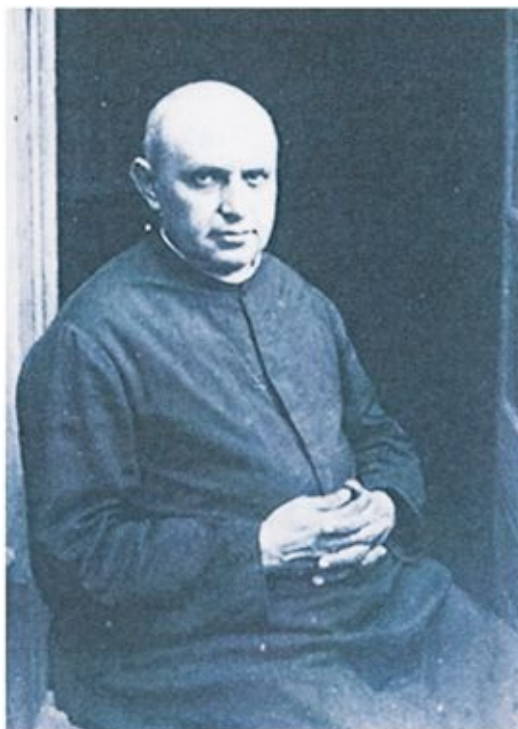




Mural de Eduardo Llorens Masdeu, representando a voluntarios catalanes a punto de embarcar en el barco Santander, rumbo a Cuba y portando la bandera española.



Eduardo Marquina, literato catalán que compuso las letras oficiales del Himno de España, aprobadas por Alfonso XIII con motivo de su boda real.



El sacerdote Antonio M<sup>a</sup> Alcover, que fue «purgado» del Instituto de Estudios catalanes, por ser defensor de una lengua catalana tradicional y fiel a sus raíces. Fue sustituido por el laico y masón Pompeyo Fabra.



Estatua de Claudio Moyano en Madrid (realizada por un catalán). La inmensa mayoría de disposiciones para limitar legalmente el catalán surgieron de gobiernos de izquierdas y políticos masones, como Moyano.





Restos del Monasterio de Ripoll destruido por los liberales en 1835. Su reconstrucción en 1893, supuso la primera gran manifestación catalanista, donde se vieron miles de banderas catalanas.



Primer Congreso internacional espiritista, celebrado en Barcelona el 1888. Cataluña fue tierra de santos y también de masones, espiritistas y revolucionarios, que ocupaban el espacio dejado por el catolicismo.



Obra anticatólica de Pey Ordeix, publicada en 1932. Este personaje representa la evolución del alma catalana. Fue un sacerdote carlista, luego se hizo integrista, luego catalanista, se secularizó y se hizo ateo, revolucionario y profundamente anticlerical.



Cartel de la opereta *El novio de la muerte*. Se puede apreciar que la música está compuesta por el catalán Juan Costa. De los primeros 400 legionarios, 200 salieron voluntarios de Barcelona. Millán Astray los alabó como el alma de la Legión.



Proclamación de la República catalana, por parte de Maciá. Se puede apreciar que en la plaza no hay casi nadie. Por la tarde se volvió a realizar el acto con las masas ya enaltecidas.



Bandera del Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat, ofrecida a la «Moreneta» tras la Guerra del 36. Esta bandera representa la tradición catalana que enlaza desde el III Concilio de Toledo hasta los últimos restos de la Cataluña hispana que aún perduran.



## 98. LA SUPERVIVENCIA GRAMATICAL: EL ENEMIGO EN CASA

Las lenguas pueden morir por desafección de la propia comunidad hablante, al no considerarla una lengua de prestigio; por políticas de asimilación forzosa (cosa que ocurrió en Francia y este caso nunca será comparable con el de España; baste comparar la supervivencia del vasco y el catalán en la Península con su languidez en Francia); o bien, por la degeneración interior y/o la falsificación de sus propios «defensores». Este es el caso del vasco (con el absurdo *batua*, que ha permitido la supervivencia de una lengua artificial y que está aniquilando los genuinos *euskera*s) y del catalán. En el caso del catalán ha sido más sutil, pero, por ende, más efectivo este asesinato cultural. El catalán, el verdadero catalán, o mejor dicho los diferentes catalanes, están agonizando. La culpa de ello la tienen dos catalanistas de pro: Prat de la Riba (patriarca del catalanismo) y Pompeyo Fabra (químico metido a filólogo). Entre los misterios a resolver —aunque el enigma no es tan difícil— es por qué Prat de la Riba, conservador formal (aunque liberal en sus genes por parte paterna) se confabuló con Pompeyo Fabra, masón y revolucionario, contra el pobre Mn. Alcover, tradicional y verdadero amante del catalán; todo ello para imponer un modelo «nuevo y moderno» de catalán. Hay varias explicaciones posibles. Entre ellas, una es que tanto Prat de la Riba como Fabra, durante la I Guerra Mundial, eran aliadófilos; mientras que Alcover, como buena parte de los tradicionalistas, era germanófilo (ahora nos parece una nimiedad, pero estos posicionamientos dividieron traumáticamente a la sociedad catalana). Cualquier libro de Historia de educación secundaria en Cataluña ensalza a Pompeyo Fabra como padre del catalán moderno. Pero la «paternidad» es demasiada forzada, como intentaremos demostrar en éste y en el siguiente epígrafe.

Frente a la acusación de que el catalán se había «caotizado gramaticalmente» por culpa de las injerencias castellanas, la respuesta es bastante sencilla: se puede afirmar, que mientras el castellano, el francés o el italiano iban evolucionando y progresando, el catalán del siglo XVI se mantuvo bastante estable y unificado. En el siglo XVII varias obras como el diccionario *Fons verborum et phrasium*, del jesuita Antonio Font (de la Seo de Urgel); o el *Dictionarius Seu Theraurus catalano-latinus verborum phrasium*, del académico de la Universidad de Barcelona, Pere Torras; o la *Gramática catalana* del latinista, Cendrós, impidieron la desintegración lingüística. Y todo ello gracias a que estas obras pretendían mantener el latín, lengua mucho más estanca y que permitió que el catalán quedara fijado. Muy tardíamente, en el siglo XVIII, se empezaron a realizar las primeras propuestas renovadoras del catalán, que curiosamente lo fueron distanciando del valenciano que se mantuvo mucho más tradicional y fiel a sus orígenes. El causante de estas reformas fue el dominico Pedro

Martín Anglés con su *Prontuario Ortológico gráfico catalán-castellano*. Poco a poco fueron saliendo propuestas de gramáticas catalanas, como la del sacerdote Antonio Alegret y su *Disertación sobre la ortografía catalana* (1792); o, a principios del XIX, José Belvitges publicaba el *Diccionario-catalán-Castellano-Latín*; o el jesuita José Pablo Ballot, en 1814, escribía la *Gramática y Apología de la Lengua catalana*. Lo malo de este intento por fijar una lengua, se producía 300 años más tarde de que el castellano lo hubiera logrado. Buena parte de estos esfuerzos, además, no eran para que se aprendiera catalán, sino para que los catalanohablantes aprendieran mejor el latín.

A lo largo del siglo XIX se sucedieron varias propuestas de gramáticas: *La Gramática catalana* de Juan Petit Aguilar; el *Diccionario de la lengua catalana* (1840) de Pedro Labernia; *La Gramática catalana-castellana* (1851) de Magín Pers o la *Gramática catalana* de Pablo Estorch (1851). Pero, en palabras del historiador catalán Marcelo Capdeferro: «ninguna de estas rudimentarias gramáticas tuvo suficiente prestigio para ser aprobada (como la válida)». Sin embargo, milagrosamente, los estudios gramaticales fueron resurgiendo con fuerza, seriedad y prestigio. Lo único «malo» para la historiografía nacionalista es que la mayoría de estos expertos eran sacerdotes y por eso no se mencionan nunca. Entre los magníficos lingüistas, mucho mejores que Pompeyo Fabra, tenemos al jesuita Jaime Nonell que publicó obras maestras como *Análisis morfológico de la llengua catalana antiga comparada amb la moderna* (1895), *Análisis fonològic de la llengua catalana antiga y moderna* (1896) y *Gramática de la llengua catalana* (1898). Poco después, en 1901, aparecía la *Gramática etimológica catalana* del sacerdote Mariano Grandia. Ambos autores, aunque con sus discrepancias, abogaban por respetar la lengua del Siglo de Oro catalán (siglos XIV y XV). El «pecado» de estos eminentísimos filólogos, repetimos, era el ser sacerdotes. Por el contrario, Pedro Mata (1836), Federico Soler «Pitarra», y otros, en un acto de rebeldía y anarquismo, quisieron que el catalán lo escribiera cada uno como le viniera en gana: nada de gramáticas, nada de ortografías, nada de reglas. Por otro lado, aparecerá en 1881 la revista *L'Avens*, fundada por Jaume Massó Torrents, que se empeñará en crear e imponer una gramática que rompiera con la tradición medieval del catalán. En 1891 aparecía *Ensayo de Gramática del Catalán Moderno*. En el entorno de esta revista, minoritaria y sectaria, se encuadraría la gramática de Pompeyo Fabra que sería la que «pariría» el catalán que actualmente se enseña en las escuelas.

## 99. Y EL NACIONALISMO ASESINÓ A LA VERDADERA LENGUA CATALANA

Y aquí viene el nudo gordiano del problema de la lengua catalana. Por mucho que hubiera disposiciones (más que contra el catalán) de unificación del castellano; por mucho que hubiera recelos y decretos más o menos eficaces, contra el catalán; nuestra querida lengua tuvo su peor enemigo en el interior: y este se llamaba Pompeyo Fabra. Sabemos que los nacionalistas bramarán contra esta tesis, pero es la única posición legítima que creemos se puede defender, le duela a quien le duela. Recurriremos a una de las autoridades filológicas más irrefutables, Antonio Griera, al que el catalanismo nunca ha querido reconocer por varias razones, de las que destacamos tres: a) por ser sacerdote, b) por ser franquista y c) por ser mucho mejor experto que Pompeyo Fabra en cuestiones lingüísticas. Recomendamos como imprescindible, para los interesados en este tema, sus *Memòries*, publicadas en catalán durante el franquismo. En varios capítulos deja clara la guerra civil lingüística que se provocó en el seno de la sección filológica del Instituto de Estudios Catalanes (IEC): «Había una polémica permanente entre la Escuela de L'Avenç, de ideología disolvente y separadora, y la tradicional, representada primero por Milà, después por el Dr. Torras y Bages, el canónigo Collell, Balari y Jovany y, en este momento, por Mn. Alcover». Sólo queremos añadir, para que el público se haga una idea de lo que se estaba jugando en esa dialéctica lingüística, que en la redacción de *L'Avenç* funcionaba una logia masónica.

En 1914 aparecieron, contra todo pronóstico, las *Normas Ortográficas* de Pompeyo Fabra y su *Diccionario ortográfico*. Pompeyo Fabra había prosperado gracias a Eugeni d'Ors (que, con los años, acabaría vistiendo la camisa azul del «Movimiento») y antes de que éste fuera purgado del IEC. Las Normas de Fabra correspondían exclusivamente a las propuestas por la revista *L'Avenç*, que para cumplir con sus propias normas empezó a llamarse *L'Aveç*. Este era un sector minoritario con el que prácticamente todos los interesados por el catalán estaban enfrentados. Coincidiendo con la publicación de las normas, Prat de la Riba tomaba posesión de la Mancomunidad (el precedente de la actual Generalitat) e impuso las normas de Fabra. Obligó también a que *La Veu de Catalunya*, órgano que dirigía se sumara a la iniciativa. El verdadero artífice de la sección filológica del IEC, Mn. Alcover, fue obligado a dimitir; y el químico dedicado a filólogo impuso se dictadura lingüística. La resistencia vino del diario carlista *El Correo Catalán* (que, de vez en cuando, publicaba artículos en catalán) y del *Diario de Barcelona*, así como de otros insignes defensores del catalán y de la *Renaixença*. La balanza, paradójicamente, la inclinaría Torras y Bages que, contra todo pronóstico, y por seguir la línea oficial de la Mancomunidad se sumó finalmente a las normas que antes había rechazado.

Por el contrario, Antonio Griera, catalán de pura cepa, advertía del error: «las maldades se pagan. Dar un matiz separador a la ortografía y al catalán literario, encarados a Francia y de espalda a la ortografía tradicional de Cataluña, ha dado como resultado que, después del desastre de 1936, sólo un reducido grupo de personas saben escribir catalán». El capítulo XXIII de sus *Memòries* tiene un título significativo: *La otra dictadura*. Griera se refiere a la dictadura ortográfica que impuso Fabra en el IEC. El filólogo masón reclutó una pléyade de seguidores entusiastas que le servían de censores. Todos los documentos que publicaba la Mancomunidad pasaban por sus manos, y se sometían a revisiones de estilo y ortográficas para ceñirlos a las nuevas normas. Se produjeron «genocidios culturales» flagrantes, como la «desaparición» de un escrito del sacerdote Gudiol, titulado *Arqueología litúrgica de la provincia tarraconense*. La dictadura lingüística llevó a que los escritores se autocensuraran y se ajustaran a aquello que se esperaba de ellos. Según la autorizada voz de Griera: «El estilo que metía en un molde la obra literaria de los escritores catalanes, no se encuadraba en ninguno de los grandes estilos [...] Era un estilo gris y amorfo, sin color, que igualaba y anivelaba el estilo de todos los escritores. El estilo es el reflejo de la personalidad del escritor. Castigarle en el estilo es matarle la personalidad. La literatura catalana cayó en un marasmo atontador; los escritores perdían su personalidad. Desde 1930 a 1937, el descenso de la poesía y la prosa catalana es absoluto [...] (después) el comunismo había acabado con la literatura catalana. Un renacimiento ha sido posible en la postguerra de 1936, porque no se ha permitido la dictadura ortográfica y estilística (de Fabra)». Sobran comentarios.

**Digresión:** Este juicio de Griera es exacto y aplicable hoy en día. El que suscribe tiene decenas y decenas de autobiografías de catalanistas del siglo xx escritas antes de la imposición de las normas de Fabra en los años 80 del siglo xx. La lectura de estas obras es placentera por la riqueza de vocabulario, giros, construcciones sorprendentes. Muchas de estas obras fueron publicadas durante el franquismo y no estaban sometidas a la dictadura fabriana. Por el contrario, cualquier texto literario o periodístico en el catalán actual es aburrido, previsible, uniforme, pobre. Creemos imposible que vuelva a surgir siquiera una figura como Josep Pla o un literato capaz de superar la dictadura de la «normalización» del catalán.

## 100. «CULTAS» BURRADAS DEL CATALÁN DE POMPEYO FABRA

Con Fabra había nacido un nuevo catalán, que provocó, en boca de Griera, «un catalán literario gris [...] (pero, paradójicamente) fue considerada como una obra filológica excelente». En el Instituto de Estudios Catalanes se fueron expulsando a los filólogos que eran sacerdotes o católicos, y en su lugar acudían unos vagos redomados que eran, sigue Griera, «los amigos de los dirigentes de la oficina, que, además de la nómina, cobraban un subsidio por trabajos extraordinarios que no hacían» (nada nuevo bajo el sol). O, denuncia nuestro filólogo, Pedro Corominas prácticamente copió su tesis de los estudios de Mosén Condó. Finalmente, el único resistente en aquella cueva de lobos fue Griera, que hubo de publicar su *Tresor de la Llengua, de les Tradicions i de la cultura popular de Catalunya*, a espaldas del IEC, ya que constantemente era boicoteada por los «amantes» del catalán. También conspiraron para arrebatarse el *Boletín Dactilológico de Cataluña*, que prácticamente escribía él solo. Los Fabra y compañía lo clausuraron y consiguieron que Mosén Griera, a su pesar, abandonara el IEC. La sustitución de los mejores filólogos por los amiguetes de Fabra, iba a traer consecuencias fatales para el catalán. Comprobemos algunas «burradas» del «maestro» Fabra.

La cedilla «ç» fue una de las fuentes de discusión. ¡Qué bonito y diferenciador suena a algunos la palabra *Barça*! La cedilla parece un hecho diferenciador lingüístico entre el catalán y el castellano. Sin embargo, a mediados del XIX Pedro Labernia, en su *Diccionario de la lengua catalana* ya advertía: «Esta letra de verdadera fisonomía catalana... se desterró del uso a semejanza de la lengua castellana». Ciertamente, en el siglo XIII la cedilla «ç» estaba generalizada en todas las lenguas romances, aunque propiamente su extensión y mantenimiento se debieron al castellano (especialmente a Nebrija y, anteriormente, a Alfonso X *el Sabio*). El sonido de la cedilla fue degenerando hasta parecerse al de la «z». Por eso, hasta el siglo XVIII aún se escribía *Çaragoça*. En 1726 la Real Academia de la Lengua la suprimió por innecesaria. Aun así, la «cedilla» es uno de los castellanismos más antiguos que poseemos. Sólo en textos del siglo XIV en catalán (en los de Eiximenis) aparece la cedilla y tomada del castellano, perdiéndose siglos después. El tonto de Pompeyo Fabra pensaba que esta letra era una peculiaridad propia del catalán, que le distinguía del castellano, y la «recuperó» en sus *Normas Ortográficas*, con una extrema y absurda euforia.

Si comparamos el *Diccionari General de la llengua Catalana* (1932), de Fabra, con otros diccionarios anteriores, veremos cómo pervirtió sutilmente el catalán «de siempre». Desde que apareció el deporte moderno, los catalanes, siempre «capdavanters» (adelantados), se iniciaron pronto en este fenómeno de masas. Todos



los catalanes utilizaban la palabra «deport», para referirse a «deporte». En el decimonónico diccionario de Labernia, «deport» significa *diversión, recreación, pasatiempo*. Sin embargo, Fabra, aceptando esta denominación, en su diccionario también introdujo la palabra «sport», dándole un matiz diferente. La cuestión era que la palabra «deport» le sonaba demasiado castellana. Hoy, en Cataluña, salvo algunos ancianos del lugar ya nadie usa la palabra «deport», y se ha generalizado la esperpéntica «sport».

Veamos otro ejemplo. La palabra delfín, tiene un origen griego (delphin), que fue tomada íntegramente por los latinos. En el Diccionario catalán de Labernia la palabra que encontramos es «delfí». O sea que todos los catalanes siempre conocieron al simpático cetáceo por ese nombre. Pero llegó Fabra y consideró que había demasiada semejanza con el castellano. Había que catalanizar a los delfínidos y se sacó de la manga la palabra «dofí». En realidad la tomó del francés, que ya había degenerado en «Dauphin» (pronunciado *dofin*). Hoy la mayoría de catalanes piensan que *dofí* es una palabra casi milenaria, cuando fue una «pifiada» mayúscula de Fabra.

Más gravosa es la invención de la tan «catalana» palabra «muntanya» (montaña). De origen latino, *mons-is*, proceden las palabras monte, montañas,... en castellano. Igualmente, en catalán, hasta inicios del siglo XX se usaron las palabras «mont», «montanya», «montañés», «montanyola». El prefijo «munt» es muy tardío en catalán, aparece en el siglo XIX y proviene posiblemente de «montón». El Diccionario Fabra, sólo respeta el «mont» para la toponimia como Montserrat, Montseny, etcétera. Sin embargo, sin ningún rubor, cambió el tradicional «montanya», por el de «muntanya», pues así también se diferenciaba del castellano. Son centenares las palabras que Fabra llega a adulterar en su diccionario con tal de distanciar el catalán del castellano y ello sin ningún escrúpulo etimológico y científico. Se cumple exactamente lo que decía Griera en sus citadas *Memòries*: «Un diccionario [el de Fabra] que tuerce el significado de las palabras». Una de las peculiaridades del catalán es el uso del artículo «lo» (lo home = el hombre; lo carro = el carro), que ha quedado reducido a zonas rurales: utilizarlo en público en una ciudad queda como «paleta». El «lo» se utilizó como artículo determinado masculino y como neutro en toda Cataluña durante siglos. Con el tiempo se introdujo el artículo «el» como determinado, pero se mantuvo el «lo» neutro. Fabra, sin dudar, y contra la tradición de siglos, se cargó el «lo», porque se asemejaba al neutro castellano. Para corroborar lo que decimos, baste leer la *Gramática* de Jeroni Marvá, en la que afirma: «Es una costumbre reprobable la de utilizar el neutro, imitando con esto la distinción que hace la lengua castellana, y que la nuestra no ha hecho nunca de una manera espontánea». Total, la cuestión era evitar nuevamente semejanzas multiseculares con el castellano.

Donde Fabra ya nada pudo hacer fue respecto a la fonética. Por mucho que se quiera «normalizar» y «unificar» la fonética es hartamente imposible. Cada uno pronuncia

como le sale. Si es catalanohablante lo hará en función de su comarca y si uno tiene como lengua materna el castellano, no se preocupe, se le notará toda la vida. Hasta un catalanista como Joan Fuster (para colmo valenciano), publicó en octubre de 1971 un artículo en *La Vanguardia* (esta vez aún subtitulada española) en tono de queja. La protesta venía por las campañas catalanistas procedentes de Barcelona que pretendían imponer la lengua fabriana. Fuster alertaba: «No se me ocurriría nunca *imponer* mi *pronunciación* a quien tenga otra por familiar. Pero considero grotesco que se proclame *una* (la mía u otra), como *norma*». En la transmisión del catalán, sigue teniendo peso la familia y los localismos comarcales. Pero, cada vez más, el uso del catalán se debe a la inmersión lingüística de cientos de miles de castellanohablantes o inmigrantes extracomunitarios. Esta inmersión masificadora, uniformizadora y vulgarizadora de la lengua de Fabra impide que el catalán pueda tener una literatura propia de categoría. Los medios de comunicación, dominados por la «secta» (así se denomina a los servicios lingüísticos que controlan el manejo del lenguaje en los medios públicos) se mantienen en la pureza fabriana. Cualquier catalán de tan solo hace 100 años se sorprendería de cómo se habla el catalán dominante hoy en día, por su simpleza y pobreza. En palabras de Marcelo Capdeferro, la fonética de hoy en día: «es irreal, absurda, inculta y barriochinesca».

## **101. LA LENGUA: UN ARMA POLÍTICA Y UN AUTOVENENO EFICAZ**

Entre las múltiples autobiografías o memorias de los exiliados de la Guerra de España se encuentran verdaderas joyas de la reflexión política y social de la época de la República. Vamos a señalar una que ya hemos citado al comienzo de este libro. Se trata de las *Memòries Polítiques* de Joan Puig y Ferrater. Fue escritor, novelista y dramaturgo. En 1928 llegó a dirigir la editorial *Proa* y militó en la ERC. Fue uno de los «responsables» de la incautación del Monasterio de Montserrat, impidiendo así que los anarquistas lo convirtieran en pasto para las llamas. Sus memorias son fruto de una «conversión» por desencanto de todo lo vivido durante aquellos aciagos tiempos. El exilio, el reposo de los ánimos y del espíritu, le hicieron ver todo desde una perspectiva muy diferente. Por eso hoy sus memorias no son tomadas como fuentes en la historiografía del catalanismo. Recogeremos unas cuantas afirmaciones de sus textos que son suficientemente llamativas.

En primer lugar constata que el aparente amor a la lengua catalana escondía un odio hacia la castellana: «los que fueron maestros y guías de mi generación sentían el desdén de todo lo castellano y, por extensión, el desdén de todo lo que significaba: lengua, pensamiento, tradición, cultura, política, Estado». Sigue relatando que el catalanismo radical repudiaba todo lo español. Jaume Brossa, dramaturgo, literario y anarquista puso en boga la frase de que había dos puertas contra la civilización: «la Sublime Puerta [en aquella época se conocía así al Imperio Otomano] y la Puerta del Sol [en Madrid]». Pompeyo Gener describía a los castellanos como una raza famélica y degenerada. El Quijote era tomado como una figura de chirigota, ridícula y que representaba las alucinaciones del Estado español. Este ambiente llevó a que, reconoce Puig, «aprendíamos a despreciar lo que ignorábamos».

El satírico catalanista *Cu-cut*, muy próximo a la conservadora Lliga, se infiltraba en las casas «benestants» (pudientes) y les inculcaba el veneno revolucionario y anticastellano. Este satírico, según nuestro autor: «hizo más daño que el pedrisco en las familias catalanas en las que se infiltró un catalanismo vulgar, exclusivo, pedante y corto de inteligencia». Él mismo sufrió esa presión ambiental tan típica de todo nacionalismo: «para un joven de mi generación, escribir en castellano habría sido una vergüenza, una traición, un síntoma de poca calidad, un signo de arribismo que habría traído el menosprecio de los escritores catalanes de su tiempo». Esta cortez de miras, acabaría convirtiendo lo catalán en un mundo cerrado y estéril.

## **102. SORPRESA: EL CATALÁN «CONTAMINA» AL CASTELLANO**

No podemos resistirnos a traer a colación una tesis doctoral de Marta Prats Sabater, titulada *Préstamos del Catalán en el léxico español*, defendida en 2003. En concepto de *préstamo*, por simplificar, atiende a intercambios producidos entre diferentes lenguas. Muchas veces los préstamos pueden recorrer varias lenguas: donde unas toman un léxico de otra lengua y lo van transmitiendo, sucesivamente, a otras. Esta circulación de préstamos es más que habitual entre las lenguas, tengan o no proximidad directa. Así, con muchas palabras que nos parecen que son derivaciones diferentes de un mismo término latino: por ejemplo «metallum», daría lugar a «metall» en catalán y «metal» en castellano. Pero en este caso no es así. Primero apareció la palabra «metall» y posteriormente el castellano tomó el «préstamo» del

catalán, transformándola en «metal». Los préstamos pueden ser directos o indirectos: esto es, el catalán puede coger un préstamo de otra lengua, como el francés, y luego pasársela al castellano. Y viceversa. Mientras que Fabra intentaba eliminar los préstamos del castellano, ningún filólogo hispano se escandalizaba por los préstamos que adquiría el castellano.

Hay muchos vocablos castellanos que tienen su origen en el catalán desde *coliflor*, *costa*, *linaje*, *cacerola* o *chuleta* (del catalán *xulla* —costilla—). Atendiendo a dos fuentes principales, el *Diccionario crítico etimológico castellano hispánico* (de Joan Corominas) y al *Diccionario de la lengua española de la Real Academia Española*, se pueden sacar las siguientes conclusiones: el número de vocablos recogidos por el castellano, provinientes del catalán, sería de más de un millar (la autora propone 1.054). Si situamos el momento histórico en que se produce más influencia, debemos referirnos a la Edad Media, entre los siglos XII y XIV, coincidiendo con la formación y esplendor de la Corona de Aragón. Ello explica por qué muchos de estos préstamos tienen relación con el campo semántico de la marina, las técnicas de navegación, o los fenómenos atmosféricos (*capitán*, *dietario*, *calma*, *farol*, *palenque*, *galera* o *boira* —*niebla* en catalán, pero aceptado por la Real Academia como léxico castellano). Tras la Edad Media, aunque menos, los préstamos se siguen produciendo, pero a nivel textil, o relacionado con el mundo artesano (*escayola*, *bronce*, *moscatel*, *carruaje*,...).

Esta apasionante tesis, que en nada ofende al castellano, sino que nos demuestra la versatilidad de las lenguas, se estropea en ciertos momentos con el marco teórico. Como la autora es filóloga, y no historiadora, algunos juicios los sostiene en base a las afirmaciones del historiador catalanista Ferran Soldevila; y entonces el desastre en el juicio es evidente. Ciertamente, como se propone en este trabajo, en la Edad Media muchos préstamos del catalán al castellano se hicieron a través del aragonés. La tesis de Soldevila, expresada en su *Historia de España*, —y aquí viene el despropósito— es que los condes catalanes, estaban en plano de igualdad con los Reyes de Aragón y «las relaciones entre ambos pueblos y la actitud no autoritaria de los nuevos regentes sobre Aragón, (estaba) alejada de cualquier tipo de imposición, ni siquiera lingüística» (por eso —imagina— el catalán no se impuso sobre el aragonés y sí el castellano). Es tremenda esta auto-bonhomía catalanista: todo lo que hacemos los catalanes es bueno y democrático, todo lo que hace Castilla o España es malo y tiránico. Con una elite intelectual así, los catalanes estamos sencillamente perdidos. Más sorprendente es, si cabe, el análisis de uso de la bandera catalana.

## 103. Y APARECIÓ (DE GOLPE) LA «SENYERA», CONTRA EL MORO Y POR ESPAÑA

En el capítulo 4, ya hemos señalado cómo la bandera catalana había caído prácticamente en el olvido, en los siglos XVIII y XIX. Paradójicamente, fueron las tropas napoleónicas las que la utilizaron como instrumento propagandístico para ganarse la voluntad de los catalanes contra el resto de España. Pero todo fue inútil. Ni siquiera en los numerosos pronunciamientos populares en la primera mitad del siglo XIX la bandera catalana tuvo el más mínimo protagonismo. Pero llegó el Romanticismo y «despertó» la bandera, o «los cuatro palos de gules». En 1839, Pau Piferrer, paradójicamente en la obra *Recuerdos y bellezas de España: Cataluña*, atribuía la independencia de Cataluña a Guifredo el Velloso y recordaba la leyenda del origen de la bandera catalana. En los pequeños círculos literarios, la exaltación de este símbolo «patrio» se fue extendiendo, pero aún faltaría mucho para que fuera utilizada de forma partidista para representar una ideología: el nacionalismo (bajo excusa de representar a toda Cataluña). Joaquín Rubió y Ors se sumó a la exaltación poética del hecho de Guifredo. Pero, en este caso, la enseña catalana, aún no era un símbolo que enfrentara a la bandera española, sino que esos pendones, según la licencia literaria: «fueron de los reyes sarracenos terror».

El Romanticismo estaba descubriendo un filón en el «Senyal d'Aragó» que acabaría convirtiéndose en la «bandera catalana». Víctor Balaguer, en su *Bellezas de la historia de Cataluña* (1853), se encargó también de fantasear sobre los orígenes míticos de la bandera y de ensalzar «estas cuatro barras que han llevado a tantos héroes tantas veces al combate». Sin embargo, la primera aparición pública masiva de la bandera catalana fue acompañando a la española. Corría el año 1860, y se trataba del homenaje a los voluntarios catalanes que volvían de África. Los estudiantes de Barcelona ondeaban sendas banderas y los monumentos en su honor fueron decorados igualmente con banderas catalanas y españolas. En la opereta propagandística de José Antonio Ferrer, *A l'Àfrica minyons!* (¡Al África muchachos!), la exaltación de las cuatro barras iba en perjuicio del Islam: «Borremos la media luna / del cielo de aquella tierra / campeemos solas gloriosas / las barras y leones». El poeta gerundense, José María Maseras, en su *Follías* (1868), utilizaba la figura de la bandera catalana para demostrar la españolidad de Cataluña. En su obra se puede leer (en catalán): «Los hijos de Cataluña que sacrificaron voluntariamente sus vidas, antes que cualquier otra provincia [en referencia a la Guerra de Cuba de 1868]... Las barras de Cataluña son siempre el sostén de España». Por otro lado Ubach y Vinyeta, desde el periódico *Lo Gay Saber* (en artículo de 1 de marzo de 1869), denunciaba que siempre se confundían los símbolos españoles con los de Castilla, y que esto no podía ser: «olvidándose de que Cataluña es tan española como

cualquiera de las otras provincias, cuyo núcleo forma la nación». Mientras que no apareció, a finales del XIX, el nacionalismo político (de manos de jóvenes conservadores y católicos), este era el ambiente que se respiraba en Cataluña respecto a las banderas.

## **104. Y EL REPUBLICANISMO SE OLVIDÓ DE LA BANDERA CATALANA**

El sexenio revolucionario se olvidó completamente de la bandera de las cuatro barras; o, mejor dicho, no iba con los republicanos. En 1868, tras la revolución septembrina que propició la caída de Isabel II, se produjo una gran manifestación en Barcelona. La revista francesa *Le Monde Illustré*, inmortalizó el momento con un dibujo, pero allí no aparece una sola bandera cuatribarrada. Sin embargo, sí aparecieron por primera vez banderas republicanas. Éstas presentarían tres franjas horizontales de igual medida: la superior, azul; la central, roja y, la inferior, amarilla, simbolizando el lema masónico de fraternidad, sabiduría e igualdad. Curiosamente, esta bandera era calcada de la bandera andorrana de 1866 (anteriormente la bandera andorrana fue bicolor: dos franjas una roja y otra gualda). Por cierto, para las Olimpiadas del 92, el logo se constituyó con estos tres colores: rojo, amarillo y azul (¿coincidencia?). La cinta de la medalla de los Diputados republicanos de Barcelona, que se puede ver en un cuadro de Francesc Soler y Rovirosa, también muestra estos tres colores.

En la manifestación masiva de 1873 en Barcelona, con motivo de la declaración de la I República, no apareció tampoco ni una cuatribarrada. Baldomero Lostau, masón, proclamó, más que efímeramente, el Estado catalán. Ni siquiera los suyos le hicieron caso. Las banderas que ondearon fueron la antes mencionadas. Algunas variaciones de esta bandera incluían estrellas de Hiram (en alegoría al constructor del Templo de Salomón), que establecen un vínculo directo con la masonería. En algunas de estas banderas, monocolors, aparecían 17 estrellas en referencia a los 17 Estados que debían componer la República Federal.

El desgaste del color azul, hizo creer a muchos que era morado como la bandera republicana de la Segunda República. Pero el caso es que la I República, en espera de una idea mejor, tomó como bandera la roja y gualda y como escudo simplemente el León y el Castillo. Nada de cuatro barras que tras siglos y siglos, desaparecían por primera vez del escudo de España. Rebuscando en el siglo XIX aún podemos

encontrar un republicano Federal Abdó Terrades (1812-1856), que ha sido definido como el pionero del republicanismo Federal. Contra Espartero, siendo alcalde de Figueras, quiso proclamar la República. Compuso un himno republicano en catalán, *La campana*, y diseñó una bandera con tres franjas de color azul, negra y roja. Como se puede comprobar otra vez, nada de cuatribarradas. La disparidad de propuestas de banderas republicanas acabó cuando se aceptó la bicolor.

Según el vexilólogo José Manuel Erbez, la republicana se debió de diseñar durante el Sexenio Revolucionario y acabó siendo acogida con entusiasmo por los republicanos catalanes. No se ha conservado ninguna bandera de aquella época, pero sí caricaturas en el semanario barcelonés *La Flaca*, editado entre 1869 y 1876. Ello significa que la bicolor (correspondiente al federalismo unitarista) se acabó imponiendo sobre la federal. El Estandarte Federal de 1873 (del que ya hablamos en nuestro anterior libro), rescatado por Granier Barrera, no contiene ninguna bandera catalana y ni una sola palabra en catalán. Por el contrario, en el bando opuesto, en el de los carlistas, Miquel Sabater en 1871, proponía al mando militar que los pendones reales debían contener la Cruz de san Andrés por un lado, y por otro, las barras catalanas. En el último tercio del siglo XIX será cuando en la bandera catalana empezará despuntar de nuevo el uso de las cuatro barras. En un principio como hermana de la española y símbolo de la Cataluña tradicional y católica; pero, posteriormente, como seña de identidad del catalanismo.

## **105. ¿QUÉ HACEMOS CON ESTA BANDERA? LA FRUSTRACIÓN DE UNA HERMANDAD**

Insistimos en que la emergencia de la bandera catalana, como símbolo, fue lenta y extraña. Por ejemplo, en los Juegos Florales de Barcelona de 1875, la Lonja donde se celebraron fue adornada con telas de muchos colores; pero no aparecía ninguna catalana. De aquella época todavía encontramos anécdotas curiosas, como la que cuenta Pere Anguera en su *Les Quatre barres*. La Asociación Catalanista de Excursiones Científicas (un núcleo del catalanismo incipiente), celebró en Vallfogona un homenaje a la figura del famoso «Rector de Vallfogona». En el acto participaron una treintena de chicos que portaban banderas españolas. Sin embargo, este «despiste» catalanista fue rápidamente subsanado. La *Juventut Catòlica* (católicos catalanistas) empezó a contraprogramar los Juegos Florales y a ostentar banderas

catalanas. En 1882 escritores catalanes, valencianos y mallorquines se reunían en Poblet y homenajearon a la bandera que les «unía» [la catalana]. En cambio, en Igualada, con motivo de la inauguración del Ferrocarril Central de Cataluña, ondeaba en el Ateneo la bandera española. En 1881, los republicanos barceloneses, reunidos en el teatro Tívoli para conmemorar la proclamación de la II República, colocaron una bandera roja con el escudo de san Jorge en medio; ausencia total de las cuatro barras. La invasión de las Islas Carolinas por parte de Alemania provocó una manifestación en Barcelona, en la que dominaron las banderas españolas, como ya expusimos. En el Palacio de la Diputación «se colocó la bandera catalana y se dieron vivas a Cataluña, España y a la integridad nacional».

En la publicación *L'Arch de Sant Martí*, en 1886, se escribía (en catalán) una queja ante la humillación colonial, viendo que la enseña nacional [la española] en: «los colores rojos y amarillo de nuestra bandera, arrastrados por el polvo a los pies del extranjero», y el articulista exigía: «honor español... haz con nuestras cuatro barras tu asiento, sostén con nuestras cuatro barras tu dosel y tu tálamo. Con dos (barras en referencia a las rojas de la bandera española) no encontrarás firmeza para sostener ni guardar tu grandeza». En 1887, *La Veu del Camp* daba noticia de un acto de la Asociación Excursionista de Reus. Su presidente, Bernat Torroja, amigo del General Prim, recordaba que: «El pendón nacional (español) lleva los mismos colores que el glorioso pendón que con las rojas barras de Cataluña, tantas glorias logró [...] es la misma bandera que Fernando el Católico llevó cuando la unión de los dos reinos».

En 1893, aún en la octava de Corpus, la ciudad de Reus se vestía con banderas españolas; o ese mismo año, cuando en un gran acto catalanista se desplazaron los despojos de Ramon Berenguer II de Barcelona a Ripoll, la locomotora iba adornada con banderas catalanas y españolas. Todavía en 1897, en la fiesta del Corpus, la campana «Tomasa» de la Catedral de Barcelona estaba adornada con banderas españolas. O, en 1899, hoy suena sorprendente, el 12 de octubre, el Dr. Torras y Bages tomaba posesión del Obispado de Vic; las autoridades civiles le honraron con un Arco de triunfo en el que ondeaban una bandera catalana y otra española. En 1902, Josep Roca, presidente de la Unión Catalanista, con motivo de un lío en los Juegos Florales, sobre si se ponía o no la bandera española, finalmente mandó retirarla. Pero hubo de justificarse en un artículo publicado en *La Sembra*, el 11 de mayo, diciendo: «La protesta no iba contra la bandera sino contra su imposición. Al fin y al cabo la bandera española es hija de la nuestra».

En 1903, en la festividad de san Roque, en Arenys de Mar, la población apareció dividida. En una parte del pueblo todo eran banderas españolas y en otro catalanas; especialmente eran destacables las que colgaban del Círculo católico. Mientras que el día de sant Jordi de 1904, la Juventud Católica de Balsareny ostentaba una bandera



catalana, en Manresa el Ayuntamiento colgó la bandera española con motivo del 2 de mayo y la victoria sobre el francés; igualmente se volvió a colgar el 12 de junio para celebrar la batalla del Bruc. El 30 de septiembre de 1905, en el semanario *L'Apert*, próximo a la Lliga, aparecía un artículo en forma de preguntas y respuestas, a modo de catequesis. El escrito, titulado *Plat del dia*, era una invitación a por qué se debía respetar la bandera catalana de todo tipo de ofensas. Sorprende que ante una de las preguntas: «¿Por qué seguirla y defenderla [a la bandera catalana]?», el articulista responde: «Para salvar a España por la acción de Cataluña». El *catecismo* sigue: «.— ¿Qué me decís de la bandera española?» y se contesta: «.Que es hija de la nuestra, que nos complace ver su semejanza, que debemos amarla, que debemos guardarla de todo agravio e impedir todo peligro de prostitución».

Por otro lado, en 1906, varios poderes fácticos del Ejército español solicitaron al Congreso de Diputados una ley por la que la bandera catalana sólo pudiera exhibirse al lado de la española, y que debía ser más pequeña. En el debate parlamentario la intervención de Ramón Nocedal, excarlista y en ese momento integrista, fue la más apoteósica y nos ayuda a resituar el sentir tradicional. Al mismo tiempo que exigía respeto para la bandera española: «también quiero respeto para la bandera catalana, respeto para la bandera castellana, respeto para la bandera vascongada... para todas las banderas, que juntas y separadas son las banderas de mi Patria. Cuando se despliegue ante mí, que soy castellano y madrileño, la bandera catalana, la saludaré rendidamente, porque yo, castellano y madrileño, no quiero renunciar a que Cataluña siga tan española como Castilla, y su bandera tanto suya como mía».

En 1907, en Manresa, para el 28 de abril durante las fiestas del barrio de Montserrat, el lugar se pobló de banderas catalanas; en cambio, pocos días después para festejar el nacimiento del Príncipe, todos los edificios oficiales se vistieron con banderas españolas. En conclusión, durante esos años cruciales de la emergencia del catalanismo político, muchos catalanistas aún no veían incompatibilidad entre ambas banderas; otros preferían la catalana, pero no renegaban de la española; y otros se iban identificando plenamente con una bandera catalana, que desde hacía siglos, se había dejado prácticamente de utilizar.

## 106. LA MÍSTICA DE LA «SENYERA»: «PINGAJO, TRAPO SUCIO Y PABELLÓN DEL JESUITISMO», PARA LAS IZQUIERDAS

Esta hermandad entre las dos banderas, española y catalana, fue disolviéndose, a golpe de estertóreas quejas de un catalanismo que empezaba a politizarse y radicalizarse a finales del XIX. En 1899, una revista de Manlleu se quejaba de «un verdadero escarnio contra el escudo de Cataluña»; total, porque en la plaza de toros se habían colgado un par de banderas catalanas. La mística política, los exabruptos y las salidas de tono, suelen ir de la mano. En 1892, el poeta catalanista Jaume Novellas comparaba las cuatro barras con el árbol de Guernica (¿?) y anunciaba en un poema que «Juramos por nuestros abuelos / hacer la Patria Libre y Grande» (sólo le faltaba decir: y «una»). El afianzamiento de la bandera como símbolo de lucha no estaba exento de contradicciones. En 1891 algunos catalanistas ofrecieron una cena de homenaje a Ángel Guimerà. Las banderas catalanas adornaban las mesas. Lo curioso es lo que se celebraba: el triunfo de Guimerà en Madrid con su traducción castellana de *Mar i Cel* (Mar y cielo); con la que por cierto ganó mucho más dinero que con la versión catalana.

Los años avanzaban y la Iglesia en Cataluña se iba contaminando del espíritu catalanista. En 1895 la sección catequística del Ateneo de San Luis Gonzaga, en San Andrés del Palomar, celebraba sus fiestas engalanando el Ateneo con banderas catalanas. Poco a poco la emoción fue dejando lugar al delirio. Un fraile, Francí de Iluro, escribía en *Lo Somatent* (3 de octubre de 1899) un artículo titulado *Nostra bandera*, en el que entre otras burradas escribía: «¡La bandera catalana! Qué sería de la bandera Castilla si no hubiera sido defendida por la bandera catalana [...] allí donde ondeaba la bandera catalana, había el progreso, la civilización, la libertad; ante ella todos los pueblos eran libres, pues todos conservaban su autonomía»; por el contrario, en una especie de brote psicótico, seguía argumentando que bajo la bandera de Castilla sólo había habido injusticias y explotación. La Unión Catalanista, en un velado «nacional-catolicismo», en 1903, hacía entrega de una hermosa bandera catalana a la Abadía de Poblet. José María Roca proclamó un discurso, publicado en *Juventut*, el 4 de junio de 1903. Si no fuera por el contexto y porque estaba escrito en catalán, parecería un discurso falangista: «Tenemos Patria, pero Patria única, sola, indivisible, simbolizada en estos cuatro palos de sangre sobre campo de oro».

Defendemos la tesis de que la extensión del uso de la bandera catalana recorrió especialmente las corrientes clericales, acabando de identificarse totalmente con ella. No es de extrañar, por tanto, que el joven Lerroux, el comecuras y monjas, hiciera alarde de españolidad y se burlara de la bandera catalana. Con motivo de una disputa de banderas en un Aplech (encuentro) catalanista en Igualada, en 1905, Lerroux

bramó: «Hoy salen al sol las banderas catalanas, gualdas, rojas, flamígeras al ondear del viento, como llamarada de un fuego provocador, amenazador. No son injuria y lo parecen. No son una amenaza porque detrás no hay nadie, ni corazones, ni corajes, ni hombres, ni nada; y si acaso hay algo es la bandera blanca que pide clemencia, o la bandera sucia que pide intervención». Insistimos, la asociación de la bandera catalana con lo católico y lo retrógrado era más que evidente para los republicanos laicistas. Por eso, *La Tralla*, del 29 de septiembre de 1905, recoge una definición de bandera catalana, que hoy dejaría atónito a cualquier izquierdista. La denominaba: «pingajo, trapo sucio y pabellón del jesuitismo».

La «guerra de banderas» ya estaba en marcha. El conflicto se tornaba irresoluble, pues era de pasiones, y no de razones. El único que pudo, o intentó, poner un poco de sentido común fue Joan Maragall. En uno de sus artículos, *Impresiones de llegada* (26 de septiembre de 1905), publicado en 1912 por Gustavo Gili, relata su asombro: «Mi mayor aturdimiento ha sido causado por el llamado conflicto de banderas. En éste lo que más me ha admirado ha sido la ligereza con que los organismos centrales del Estado español y sus voceros saben crear conflictos de la nada en cuanto toca al catalanismo»; pero los catalanistas también reciben su reprimenda: «vamos a ver, ¿qué es, sino pueril afán, ese exhibir a cada momento la bandera catalana a la vista del agente del poder central?». Al llegar a Ripoll los restos del Obispo Morgadas, en 1909, en la hermosa torre románica ondeaba una bandera catalana a media asta. En 1922, en el homenaje a Manuel Carrasco y Formiguera «por su patriótica actuación municipal», se estrenó el que muchos catalanistas pretendían que fuera el «himno nacional de Cataluña»: *La nostra bandera*, con letra de José María de Segarra y música de Enric Morera. El Himno acababa así: «Todos a la lucha catalanes / la libertad es la Bandera». Durante el Directorio de Primo de Rivera apareció clandestinamente un *Catecisme del jove patriota* que defendía «una Pàtria i una bandera». Insistimos en la asociación originaria del catalanismo conservador con la bandera catalana, relación nada clara (salvo excepciones) en el republicanismo federal catalanista, pues las cuatro barras parecían no emocionarle mucho. Por eso, años más tarde, Rafael Tasis, en su novela *Tres* (publicada en catalán en 1962 durante el franquismo, como buena parte de su obra literaria), pone en boca de un republicano catalanista, en plena Guerra Civil, el siguiente lamento: «¡Una Cataluña casi libre y en la cual la bandera catalana no puede exhibirse sino acompañada de la roja y negra, y de la roja con la hoz y el martillo». Aún para este catalanista cristiano (algo progresista), ver la bandera catalana asociada a la comunista o a la anarquista le parecía una herejía. Sin embargo hoy las izquierdas se han «convertido» al montserratismo y a sus símbolos.

## Capítulo VII

### DE LA SUBLIMACIÓN A LA ALUCINACIÓN COLECTIVA

«Es más fácil creer que saber»

(JOSEP PLA)

¿Cómo pasar de un éxtasis espiritual colectivo, en el que Cataluña parecía renacer en su espiritualidad católica, originaria y descontaminada de «castellanismo», a una sociedad donde el odio se cebó en la religión? Las falsas espiritualidades son, en su inicio, muy difíciles de distinguir de la verdadera. Eso pasa en el origen de las herejías: lo que parecía un matiz poco importante, se acaba convirtiendo en motivo de persecuciones y genocidios. Así ocurrió con el catalanismo católico. Imperceptiblemente se fue desplazando el orden de una sana espiritualidad y un amor a lo propio. Poco a poco el amor a la Patria se exaltó tanto que sustituyó al de Dios y, así, nació una nueva religión. Las falsas religiones dejan espacio a nuevas religiones seculares y éstas a alucinaciones colectivas. Entonces los odios se desencadenan, especialmente contra los orígenes que dieron lugar a la nueva religión política; y también contra los más próximos que se acaban teniendo como peligrosos enemigos. Este fenómeno psico-social que ha ocurrido en infinidad de procesos revolucionarios se produjo ostensiblemente en Cataluña. El catolicismo catalanista derivó en *montserratismo*; éste, en nacionalismo secularizante que, a su vez, dejó paso a ideologías místicas y redentoras ateas, que luego acabaron fagocitándose a sí mismas. Esta es la historia del catalanismo, desde sus orígenes hasta la II República, en Cataluña.

#### **107. MONTSERRAT: RITO INICIÁTICO DEL CATALANISMO Y DE LA UFOLOGÍA**

No se podría entender el catalanismo sin comprender lo que es el *montserratismo*. Independientemente de lo que realmente sea un monasterio benedictino, en el imaginario catalán la montaña sagrada ocupa un lugar privilegiado. El camino del «renacimiento» literario al catalanismo político, tuvo que pasar por una

«regeneración», o «catarsis», espiritual. Esta eclosión coincidió con el resurgir de «Montserrat». Muchos catalanes creen que, milenariamente los monjes catalanes ocuparon la montaña. Sin embargo, como expondremos enseguida su vida monástica no es tal y como la imaginamos, ni siquiera su tradición milenaria.

El *montserratismo* se inició con las celebraciones del «milenario» del descubrimiento de la imagen de la Virgen de Montserrat donde las masas católicas, especialmente las catalanistas, integristas y carlistas, se volcaron en su celebración. Mientras que el carlismo y el integrismo vivieron estos hechos con un sano regionalismo y un auténtico espíritu de piedad, los sectores católico-catalanistas, sin darse siquiera cuenta, fueron deslizándose hasta la secularización de la religión que daría lugar, como explicaremos, al catalanismo político. No es de extrañar pues que Montserrat se convirtiera en el lugar «iniciático» de la nueva religión catalanista. Allí, durante el franquismo, Raimon Galí y Herrera (militante nacionalista del sector católico que había luchado a favor de la República y, tras un corto exilio, regresado a Barcelona), dirigía a unos jóvenes, entre los que se encontraba un tal Jordi Pujol, para iniciarles en la religión catalanista. De esos jóvenes saldría el primer cuadro de dirigentes del Convergencia Democrática de Cataluña; o en Montserrat se reunieron, en 1970, casi 300 personas de renombre, acogidos por los monjes, para protestar contra el proceso de Burgos en el que se encausaba a militantes de ETA. Todo ello provocó un revuelo internacional.

Montserrat era paso obligado de los miles y miles de jóvenes que militaban en el movimiento escultista afincado en centenares de parroquias catalanas. Allí aprendían a cantar canciones revolucionarias, a «odiar» a Franco y a España y soñar una Cataluña libre, mientras caía algún «porrete» por la noche y una Misa «progre» por la mañana (era la época del famoso «kumbayá», que taró al más pintado). Igualmente, y con más devoción, durante el año, subían miles de autocares con peregrinos de todas las parroquias de Cataluña. Con el tiempo, esos autocares se fueron convirtiendo en una especie de *inverso* parroquial donde predominaban las canas, pues los jóvenes *kumbayá* huían de las parroquias para pasarse a la militancia separatista, en grupos de índole marxista. Estos autocares parroquiales eran, y son aún, el «semillero» de votos de CiU. Pero un semillero que se agota, pues sus hijos se hicieron de ERC y los nietos se apuntaron al grupo más radical del mercado separatista, pues ERC era un partido demasiado burgués para ellos. Todo ello ocurría en el incomparable marco de Montserrat que atraía como con una fuerza telúrica a todo aquél que quería sentirse catalán, «de los de verdad».

Pero el proceso de secularización no pasó sólo de la religión a la política, sino que tomó derroteros más extraños. La Abadía ya había recibido en octubre de 1940 al omnipotente Heinrich Himmler, convencido de poder encontrar allí el Santo Grial. Ciertas tradiciones francas medievales lo localizaban en los Pirineos. Además,

Richard Wagner había adaptado la versión *Parzival* de Eschenbach y situó igualmente el maravilloso castillo del Grial en la cordillera pirenaica. Himmler no tardó en identificar el Montsalvat que se menciona en Parsifal con Montserrat. No hace falta decir que la búsqueda fue infructuosa. Pero lo del dirigente del Reich no fue nada en comparación con lo que todavía provoca Montserrat. Por ejemplo existe la *Asociación montserratina Can Bros*, cuyo fin social es reunirse en la montaña cada día 11 de mes para realizar avistamientos de ovnis. La montaña sagrada da para mucho, y son frecuentes las desapariciones de gente que se siente llamada por una fuerza, y sube de noche por las escarpadas laderas desapareciendo para siempre (posiblemente despeñados). De estos casos hemos conocido más de uno. Los más «alucinados» (los que más fuerte le dieron al porrete de jóvenes) afirman que en la montaña existen puertas interdimensionales que comunican Agharta (el reino subterráneo de los dioses) y Montserrat. Las leyendas cuentan (efecto de la marihuana) que cuando la Atlántida se hundió, un grupo de atlantes supervivientes creó esta «puerta». También, para los entusiastas de lo esotérico y del catarismo, muchos proponen que Montserrat en particular, y Cataluña en general, fue refugio de cátaros, tras la cruzada albigense. Por tanto, sería tierra de iniciados en los saberes ocultos. Con cierto atrevimiento e ignorancia etimológica, alguien ha propuesto que la palabra «Cataluña» proviene de «Cátar-allunyat» (Cátaro-alejado). En fin, que cuando se pierde la fe tradicional, la imaginación da para mucho; y más en Montserrat.

## **108. LA CELEBRACIÓN DE UN MILENARIO: ARRANQUE DEL CATALANISMO**

El arranque del catalanismo espiritual se hizo coincidir con el (discutido) milenario de Montserrat. Decimos discutido, pues las fechas quedan demasiado difusas como para tomar esa decisión. Según la tradición, Guifredo el Velloso arrebató la montaña a los musulmanes en el 880, y al poco apareció milagrosamente en una cueva la imagen de la Virgen. Aunque en el siglo IX sólo había unos ermitaños, sería en 1011 cuando llegara un monje desde el Monasterio de Santa María de Ripoll, enviado por el Abat Oliba para organizar un cenobio. En 1082 se constituyó una comunidad dependiente de Ripoll (con un abad regente, pues no eran monjes suficientes). A finales del siglo XII, el abad regente solicitó a Ripoll que se le permitiera ampliar la comunidad a 12

monjes, el mínimo requerido para que se considerara abadía: pero hubo de esperar. Entre los siglos XII y XIII se construyó la iglesia románica, y de esa época procede la talla de la Virgen que se venera actualmente. Los siguientes siglos fueron de lucha para conseguir su independencia del monasterio de Ripoll. Esta separación no llegó hasta el 10 de marzo de 1410 y fue concedida por el Papa Benedicto XIII.

Como ya vimos más arriba, la cosa no debió de ir muy bien con la «independencia» y llegó la relajación; y eso que llegaron unos monjes de Montecasino para poner orden. Por eso, como ya expusimos, en 1493, el rey Fernando el Católico envió al monasterio catorce monjes procedentes de Valladolid. Entonces Montserrat pasó a depender de la congregación castellana. Esta sujeción canónica duró algo más de cuatro siglos. A principios del siglo XIX toda la vida monástica en Europa fue sacudida por persecuciones y exclaustaciones forzosas. Montserrat no iba a ser menos. El monasterio fue incendiado y saqueado dos veces por las tropas napoleónicas, en 1811 y en 1812. En 1835, con la desamortización de Mendizábal, los monjes sufrieron la exclaustación. En 1844 se restableció la vida en el monasterio, pero ya habían desaparecido los monjes castellanos. Así, de facto, la nueva comunidad Montserrat se convirtió, por fin, en «independiente»; hasta que en 1862 el Papa desvinculó oficialmente Montserrat del Monasterio de san Benito de Valladolid, para pasar a depender del de Subiaco, en Italia, y hasta el momento sigue así. Aunque Montserrat es un símbolo para la «independencia» de Cataluña, en los «mil» años de historia de vida monástica casi siempre han dependido de alguien de fuera de Cataluña. Igualmente, hemos de pensar, que a pesar de que la devoción mariana a la Virgen de Montserrat estaba muy extendida, ésta no era oficialmente la Patrona del Principado de Cataluña. Sólo en 1881 Roma concedería ese privilegio.

Éste, junto a la celebración del milenario, sería el primer gran logro «no político» del catalanismo incipiente. El promotor de estos festejos sería Mn. Jaume Collell, desde *La Veu de Montserrat*. A él se unió con entusiasmo el sector integrista y carlista, que aún desconocían qué derroteros iba a tomar este catalanismo. De momento, en el catalanismo, salvo algunas diferencias políticas, veían la defensa de los mismos ideales de la fe. Sólo con el tiempo se empezaría a entender el profundo significado de ciertas declaraciones de Mosén Collell: «Quiso Dios hacer de Cataluña un gran pueblo, y púsole para eso a la sombra del manto de María. Reina hízola del Principado a su gloriosa Madre, y dióle por palacio y silla real la prodigiosa montaña de Montserrat, ya que la oscura tradición primitiva tenía como señalada con cierto misterioso y profético respeto. No tiene María trono mejor sobre la tierra». Como estas declaraciones se dirigían contra el *Diari Català* de Valentí Almirall, radical y anticlerical, al integrismo y al carlismo, la posición de este primer catalanismo les parecía compatible con sus ideales. En el mes de mayo 1880, el episcopado catalán envió una petición a Roma para obtener la coronación pontificia de la Virgen de

Montserrat. *La Veu de Montserrat* y la *Revista Popular* organizaron una campaña de apoyo. Verdaguer publicó el *Cántico al Milenario* de la invención de la Virgen de Montserrat y muchas manifestaciones colectivas de los católicos catalanes venían diariamente reflejadas en la prensa. Pese a la celebración de una romería organizada a Roma en el mes de mayo 1880 por el obispo de Barcelona, Urquinaona, no se hizo ninguna referencia oficial a la petición catalana del patrocinio, y el episcopado de Cataluña tuvo que esperar un año para que se aprobase la erección canónica del Patronazgo de la Virgen de Montserrat en el Principado. Algo no les cuadraba en Roma.

**Digresión sobre otro milenario:** Los entresijos de la celebración de la restauración del Monasterio de Ripoll nos los relata perfectamente Joan Bonet en su *L'Església catalana, de la II lustració a la Renaixença*. Roma, especialmente León XIII, no quiso que el patronazgo fuera sobre «Cataluña», pues ello podía interpretarse como un reconocimiento de una entidad política autónoma. Al final, el patronazgo fue sobre el «Principado de Cataluña», por tratarse de un título tradicional que no podía traer lugar a confusión. De hecho en las cartas sobre la restauración del Monasterio Ripoll, que surgieron de Roma con la firma del Papa, ninguna menciona siquiera a Cataluña. En una visita de clérigos catalanistas, con Mn Collell a la cabeza, con motivo de la celebración de esta restauración del monasterio milenario, en audiencia, el Papa advirtió del peligro de radicalización y politización del catalanismo. Collell insistió en que el movimiento catalanista estaba controlado y en que no saldría de los cauces católicos. La intuición de León XIII, con muchas décadas de adelanto, fue de lo más certera; y el juicio de Collell falló de la forma más estrepitosa.

## **109. UN MILENARIO UNA Y CORONACIÓN SOSPECHOSOS: RECELOS EN ROMA**

Antes de la celebración del milenario, con ocasión de un congreso sobre periodismo católico europeo celebrado en Roma, Jaume Collell presentó la revista *La Veu de Montserrat* al Papa León XIII. Durante la audiencia concedida, en febrero de 1879, el



Pontífice no dejó de manifestar cierta insistencia con respecto al carácter supuestamente político de la revista. Algo sospechaba el Papa de lo que posiblemente ni Collell era todavía consciente, esto es, que este tipo de religiosidad podía desembocar en líos políticos. Un año después, y realizada la petición del patronazgo, el obispo Urquinaona realizó su visita *ab limina* acompañado de una romería diocesana. En la audiencia, León XIII no hizo ninguna referencia al patrocinio de la Virgen. Eso sí, alabó las «celebraciones del año anterior en Aragón y Cataluña, con las grandes fiestas de la Santísima Virgen bajo la advocación de Nuestra Señora del Pilar y de Montserrat». Y, en boca del catalanista Bonet Baltà, se despidió: «con la indiscriminada rancia salutación y bendición a los queridos hijos de la España católica». En el fondo del salón de la audiencia debió de oírse el rechinar de dientes de algún que otro catalanista.

Por fin, en 1881, y con motivo de la magnífica y masiva manifestación de catolicismo en la celebración del milenario, Roma decidió otorgar el privilegio del patronazgo de la Virgen sobre el Principado de Cataluña. Era por julio de 1881. El acto de coronación, cuenta Marcel Capdeferro, se efectuó el 11 de septiembre y fue presidido por el Delegado Pontificio, que no era otro que el Cardenal Benavides, Arzobispo de Zaragoza. El sermón, paradójicamente, fue pronunciado en lengua castellana, pues el obispo Urquinaona era andaluz. Lo que no se suele decir, o más bien ocultar, es que en el escrito de León XIII al obispo Urquinaona, en el que se concedía el patronazgo, se decía: «a la constante devoción que profesan los pueblos de las provincias catalanas a la Madre de Dios». Bonet Baltà se queja de que el Papa no hiciera alusión a Cataluña, sino a las *provincias catalanas*, y sí en cambio a la Provincia eclesiástica. León XIII ya era gato viejo e intuía demasiados peligros. Con motivo de una nueva visita de Collell a Roma, en 1886, para ponerle al día de la celebración de la restauración del Monasterio de Ripoll, el canónigo de Vic reconoce esta conversación: «e interesándose (el Papa) por nuestros proyectos vinieron a hablar del regionalismo catalán, y entonces el Papa, con su finura característica, me manifestó sus temores de que nuestra generosa idea fuera desvirtuada y nuestro movimiento desviado por el *elemento radical que, tengo entendido, abunda en Cataluña*. Me sorprendieron esas palabras, y le hice notar que precisamente la restauración del monasterio d Ripoll, promovida por el Obispo de Vic, habría de señalar la orientación decididamente católica del movimiento regionalista de los catalanes». ¡Cuánta razón tenía León XIII y qué equivocado resultó Mn. Collell!

En 1880, Jaume Collell escribió numerosos artículos para vincular el catalanismo con el catolicismo y la devoción montserratina. El más famoso de estos artículos se tituló *Catalanismo. Lo que es y lo que debería ser*. Para el entusiasta propagandista, el catalanismo era el movimiento que debería permitir la restauración de una iglesia autóctona y nacional que no sería contradictoria con «la unidad potente de la Iglesia».

No se trataría de un «estado de independencia autonómica», ni de una mera «efervescencia literaria», sino que «ha de ser la protesta viva, constante y meditada del espíritu nacional contra los procedimientos sistemáticos de las ideologías unitaristas; la contraposición de la ley de la historia y del elemento tradicional a las ficciones del derecho moderno que deriva de fuentes impuras como son el racionalismo y el positivismo; en una palabra el Catalanismo sano y rectamente dirigido ha de ser un trabajo paciente [...] de reconstitución social [...] y de la peculiar fisionomía de una nacionalidad». Collell no dejará de recordar que por «nacionalidad» se entiende el idioma, la literatura, las ciencias, el arte, la industria y el comercio y, ante todo, «los inmutables dictados de las creencias salvadoras de la humanidad». Por ello, el «verdadero catalanismo» sólo podía inspirarse en el principio católico, única garantía, por otra parte, del principio de unidad de los pueblos de España. Por eso afirma que: «aquel catalanismo si puede suscitar la ira de cierta gente extraviada, no despertará recelos ni desconfianzas del poder central». Los equilibrios de Collell, para no enfadar a los católicos españoles y a los catalanistas, no impidieron que se fuese decantando cada vez más por un discurso más radical.

## **110. EL NACIONALISMO COMO SECULARIZACIÓN DEL CATALANISMO CRISTIANO**

Joan Bonet y Baltá, sacerdote y gran conocedor de la Historia de la Iglesia en Cataluña, al que ya hemos hecho referencia, sintetiza muy bien la cuestión eclesiástica en nuestra tierra, en las dos últimas décadas del siglo XIX y cuestión que iba a marcar el camino del catalanismo con el cambio de siglo. En ese momento el mundo católico estaba dividido en tres claras facciones. En primer lugar, la integrista y carlista (no hagamos distinciones ahora), liderada por Sardá y Salvany y que contaban con la extendidísima *Revista Popular* y el periódico carlista *El Correo Catalán*. En 1888 el obispo Català, de Barcelona, escribe una carta al nuncio diciéndole que el noventa por ciento de su clero es integrista o carlista (posiblemente exageraría). La oposición a la dinastía reinante, aunque no era explícita en la *Revista Popular*, sí que estaba implícita en este amplio grupo. Por otro lado, menos numeroso y más elitista, estaba un grupo de «católicos liberales» o «moderados» cuyos portavoces eran *El Criterio católico* y, sobre todo, el *Diario de Barcelona*. Aceptaban la restauración monárquico-liberal y se podrían definir entre regionalistas o

moderadamente catalanistas. Por último, un grupo minoritario, pero que fue tomando cada vez más fuerza, era el de los catalanistas representados por *La Veu de Montserrat*. Era el grupo de los «vigatanos» (vicenses), del que saldrían los primeros grandes hombres de la *Renaixença*; pero ese movimiento literario, cultural incluso espiritual en principio nadie tenía motivaciones políticas. El liderazgo de esta tendencia residía en Torras y Bages (insistimos que la palabra «catalanista» aún no tenía las connotaciones que tuvo más tarde). Este grupo hizo abstracción de los problemas políticos y fueron promocionados eclesiásticamente hablando, para que los altos cargos eclesiales no fueran ocupados por carlistas e integristas. En cierta medida, querían posicionarse en el punto medio: en cuestiones religiosas muchas veces coincidían con los integristas; y, en cuestiones políticas, aceptaban las directrices de *El Diario de Barcelona*. Esta mezcla de posiciones integristas en lo religioso y liberales en lo político tendría consecuencias explosivas.

Las relaciones entre estos grupos eran, como mínimo, extrañas, a veces coincidían frente los ataques anticlericales, y a veces entre ellos se enzarzaban en polémicas interminables y agresivas. El Papa León XIII hubo de escribir en 1882 la encíclica *Cum Multa* para apaciguar los ánimos de los católicos enfrentados entre sí. La famosa obra de *El liberalismo es pecado*, de Sardá y Salvany, desató una terrible diatriba eclesial, en la que todos los bandos pretendían tener razón. En la medida en que iba finalizando el siglo, el sector integrista fue decayendo y el catalanista ocupando su «espacio», para iniciar este último el siglo XX con grandes triunfos políticos. Entonces la religión empezaría a pasar a segundo plano. Gracias al Gobierno de concentración del General Polavieja en 1899, durante unos meses fue ministro el jurista catalán Durán y Bas. Ese tiempo fue suficiente para que promocionara al Obispo Morgades a Barcelona y para que su sede en Vic fuera ocupada por Torras y Bages. Éste último fundó y promovió la *Lliga espiritual de la Mare de Déu de Montserrat* (1899) y *La Veu de Montserrat* (en *La Veu* empezó a colaborar a partir de 1880, coincidiendo con la celebración del «milenario» de Montserrat), que revitalizarán la espiritualidad cristiana; pero que también prepararán la base de una militancia catalanista política (lo cual, claramente no era intención del Obispo de Vic).

Por unas cuestiones que no vienen ahora al caso, el fundador de *La Veu de Montserrat*, Mn. Jaume Collell, dimitió, y al poco el periódico cambió de nombre y se tituló *La Veu de Catalunya*. El nuevo semanario, en principio se declaraba «no político» pero en 1898 pasó a diario, dirigido por Prat de la Riba y contando con las plumas de los que a la postre serían los prohombres de la Lliga: Francesc Cambó, Lluís Duran i Ventosa, Josep Puig i Cadafalch, Joaquim Rubió i Ors o Joan Sardà. En ese momento el semanario se convertiría en el promotor de la Lliga Regionalista. Cuando, en 1905, la redacción de *La Veu de Catalunya* fue asaltada por unos militares,

se desencadenó la primera gran victoria catalanista: la *Solidaritat catalana*. Era una coalición formada por grupos de diferentes procedencias ideológicas: la Lliga Regionalista, carlistas y republicanos federales. En las elecciones de 1907 obtuvo 41 de los 44 escaños que se elegían en Cataluña.

¿Cuál fue la posición de los clérigos catalanistas ante la *Solidaritat catalana*? Esencialmente dos posiciones. Algunos como Mosén Alcover (que después abandonaría el catalanismo) proponían que los católicos debían entrar en el catalanismo «tal y como se presentaba» (daba igual si venía acompañado de anticlericales). Otros, como el sacerdote integrista Cayetano Soler (discípulo de Sardá y Salvany) abogaban por un catalanismo meramente católico. Afirmaba: «Constituyamos no la derecha de un partido indiferentista en religión, sino el partido o agrupación catalanista-católico». Con los años, maestro (Sardá y Salvany) y discípulo (Cayetano Soler) se intercambiaron una correspondencia (inédita aún) sobre 30 años de luchas religiosopolíticas. Sardá y Salvany emitía su juicio sobre el primer gran proyecto catalanista, la *Solidaritat catalana*: «inmoral, impía y revolucionaria [...] siempre he creído que el encasillamiento catalanista traería disgustos».

Bonet i Baltà y Casimir Martí, en su obra *L'Església catalana, de la II Il·lustració a la Renaixença*, señalan el papel especial que asignaba Collell a su revista dentro del catalanismo finisecular: «En una palabra, Collell, con *La Veu de Montserrat*, se encontraba al servicio de un público católico y catalanista, al cual el mensaje de la fe cristiana no había podido llegar canalizado a través del grupo político carlista». O, con otras palabras, intentaba arrebatar de las masas carlistas a aquellos más descontentos y cansados de tantos fracasos bélicos y políticos. El carlismo, al igual que el integrismo, por coherencia de principios, se había mantenido fuera del juego electoral. La constitución de la *Unión Católica* por el católico moderado Alejandro Pidal y Mon, que se oponía a la postura abstencionista de carlistas e integristas, sólo tuvo acogimiento en Cataluña entre los lectores de *La Veu de Montserrat*, pero no entre los de la *Revista Popular* o *El Correo catalán*. A pesar de las continuas declaraciones de apoliticismo por parte de Collell, el catalanismo católico fue la vía para debilitar el carlismo y el integrismo y arrastrar a las masas católicas a la participación política. Collell era incapaz de ver que de por sí, la propuesta del catalanismo ya era política. Baste leer el artículo que escribió en el primer ejemplar de *La Veu de Montserrat*, titulado *La nostra idea*: «Venimos a fundar un periódico que será catalán por los cuatro costados, catalán en el espíritu y catalán en la forma, representante en una palabra de los verdaderos intereses y genuina expresión del ver y natural modo de ser de Cataluña». La historia es tremendamente paradójica y este movimiento que en casi nada se distinguía del integrismo y el carlismo, acabó siendo el agente más potente de secularización religiosa en Cataluña.

**Profundizando:** Un libro imprescindible para entender la complejidad del mundo católico catalanista, integrista y carlista, que daría lugar finalmente al catalanismo actual, es *L'integrisme a Catalunya* de Joan Bonet y Casimir Martí. Resumimos la tesis: el catolicismo catalán se dividió por un lado entre integristas y carlistas, cuyas diferencias eran especialmente de estrategia siendo el carlismo más adaptativo a las circunstancias y evitando en lo posible choques de trenes con la jerarquía, como hacía el integrismo. Sin embargo, ambos sectores estaban de acuerdo en las maldades del sistema liberal y debían mantenerse al margen. En el sector moderado liberal, profundamente anticarlista, veían el régimen liberal como aceptable y por tanto podían participar políticamente dentro de él. El sector catalanista, por el contrario, renegaba externamente del liberalismo, aunque aceptaba la estrategia del liberalismo conservador. Por eso quería presentarse en el punto medio (en la virtud, diría Aristóteles) entre el liberalismo y la intransigencia. Pero ello no les libraría de acabar siendo títeres en manos de los futuros políticos catalanistas. La evolución del carlismo al catalanismo, a través del integrismo, la describe muy bien en persona el famoso lexicólogo Mn. Antoni María Alcover. En una carta a Prat de la Riba, con fecha 8 de junio de 1904, escribe: Mi familia de siempre era carlista, como carlista comencé. En la división entre «leales» (partidarios de Don Carlos) y siglofuturistas [en referencia a la escisión de *El Siglo Futuro* que se posicionó con Necedal en la escisión integrista], me quedé con éstos dirigiendo algunos periódicos de esta tendencia aquí en Mallorca, y combatiendo todo tipo de liberalismo... las contradicciones y conflictos que eso me produjo... me hicieron ver la realidad de las cosas, lo infructuoso de la lucha y me retiré. Procurando aprovechar las lecciones de la historia e inspirarme en la realidad actual, he visto en la causa regionalista un punto fuerte y de salvación, y por eso me he afiliado a tal causa». Más claro, agua. Luego de esta decisión, fundada en la nueva «realidad», Alcover sería traicionado por Prat de la Riba sustituyéndolo por el masón Pompeyo Fabra; y acabaría renegando del catalanismo. C'est la vie.

## **111. BARCELONA: CAPITAL MUNDIAL DEL ESPIRITISMO...**

Cuando una religión se debilita o desaparece, su espacio es ocupado por otras

espiritistas y cultos o por realidades materiales sacralizadas. Si san Ignacio de Loyola subió al Monasterio de Montserrat a realizar una confesión general que duró varios días y a entregar su espada, ahora suben personajes alucinados a visionar ovnis. Por eso no es de extrañar que aquella Cataluña del «paso de los santos» que describíamos, a pesar de la eclosión espiritual del primer catalanismo, también se fuese convirtiendo en el centro mundial del espiritismo, lo cual, además, no era incompatible con el ateísmo o la militancia masónica. Curiosamente el último auto sacramental que se celebró en España, en 1861, fue en Barcelona, en el patio del baluarte de la Ciudadela donde se quemaron públicamente centenares de publicaciones espiritistas. El «nortismo» wagneriano, también había traído a Barcelona la primera logia masónica de España (el Gran Oriente Español se fundaba en 1889), el mesmerismo, el espiritismo y todas las extravagancias que pudieran sustituir al cristianismo. Coincidiendo en el tiempo con los inicios de la restauración del Monasterio de Ripoll, se celebraba en Barcelona el I Congreso Espiritista Internacional, corriendo el año 1888 (haciéndolo coincidir con la Exposición Internacional de Barcelona). Esto fue posible por la proliferación en 1870 de multitud de centros espiritistas en España, coincidiendo con Amadeo de Saboya (monarca anticatólico) o con la fundación del Partido Socialista Obrero Español. El espiritismo arraigó con fuerza en Cataluña. En 1882, se funda la Federación Espiritista del Vallés (Cataluña) convirtiéndose más tarde, en la Federación Espiritista Catalana. Luego llegará el I Congreso Internacional espiritista de Barcelona. En 1901 se celebrarán los Juegos Florales Espiritistas en Sabadell y Barcelona. Nuevamente Barcelona acogerá el V Congreso Espiritista Internacional, en 1934, en plena república laica, y con la participación de más de 120 asociaciones espiritistas. Los asistentes fueron recibidos por el alcalde, Don Carlos Pi y Sunyer, y el Presidente de la Generalitat, Lluís Companys, cedió para el Congreso el Palacio de Proyecciones.

Son muchos los personajes que aparecieron en Cataluña como promotores de este submundo espiritual. Pongamos algunos ejemplos: José M<sup>a</sup> Fernández Colavida, que fue traductor de las obras de la *Codificación Espiritista*, magnetizador y psicólogo; conocido por sus trabajos de regresión de la memoria y por sus experiencias en telegrafía psíquica. Fundó en 1869 la *Revista de Estudios Psíquicos* y el *Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos*. Presidió el I Congreso Internacional de Espiritismo. Miguel Vives y Vives fundó en Tarrasa, en 1872, el Centro Espiritista *Fraternidad Humana*. Fue también presidente del Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos. El vizconde Torres-Solanotla, cuyo padre fuera ministro del masón Espartero, fundó Fabian Palasí Martín las primeras escuelas Laicas en 1885. Éste último dirigió en 1887 la primera escuela laica graduada en Sabadell. En Lérida, en 1873, D. José Amigó Pellicer fundó el Centro Espiritista llamado El Círculo Cristiano-Espiritista. Preocupado, en 1875, el sacerdote Niceto Alonso Perujo fundó

la revista *El Sentido Común*, con el significativo subtítulo de: *Revista mensual dedicada a combatir el espiritismo*.

En Barcelona van floreciendo centros y publicaciones como el Centro Espiritista barcelonés *La Buena Nueva*, siendo su presidente Don Luis Llach (no el famoso cantautor, que también acabará saliendo en este libro) quien mantenía contacto permanente con la célebre médium Amalia Domingo Soler (de la que luego hablaremos). Incluso, en las Cortes republicanas, en 1874, un grupo de diputados espiritistas (y posiblemente masones, pues no era extraño encontrar masones espiritistas y viceversa) propuso en la Cámara que la *Doctrina Espiritista* fuese incluida en el sistema educativo. El Golpe de Estado del General Pavía no permitió que el proyecto se discutiese. Esta sorprendente —aunque desconocida— extensión del espiritismo, que tenía su centro más singular en Barcelona, no tendría más importancia, si no fuera por las relaciones que se establecieron con el anarquismo revolucionario.

## 112. ...Y DEL ANARQUISMO ESPIRITISTA

El espiritismo fue un fenómeno particular, porque aunó, por un lado, a gentes pertenecientes a altas clases sociales y, por otro, a gentes de extracción social baja, predominantemente de proletarios, comerciantes y artesanos. Poco a poco, imperceptiblemente, se irán creando relaciones entre masones (de clase alta), médiums (que podían porvenir de clases bajas), anarquistas ateos (que se emocionaban con la hipnosis) y humanistas filántropos que picoteaban de todo un poco. Los estudios más completos al respecto, actualmente, son los de Gerard Horta (consúltese, para ello, su obra *De la mística a les barricades. Introducció a l'espiritisme català del XIX dins el context ocultista europeu*). Ya los carbonarios (una especie de masonería) se acabaron integrando en la Internacional anarquista bakuniana. Frente al culto católico, muchos anarquistas no se quedaron aparcados en el ateísmo sino que se volcaron en el espiritismo. Una de las primeras y más famosas anarquistas, feminista y espiritista fue la catalana Teresa Claramunt. Nacida en 1862 en Sabadell, impulsó en 1892 la primera sociedad feminista española: la *Sociedad Autónoma de Mujeres de Barcelona*. Fue una revolucionaria nata, participando en la Semana Trágica. Exiliada en Zaragoza, promovió la sindicación en la CNT. Su biografía suele ocultar su pasión por el ocultismo y el espiritismo. En la penosa

película española *Libertarias* se la define como «Anarquista, espiritista y coja». Será una de las colaboradoras de la más famosa de las espiritistas, Amalia Domingo, en el Círculo espiritista *La buena vida*, del barrio de Gracia de Barcelona. Aparte de su devoción espiritista fue activa colaboradora en numerosas publicaciones anarquistas y obreristas (escribió para numerosas revistas y periódicos anarquistas de la época: *La Alarma*, *Buena Semilla*, *El Combate*, *Cultura Libertaria*, *Fraternidad*, *Generación Consciente*, *El Porvenir del Obrero*, *El Productor*, *El Productor Literario*, *El Proletario*, *El Rebelde*, *La Tramontana*, *Tribuna Libre*, etc.).

En estos ámbitos coinciden decenas de movimientos y novedades que convierten el ambiente barcelonés en un polvorín místico-revolucionario: anarquismo, librepensamiento, higienismo, inmanentismo, krausismo, masonería, feminismo, naturismo, vegetarianismo, esperantismo, antimilitarismo, teosofía, anticlericalismo, espiritismo... La influencia francesa es notable ya que ahí también florecen los centros obreros espiritistas y se publican obras como la de Bouvery, titulada *La anarquía y el espiritismo entorno a la ciencia y la filosofía* (1896). En la Occitania se fundan semanarios como *El Cristo anarquista*, en el que se hacen confluír mística y revolución. En Cataluña le siguen *El criterio espiritista*, *Luz y unión* o *Luz del porvenir*. En Lérida el espiritismo queda asociado a la democracia, con la revista *El Buen Sentido*, subtitulada *Revista de Ciencias, Cristianismo, Democracia. Órgano del Libre-pensamiento cristiano*. Como decíamos más arriba, hay que centrarse en la figura de Amalia Domingo, pues en ella se ve claramente cómo confluyen espiritismo y anarquismo. Nacida en Sevilla, practicó el espiritismo en Madrid, pero ahí no se ganaba demasiado bien la vida y aceptó una invitación de una familia del barrio de Gracia de Barcelona. Se traslada a Barcelona y participa en las reuniones del grupo *La Buena Nueva*. En Gracia comenzó a transcribir «los relatos de los espíritus» que allí se comunicaban. Su fama fue tal que incluso mantuvo un combate dialéctico con uno de los mejores teólogos de la diócesis de Barcelona, el canónigo don Vicente Manterola. También se hizo famosa por el periódico *La Luz del porvenir*, que tuvo una notabilísima importancia en la difusión del espiritismo entre la clase obrera. Hoy, en cualquier historia sobre el anarquismo y el feminismo español, siempre aparece esta espiritista como una abanderada de la Modernidad. Según Gerard Horta: «La participación de las espiritistas catalanas en el desarrollo del feminismo es central, a pesar de la profunda invisibilización de que ha sido objeto».

Entre los anarquistas idealistas, y también espiritistas, tenemos a Miguel Vives y Vives, barcelonés residente en el Sabadell decimonónico. Ante la muerte de su esposa, su hermano, para animarlo (menuda idea) le regaló *El libro de los espíritus*, de Allan Kardec (uno de los que más habían quemado en el auto de fe de 1861) y, así, se convirtió en un famoso espiritista. Inauguró el centro *Fraternidad Humana*. Fue el portavoz del congreso republicano que pretendía introducir la asignatura de doctrina



espiritista en las escuelas. Su predicamento entre los obreros era tal que, a su muerte en 1906, hubieron de cerrarse fábricas para que acudieran los trabajadores. Un último caso, de los cientos que podríamos aportar, es el de Manuel Sanz Benito; aunque madrileño, tuvo sus experiencias espiritistas principalmente en Barcelona. Además como muchos otros espiritistas era krausitas (defensores de la libertad de cátedra). Entre 1877 y 1889 mantuvo su labor de divulgación en la revista *El Criterio Espiritista*, de la Sociedad Espiritista Española. En 1893 ganó la Cátedra de Metafísica de la Universidad literaria de Barcelona. El primer día de clase se congregaron un grupo de estudiantes «retrógrados» (léase carlistas) a boicotear su primera conferencia. Ello provocó un revuelo que duró varias semanas. Los estudiantes liberales se concentraban a las puertas del claustro, gritando «¡Viva la libertad de cátedra!», «¡Viva la libertad de pensamiento!», «¡Viva el catedrático Sanz Benito!» y «¡Abajo el oscurantismo!». Enfrente, según relata la prensa de la época: «unos valientes con boina y garrotes, que apoyaban a los carlistas y daban vivas a Carlos VII, a la religión y al Papa». Ante la imposibilidad de dar clases en Barcelona, permutó su cátedra por otra en Valladolid, y su puesto fue ocupado por el neoescolástico José Daurella Rull.

### **113. PEY-ORDEIX: UNA ANALOGÍA DEL DESTINO DEL CATALANISMO CRISTIANO**

El Doctor Francisco Canals insistía en que, para conocer bien el catalanismo, había que comprender el Romanticismo en todos sus sentidos. En el sentido filosófico y teológico el Romanticismo engendró a un personaje como Felicité de Lammenais, que había pasado de ser uno de los sacerdotes más ultramontanos de la Francia postrevolucionaria, a —poco a poco— renegar del Papado; luego de la Iglesia; para, por fin, convertirse en un devoto propagador de la democracia; luego del socialismo y finalmente de la revolución. De sacerdote intransigente a socialista ateo es una evolución lo suficientemente significativa como para ser ignorada. En cierta medida, esta evolución personal, correspondió posteriormente a la evolución de muchos cristianos, incluyendo sacerdotes. En Cataluña hubo un caso semejante que nos puede servir de analogía para explicar la evolución del catalanismo. Aunque no es muy conocido actualmente, en su época dio mucho que hablar. Se trata del eclesiástico catalán Segismundo Pey-Ordeix. Fue un sacerdote que, al igual que Sardá y Salvany,

recogió el liderazgo del integrismo catalán. Se convirtió en el azote del obispo Morgades, por considerarlo demasiado liberal y «separatista». Pey-Ordeix, marchando de Vic, su tierra natal, se había vinculado a la revista integrista *El Urbión* en Soria. Regresó a Barcelona donde se radicalizó aún más, atacando a los obispos y sus normas sobre todo en lo concerniente a la predicación en catalán. Los obispos catalanes pidieron a Roma un correctivo que finalmente llegó en forma de condena. Todavía siendo eclesiástico usó de escritos panfletarios para no dejar títtere con cabeza.

La confrontación con la jerarquía fue tal que acabó secularizándose. Ello no impidió que iniciara contactos con los «modernistas» que tan duramente había criticado cuanto había sido sacerdote «integrista». A partir de entonces empezó a escribir dramas anticlericales de cierto éxito y acabó colaborando periódicamente con *El Diluvio*, uno de los periódicos más laicistas de Cataluña. Éste no fue el único caso, pues hubo un fenómeno que se denominó el «peysme» llamado así por los numerosos seguidores que tuvo este personaje. Incluso se ha estudiado como fenómeno psico-social el caso de varios exsacerdotes que acabaron escribiendo en *El Diluvio*. Y es que, como casi siempre, los peores enemigos de la Iglesia venían desde dentro. Hemos contado esta historia porque, en el fondo, corresponde no sólo a un proceso personal, sino que coincide con la evolución del catalanismo y la actitud de varias generaciones de clásicas familias católicas catalanas, que siguieron esas mismas fases hasta legar, en nuestros días, una generación de agnósticos.

## **114. EL EVOLUCIONISMO EXISTE: EL CATALANISMO ES LA PRUEBA**

De modo intuitivo vamos a explicar la evolución «natural» del catalanismo. El primer movimiento «catalanista» era un movimiento apolítico, que pretendía la recuperación folclórica catalana, la profundización en el conocimiento de los orígenes de la lengua catalana, el excursionismo y el reencuentro con viejas tradiciones que podían perderse. Todo este movimiento estuvo sostenido por católicos conservadores, muchos de ellos clérigos. El segundo movimiento catalanista, iniciado por Prat de la Riba, y que teorizó sobre el nacionalismo, ya estaba contaminado por la historiografía romántica. Este catalanismo consiguió arrastrar al campo de la política a muchos buenos catalanes, que se habían entusiasmado con la revitalización de la fe

«montserratina» encabezada por los sucesivos obispos de Vic. Las frustraciones ante tantas derrotas, en el campo carlista, hicieron que muchos católicos tradicionales vieran en el catalanismo la forma «moderna» y «eficiente» de actuar en política pero defendiendo los mismos principios de catolicidad y regionalismo que el Carlismo había defendido siempre. La única diferencia es que había que sacrificar la devoción de la dinastía legítima por la «liberal».

La burguesía catalanista, tras el colapso del bipartidismo español, tras la pérdida de Cuba y Filipinas, necesitó de un instrumento político y aprovechó la «nueva» ideología de Prat de la Riba para fundar la Lliga Regionalista. El catalanismo político, dirigido por la Lliga consiguió buenos triunfos electorales y posicionarse como una fuerza política estratégica gracias al apoyo de los monárquicos conservadores, que le fueron dando cargos y espacios de poder político. Además, el «españolismo» exacerbado del lerrouxismo anticlerical consiguió que hasta los carlistas se unieran a la Lliga en el combate electoral. Así, la Lliga consiguió su preeminencia, aunque acabaría siendo víctima de sus contradicciones. Llegó el golpe de Primo de Rivera: los catalanistas de la Lliga aplaudieron la medida, aunque luego les costó su propia desmovilización. Preferían orden sin democracia ni catalanismo (pues así salvaban las fábricas).

Las juventudes de la Lliga, decepcionados por el conformismo de sus dirigentes, formaron la *Acció Catalana* (llamado la «*Lliqueta*»; diminutivo de Lliga). Se presentaron como un partido progresista y catalanista, aunque eran los hijos de la burguesía catalana que disfrutaba de la «pax primoriverista». Tras la caída del Directorio, y al llegar las elecciones, la Lliga quiso parecer más catalanista que antes y pasó a denominarse la *Lliga catalana*; la *Acció Catalana* pensaba en un gran éxito electoral y preparó una campaña municipalista «sensata, técnica y moderada», pero fracasó. No supieron leer los tiempos, y los discursos radicales e incendiarios de la recién creada ERC arrasaron sobre el catalanismo moderado. Su discurso supo combinar el obrerismo, el catalanismo y el republicanismo. Para ellos las elecciones no eran meramente municipales sino plebiscitarias. ERC que fue votada mayoritariamente por inmigrantes anarquistas, se encontró con todo el poder sin quererlo. Por eso, hombres como Companys, que nunca habían sido catalanistas convencidos, tuvieron que aprender a hacer discursos catalanistas y cada vez más radicales. Uno de los grupos integrantes de ERC, el *Estat Català*, verdaderamente el único separatista, fue tomando como modelo el partido fascista de Mussolini.

En posteriores elecciones, *Acció catalana* (los hijos de la burguesía catalan) a se juntó con un partido más de izquierdas aún, *Acció Republicana de Catalunya*, formando la *Acció Catalana Republicana*, que llegó a participar en gobiernos de ERC. Ello les obligaba también a radicalizar su discurso. Otros desengaños de la Lliga, unos social-cristianos, formaron un partido que entonaba más con el centro-

izquierda que con el centro-derecha: era la Unió Democràtica de Catalunya (UDC). En ella recalaban viejos militantes de la Lliga. Siendo cristianos, pero no confesionales, acabaron apoyando la República —incluso durante la Guerra— cuando asesinaba sacerdotes y quemaba iglesias. En esta evolución colectiva hacia el radicalismo, en 1935, el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), resultado de la unificación de la Izquierda Comunista de España (ICE) con el Bloque Obrero y Campesino (BOC), se embebió de un discurso nacionalista (y eso que para él el nacionalismo era una ideología burguesa); igualmente le pasó al Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), que siendo estalinista y antiburgués, acabó disimulando y realizando discursos catalanistas que podían competir con cualquiera de los de ERC. En pocas líneas hemos descrito cómo una ideología de derechas evolucionó hacia la izquierda más radical y revolucionaria.

**Digresión:** Este paralelismo se puede aplicar a la Transición española. Durante el franquismo fueron sectores eclesiales los que salvaron al catalanismo de su extinción definitiva. Al llegar las elecciones, Convergència y Unió consiguió monopolizar el voto conservador de Catalunya, especialmente al quedar disuelta la Unió de Centres Democràtics (UCD). ¡Cuántos alcaldes convergentes de primera hornada no habían sido alcaldes franquistas, o parientes de ellos! Con el tiempo, CiU, para «liderar» el catalanismo, sostuvo, mantuvo, y financió una escuálida ERC, siempre a punto de desaparecer electoralmente. Con el tiempo la política de subvenciones y apoyo de CiU permitió la reaparición y el fortalecimiento de ERC (en la que entró de golpe el nacionalismo radical proveniente de los movimientos terroristas). Y cuando ERC creía que podía monopolizar el separatismo, le fueron surgiendo partidos cada vez más radicales a su izquierda. En fin, que el río nacionalista siempre ha tenido una dirección y evolución: del conservadurismo a la izquierda extrema, curiosamente, nunca ha evolucionado al revés.

## **115. EL «EJÉRCITO» CATALANISTA DE MACIÀ: NO HABÍA MEDALLAS, PERO SÍ PASTELITOS**

Francesc Macià llegó a ser el primer Presidente de la Generalitat republicana gracias a su inmensa popularidad. Su notoriedad se fraguó tras la campaña mediática, orquestada por la masonería francesa durante el juicio al que se le sometió por intentar invadir España (desde Prats de Molló) y «liberar» Cataluña (durante el Directorio de Primo de Rivera). Este intento de invasión fue considerado factible porque se suponía que Macià tenía en Francia un ejército «secreto» a su disposición. Pocas veces ha salido a la luz en qué consistió exactamente este ejército ya que el mutismo durante la II República, respecto a este asunto, fue general. Sólo uno de los protagonistas, Xavier Sanahuja, uno de esos soldados catalanes del «ejército» de Macià, se atrevió a escribir un libro contando la verdad de los acontecimientos que se tituló *De Prats de Motlló a la Generalitat*. El libro fue editado en 1932 y la Generalitat hizo lo posible e imposible para que desapareciera, ya que la figura de Macià no salía muy bien parada. De hecho hoy es una obra muy difícil de encontrar.

Resumamos lo más significativo. En primer lugar Macià vivía en París, en una residencia de lujo, mientras que los supuestos soldados tenían que malvivir con trabajos eventuales. Macià había conseguido muy buenos dineros gracias a unos empréstitos que se había sacado de la manga que para colmo llamó *Empréstitos Pau Claris*. Los nacionalistas, sobre todo de América, compraron entusiasmados bonos a 500 y 1000 pesetas de la época. Este dinero, teóricamente, debía dedicarse a comprar armamento y municiones, y a preparar el ejército libertador. Macià tardó unos dos años en preparar el «asunto», mientras vivía en su palacete que había bautizado como su «Estado Mayor». El protagonista en primera persona de estos hechos, se asombraba al comprobar que el «ejército» esencialmente lo componían 50 hombres (entre los que estaba él) que formarían la «oficialidad» de los que vendrían después. Durante los primeros meses la formación consistía en alguna salida al monte y, de vez en cuando, el cavar alguna trinchera (¿?). Otras veces recibían visita de algún revolucionario o algún anarquista, pero siempre eran «castellanos». Y les pasaban «revista», para gran humillación de los soldados catalanistas.

Macià, en estas «revistas», les animaba con discursos del estilo: «Vosotros sois los soldados del primer ejército catalán que declarará la guerra a España... al primer soldado que caiga muerto por Cataluña se le harán los honores de ser enterrado bajo el Arco de Triunfo de Barcelona». Ante este tipo de declaraciones, los acompañantes de Macià le miraban como quien ve a un loco. El bravo ejército también hacía de vez en cuando alguna marcha. Sanahuja cuenta una en la que salieron 30 «soldados» de París, de los cuales una docena no llegaron a meta, o bien porque se destrozaron los pies, o bien porque recordaron que tenían algún asunto urgente que resolver en la capital. En el punto de llegada les esperaba el «General en Jefe», con unos pastelitos de regalo. Como un tercio se había perdido por el camino, les tocaron más pastelitos por cabeza y todos contentos. Por cierto, Sanahuja se preguntaba constantemente

quién, o qué autoridad, había nombrado General a Macià, a no ser que hubiera sido él mismo, claro.

El lugar de encuentro de los soldados en París era un local, *La Rotonde*, conocida porque en su sótano se situaba la logia francmasónica del barrio. Por ahí, nuestro soldado, vio desfilar a Unamuno, Ortega y Gasset y Macià entre otros. Sanhuja, un verdadero separatista, no entendía como Macià se podía entrevistar con Unamuno, viendo así juntos al «más grande separatista de España con el más grande centralista del mundo». Pero esta no era la única incógnita a resolver. El empréstito había aportado 8.750.000 pesetas de la época. Sanahuja nunca había visto más de 50 soldados catalanes juntos, y salvo una pala para hacer trincheras, y los pastelitos, no habían visto todavía una sola arma. ¿Dónde había ido a parar semejante fortuna? No debió de ser el único en sospechar y pronto fueron abandonando muchos de los involucrados en la conspiración. Cuando la huida iba a ser general, de repente, llegó el aviso del «General en Jefe» de que la invasión iba a iniciarse inmediatamente. Este comunicado consiguió levantar los ánimos y se iniciaron por fin los preparativos de la «gran gesta» que a la larga, indirectamente, llevaría a Macià a la presidencia de la Generalitat.

## **116. LA CHIRIGOTA DE PRATS DE MOTLLÓ**

En *La Rotonde* fueron convocados los «heroicos soldados» y la emoción se respiraba en el ambiente. Algunos hablaban de tomar Figueras y de presentarse victoriosos al día siguiente en Barcelona. Otros, rozando la subnormalidad, redactaron un reglamento para el «General en Jefe» exigiendo que: «en caso de que la guerra se prolongara mucho, se proponía que los combates tuvieron únicamente lugar por las tardes, y se respetara la semana inglesa (esto es, el fin de semana de descanso)». Pero las órdenes serían otras: debían desplazarse en grupos pequeños a Prats de Motlló, una de las entradas pirenaicas a España. Antes, sin embargo, se les pasó una dirección para que fueran a recoger la munición que deberían usar, pero no las armas que se les repartirían en el punto de encuentro de la invasión. La gran sorpresa es que al llegar a la casa donde se encontraba la munición se descubrieron un montón de restos de munición que debía haber salido de la I Guerra mundial. Los calibres eran diferentes, muchas de las balas estaban oxidadas y debían ser limpiadas. Cada uno debía coger balas de distintos calibres sin tener ni idea de qué armamento recibiría. Finalmente

cada uno se llevó un saco con unas doscientas balas casi todas diferentes (una gran cantidad de munición para invadir España).

Sanahuja, con unos pocos compañeros, cogió el tren para la frontera, extrañados de ser tan pocos. Allí se enteraron que se contaría con unos voluntarios italianos (los famosos italianos del falso pariente de Garibaldi, que a la postre resultaría ser un espía de Mussolini). Entre los conspiradores que iban en el tren, pronto empezaron a atar cabos y a darse cuenta que todo esto era una chirigota. Uno de ellos dijo «Hem estat venuts» (Hemos sido vendidos). Respecto a los italianos se planteó la duda: «O son revolucionarios de opereta o confidentes de la policía». Otros de los «soldados» ya reconocieron saber que en cuanto llegaran a Perpiñán serían detenidos por gendarmes e iban sin la más mínima preocupación, como si ya estuviese todo pactado. Nuestro protagonista y confidente de estos hechos, decidió lanzar por la ventana el saco de la inútil munición, se bajó en una estación y cogió otro tren de vuelta a París. El mismo Sanahuja se preguntaba atormentado en su libro: «No llegaba a entender aquella tenacidad (de Macià) por un sacrificio tan ridículo como estéril, si realmente habían existido serias intenciones de pasar la frontera».

La conclusión la sacaba el propio protagonista: Macià había engañado a todo el mundo, nunca había tenido la intención de entrar en España. Los casi trescientos que se reunieron en la frontera (incluyendo los italianos) fueron finamente detenidos por la Gendarmería. El juicio en París a Macià le sirvió de trampolín a la fama, y sólo tuvo que esperar la caída de Primo de Rivera para cosechar el éxito de su «timo». Durante el juicio a Macià, Sanahuja habló con un francés que parecía ser el único con un poco de sentido común. El susodicho galo realizó la siguiente interpretación: se extrañaba de que, en el juicio, Macià usara el cargo de Coronel, que era su rango en el ejército español; y, por otra parte, de que no se hubiera dado cuenta hasta casi los 50 años de edad que él no era español, ni monárquico, y de que hacía 30 años que pertenecía a un ejército que esclavizaba su verdadera patria. Más sentido común por parte del francés, imposible. Las reflexiones de Sanahuja concluían con una lapidaria frase sobre Prats de Motlló: fue «un hecho vergonzoso para Cataluña, que nos causó decepción, que nos humilló a todos los que lo vivimos y que precisamente ha servido de soporte a los *venerables* que han sabido explotarlo». Así hablaba un separatista que conoció de primera mano a Macià.

## 117. MACIÀ, EL HOLOGRAMA DEL CATALANISMO

La famosa y humillante frase, que se atribuye a Freud sobre las mujeres: «La gran pregunta que nunca ha sido contestada y a la cual todavía no he podido responder, a pesar de mis treinta años de investigación del alma femenina, es: ¿en qué piensa una mujer?», bien podría aplicarse a Macià. ¿en qué pensaba Macià? Difícil de contestar si es que hubiera tenido pensamiento político alguno, excepto el de la independencia de Cataluña. Tras el fracaso (militar) éxito (propagandístico) de Prats de Motlló, Macià viajó a América en 1927, acompañado de un joven Ventura Gassol, en busca de más dinero. Uno de los muchos que le recibieron fue un catalán de Montevideo, Alba Rossell, que el 31 de enero de 1928 escribía a un amigo de París con sus impresiones: «Macià es ingenuo, es un chico de 70 años acompañado de otro de 30, que es Ventura Gassol [...] Macià es voluble, indeciso, cándido socialmente hablando [...] cayó mal por su comportamiento indeciso y estrambótico durante 15 días». El citado Sanahuja, al principio de su delator libro, expresa cuál era el único pensamiento político de Macià: «ha llegado a creerse que él es Cataluña». Misteriosamente, todo el mundo le veía como un «nuevo redentor», aunque nadie podía descifrar qué escondía tras su majestuosa faz de «l'Avi» (*el abuelo*, como era conocido).

Joan Puig y Ferrater afirmaba en sus *Memòries Polítiques*: «Nunca creí en Macià. No podía». En otra parte de sus memorias, se extiende sobre su carácter: «¿Quién era Macià? Conservaba el sentido del honor militar. Una cierta rigidez del militar. Un caballero. En el fondo no era un demócrata, no lo podía ser. Hacía esfuerzos por sentir interés por el *pueblo*... (pero sentía un) gran miedo por verse superado por alguien». En el fondo, Macià era una imagen que representaba algo, pero algo exterior a él. Por dentro había demasiadas flaquezas. Sigue el republicano: «Ninguno veía mejor las debilidades de Macià que Ventura Gassol... Tanto, que se ha llegado a decir, y con cierta razón que Macià era una creación de este poeta de la política». Macià era un hombre «de capacidades muy limitadas». En los discursos en los pueblos que visitaba repetía indefectiblemente su programa político: «Cataluña será rica y plena cuando los catalanes se gobiernen ellos mismos. En las casas de nuestros campesinos reinará la abundancia. Nunca faltarán burros, ni vino rancio (sic) para obsequiar al forastero...». Este era su gran programa de «izquierdas».

¿Cómo explicar entonces la devoción que despertaba la imagen de Macià? Pues precisamente por eso: porque era una imagen; un holograma de la proyección de un pueblo. Puig y Ferrater lo analiza desde la perspectiva de la involución de los pueblos. Para él, cuando las democracias decaen y desciende el nivel de civilización, aparece la necesidad de la idolatría. Afirma en sus memorias: «llamo idolatría a la tendencia de un pueblo a inventar hombres-símbolos, héroes populares, profetas, patriarcas, *santos laicos*,... en una palabra: salvadores de la Patria». Por eso, este exdiputado de ERC, resume los cinco años de gobierno en la Generalitat, del 31 al 36



con estas contundentes palabras: «Vivimos cinco años en un mito grosero».

Otras *Memòries polítiques* interesantes son las de Claudi Ametlla, político y escritor que ocupó cargos importantes durante la República. Era miembro de *Acció Catalana* y llegó a ser Gobernador Civil de Gerona y Barcelona. Su conocimiento de los protagonistas de la época y sus juicios atemperados le convierten en un testigo imprescindible. Respecto a Macià reconoce que en sus inicios políticos, era un «regionalista tibio»; pero, tras la caída de Primo de Rivera, *La Publicitat*, el periódico de su partido, le hacía la campaña a Macià. Reconoce el montaje periodístico que se realizó con su figura gracias a la repercusión internacional del juicio en París: «(éste) fue motivo de una desorbitante explotación periodística. *La Publicitat*, especialmente, glorificó a Macià [...] El hombre de la calle quería este tipo de comida excitante. Así Macià acabó siendo consagrado héroe y mártir».

Especialmente es agudo el juicio que realiza del recibimiento popular de Macià cuando logra la presidencia de la Generalitat. Las masas de Barcelona habían salido gritando a la calle ¡*Viva Macià, Muera Cambó!* (siempre creímos que aquellos gritos que estremecieron Barcelona se había pronunciado en catalán, pero Ametlla reconoce que fueron en castellano). Sí, en lengua castellana era recibido el ahora independentista Macià. Nuestro autor de estas memorias utiliza una fina ironía: «El separatista Macià es aclamado por todo el obrerismo inmigrante, el exmilitar y gran hacendado Macià es aclamado por todo el obrerismo, el indígena y el extranjero: dos milagros. Sólo el mito Macià puede explicar la antinomia». En Macià todo fue fachada, incluso el espíritu revolucionario que pretendía imprimir a su imagen. Claudi Ametlla recuerda que en una recepción que realizó Macià, coincidió con Nin, recién llegado de la Rusia comunista. Con una clarividencia innata le dijo a Ametlla: «Esta es vuestra revolución: la de los partidos burgueses. Cuando llegue la nuestra no será tan alegre». Y vive Dios que tuvo razón. De hecho, Macià tuvo la suerte de morir pronto, pues se hubiera desvelado su total incapacidad para gobernar: sólo era una imagen que el pueblo catalán deseaba retener en su retina. Ametlla, es más suave, pero de igual parecer. En referencia a su capacidad de organizar la Generalitat, sentencia: «Macià no era de ninguna manera el hombre para eso». Otro catalanista, Joan Solé y Pla, del grupo radical separatista *Nosaltres Sols!* (¡Nosotros solos!) coincide en el juicio. En su escrito, titulado *República*, definía a nuestro personaje así: «El bueno de Macià, santo-civil, ungido de bondad [...] está rodeado de gentes cortas de entendimiento».

**Para echar una sonrisa:** Si se nos permite la expresión, Macià fue la concreción política de un «Don Tancredo». El Don Tancredo era una figura que se puso de moda en los festejos taurinos en el siglo XIX. Un pobre desgraciado que necesitaba ganarse unas pesetas, se ponía frente a la salida al

coso de los toros. Iba vestido de blanco, como si fuera una columna, y debía estar absolutamente inmóvil. La teoría decía que si no hacía nada el toro no le embestiría. Así, Macià se dedicó a eso, a no hacer nada, a representar el catalanismo y a dejarse aclamar por las multitudes deseosas de un símbolo; y a «dejar pasar los toros»... La misma metáfora utilizaba Albert Boadella para describir a Franco.

## 118. COMPANYS, EL ODIADO DE LOS CATALANISTAS

Si entre las autobiografías y memorias de los protagonistas de la II República planea un cierto respeto sobre la figura de Macià, aunque se le reconozca como eso, una figura hueca, sobre Companys ya es otro cantar. La inmensa mayoría de coetáneos que escribieron sobre él, lo ponen a caer de un burro. Sólo hay un consenso claro: su muerte épica ocultó una vida desastrosa (en lo político y en lo personal). Como otros catalanistas republicanos su vida no deja de ser una incoherencia constante. Al igual que Valentín Almirall era un republicano con título de nobleza (por parte de madre le tocaba la Baronía de Jover); y como Macià, era un entusiasta obrerista que provenía de una familia de hacendados muy bien situados económicamente. Ni incluso los cercanos le dejaban bien parado. Por ejemplo Ángel Ossorio Gallardo, en su *Vida y sacrificio de Companys* (publicada en Argentina en 1943), se pregunta: «¿De qué vive Companys? Companys vive de arruinarse... día tras día va vendiendo las fincas que heredó de su padre». Ciertamente para el dinero simplemente era un desastre, incluso cuando cobraba como Ministro de Marina. Ese mal estudiante, mal abogado y astuto político, era impensable, como así reconocen muchos, que llegara a Presidente de la Generalitat. No queremos relatar su vida, sino que simplemente recogeremos algunos juicios que realizaron en su momento catalanistas de pro.

Empecemos, quizá, por el juicio más fuerte. Se trata de unas confesiones, aún no publicadas, de Joan Solé Pla, el que fuera diputado de ERC en la II República. Fiel a Macià, no podía soportar a Companys del que decía: «Companys en el fondo es un enfermo mental, un anormal excitable y con depresiones cíclicas; tiene fobias violentas de envidia y de grandeza violenta, arrebatada, seguidas de fobias de miedo, de persecución, de agobio extraordinario y a veces ridículas. ¡Cuántas veces el Sr. Macià, con energía, regañándolo, excitándole el amor propio le había tenido que arrancar de ese aplanamiento en que lloraba y gemía como una mujer engañada!» (La

cita la entresacamos de una reciente obra titulada *Contra Companys, 1936*, dirigida por Ucelay-Da Cal, y en la que se revisa la controvertida figura del personaje). Esta actitud histriónica la confirma el juicio de Miguel Serra Pamiés, comunista del PSUC. Lo retrata como una especie de exaltado, como un desenfrenado que rozaba la locura: «Le daban ataques, se tiraba de los pelos, arrojaba cosas, se quitaba la chaqueta, rasgaba la corbata, se abría la camisa. Este comportamiento era típico».

La opinión de otro compañero de partido, el ya citado Puig y Ferrer, lo define así: «Companys era pequeño, voluble, caprichoso, inseguro y fluctuante, sin ningún pensamiento político, intrigante y sobornador, con pequeños egoísmos de vanidoso y sin escrúpulos para ascender [...] Su ignorancia enciclopédica y la poca profundidad del hombre no daban para más». Por eso tantos catalanistas se quedaron perplejos al ver que Companys era capaz —gracias a sus intrigas e instinto de supervivencia—, de llegar a sustituir a Macià. Aún recordaban cuando Companys, a finales de 1917, fue elegido concejal en Barcelona por el Partido Radical y tuvo que compartir consistorio con el catalanista Carrasco y Formiguera (que sería posteriormente fundador de UDC), al que no dejó ocupar su escaño hasta que no gritara de modo bien audible un «¡Viva España!». Cuántos silencios sobrevuelan el catalanismo de aquellos años.

Claudi Ametlla, de *Acció catalana*, igualmente respetando la figura de Macià, en sus memorias no soporta la figura de Companys, al que siempre vio como un demagogo: «bajo esta bandera [la de los rabassaires, o campesinos no propietarios] que Companys y sus amigos agitaron frenéticamente, surgió un poderoso movimiento de campesinos que, de golpe, se descubrieron oprimidos y explotados». Más adelante, sigue recordando en sus memorias sus primeros encuentros con Companys: «En aquellos tiempos, el hombre que había de morir por Cataluña no era catalanista y nosotros lo éramos todos... también era redactor de *La Publicidad* [antes de ser catalanizado]... (publicación) Republicana y centralista, y hasta hace no poco anticatalanista». Y continúa: «Pues bien: el juicio es que Lluís Companys no reunía el mínimo de condiciones requeridas para ser Presidente de la Generalitat. Los que le elegimos cometimos un error inmenso». Desde el catalanismo católico también se le acusaba de su falta de catalanismo y de las trágicas consecuencias de su inoperancia política. Así lo describe Carles Cardó en su *Història Espiritual de les Espanyes*: «la tibieza patriótica y sobre todo la intriga eligieron a Lluís Companys, abogado de la CNT, no excesivamente fervoroso en catalanismo»; «Companys ponía en marcha la Generalitat en una aventura revolucionaria que tenía que suscitar la antipatía de toda Europa contra Cataluña [...] Aquella noche trágica del 6 al 7 de Octubre de 1934, Esquerra trajo la causa de Cataluña al terreno de la violencia, único en que podía y debía perder, comprometiéndose en una revuelta de tipo comunista». Podríamos sumar juicios en el mismo sentido sin parar, por parte de coetáneos de todo el abanico

político. Sólo su muerte, trágica, le salvó de un juicio político bochornoso. Hoy es un mártir y héroe para todos los catalanistas de la condición que sean. El único momento de «gallardía» de su vida, fue ante el pelotón de fusilamiento, en los fosos del Castillo de Montjuich, cuando pidió descalzarse para tocar con sus pies desnudos la tierra catalana que tanto le había hecho sufrir. Sin embargo, en aquellos mismos fosos más de mil doscientas personas habían sido fusiladas por el Frente Popular sin que Companys hiciera nada por impedirlo.

Joan Casanovas (expresidente del parlamento de Cataluña) en carta a Jaume Creus del 20 de septiembre de 1939, y en referencia a Lluís Companys, acusa: «Siempre hay quien no solamente no ha hecho nada en horas decisivas, sino que no las deja hacer en las más importantes para el futuro». Otro de los implicados en el «asunto Rebertés y Casanova», en la conspiración contra Companys fue el miembro de *Estat Català*, José María Xammar. Desde el exilio, escribió unas cuartillas analizando el asunto. Entre las perlas que le dedica, extraemos dos: «Visité a Companys [...] le eché en cara la vileza de la dejación de poder (ante los anarquistas) [...] para someterse al vilipendio de unas fuerzas incontroladas, enemigas de Cataluña e incompatibles con todo sentido de responsabilidad». Más adelante añade: «Me alejé de Companys con el convencimiento de que Cataluña no tenía un presidente sino un granuja dispuesto a mantenerse en su cargo aún a costa de la propia y ajena dignidad y sobre todo a costa de la dignidad de su Patria. Dignidad que no recuperó a mi entender hasta que se halló años después ante la picota de Franco». Podríamos seguir hasta hartarnos, pero este elenco de declaraciones ya nos da una idea de lo que la mayoría de catalanistas de renombre pensaban sobre Companys.

## 119. EL CANIBALISMO CATALANISTA...

Hasta la muerte de Macià todo parecía funcionar bien en el catalanismo aunque, la verdad sea dicha, se iba larvando la tragedia interna. Como hemos visto, Companys logró la presidencia de la Generalitat gracias a su astucia y audacia, aunque pocos catalanistas lo estimaban de verdad. El nuevo Presidente, el 6 de octubre de 1934, contra el parecer de muchos de ellos, y sólo azuzado por los sectores más extremistas del *Estat Català*, más concretamente por Dencàs, proclamó la República catalana. Tras el fracaso, siempre se excusó y echó la culpa a Dencàs y a los hermanos Badia y sus adláteres del *Estat Català*. Por su parte, los nacionalistas separatistas más

radicales, acusaron a Companys de traidor y nunca le perdonaron que se desentendiera de aquella proclamación.

En marzo de 1935, la agrupación ultranacionalista *Nosaltres Sols*, en un manifiesto acusaba a Companys: «Esta gente que intenta glorificar a los verdaderos traidores [en referencia a Companys y su gente] del movimiento del 6 de octubre y se lanza sobre los ausentes (Badia y Dencàs...) ¿es que ahora no les conviene recordar aquellos discursos demagógicos y sus artículos prerrevolucionarios?». En una obra de descargo de Josep Dencàs, culpaba a Companys de haber realizado afirmaciones como «Abans perdrem la vida (antes perderemos la vida)» o «Hi ha en peu un poble, i al davant d'aquest poble, un home que sap complir la seva paraula (Hay en pie un pueblo y delante de este pueblo un hombre que sabe cumplir su palabra [en referencia a sí mismo])» (*La Humanitat*, 26 de junio de 1934), que nunca cumplió. El Presidente de la Generalitat estuvo tres meses calentando a la opinión pública para preparar la declaración de independencia. Pero, cuando llegó el fracaso del 6 de octubre se desentendió totalmente de su responsabilidad.

Dos años, más tarde, y nuevamente en el poder, Lluís Companys consiguió que el Parlamento catalán culpara oficialmente de la derrota a Dencàs. Este hecho causó una fuerte división entre las Juventudes de Esquerra Republicana-Estat Català (JEREC). Los sectores más nacionalistas, sobre todo a raíz de 19 de julio del 36 intentaron reagruparse en un refundado *Estat Català*. Frente a la aplastante superioridad anarquista, empezaron a temer por la causa catalanista. Son más que conocidas las palabras de Companys ante el encuentro con representantes armados de la CNT-FAI: «Hoy sois los dueños de la ciudad y de Cataluña porque sólo vosotros habéis vencido a los militares fascistas, y espero que no os sabrá mal que en este momento os recuerde que no os ha faltado la ayuda de los pocos o muchos hombres leales de mi partido y de los guardias y mozos de escuadra [...] Habéis vencido y todo está en vuestro poder; si no me necesitáis o no me queréis como presidente de Cataluña, decídmelo ahora, que yo pasaré a ser un soldado más en la lucha contra el fascismo. Si, por el contrario, creéis que en este puesto... puedo, con los hombres de mi partido, mi nombre y mi prestigio, ser útil en esta lucha, que si bien termina hoy en la ciudad, no sabemos cuándo y cómo terminará en el resto de España, podéis contar conmigo y con mi lealtad de hombre y de político...» (Luís Companys a la delegación anarquista llegada al Palacio de la Generalidad el 20 de julio de 1936, citado por Juan García Oliver en *De julio a julio*).

Las tensiones y odios entre los «escamots» (patrullas) de ERC, en los que estaba integrados los del *Estat Català*, y los anarquistas venían de los tiempos de la República, y alcanzaron su cenit cuando los del FAI asesinaron a los hermanos Badia (héroes de ERC). Como estamos obligados a ser escuetos, resumiremos muy brevemente los hechos que se sucedieron. Los catalanistas más radicales,

provenientes de muchos grupúsculos, se fueron reagrupando en el *Estat Català*. Llegaron a formar las *Milícies Pirinenques* (Milicias pirenaicas). Un buena parte de sus componentes pertenecían a *Estat Català* o eran miembros activos de *Nosaltres Sols!*, o del *Club Català*, refugio de la *Organizació Militar Nosaltres Sols* (OMNS), o gentes procedentes de *Palestra* y de su grupo paramilitar *Organització Militar Catalana* (ORMICA). Estas escasas fuerzas, pensaron que podían dar un vuelco a la situación que se estaba produciendo en Cataluña. El poder estaba en manos de los «murcianos de la CNT», y eso era «imperdonable». En el órgano oficial del *Estat català*, el incautado y catalanizado *Diari de Barcelona*, el 4 de septiembre de 1936, se podía leer: «Hay que catalanizar la revolución y ordenarla. El pueblo de Cataluña siente un gran horror por el vacío, y existe un gran vacío irresponsable en las comarcas catalanas. Hay comarcas donde la revolución está en manos francamente irresponsables». Y concluía pidiendo: «¿Nadie no siente el deber de ponerse al frente?».

Los anarquistas se olieron el asunto y prepararon el asalto del Comité Central del *Estat Català* y de otras sedes. Dencàs, aterrorizado, huyó una vez más de Cataluña y dejó a todo el mundo tirado. Jacinto Toryho, miembro de CNT y de la FAI y director de *Solidaridad Obrera* de 1937 a 1939, denunció explícitamente en su libro *Del triunfo a la derrota* (Argós Vergara, 1977) las intrigas del separatismo catalán y no duda en acusar a Dencàs de fascista, y de relatar el perfil psicológico de este personaje: «Simultáneamente a la tragedia asturiana se produjo la tragicomedia de Cataluña. Aquélla fue un conato de auténtica revolución, mientras que ésta no pasó de mísera caricatura, bufonada que anegó en ridiculez a sus promotores... Los inspiradores, organizadores y directores de la “epopeya” fueron dos alienados que se adueñaron de los resortes del Poder con la complacencia y la colaboración de varios cultores de la hipocresía en sus innumerables matices... Al aludir a los inspiradores, organizadores y directores me refiero a José Dencàs Puigdollers, consejero de Gobernación, jefe de los servicios de Orden Público, también separatista y jefe de los “escamots”, grupos armados a los que imprimieron una tónica mussolinesca. Dencàs era un separatista que odiaba a España con fervor satánico. Poseía todos los rasgos que el psiquiatra halla en el paranoico. Con anterioridad a la República había militado en la Lliga [Regionalista, de fuerte tendencia derechista]. Luego se pasó a la Esquerra y Estat Catalá. Siendo diputado de las Cortes Constituyentes, su pueril fervor antihispánico le llevó a desgarrar con una hoja de afeitar los escudos de la República Española que había grabado en los pupitres de los escaños correspondiente a Esquerra Catalana. Antes de la “proeza” de octubre, los “escamots”, capitaneados por Badia, practicaban el deporte de apalear obreros a los que previamente secuestraban para someterlos a torturas diversas, por la más férrea negativa de éstos al menor contacto con ellos. Porque los trabajadores de Cataluña, originarios de tierra catalana

o de otros puntos de la Península, jamás tuvieron nada en común con los catalanistas de la derecha (la Lliga), ni con los de la izquierda (la Esquerra), quienes en lo social no eran fracciones diferentes, sino dos expresiones reaccionarias a las que solamente separaba un matiz partidista electorero. [...] Acerca del “generalísimo” de la insurrección separatista [Dencás] y de la Esquerra que la impulsó, escribió, en 1935, Joaquín Maurín [ex-secretario general de la CNT que se pasó a la facción antiestalinista del marxismo], líder del Bloque Obrero y Campesino: [...] “Dencás, jefe de la fracción de ‘Estat Catalá’, turbio en sus propósitos, no podía ocultar sus intenciones deliberadamente fascistas. Todo su trabajo de organización y toda su actividad política tendían hacia un objetivo final: un fascismo catalán. Su declaración de guerra a los anarcosindicalistas, sus “escamots” de camisas verdes regimentadas, todo eso tenía un denominador común: el nacional socialismo catalán». Hasta aquí esta completa descripción.

Para el catalanismo era evidente que había que tomar medidas contra los «compañeros» anarquistas. Companys, con el apoyo de Tarradellas, creía que la solución del problema vendría enfrentando a la CNT-FAI contra el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC). Por su parte, Casanovas —presidente del gobierno de Cataluña y enfrentado a Companys— opinaba que la solución residía en realizar un golpe de fuerza nacionalista para desarmar y reducir a la hegemónica CNT. La situación entre Companys y Casanovas se hizo tan tensa que el primero llegó a amenazarle de muerte y lo sustituyó por Tarradellas. El 20 de octubre, Andreu Rebertés, antiguo miembro de Estat Català y militante en aquel momento de la ERC, pasó a desempeñar el cargo de jefe de la Comisaría de Orden público. A pesar de las protestas anarquistas, Companys mantuvo el nombramiento alegando tener «un compromiso personal» con Rebertés. En efecto, Carmen Ballester, segunda esposa del presidente, era íntima amiga de la amante del último. Pero Rebertés traicionó a Companys y junto a Casanova prepararon un «pusch» para destituirle y apartar del poder a los anarquistas. Se sospecha, y esto ha hecho correr ríos de tinta, que los militantes más destacados de *Estat Català* intentaron negociar con Francia, Italia, incluso hasta con Franco, para conseguir una Cataluña independiente, a cambio de acabar con los revolucionarios anarquistas. Pero el complot quedó desvelado antes de hora. *Solidaridad Obrera*, órgano de la CNT, publicó el día 27 de octubre un editorial que amenazaba: «Mientras en los frentes de lucha los proletarios dan su sangre y su vida por la Revolución, en la retaguardia, una colección de traidores y de insensatos, dotados de instintos verdaderamente criminales, se dedican a conspirar y a preparar golpes de Estado favorables a la causa fascista, contra la que venimos luchando ardorosamente». El 24 de noviembre fue detenido Andreu Rebertés y posteriormente asesinado. Ello provocó una huida masiva de nacionalistas separatistas, incluso de significativos militantes de ERC, que vieron sus vidas en peligro. Companys se

quedó prácticamente sólo frente a los anarquistas y tuvo que aliarse con los estalinistas.

## 120. ...Y EL COMUNISTA

En julio de 1936 Aleksandr Orlov fue enviado a España como enlace del servicio de inteligencia soviético con el Ministerio de Interior de la II República española. Al poco tiempo de llegar fue nombrado responsable en el traslado del «Oro de Moscú». Refiriéndose a la llegada del oro a la URSS, atribuyó a Stalin la frase «Los españoles no verán más el oro, del mismo modo que nadie puede ver sus propias orejas». Sin embargo, la tarea principal de Orlov era purgar a los disidentes trotskistas, muchos de los cuales estaban en España como voluntarios de las Brigadas Internacionales. Por aquel entonces el Partido Comunista de España (PCE) era un pequeño partido pero muy activo y fanático. Acaudillado por el sevillano José Díaz, recibió la orden de «luchar enérgicamente contra la secta trotskista». El único lugar de España donde había una concentración relativamente grande de trotskistas era en Cataluña. El Partido Obrero Unificado Marxista (POUM) era el único partido marxista, que a la par de trotskista, tenía aires catalanistas; y pronto se demostró su incompatibilidad con el recién fundado PSUC. El POUM estaba más cerca de anarquistas y catalanistas, que de estalinistas. Ello significó su sentencia de muerte, decretada desde Moscú. El dirigente del POUM era el tarraconense Andreu Nin Pérez que hubo de sufrir una campaña difamatoria atroz (cató de su propia medicina pues él había utilizado la misma estrategia). Se llegó a acusar a Nin y los poumistas de trabajar secretamente para Franco (parece mentira que en aquella época estas falsedades fueran creídas). Nin había sido nombrado Consejero de Justicia de la Generalidad de Cataluña, cargo que perdió en diciembre a instancias del PCE. El Gobierno tenía que escoger: o Nin o el suministro de armas de la Unión Soviética y evidentemente el líder trotskista fue sacrificado.

El 3 de mayo de 1937 un batallón de guardias de asalto tomó el edificio de la Telefónica en Barcelona, que se encontraba bajo control de milicias de la CNT. Tres días después, la ofensiva contra los disidentes se recrudeció. Todo el que no mostraba su adhesión al PCE era fusilado en el acto o trasladado a una checa. El 15 de mayo Largo Caballero fue obligado a dimitir, pues los comunistas le echaron la culpa de los disturbios que ellos mismos habían provocado en Barcelona. El POUM se quedó sin



su único apoyo. El PCE empezaba a tener la hegemonía política en el gobierno decadente de una República burguesa no preparada para estos retos de altos vuelos. Los estalinistas buscaron a un hombre de paja en el PSOE, vencedor de las elecciones de febrero, para que gobernara. Se trataba de Juan Negrín, médico canario, el perfecto tonto útil en manos de Stalin. Negrín ilegalizó el POUM y desató una caza de brujas, que se cobró centenares de víctimas. Al conocido anarquista italiano Camillo Bernieri le enviaron un pelotón de doce hombres que le acribilló a balazos sin mediar palabra. Lo mismo le sucedió al austriaco Kurt Landau, y a los alemanes Hans Freund y Erwin Wolf, este último exsecretario personal de Trotsky. Ser militante simpatizante del POUM significaba tener una condena a muerte escrita en la frente. George Orwell, a la sazón voluntario en una columna del POUM, lo retrató todo y a todos en su libro *Homenaje a Cataluña*. Todo este canibalismo político, fue debilitando profundamente a la República. Sus posibilidades materiales de vencer sobre los alzados eran muy altas, pero las discordias internas y las luchas cainitas autoliquidaron la República.

## **121. NUEVOS MÁRTIRES, NUEVOS SILENCIOS: CUANDO LOS CERDOS COMÍAN CATALANES**

La Guerra Civil española, en Cataluña tuvo un color diferente; no sólo por lo que hemos escrito antes, sino por la ferocidad con que se produjo la persecución religiosa. Mucho se ha escrito sobre ello, pero nos parece conveniente insistir. Nuevamente agradecemos a nuestro amigo Fernández de la Cigoña, los datos que ha recopilado con tanta pulcritud sobre una de las matanzas de cristianos más intensas en la historia de la Cristiandad. El primer mártir de la persecución religiosa del 36, fue catalán y era hermano de las Escuelas Cristianas, Jaime Hilario Barbal y Cosat, nacido en Enviny, Pallars Sobirà (Lérida). Fue asesinado cuando aún no había cumplido los cuarenta años.

Tras él vendrán innumerables mártires. Entre ellos, hay que mencionar, primero, al obispo de Barcelona, Monseñor Irurita, por dos motivos: porque es a quien se dedica este libro, y por el escarnio de su memoria durante tantos años tras su martirio. Con él cayeron asesinados 279 sacerdotes de su clero diocesano (los eclesiásticos mártires en la Diócesis de Barcelona llegan casi a mil). En Gerona fueron 194 los sacerdotes caídos. Otro pastor, el obispo de Lérida, monseñor Huix, se fue al cielo

con 270 de sus sacerdotes. Tras la Diócesis de Barbastro, la de Lérida fue proporcionalmente la más castigada de España: de cada cien sacerdotes, asesinaron a sesenta y seis. Y Tortosa, con 316 eclesiásticos asesinados fue la tercera: de cada cien sacerdotes asesinaron a sesenta y dos. En la católica Vic, cayeron 177, y 131 en Tarragona, encabezados por su obispo auxiliar, monseñor Borrás; 109 sacerdotes en la diócesis de Urgel y en la pequeña diócesis de Solsona se calcularon 60 presbíteros asesinados. En total, fueron asesinados en Cataluña más de 1.500 sacerdotes diocesanos, sin contar religiosos y religiosas.

La literatura sobre la persecución religiosa en Cataluña es extensa y cualquier interesado puede encontrarla. Quizá, en memoria de aquellos trágicos tiempos en los que los catalanes se enzarzaron a muerte, sólo recordaremos algún dato y alguna trágica muerte. Barcelona se convirtió en la ciudad de las checas, con casi una veintena, donde se encerraba, torturaba y asesinaba sin reparos. La de más terrible fama fue la de san Elías. El que pasaba por ahí con casi toda seguridad sería asesinado. Ahí apareció un horno crematorio y a los asesinados se les arrancaba los dientes de oro. En Cataluña fueron represaliadas y asesinadas 8.352 personas. Muchas de ellas pasaron antes por las checas, donde se les infligían castigos inimaginables, como la aplicación de hierros candentes, descargas eléctricas en genitales, levantamientos de uñas, palizas, ahogamientos con agua o mutilaciones. Las checas fueron diseñadas para que sólo por estar encerrado en ellas, uno enloqueciera. Eran celdas de 2 por 1,5 metros de planta y 2 metros de alto, con un camastro de obra inclinado hacia el suelo. Si uno se dormía caía irremediamente al suelo. Tampoco se podía dormir en el suelo pues unos ladrillos sobresalían de tal manera que era imposible recostarse. Las paredes se recubrían de alquitrán por fuera para provocar un bochorno insoportable. En una de las paredes se pintaban tableros de ajedrez, espirales, líneas y círculos con el fin de marear al preso. El caso más terrible de contar es el de Eusebio Cortés Puigdengolas: fue descuartizado en la checa de san Elías y sus despojos fueron arrojados los cerdos para alimentarlos. No fue el único caso.

## **122. LOS OTROS CATALANES: EL TERCIO DE REQUETÉS DE NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT**

El Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat fue una pequeña unidad de voluntarios catalanes huidos de zona republicana. Se considera la única unidad propiamente catalana de la zona nacional. Estaba compuesta principalmente por carlistas y católicos catalanes que se fueron sumando en la medida en que conseguían traspasar los Pirineos y regresar a España por San Sebastián. La primera gran gesta de este Tercio se produjo en Codo (Zaragoza), cuando aún era una unidad de 182 hombres. Codo estaba en la línea del frente y debía ser tomada para que las fuerzas republicanas pudieran conquistar Belchite. Así llegarían a Zaragoza y separarían Navarra de Castilla, poniendo en peligro todo el frente nacional. Por tanto, la acción de guerra era crucial para los republicanos. El reducido grupo de carlistas se encontró frente a las Brigadas Internacionales del General Cléber, con una fuerza de entre unos 10.000 o 15.000 soldados, 13 carros de combate, varios escuadrones de caballería senegalesa, dos baterías de artillería, gran número de morteros e infinidad de ametralladoras. Calculaban tomar el pueblo en dos horas y tardaron 48. Los requetés catalanes plantaron cara calle por calle y casa por casa. Los gritos republicanos de «rendíos, requetés» eran respondidos con cargas de fusilería. Con la oscuridad de la noche pudieron escapar sus defensores supervivientes en grupos de cinco. Ya sin municiones lucharon a la carrera y a bayoneta calada. A los que no abatieron los republicanos los cazó la caballería senegalesa y los asesinó a sablazos. Las bajas del Tercio fueron altísimas: de los 182 hombres murieron 146. Pero su sorprendente resistencia a lo largo de dos días permitió estabilizar el frente y salvar Belchite y Zaragoza. Ahí el Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat ganó la Cruz Laureada de San Fernando.

El Tercio pudo recomponerse con más voluntarios. En total pasaron por esa unidad 1.985 efectivos de los cuales 319 murieron en combate y 633 fueron heridos (los porcentajes superan a los de casi todas las unidades militares de la Guerra Civil). Tras el desastre de Codo, el Tercio volvió a contar con 850 requetés, 22 oficiales y 33 sargentos que participarían en la crucial batalla del Ebro. Su lugar de destino fue Villalba de los Arcos, al que llegan atravesando pueblos cantando el *Violai*, siendo aplaudidos y vitoreados. Tras cinco días de contención de las fuerzas republicanas, hasta la extenuación, el Tercio tuvo las siguientes bajas: 8 oficiales, 18 sargentos y 250 requetés. Tras unos pocos días de descanso se les ordena tomar una de las posiciones más difíciles de la línea: punta Targa. El heroísmo de los requetés quedó una vez más patente en esta acción, como en todas las otras anteriores, y dio por resultado un balance de 58 muertos y 170 heridos. De los 40 hombres que formaban la sección de choque, murieron 23, entre éstos su comandante y 14 quedaron heridos. Sólo tres resultaron ilesos. Poco antes, el Alférez Regás manda arrancar a sus muchachos de la sección de choque el emblema propio, diciéndoles: «Hoy este emblema no nos corresponde solo a nosotros. Todo el Tercio de Montserrat es la

sección de Choque». Poco después le mataban. El Tercio de Nuestra Señora de Montserrat propiamente dicho ha sido aniquilado. En el campo yacen, muertos o heridos, las tres cuartas partes de sus miembros.

Las fuerzas puramente catalanistas en la zona republicana (las del *Estat Catalá*) fueron aproximadamente de 2.000 hombres. Las mismas que las del Tercio de Montserrat, teniendo en cuenta que muchos de los que se hubieron alistado en el Tercio fueron asesinados en zona republicana. La historia del Tercio es una prueba inequívoca de que aún existía una Cataluña genuina acorde con la tradición catalana, y estaba en la zona nacional no en la republicana. Ahí se podía cantar el *Virolai*, se moría gritando *¡Visca España!*, como así lo hizo Raimon Camps i Nogués, rudo y noble payes de montaña que no sabía hablar castellano. Y cuando años después se organizó la Hermandad del Tercio, siempre se recordó a los muertos de ambos bandos y se rezó por el alma de todos ellos, sin rencor alguno. La bandera del Tercio reposa a los pies de la Moreneta, como así juraron los defensores de Codo, si se ganaba la guerra. ¿Quién puede negarles a estos catalanes su catalanidad? Mientras, en el otro lado de las trincheras se oía sólo el *¡Viva Rusia y Viva Stalin!* El catalanismo de la zona republicana acabó siendo una mera pose en la que nadie creía. Lo que realmente se estaba gestando era una dictadura estalinista que, de triunfar, hubiera liquidado cualquier resto de catalanismo.

## **123. LOS OTROS CATALANISTAS: FRANCESES, «FACHAS», DEPURADOS Y OLVIDADOS**

Los defensores de los *Països Catalans* lo tienen mal, muy mal. Imaginemos que se lograra la independencia de la Gran Cataluña, que comprendiera la vieja Corona de Aragón. Haciendo un simple cálculo, comprobaríamos que el partido más votado sería el Partido Popular, empatado con los socialistas, y en posición muy minoritaria quedarían los partidos nacionalistas. Nunca más gobernarían los nacionalistas sobre estas tierras. Para colmo si atendiéramos a la «Cataluña norte», la cosa sería peor pues el porcentaje de votos al Frente Nacional supera incluso a los socialistas. El nacionalismo catalán se ha empeñado en que el Rosellón aún es catalán, sea como sea. De los presupuestos de la Generalitat se han dado partidas para que los ayuntamientos cambien las placas de los nombres de las calles del francés al catalán; o bien se subvencionan asociaciones culturales; o bien se ha intentado impulsar el día

de sant Jordi para que la gente compre una rosa y un libro (con notable fracaso). Incluso, hasta la crisis económica, se veía bien que la televisión autonómica tuviera una corresponsalía permanente en el sur de Francia. De vez en cuando se inventaban una excusa de noticia y salía un corresponsal hablando en un horrendo catalán con acento francés y relataba una noticia traída por los pelos. Ahora la crisis obliga a cerrar esa delegación. Qué pena. El sueño era bonito. Lo que nunca ofrecerá la televisión catalanista serán reportajes sobre intelectuales de esas tierras que se sienten catalanes; incluso de «catalanistas» en el mejor sentido de la palabra, y que luchan contra una Francia centralista y jacobina. Su gran pecado, para no ser reconocidos por el catalanismo actual, es su trasfondo ideológico. Agradecemos la información que tomamos prestada del valiente historiador catalán Josep Ramon Bosch, uno de los pocos historiadores que no se somete a la corrección política en Cataluña. Reseñemos las biografías de tres de estos «catalanes del norte». Tienen en común que dos de ellos fueron asesinados al acabar la II Guerra mundial y otro tuvo que huir a España para no ser asesinado por los partisanos.

El primero es Robert Brasillach, nacido en Perpiñán en 1909 y fusilado en 1945, en el Fort de Montrouge. Fue escritor, periodista y crítico de cine. Colaboró en los años 30 en *L'Action française* y en *L'Étudiant français*. En la Francia de entreguerras escribió decenas de libros y poemas de gran valor literario. Al estallar la Guerra Civil española se posicionó con la España nacional y escribió sobre el asedio del Alcázar de Toledo. Tras la invasión alemana de Francia, colaboró con el gobierno de Pétain. Tras el desembarco de los aliados por Normandía, no huyó y decidió permanecer oculto en Francia. Al no dar con él, la policía secuestró a su madre obligándole así a entregarse. Fue juzgado y condenado a muerte. De Gaulle, por hacer un brindis a los comunistas, se negó a conmutar la pena. La represión aliada en la «Cataluña norte» fue brutal, siendo ejecutadas más de 4.000 personas. TV3 nunca ha mencionado siquiera la tragedia de estos «catalanes del norte». Tras la II Guerra Mundial se establecieron en Francia «comités de depuración», el de los intelectuales, controlado por los comunistas, se denominaba «Comité National des Écrivains» (entre los que estaba Picasso, por cierto). Elaboraron una lista de 165 intelectuales que se debían purgar. El primero de la lista era Robert Brasillach.

Otro que sufrió la persecución fue Alfons Miàs i Dejaule (Els Banys d'Arles i Palaldà, 1903, Barcelona, 1950) Político, escritor, ideólogo y apóstol del catalanismo sano en Francia. Fue siempre defensor de la unificación de Cataluña. Militó en formaciones como *l'Association Catholique de la Jeunesse Française* y la *Ligue d'Action Française*, de Charles Maurras. Fue, mal que les pese a los separatistas, el inventor del término «Catalunya del Nord». Se convirtió al catalanismo el 1930, al casarse con una chica de Barcelona. Mias defendió desde la prensa la catalanidad del Rosellón e impartió infinidad de cursos gratuitos de lengua catalana. Escribió obras

como *Histoire résumée de la Catalogne Française y Roussillonnais sauve ta langue, il est encore temps*. Fue también fundador del primer movimiento catalanista en la *Catalunya del nord*: la *Joventut Catalanista de Rosselló, Conflent, Vallespir, Cerdanya i Capcir*. Fundó la revista catalanista *Nostra Terra*, que agrupó a jóvenes intelectuales del Rosellón. ¿Cuál fue su pecado para que ningún catalanista le recuerde ahora?... Su colaboración con el Régimen de Vichy y sus simpatías con el nazismo. En 1944 huyó a España, siendo acogido por unos familiares catalanes falangistas.

Por último, reseñamos brevemente la biografía de otro de los muchos «olvidados»: Arístides Maillol. Escultor, pintor y grabador. Estudió en París y pudo conocer a Paul Gauguin. Llegó a realizar exposiciones en París, Nueva York, Berlín o Chicago. Su «error» fue ser un protegido del Conde franco-alemán Harry Kessler. De nada sirvió que hubiera salvado de los alemanes, gracias a sus contactos, a su musa, la judía rusa, Dina Vierny. Nuestro hombre: «hablaba catalán, iba con ‘espardenyes’, llevaba faja, bailaba sardanas» y afirmaba «Yo considero Cataluña mi verdadera Patria». Simpatizante del gobierno de Vichy y amigo íntimo del escultor alemán pro-nazi Arno Breker, fue suficiente para que fuera asesinado por los comunistas, aunque oficialmente se le declaró muerto por «accidente de tráfico».

La mayoría de los asesinados por la represión democrática en el sur de Francia, tras la II Guerra mundial, eran hombres que se habían formado en las tesis regionalistas de Maurras (al igual que tantos otros catalanistas como Cambó). Defendían la catalanidad del Rosellón y rechazaban el jacobinismo de París. Eran catalanistas en el sentido más pleno de la palabra. Pero el catalanismo actual no se reconoce en los suyos, porque eran de «derechas» o «fachas». Para corroborar este ambiente, recogemos una carta de un catalanista, Joan Alavedra, que escribe a Jaume Creus, en 1941. En la carta se describe el primer concierto en el que Pau Casals tocó el famoso *Cant dels Ocells* (Canto de los pájaros). Alavedra describe: «Llorábamos todos la patria momentáneamente perdida». La sala, describe, estaba llena de catalanes, españoles y franceses del Rosellón: «fue un acto magistral de pura afirmación catalana»... y sigue diciendo que fue una afirmación más catalana que catalanista y que ese acto, presidido por una bandera catalana, se celebraba con permiso de las autoridades, en la Francia de Vichy. Alavedra aprovecha su carta para criticar el sectarismo de muchos catalanistas y la imposibilidad de hacer un frente común por las constantes disputas internas.

**Curiosidad:** En aquella época los hombres y sus relaciones eran bastante más profundas, complejas e intensas que ahora. La banalidad de la vida política actual se ha extendido hasta alcanzar una superficialidad y mediocridad insufrible. A modo de ejemplo, y a colación de que hemos

hablado de Pau Casals, relatamos el siguiente hecho: siendo republicano convencido, tuvo una simpatía especial por Alfonso XIII, por eso, ante su fallecimiento, fue a tocar en los funerales que se celebraron en su honor en Perpiñán.

Ninguna sociedad puede sobrevivir a sus contradicciones. Y Cataluña no es ningún Olimpo de dioses capaz de librarse de esta férrea ley histórica. La falsedad del catalanismo, desde su construcción imaginaria, su reinterpretación de la Historia y sus miserias personales, sólo puede llevarnos a un lugar: el abismo. En el último capítulo señalaremos los pasos que ha seguido nuestra amada tierra, y que nos señalan un destino bastante probable para las futuras generaciones.

## **Capítulo VIII**

### **DE LA ALUCINACIÓN COLECTIVA A LA NADA**

«Un catalanismo contra España es el peor error político que podemos cometer. Si caemos en eso, estamos perdidos. O nos salvaremos con España y contribuyendo a salvar España, o naufragaremos»

(JOAN PUIG Y FERRETER)

No reconocer los errores de la Historia, no saber corregirlos, empeñarse en mantener mitos insostenibles, desapegarse de la realidad, puede abocar a un pueblo a su más plena desgracia. Cataluña, tras la Guerra Civil, y el aplastante fracaso del discurso catalanista (ya que no hubo ninguna política catalanista real, excepto la de las conspiraciones), tenía que reflexionar. Muchos lo hicieron y en sus autobiografías se encuentran juicios estremecedores por su sinceridad y humildad: reconociendo lo absurdo de las tesis catalanistas. Otros, por el contrario, siguiendo fantaseando en el exilio, imaginando una Cataluña que ya no existía, pues el franquismo pudo arraigarse sociológicamente en todas las capas sociales catalanas sin ninguna dificultad. Lo sorprendente es que, un sector de los que más sufrieron la República, la Iglesia catalana, se mantuviera en sus trece de salvar el catalanismo (para ella salvar Cataluña) a toda costa. Eso explica que la resistencia al franquismo, y la futura clase política que regiría la Transición y la Democracia, se hubiera formado en ambientes clericales y de la burguesía catalana. Escondidos tras sotanas y sacristías, la resistencia era cómoda. Nada que ver con los que arriesgaron sus vidas realmente como los maquis, que eran todo menos catalanistas; pues luchaban por el anarquismo o el comunismo. Esta tesitura es compleja y explica las contradicciones actuales del catalanismo: cómo una parte de la burguesía apoya un separatismo que, a ciencia cierta, se volvería contra sus intereses económicos. En este último capítulo mostraremos cómo no reconocer la realidad nos ha llevado a la esterilidad y, pronto, a la autoextinción como pueblo.

## **124. EL EXILIO CATALANISTA: FANTASEANDO Y DISFRUTANDO (ALGUNOS)**



La Guerra Civil acabó. Barcelona no estaba para una epopeya como la del 11 de septiembre o para una defensa como la de Madrid. El triunfal recibimiento de las tropas nacionales y la huida a hurtadillas de los dirigentes republicanos eran la constatación de que la ilusión catalanista-republicana se había esfumado. Pero el nacionalismo sabía de mitos y fantasías. En sus genes originales llevaba el Romanticismo y su única posibilidad de supervivencia era mantener una ilusión (que a la postre funcionó, como se demostró tras la muerte de Franco). Tras el fusilamiento de Companys, le sucedió Josep Irla en la presidencia en el exilio. Sin pena ni gloria Josep Irla mantuvo en el exilio la idea falsa de una Generalitat viva políticamente hablando. Sin embargo, deseamos referirnos al sucesor de Irla, que es más conocido para el público: Josep Tarradellas. Ya en el nuevo gobierno de la Generalidad, del 26 de septiembre de 1936, se reservó la cartera de Finanzas. Fue el encargado de los dineros de la «Generalidad en París», y quien controlaba el oro y plata incautados: que se enviaban a Francia y que luego, se vendían en Londres (por una cantidad de dinero muy superior a su valor en Francia). Teóricamente con ese dinero se debía comprar material bélico de primera clase. Pero, según testimonia en sus memorias Puig y Ferrer, todo el material que él supervisaba eran prácticamente desechos militares. Por ejemplo se compraron aviones que al llegar a Barcelona eran incapaces de volar de nuevo.

En 1938 ese cuantioso capital depositado en París fue repartido entre consejeros, exconsejeros de la Generalidad y personalidades de ERC. ¿Dónde fue a parar el dinero? De Tarradellas sabemos que compró una lujosa mansión en Saint Martin Le Blau, aparte de vivir cómodamente en París. En 1977 en la revista *Interviú*, Eliseo Bayo escribía un reportaje titulado *Tarradellas no es tan «Honorable»*. Se cuenta en el artículo que Irla propuso a Tarradellas la cartera de Finanzas en la Generalidad en el exilio, pero él se negó, para extrañeza de muchos. La explicación era sencilla, así Tarradellas no tenía que rendir cuentas públicas de unos dineros (muchos) que aún controlaba. Mantuvo a Irla en un estrecho cerco económico y fue creando una lista de afectos y desafectos: por ello, todos los catalanistas le temían. Y es así como consiguió la presidencia de la Generalidad virtual. En la correspondencia entre José María Batista y Roca (historiador y etnólogo, que se inició en el catalanismo católico y acabó en el catalanismo terrorista) y Jaume Creus (un empresario catalán que desde la sombra tenía mucho peso en ERC), se percibe la desconfianza hacia Tarradellas. En carta del 19 de septiembre de 1944, escribe Batista y Roca desde Francia: «Debido a que aquí no hay nada organizado y que de vosotros no sabemos nada, hay una desorientación terrible que hace que sea aprovechada por ciertos elementos (en referencia a Tarradellas)». El 12 de febrero de 1945 reconoce que la oposición en el exilio catalanista no es gran cosa: «El elemento catalanista estamos en minoría grandiosa, todo es CNT y socialismo». Ese mismo año, Joan Alavedra le escribía a

Jaume Creus: «Hay entre los exiliados una pequeña crisis de catalanismo, porque todos están metidos en el fango de los partidos».

Por fin, el 5 de agosto de 1954, Tarradellas consiguió la Presidencia de la «Generalitat». En esa época todavía quedaban vivos 65 parlamentarios de la época de la Guerra. Pero sólo se reunieron nueve en México, y le eligieron. Por eso Eliseo Bayo denominaba a Tarradellas el «Presidente de los nueve diputados». Al cabo de unos días, el anterior mandatario, Josep Irla, lanzaba un decreto más que sorprendente para una Generalitat republicana: afirmaba que el nombramiento debía tener un «carácter vitalicio». Ahí se acabó la democrática Generalitat. Para colmo Tarradellas decidió «no formar gobierno» ya que «el poder es para ejercerlo» y «todo menos hacer el ridículo». Llegó así hasta la Transición y pudo ser recibido como la ilación viva de la antigua Generalidad. Por cierto, su mujer, Antonia Macià, guardó durante el largo exilio las llaves del Palacio de la Generalidad en un fajín (no fuera que alguien entrara en su ausencia). Un historiador catalanista, miembro de la famosa *Asamblea de Cataluña*, reconocía en febrero de 1977, en la revista *Nueva historia*, que: «(Tarradellas) es simplemente un valor simbólico. No podemos caer en los mitos. La política catalana no puede encadenarse al pasado, sino proyectarse al futuro. Imponerle a un setenta por ciento de catalanes que no vivieron la guerra, una representatividad de entonces, sería un error». Podríamos contar muchas cosas, pero sólo relataremos un hecho más que debería sonrojar a todos los catalanistas de verdad. En 1949, Pompeyo Fabra, también exiliado, hito aún vivo del catalanismo, tuvo una hija que enfermó gravemente. Fue a visitar a Tarradellas para solicitarle ayuda económica con tal de poder pagar un médico. La respuesta, fue simplemente, negativa.

## **125. EL EXILIO: UNA DOSIS DE REALISMO (PARA OTROS)**

Es profundamente interesante descubrir cómo vivieron su exilio muchos catalanistas, y con ello nos referimos a sus reflexiones, sus memorias, dietarios y escritos, atemperados por el tiempo y la experiencia vital. Claudi Ametlla en su obra *Des de l'exili* (Desde el exilio) comenta una idea alocada de un catalanista: «En el último número de *Quaderns [Cuadernos en el exilio]* era una revista de exiliados publicada en México en catalán, un lector asienta la teoría de que el catalanismo de los catalanes es más radical en la medida que se va alejando de Cataluña; es decir, que

podría establecerse una ley según la cual a mayor número de kilómetros de distancia corresponde un mayor radicalismo de aquel sentimiento». Si hiciéramos caso de este curioso principio sociológico, entenderíamos por qué aquellos que se exiliaron a América, solían ser más radicales que los que estaban en Francia. Entre los que pudieron regresar pronto a España, pues no habían cometido delitos de sangre, muchos de ellos renegaron del catalanismo, al menos como vía política y fueron capaces de realizar autocríticas muy interesantes.

Un caso es Lluís Ferran de Pol, un discípulo de Rovira y Virgili, que luchó en el frente de Aragón. Se exilió pero pudo volver a España en 1948. Colaboró en las revistas eclesiales *Serra d'Or* (de Montserrat) y *Cavall Fort y Tretzevents*, revistas infantiles de los obispados de la Cataluña profunda. En su periodo de exilio, desde *Quaderns de l'exili*, exigió una renovación moderada del catalanismo, pues lo consideraba uno de los causantes de la dura experiencia de la Guerra Civil. Por cierto, tenía una hermana monja en Francia, sor Teresita de Jesús, que le ayudó todo lo que pudo en su exilio. Ferran de Pol, respecto a la figura de Companys avisaba: «Hay que vigilar la interpretación que en el futuro se dé a la muerte de Companys. Sospechamos que se querrá hacer servir para miserables intereses partidistas e incluso electorales y hay que, desde ahora, prevenir forzadas interpretaciones». Este juicio fue muy profético y señala el sentido común que demostró más adelante en su obra literaria. Hubo otros hombres, como Josep Dencàs, que habían tenido un máximo protagonismo en los años aciagos de la República y en el 36. Exiliados, acabaron sus días en el destierro, pero deseando regresar a España. Dencàs recaló en Tánger, desencantado de la política y del catalanismo: no dejó, ni siquiera, memorias escritas. Murió en 1965, poco después de que el gobierno español admitiera su regreso.

Volviendo a Claudi Ametlla, en su obra arriba citada recoge un artículo clandestino del *Front Universitari de Catalunya*, en el que se habla de las desgracias de Cataluña desde la “Rabassada” [carretera que sube al Tibidabo, donde fueron asesinadas miles de personas en la represión de la retaguardia republicana en Barcelona] al “Camp de la Bóta” [lugar del cementerio de Montjuich donde fueron enterrados los fusilados por el franquismo, tras ser juzgados por crímenes de guerra]. El político republicano se sincera: «Anatemizamos con vosotros la “Rabassada” y el “Camp de la Bóta”, y propugnamos una Cataluña donde las iniquidades que en aquellos lugares se cometieron no vuelvan a repetirse».

Joan Puig y Ferrer es de los que demuestra más sentido común tras su experiencia en el exilio: «Nunca lo diremos suficientemente a nuestros hermanos catalanes que no adopten la posición separatista respecto al resto de España. Creo que es deber de todos los catalanes responsables, sea por su talento, su calidad de hombres representativos, su significación política, etc., que hagan comprender a los exaltados, a los irresponsables, al pueblo catalán en general, que Cataluña es una

parte de España... Cataluña es España, lo queramos o no». Josep Maria López i Picó, literato, católico, conservador y catalanista, con los años se quejaba del desastre de la política de Companys y de la desgracia de la Guerra Civil. En su *Dietari 1929-1959*, escribe: «¿Por qué ha hecho falta que tan amarga realidad descubriese a los más tozudos el engaño que querían disfrazarnos con el nombre de Cataluña?».

El famoso exiliado en México, el Doctor Josep Trueta, que fuera miembro del *Consell Nacional Català* (1940) [este órgano del catalanismo en el exilio fue desarticulado por la proia Generalitat en el exilio], en su libro *Esperit de Catalunya* (Espíritu de Cataluña), escrito en 1946, resume el ánimo de muchos catalanes en el exilio: «Lo que hace falta, me parece, es despojarnos de resentimientos y retomar la labor que tantos antepasados nuestros, desde Luis Vives hasta Balmes, Prim y, más que ninguno otro, Prat de la Riba, no ha estado nunca abandonada en Cataluña: hacer de la Península un espacio viable donde nuestros hombres y mujeres puedan vivir en hermandad e igualdad con los otros españoles, entendiendo que los portugueses, según su gran Camoes, también lo son». En la mencionada correspondencia entre José María Batista y Roca y Jaume Creus, en carta del 16 de marzo de 1945, el primero reconoce: «La gente en Cataluña tiene aún un recuerdo vivísimo, y de gran horror, de todo lo que pasó durante la Guerra Civil, sobre todo en los primeros tiempos —asesinatos, saqueos de casas, incendios, incautaciones, colectivizaciones, etc,...—. Quien quiera gobernar ha de dar a nuestro pueblo una firme garantía de que eso no se repetirá más». Estos son los textos que deberían leerse en las clases de Historia. Esta es la verdadera reconciliación de las dos Españas.

## **126. TARRADELLAS (MAL) VISTO POR LOS CATALANISTAS**

La afabilidad de un anciano recién regresado del exilio y aclamado por una de las concentraciones más importantes que viera la actual Cataluña democrática, no quita que la figura de Tarradellas fuera discutida y temida en sus tiempos mozos por su activismo político. Los testimonios son innumerables. Veamos algunos. Uno de ellos es el de Jaume Miratvilles, militante de ERC que fuera secretario general del temible Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña (responsable de muchísimos asesinatos). Ello no impidió que en 1963 se reintegrara en la España franquista. En sus memorias, tituladas *Gent que he conegut* (Gente que he conocido), define al Tarradellas con el que convivió: «Esta época [ya iniciada la Guerra y estando su

figura en ascenso] representa mi ruptura moral con Tarradellas. Este amigo, que tiene cualidades de acción indiscutibles, no es un hombre político propiamente dicho. Falto de genio, de pluma, de palabra, no se fía de colaboradores que le puedan hacer sombra».

El historiador —declaradamente separatista— Joan B. Culla, en su reciente obra *Esquerra Republicana de Catalunya, 1931-2012. Una història política* (La Campana, 2013), acusa a Tarradellas de sus métodos estalinistas para eliminar la resistencia del POUM. Jaume Creus de ERC, escribe a Batista Roca, el 25 de mayo de 1945, sobre la urgencia de crear un gobierno en el exilio, pero en el que no esté Tarradellas: «Creo que es el momento de ponerle un ultimátum a Irla y... aceptará— Conviene que haya un gobierno fuerte de Cataluña y sobre todo que delegue sus atribuciones». El 17 de julio del mismo año, volvía a insistir: «(en referencia al posible nuevo gobierno en el exilio) sobre todo que no ponga cacatúas, y mucho menos a Tarradellas; no os podéis imaginar la antipatía que le tienen, sólo tiene a su lado los estómagos agradecidos. Ha sido listo y en todos los grandes núcleos tienen unos cuantos (fieles)».

El más duro en sus juicios es el republicano Puig y Ferrer. De él dice: «Lo de Tarradellas es mucho más grave [en comparación con el juicio sobre Companys]. Frío, duro, cruel, sin entrañas ante el sufrimiento moral, incapaz de presenciar el sufrimiento físico... es un ser humano deshumanizado por su monstruosa ambición para ascender y de dinero. Además de celoso, envidioso, desconfiado, menosprecia a todo el mundo y no quiere realmente a nadie. No mueve un dedo que no sea por su interés personal. Fuerte de temperamento, y a pesar de las crisis de sus desequilibrios nerviosos,... tiene manera de dictador, con algo de esa enajenación enferma que suelen tener los dictadores. La política para él es un negocio, un negocio de dineros». Un último testimonio no lo proporciona el radical separatista Joan Solé y Pla, en su escrito *República*: «[Tarradellas era] completamente ignorante en todo, y sin fundamento, ni bagaje científico, ni literario... no se ha distinguido durante la dictadura [de Primo de Rivera] en nada, no ha hecho nada ni escrito ni de obra, en nada ayudaba a los presos, ni a los emigrados, pero... es un pelota, sabe saludar y adular y ha sabido pescar. Creo que es catalanista... No sabe nada para tener discusiones... Además, su cuello, su cara, su mirada falsa, su orgullo... todo ello no me gusta nada y me hace temer por Cataluña».

No siendo querido por la mayoría de catalanistas se mantuvo en su papel, un nuevo Don Tancredo en el exilio, esperando regresar a España como único representante del «legitimismo nacionalista». Ciertamente es que en el poco tiempo que estuvo en España, tuvo un cierto sentido común e intuyó enseguida que Pujol sería una desgracia para Cataluña. En 1980, por ejemplo, en una entrevista a *Diario16*, confesaba: «Si no hay unidad en España, en Cataluña, en el País Vasco, en todo el

país, no nos salvamos». Este republicano, que no tuvo reparos en aceptar el Marquesado de Tarradellas, de manos de Juan Carlos de Borbón, murió el 10 de junio de 1988. La prensa catalana le incensó, así como la Iglesia catalanista, que ofició una Misa laudatoria en la Plaza de la Catedral, a aquél que había sido responsable de tantos martirios. Lo más increíble, es que la prensa madrileña se sumó a la orgía de alabanzas. El *Abc* publicaba en portada la noticia con un gran titular: «En la muerte de un gran español» y Julián Marías le loaba en su columna. Simplemente sorprendente.

## **127. LLUÍS LLACH: OTRA ANALOGÍA DE LOS ORÍGENES Y EVOLUCIÓN DEL NACIONALISMO**

Hubo un tiempo, en los orígenes de la Transición, en que los cantautores catalanes causaban furor en toda España. Entre 1977 y 1978 Lluís Llach, icono de la *Nova cançó*, realizó tres conciertos en Madrid, cantando en catalán y llenando (cosa inimaginable hoy en día). Bueno, mentimos, en 2000 apareció de nuevo en Madrid, en el teatro Real, pero de la mano de la «bailaora» Cristina Hoyos, a lo flamenco (esperemos que los puristas catalanistas no se enteraran de ello). Tampoco creo que les guste la historia que vamos a relatar. Sin querer personalizar podemos encontrar en los iconos del nacionalismo, unos orígenes absolutamente contrarios a lo que luego fueron y representaron. Lluís Llach es nuestro ejemplo escogido. Según su propia página web: «el padre era médico, hijo de terratenientes y la madre una maestra de Porrera (Tarragona)». El hombre que compuso en 1968 *L'Estaca* que se convirtió en un popular himno antifranquista, que se autoexilió a Francia y regresó a España en olor de multitudes, tiene una historia familiar algo comprometedor con esta imagen tan progresista y catalanista. En el fondo, la historia de su saga familiar es la historia de buena parte de catalanes (aunque quieran ocultarla).

Por parte paterna, los Llach procedían de Sant Martí el Vell (Gerona) y de una familia acomodada. Su tatarabuelo Joaquín Llach y Coll, fue el jefe carlista de la provincia de Gerona. En 1874 había estado aún pegando trabucazos contra los liberales. Su bisabuelo fue dirigente de la Junta Tradicionalista de la provincia de Gerona, su abuelo, Joaquín Llach i Coll, siguiendo la tradición, fue nombrado en 1921, presidente de la Junta Provincial Tradicionalista de Gerona. En 1926 se homenajeó al primer Llach de la saga donde: «se hizo el acto de juramento de la

bandera española que portaba la máxima carlista: Dios, Patria y Rey». El padre de Lluís Llach fue Josep Maria Llach i Llach, médico y «requeté catalán». En el inicio de la Guerra Civil fue perseguido por los hombres de ERC y huyó a la España nacional, luchando en un Tercio de Requetés. Al acabar la Guerra fue el alcalde «franquista» de Verges de 1950 a 1963. En el libro «Lluís Llach. Siempre más lejos» (de Omar Jurado y Juan Miguel Morales), define a su padre: «Mi padre era alcalde, y había luchado junto a los nacionales de una manera bastante `heroica`, porque había pasado la frontera dentro de una bota de vino, con peligros, arriesgando la vida e incluso habían matado a un primo suyo, de su mismo bando, durante la guerra. Por lo tanto, él era un franquista convencido».

Respecto a la rama materna, tenemos los siguientes datos: el apellido de su abuelo era Grande, conocido como «el abuelo Grande», era inspector de policía en Barcelona (más aún de la «policía secreta» que combatía a los anarquistas). Su abuela, María Vall y Figuerola, era una entusiasta franquista y su nieto la describe así: «Yo creo que mi abuela tenía una especie de maldad siniestra... mi abuela era un personaje terrible». Respecto a su madre, se cuenta que: «Su madre no quería que se dedicara a cantar porque pensaba que no sería nunca nada, ella quería que estudiase. Además, era muy del régimen de Franco, como el padre, y cuando Lluís empezó a hacer canciones políticas y a tener problemas con el franquismo la familia se preocupó muchísimo. Y es que el niño les salió... ¡madre mía!...». La hermana de la abuela, Pilar Vall y Figuerola, no se quedaba corta. Fue la fundadora de «Falange Española» en la provincia de Tarragona, detenida en 1936 y torturada en el barco «Uruguay». Lluís Llach la recordaba así: «Mi tía Pilar, fundadora de Falange en Tarragona, una señora familiarmente acogedora, pero muy difícil de aguantar, por su fanatismo tanto religioso, como político y personal, pero lleno de buenas intenciones». Durante su juventud fue vicepresidente de la organización ‘Los Cruzados de Cristo Rey’ en Figueras y militante falangista. El mismo se definió así: «Sí, fui lo que podríamos decir un chico fascista... Palabras como Imperio, bandera, patria, nación, deber, orden, me exaltaban apasionadamente». Esto nos recuerda una conversación que tuvimos con el cantautor Paco Ibáñez. Quería mucho a su abuelo y se alegró cuando le recordamos que fue un gran carlista. «Sí», reconocía el cantautor, «era un gran hombre pero lo tenían engañado». El tema es que a lo mejor era el nieto el engañado por no haber sido fiel a los ideales que encarnaba su abuelo.

## 128. LOS MÁRTIRES DE MONTSERRAT Y...

Mientras que el catalanismo, especialmente izquierdista, deambulaba por el exilio, en Cataluña se fue granando una nueva hornada de catalanistas. Montserrat fue su cuna nuevamente, aunque esta vez el agravio era mayor, pues la comunidad había dado 23 mártires en la persecución religiosa de 1936. Hasta entonces, en la milenaria historia de Montserrat, no se había elevado a los altares a un solo padre benedictino (exceptuando un hermano portero, si mal no recordamos). Recientemente, el padre Santiago Cantera Montenegro, benedictino de la Abadía de la Santa Cruz de El Valle de los Caídos, publicaba un artículo titulado *La fecundidad de la vida monástica: monjes y ermitaños mártires en España (1936-1937)*. En él da cuenta del martirio de los 23 benedictinos montserratinos (uno de ellos estaba en El Pueyo, en Aragón). El 19 de julio de 1936 los monjes escondieron la talla de la «Moreneta», retiraron el Santísimo y se dispersaron. El peligro era inminente pues en Barcelona la prensa revolucionaria llamaba a la destrucción de Montserrat (cosa que ahora se silencia, como la quema de la Sagrada Familia y la profanación de la tumba de Gaudí). Sólo una rápida actuación de la Generalitat impidió que los anarquistas quemaran el templo.

A pesar de contar con salvoconductos, muchos monjes fueron detenidos y asesinados. La edad de los mártires iba desde los 18 años de Hildebrando Casanovas, hasta los 82 del Padre José M<sup>a</sup> Fontseré. Éste último, al ser detenido con sus compañeros por un grupo de milicianos, fue empujado cruelmente por las escaleras de la vivienda donde se habían refugiado, porque las bajaba con dificultad. Luego fueron fusilados en un cruce de calles de Barcelona. Otros monjes desaparecieron en la estación de ferrocarril de la plaza de Cataluña y aparecieron muertos en el depósito del Hospital Clínico, el 29 de julio, siendo arrojados a una fosa común del cementerio sudoeste de Barcelona. De muchos de ellos nos ha llegado su ofrecimiento martirial. Recogemos el del Padre Fulgencio Albareda que, al ser detenido en Tarrasa, pidió: «Ofrecer su vida a Dios por la salvación de España». Hoy, milagrosamente, se ha iniciado el proceso de beatificación de estos monjes cuya memoria, al igual que la del obispo Irurita, estuvo tanto tiempo olvidada.

El Abad de Montserrat, el Padre Marcet, junto con tres de sus monjes, conseguía huir de Barcelona en el barco Princessa María. Desde Francia, dio orden a sus monjes en edad militar de que se alistaran al Ejército nacional. Cuando pudo entrar en España, a mediados de julio de 1937, acompañado del Cardenal Gomá, visitó a Franco en Salamanca. Acabada la Guerra, los monjes supervivientes y el Abad Marcet tuvieron muy presente a sus mártires. En el mismo año 1939, la antigua aula capitular fue totalmente renovada y dedicada a los monjes mártires. Tres de los bajorrelieves de los capiteles de las gruesas columnas que sostienen la bóveda



representan escenas relacionadas con su martirio: su sacrificio, el retorno de sus restos y su glorificación. En la sala, hallamos dos significativas leyendas: «la nueva era de los mártires» y «año 1939 de la salvación recobrada». En 1951, en una nueva cripta de la Basílica, dedicada a los mártires, fueron inhumados los restos del Abad Antonio M<sup>a</sup> Marcet y de once de los monjes mártires, pues así lo había manifestado como última voluntad. El biógrafo del abad Marcet, Josep Tarín-Iglesias (*L'abat Marcet. Mig segle de vida montserratina*) recoge el dolor de Marcet en los primeros momentos de la Guerra, cuando fue asesinado uno de sus hermanos, junto con sus tres hijos y su yerno: «Fue durante aquellos tres años —escribía el Abad Marcet— los más terribles y gloriosos de la Historia de España, en los cuales toda una civilización milenaria estuvo en peligro de hundirse en la barbarie más desenfrenada». A Dom Marcet le sucedió en 1946 como nuevo Abad Dom Aurelio M. Escarré. El caso del Abad Escarré merece un epígrafe aparte pues representa una analogía de la transformación de una Iglesia, de agradecida a Franco por su salvación a la lucha antifranquista por antonomasia.

## **129. ...EL «MÁRTIR» DE MONTSERRAT: ESCARRÉ, EL ABAD QUE NO ERA ABAD**

El Abad Escarré es una figura trágica donde las haya. Albert Alay, diputado de ERC durante la Transición, en un artículo, afirmaba que: «No veía claro que el Abad Escarré podía ser un héroe olvidando que había tardado veinte años en dejar modestamente de ser franquista». Ciertamente Escarré es un caso digno de análisis. El hombre que había acompañado y recibido a Franco bajo palio durante tantos años, de golpe, con motivo de la celebración de «25 años de paz» tras la Guerra Civil, se «convertía» al catalanismo. El 14 de noviembre de 1963, realizó a *Le Monde*, unas declaraciones pidiendo la reconciliación de los españoles, realizando acusaciones contra el franquismo y asumiendo que Montserrat debía ser el centro de la protección de la cultura catalana, pues «Catalunya és una nació entre les nacionalitats», dentro del Estado Español. El Gobierno reaccionó secuestrando todos los números de *Le Monde* que llegaron a España. Pero un «inteligente» Fraga, mandó que el artículo fuera publicado en los medios del Movimiento con un comentario condenatorio. Así todo el mundo se enteró de las declaraciones. Hubo un aluvión de adhesiones, especialmente de ateos comunistas o republicanos y así se convirtió en el epicentro de

una tormenta que ha llegado hasta nuestros días. En 1965 se veía obligado a dejar su cargo en la Abadía y a exiliarse. La versión «oficial» del catalanismo es que el Régimen no aceptó la disidencia y presionó para que Roma lo apartara de su cargo. De ahí la fama de «mártir del franquismo».

Pero hay otra versión de los hechos, menos conocida, incluso enterrada en lo más profundo de algunas conciencias. El periodista Eliseo Bayo, en la revista *Interviú*, en marzo de 1979, explicaba la otra versión sobre el asunto Escarré. El artículo se titulaba *Montserrat, símbolo antifranquista. La otra historia del abad Escarré*. Tras muchos años de silencio, por fin, un viejo monje, Don Narcís Xifrà, y otros compañeros benedictinos, decidieron enfrentarse al dominante ambiente montserratino. El mencionado monje editó *Montserrat. Julio de 1936* (Balmes, 1977), que levantó ampollas en todos los sectores españolistas y franquistas. Por tanto, nuestro monje no era sospechoso de carca ni de anticatalanista, más bien lo contrario: había luchado en la clandestinidad, desde 1942 contra los alemanes hasta la liberación de Francia. En 1937 había escrito en Francia artículos contra Franco. Por su carácter antifranquista, el mismo Escarré —cuando era franquista— le tenía amenazado y lo mantuvo exiliado un buen tiempo. Narcís Xifra y otros monjes tuvieron acceso a las memorias inéditas del General de la Orden el Padre Celesti Gusi (amigo de Escarré, aunque luego fue el que lo «defenestró»), en las que aparece la verdad de los hechos y explican la «conversión» de Escarré al catalanismo.

Lo que la mayoría de la gente ignora, cuenta Xifrà, es que Escarré, cuando realizó las famosas declaraciones a *Le Monde*, ya había sido «defenestrado» de su cargo dos años antes. La causa era que tenía dificultades graves con la comunidad por sus excesos, y abusos de poder, y que le había hecho acreedor de una sanción del Vaticano. En 1961 (las declaraciones a *Le Monde* fueron realidad en 1963), los monjes más influyentes obligaron a Escarré a escribir una carta de renuncia al General de los Benedictinos. Alegó motivos de salud (no era verdad) y solicitaba un coadjutor que gobernase la Abadía, siendo entonces nombrado el Padre Brassó. Aun así, reclamó honores suplementarios y mantener el título de Abad. Ningún catalanista se quejó de esta renuncia, pues había motivos al parecer más que oscuros. Además, fuera del Monasterio nadie sabía de la dimisión de Escarré, pues seguía manteniendo prerrogativas de Abad que ejercía externamente.

¿Cuáles fueron las causas de que la comunidad pidiera que Escarré fuera apartado? La respuesta es autoritarismo, mal gobierno que dividió a la Comunidad, gastos más que suntuosos y un misterioso caso que, confiesa Xifrà, según el Código de Derecho Canónico, incurría en delito de excomunión. Este caso —y aquí debemos andar con precaución— parece que se refiere al «secuestro» del Padre Maiol Baraut. Este monje fue encerrado en «Can Castells», una residencia del Monasterio, enfermo, vigilado, espiado y golpeado. Fue rescatado «in extremis» gracias a las gestiones de

un hermano suyo, provincial de otra Orden, ante la Sagrada Congregación de Religiosos en Roma. Nuestro monje afirmaba que todo había quedado documentado por escrito, aunque de momento las autoridades eclesiásticas mantienen un hermético silencio sobre el asunto.

Con toda la Comunidad en contra, a punto de ser encausado en Roma, con una «defenestración» disimulada, Escarré estaba al borde del precipicio. Entonces fue cuando aquel Abad franquista realizó las famosas declaraciones contra el franquismo. Sabía que con ellas pasaría de «villano» a «héroe» (y no se equivocó). Cuando Escarré fue finalmente apartado de Montserrat, según Xifrà: «Las razones eran fundamentalmente monásticas. Fuera de unas contadísimas excepciones (se podrían contar con los dedos de una sola mano) toda la Comunidad era, y es, catalanista y democrática: más que Escarré y más sinceramente que él. En todo caso, lo que les desagradaba no era lo que Escarré decía, sino el hecho de que lo dijera él, atendidos sus antecedentes franquistas, el despotismo de su abaciado y el lugar que ocupaba. Hay que recalcar que sus declaraciones fueron hechas cuando era Abad dimisionario». Escarré intentó maniobrar en Roma, pero un visitador constató que la mayoría de monjes, el ochenta por ciento, querían que Escarré dejara el cenobio y así se lo exigían.

El Abad Gusi ofreció a Escarré la posibilidad de salvar su buen nombre, de forma que en lugar de ser expulsado del Monasterio se ausentara por su propia voluntad. Así lo aceptó y prometió mantener esta actitud. Pidió únicamente volver a Montserrat para recoger sus cosas y operarse en Barcelona. Pero a su regreso, desde la clínica y el Monasterio, inició una actividad frenética enviando centenares de cartas y rodeándose de gentes para dar a entender, o diciéndolo claramente, que había sido expulsado por razones políticas. Los sectores catalanistas populares se sensibilizaron con la noticia. Las mentiras de Escarré fueron aumentando hasta rozar lo inmoral. Él mismo se estaba forjando como un mártir del franquismo. Traicionó al Abad Bressó, pues habían pactado una explicación para la prensa, y a última hora entregó otra que él había redactado; en fin, bochornoso. Todo ello escandalizó a los monjes de Montserrat: Casiano Just, entonces Prior, según explicó él mismo, le escribió una carta muy dura, reprochándole el embuste y la calumnia en que había incurrido. Hay constancia de esta carta, por más que ambos se reconciliaran después en el Monasterio de Cuixá, y por más que el futuro Abad siguiera los pasos catalanistas y antifranquistas del primero. Escarré continuó con su demencia particular y pidió audiencia al Papa Pablo VI, pero éste jamás se la concedió. La razón fue que la nota de prensa que entregó a los periodistas daba a entender que Pablo VI se había posicionado con el franquismo y le había dejado tirado (cuando Pablo VI, no le tenía, precisamente muchas simpatías a Franco). El Papa concluyó que se trataba de una persona enferma y que obligarle a un desmentido promovería más el escándalo. Y

esta es la historia del Abad Escarré, «mártir» por Cataluña.

### **130. EL OLVIDO DE IRURITA Y LA COMPLEJIDAD DEL CATALANISMO ECLESIAÍSTICO**

En 1930, el obispo Manuel Irurita fue nombrado Metropolitano de Barcelona. El ímpetu apostólico de este navarro de ascendencia carlista, tuvo que lidiar con una Diócesis donde el ambiente anticlerical era más que evidente, donde se viviría con especial intensidad la llegada de la II República y, lo peor, donde los católicos estaban divididos, especialmente entre los catalanistas y los tradicionalistas, sin contar con los moderados o liberales. Ante la llegada de la República el idilio original entre el catalanismo-católico y el carlismo de principios de siglo, se había disuelto. El catalanismo católico, como otras asociaciones católicas en España (que preferimos no mencionar), creyó que la República se podía cristianizar y que la legalidad republicana estaba fuera de toda duda. Por otra parte, los católicos más intransigentes preveían (como luego ocurriría) que la República sería profundamente laicista y anticatólica y que acabaría en un baño de sangre.

Llegando Irurita a la Diócesis de Barcelona, coincidió con la fundación de la *Federació de Joves Cristians de Catalunya* — Federación de Jóvenes Cristianos de Cataluña (FJCC), que fueron conocidos, y a partir de ahora así los denominaremos, como *fejocistas*. Su fundador fue un buen sacerdote Albert Bonet, inspirado en un retiro en Montserrat en septiembre de 1930. Sin lugar a dudas, las intenciones de este santo sacerdote eran apostólicas, pero él mismo reconocía las influencias juveniles que había tenido del ambiente literario y cultural católico de la *Renaixença*. Por eso, en el ambiente fejocista se vivía una mezcla de catolicismo y catalanismo, aparentemente ingenuo. En el segundo párrafo del ideario de los fejocistas se puede leer: «Si sueñas con una Patria [en referencia a Cataluña] noble, rica y fuerte, una Patria ejemplar y envidia de otros pueblos... ven a la FJC de Cataluña».

La FJCC tuvo un arranque espectacular y en 1936 contaba ya con 14.000 jóvenes y 8.000 adolescentes, encuadrados en la organización. Ello fue debido al apoyo de los sectores cristianos más catalanistas como la *Lliga Espiritual de Nostra Senyora de Montserrat*, el periódico *El Matí* (católico-catalanista), el centro cultural *Blanquerna* y otras fuerzas católico-catalanistas. En principio, hasta el Cardenal Gomà no manifestó ninguna desconfianza hacia la FJCC; sí en cambio el obispo de Gerona,

Mn. Cartañá, que sospechaba —y con razón— que el fejecismo escondía una estrategia contra la Acción Católica española. Prueba de ello fue el entusiasmo del cardenal Vidal y Barraquer (Obispo de Tarragona y catalanista, que a diferencia de Irurita se salvó en 1936 gracias a las gestiones de la Generalitat), aprobando la FJCC el 7 de agosto de 1931 en la Conferencia Episcopal tarraconense. La Acción Católica española había sido reorganizada por el cardenal Enrique Reig y Casanova, con el documento *Principios y base de reorganización de la Acción Católica española* (1926) y dependía del Primado de Toledo. Por tanto, veladamente, los fejecistas eran una alternativa catalanista a la organización eclesial española de la Acción Católica.

Por otro lado la Lliga, que aglutinaba políticamente a los católicos catalanistas conservadores, y más tarde la Unión Democrática de Cataluña, partido de cristianos más liberales, y no confesionales, no se atrevieron a apoyar a Irurita ante la infinidad de ataques que recibía. La Lliga, como se sabe, no se casaba con nadie, y fue tanto monárquica, como primoriverista y luego republicana. Irurita, finalmente, se sentía sólo pero clarividente. Los únicos apoyos incondicionales que tuvo fueron los de los elementos tradicionalistas agrupados en torno a *La Hormiga de oro* y *El Correo catalán*; además de multitud de fieles que convivían en torno a asociaciones piadosas y parroquias, a las que no había llegado el catalanismo.

El 30 de enero de 1932 el obispo Irurita, ante los acontecimientos que se precipitaban, hacía un llamamiento a los católicos de la Diócesis de Barcelona en su pastoral *Ante la Cruz de Cristo*. En ella, de paso, ponía contra las cuerdas a las autoridades republicanas: «Advirtiendo y amonestando a todas las Autoridades y pidiéndoles por las entrañas de Jesucristo y por el juicio terrible que les aguarda, que repriman esos atentados [en referencia a costumbres licenciosas, modas desenfrenadas, prensa impía y blasfema] modas y otros más contra la moralidad pública y la Iglesia de Dios. Denunciamos finalmente, la indiferencia y cobardía de tantos católicos, entre los fragores de una lucha que no se puede eludir, así como aplaudimos y bendecimos a los valientes defensores de la causa católica». Estas eran las palabras de un Pastor con verdadera autoridad. A buen entendedor... La labor pastoral de Irurita fue dura a la vez que fructífera y fue recompensada con el martirio.

**Una pequeña-gran crisis eclesiástica:** Para comprobar las diferencias entre los sectores catalanistas y los que no lo eran, baste este relato. Cuando Macià fue elegido presidente de la Generalitat, uno de los primeros que se presentó a rendir pleitesía fue el Cardenal Vidal y Barraquer, para sorpresa e incómodo de muchos republicanos anticlericales y de muchos católicos temerosos de la República. Ello agradó a Macià. Cuando éste, años después agonizaba en el Palacio de la Generalidad, el obispo Irurita no envió ningún sacerdote, debido al carácter laicista de este hombre público. No se le conocía

práctica religiosa ni interés por la religión ni había solicitado un sacerdote. Parece ser que la familia de Macià, ofendida, llamó a Vidal y Barraquer y éste, a su vez, a Irurita. Como Primado le ordenaba que enviara un presbítero para atender al Presidente. Irurita accedió, pero dispuso que fueran varios clérigos con el viático para que entraran por la puerta principal del Palau, y que la gente fuera consciente del «arrepentimiento» de Macià. Pero los funcionarios prefirieron que entraran discretamente por una puerta lateral. No sabemos si Macià confesó o no, pero este hecho nos muestra cómo estaban las cosas por entonces. Tampoco hay que creer que entre el fejocismo e Irurita había desencadenada una lucha a muerte. El obispo Irurita había conferido sueldo de rector al Doctor Albert Bonet, consiliario de la Federación de Jóvenes Cristianos de Cataluña, para que se dedicara en exclusiva a la tarea de apostolado la juventud.

### **131. LOS FEJOCISTAS: MÉRITOS Y MISERIA**

Los *fejocistas* (mal nombre escogieron pues, muchos incultos de la FAI creían que se llamaban a sí mismos *fascistas* —confundían *fejocistas* por *fascistas*— y ya sólo por eso les detenían) eran realmente fervientes católicos, entregados a sus ideales, y deseosos de una regeneración cristiana de la sociedad catalana. El catalanismo lo iban inoculando con «naturalidad» pero sin la más mínima conciencia de ello ni de sus consecuencias. De ahí que vieran natural aceptar una República que se había impuesto con un golpe de mano y con la connivencia de una monarquía raquíta. Al estallar la Guerra muchos militantes fejocistas y sacerdotes consiliarios fueron perseguidos y asesinados. Sus ejemplos martiriales son impresionantes: como el de una familia numerosa de fejocistas a las que la FAI asesinó al padre y tres hijos varones. Algunos de ellos ya han sido beatificados y se ha promovido la beatificación de 300 más.

El fundador de los *fejocistas*, Albert Bonet, pudo huir en barco de Barcelona con otro clérigo, Carles Cardó (también catalanista) y el Padre Joan Bonet i Baltà (sobrino de Albert, y uno de los principales historiadores —catalanista— de la Iglesia en Cataluña). En el mismo barco les reconoció su error de haber confiado en la República y haber sido tan ingenuo, y, una vez en Italia decidió pasar al bando nacional junto a Félix Millet (de la saga de los Millet del Palacio de la música que ha

acabado en una mafia familiar). Escribieron una carta de adhesión a Franco, a la que el General les contestó amablemente. Visitó al capellán de Franco, José María Bulart y al mismísimo General. Posteriormente fue por toda Europa defendiendo la causa del bando nacional.

**Digresión curiosa:** En nuestro libro anterior sobre el nacionalismo catalán ya hicimos referencia a la curiosidad de que el confesor de Franco fuera catalán. No teníamos datos de cuánto duró esa relación de capellanía, pero resulta que fue toda la vida. Falleció el sacerdote en 1981. Había sido capellán de Franco desde el 4 de octubre de 1936. Franco había pedido a su amigo el obispo catalán Pla y Deniel un capellán, y éste le propuso a José María Bulart, un joven sacerdote catalán licenciado en Sagradas Escrituras. Tras la Guerra, el capellán, que también era Rector de la iglesia del Buen Suceso, formaba parte del paisaje familiar de El Pardo. Acompañaba a Franco ante el televisor, sobre todo cuando se emitían partidos de fútbol: «Antes del furor de la televisión hablábamos mucho, pero en cuanto apareció ésta se quedaba embebido en el aparato y claro, ya no podíamos hablar tanto». A pesar de ser un privilegiado conecedor del franquismo y sus intrínquilis, no dejó papeles ni memorias, rechazando repetidas veces propuestas editoriales para publicar sus memorias.

Acabada la Guerra Albert Bonet, como muchos catalanistas, quedó descolocado. Planteó en 1943 la necesidad de una universidad católica en España, convencido de que la acción social y evangelizadora eficaz pasaba por hermanar pensamiento y acción. Incluso ponía como ejemplos a Lenin, Mussolini o Hitler. Llegaba a afirmar que: «la fuerza no debe descartarse totalmente de las luchas ideológicas normales de los pueblos». Pla i Deniel le nombró Secretario General de la Dirección Central de la Junta Nacional de Acción Católica española. En 1963, aquél entusiasta de la evangelización ya estaba «quemado» y dimitió, volviendo a Barcelona. Sus escritos finales, en castellano, tienen ese resabio de la ilusión perdida: «Digámoslo sin rodeos ni eufemismos. El alma española no vivía conscientemente ni la liturgia, ni la dogmática, ni la moral, ni la sociología católicas. Estos grandes valores no habían llegado a la gran masa popular, ni a la mayoría de la clase media, ni a las clases aristocráticas, a pesar de que éstas se habían formado casi íntegramente en colegios dirigidos por religiosos»; o también «de la incultura sacerdotal procede la ignorancia del pueblo y todos los gravísimos males que son su trágica secuela». Había abandonado la militancia catalanista, pero ya no supo encontrar su lugar en el mundo.

Sin embargo, los restos del *fejocismo* catalanista, cada vez más radicalizado, sobrevivieron infiltrándose en la Acción Católica. Un sacerdote clave para explicar la

supervivencia del catalanismo político será Mn. Joan Batlles y Alerm. En 1948 se adhirió a una sociedad «secreta» de sacerdotes en Barcelona, la *Unión sacerdotal* que pretendía relanzar el catalanismo y enfrentarse a la explosión de catolicismo españolista. Con los años esta asociación saldrá del armario y acabará ocupando prácticamente todos los cargos de la estructura de la Diócesis de Barcelona, hasta dejarla en el estado lamentable en que se encuentra actualmente. Esta sociedad «secreta», a base de mover astutamente hilos, consiguió colarle un gol al Dr. Gregorio Modrego, quien nombró como consiliario de las *Juventudes de Acción Católica* a Joan Batlles. Éste, como veremos enseguida, aprovechará el cargo para resucitar el catalanismo y de paso infiltrar el progresismo. Uno de los muchos cargos que consiguió fue, sin ningún tipo de preparación, dar clases en el Seminario. Ahí se dedicó a enseñar la nueva teología francesa, pensando que europeizar la teología era catalanizarla (había que alejarla del rancio tomismo y de la escolástica castellana).

**Digresión:** De forma obstinada, como si se tratase de un dogma de fe, los catalanistas en general y el clero catalanista en particular, se obsesionaron (y siguen estándolo) con que la religiosidad en el resto de España era meramente fachada y poco profunda. Claudi Ametlla, en su obra *Desde el exilio*, señala compulsivamente esta idea: «Estos días de Semana Santa (1945), España ha estado de una punta a otra en una inmensa procesión interminable [...] (en realidad es) una espectacularidad profana [...] Las famosas procesiones han degenerado: son menos cristianas... Pero el fenómeno de la aparente religiosidad española, si ha tenido estos días una paradójica exacerbación, dura todo el año. Todo el año es Semana Santa». Estas afirmaciones no son aisladas sino que fueron siempre frecuentes en el catalanismo eclesial. Para ellos la religiosidad en España era parte del «flamenquismo» y no una verdadera espiritualidad. De ahí el afán por encontrar una vía espiritual alejada del resto de España. Un historiador moderno, catalanista y progresista, José María Soler Sabaté, en una obra de colaboración, *Els catalans y Cuba*, afirma que, ante la derrota en la Guerra de Cuba contra los norteamericanos: «La respuesta de la Castilla eterna [fue] el retorno a su espiritualidad». En cambio, sostiene, la actitud catalana fue volcarse en la política y la productividad.



## 132. LAS DOS «BLANQUERNA»: SUS ORÍGENES Y SUS FINALES

Siguiendo la preocupación de formación de Albert Bonet, y tras la Guerra Civil, la necesidad de formar maestros cristianos llevó a que un canónigo de Barcelona fundara en 1948 la Escuela Femenina de Magisterio Sagrado Corazón. El Dr. Modrego, nuevo obispo de Barcelona, así lo había dispuesto para adecuarse a la Ley de Educación Primaria de 1945, que otorgaba a la Iglesia el derecho a la creación de escuelas. La intención era que, sobre todo, las religiosas pudieran obtener una formación pedagógica, a la vez que una titulación apropiada. El Dr. Urpí, igual que Albert Bonet tenía la ilusión de poder crear un día una universidad católica en la diócesis de Barcelona. Así lo manifestó en una intervención con motivo de la bendición de los nuevos locales de la Balmesiana (Biblioteca Balmes) el 4 de octubre de 1940, afirmando la necesidad de universidades católicas para formar «seglares ilustrados llamados a ser dirigentes en la sociedad». Su modelo era la universidad del *Sacro Cuore* de Milán. Con los años, la Escuela del Sagrado Corazón quedó dominada por el nacionalismo y Blanquerna se constituyó en una de las fuentes de la secularización de los colegios religiosos. Abandonó la advocación al Sagrado Corazón y se quedó simplemente como «Blanquerna» (en alusión a la novela de Raimundo Lulio). Muchas décadas después, varias instituciones eclesiales con tradición educativa se unieron en torno a Blanquerna y fundaron la «católica» Universitat Ramon Llull. En ella resisten los últimos vestigios del progresismo catalanista, y sus prolongaciones políticas, y en sus clases se defiende todo menos la doctrina cristiana que añoraba el fundador.

Antes de la Guerra existió un centro cultural catalanista denominado también Escola Blanquerna. Esta escuela, de eminente carácter catalanista, no tenía en principio nada que ver con la historia que hemos relatado. Fue fundada por Alexandre Galí, un afamado pedagogo colaborador de Prat de la Riba (fundador del nacionalismo catalán). La escuela fue prohibida en 1939, pero el hijo del pedagogo, Raimon Galí y Herrera la reconvirtió en la Escola Virtèlia. Analizar la historia de este centro educativo es fundamental, pues en él estudió gran parte de futura clase dirigente política catalana, como Jordi Pujol o Pascual Maragall (entre otros muchos que luego veremos). Hemos de destacar, en esta síntesis casi imposible, que Raimon Galí fue uno de los profesores de los cursos de formación de dirigentes de la *Juventud de Acción Católica* de Mn. Juan Batlles (del que hemos hablado antes, y que pertenecía a la Sociedad «secreta» Sacerdotal). Raimon Galí será el padre espiritual, en lo político, de Jordi Pujol. En esta elitista escuela de la burguesía catalanista barcelonesa se fundará la Cofradía —cómo no— de Nostra Senyora de Montserrat de Virtèlia. De ella serán miembros Jordi Pujol o José María Bricall (que sería destacado

miembro PSC-PSOE y Rector de la Universidad de Barcelona) o Antonio María Badia y Margarit, cófrade mayor, que a la postre también acabaría siendo Rector de la Universidad de Barcelona; o Eduard Barnadas y Gassó (futuro Presidente del Patronato de la Fundación Rellu) o Antoni Bascompte, futuro presidente de Enciclopedia Catalana, y futuro responsable de la delegación diocesana de Economía, en tiempos del Cardenal Jubany, además de colaborador de Jordi Pujol y de Banca Catalana en la toma del control de *El Correo Catalán*. La lista es interminable.

El Padre Joan Batlles consiguió a través de la Escuela Virtèlia (de las que saldrían los cuadros del catalanismo político) y de las Congregaciones Marianas de los Jesuitas (semillero de intelectuales progresistas que recalarían en revista *El Ciervo*), aunar la futura elite «democrática» catalana. Sin embargo, por definición, una elite es reducida, y ante el obispado tenía que representar que la Juventud de Acción Católica, movía multitudes (más en una época en la que en Barcelona florecían los Cursillos de Cristiandad). Elitista por naturaleza y falta de tropa, Batlles incorporó en la *Juventud de Acción Católica* cualquier iniciativa que moviera jóvenes, como el movimiento escultista de Mn. Antoni Batlle. Este sacerdote catalanista, que se había salvado de la quema del 36, volvió a Cataluña y semiclandestinamente reinició el escultismo catalanista. En 1948 ya tenía organizados 21 grupos excursionistas; también incorporó la *Juventud Obrera Católica* de la que saldrían tantos comunistas y antifranquistas. En fin, que se hizo con un «proletariado» que sus dirigidos, los futuros dirigentes de Cataluña, podrían utilizar para sus fines.

**Orígenes del terrorismo catalán contemporáneo:** Se conservan fotos de Mn. Antonio Batlle con sotana y José María Batista Roca (aquél que durante la República ya preparaba bajo tapaderas excursionistas grupos paramilitares). En 1977, y aquí hay versiones para todos los gustos, Batista y Roca habría organizado y asesorado al Ejército Popular de Cataluña (EPOCA), que asesinaría a dos prohombres catalanes: Bultó y Viola. En el juicio, todos le echaron la culpa a Batista y Roca que ya acababa de fallecer. De ahí que no pudo juzgarse al responsable último de los asesinatos. Más abajo relatamos el asunto con más detalle.

## 133. CURAS COMUNISTAS «CON SOTANA» Y CONTRA FRANCO

La «Unió Sacerdotal», esa organización «secreta» y catalanista, fundada por Manuel Bonet Muixi, en los años 60 contaba con unos 230 sacerdotes en la Diócesis de Barcelona. Uno de sus lemas era «prediquem la catalanitat» (prediquemos la catalanidad). Pretendían presionar para que Roma nombrara como obispo a Bonet y fueron los promotores, entre otros, de la campaña *¡Volem bisbes catalans!*, que consiguió apartar a Don Marcelo González de la Diócesis. En esa campaña estuvieron implicados miembros de CDC como Jordi Pujol, Albert Manent o Josep Benet y fue financiada por Fèlix Millet i Maristany, el padre del corrupto director del Palacio de la Música, con el dinero del Banco Popular Español).

La vida eclesial catalana se iba agitando. En las parroquias se realizaban reuniones antifranquistas, como reconocía Alay, diputado de ERC: «nos reuníamos en conventos de monjas o en la Iglesia de san Felipe Neri». Con excusa del «diálogo» en las algunas parroquias se fundaban y reunían las secciones de Comisiones Obreras, invitadas por las Juventudes Obreras Católica y los Obreros de la Acción Católica. Mientras los sacerdotes de la «U» (así se conocía a la secreta Unión Sacerdotal) iban calentando el ambiente. El 24 de abril de 1965 con excusa de la proximidad de la festividad de la Virgen de Montserrat, varios sacerdotes con sotana se manifestaron ante el obispado de Barcelona gritando: «¡Libertad Cataluña, Juan XXIII, Muera España, Abajo Modregro!». Estos sacerdotes no tenían reparo para manifestarse luego, sin sotana, con los comunistas, el 1 de mayo de 1965. En 1966 los PP. Capuchinos de Sarrià acogían una *asamblea universitaria* compuesta de intelectuales especialmente de izquierdas marxistas y nacionalistas. Ese mismo año, el 11 de mayo, 60 sacerdotes con sotana (luego se la quitaron para no ponérsela nunca más), bajaron por la Vía Layetana para manifestarse ante la comisaría de policía por la detención de unos universitarios. La excusa, falsa, es que había muerto un estudiante en un encontronazo con la policía. En mayo-junio del 66 se realiza la campaña *¡Volem Bisbes catalans!* En los años 66 y 67, el Seminario de Barcelona ensaya una nueva forma de educar seminaristas. Los reúne en pisos en grupos de cuatro o cinco. Una gran parte de ellos abandona el seminario, o se ordena y seculariza inmediatamente y —misteriosamente— acto seguido se convierten en revolucionarios y contestatarios.

No todo eran desgracias. También hubo muchos, buenos y santos sacerdotes que intentaron reaccionar ante el dislate. Uno de ellos, Mn. Piulachs fundó la *Asociación Sacerdotal de San Antonio María Claret*, con el fin de contrarrestar los efectos nefastos de la «U». Ésta última no paraba en sus agitaciones. El 9 de julio de 1967, organizaron el secuestro de la «Virgen de Nuria» cuando iba a ser canónicamente

coronada. En 1969, el propio clero progresista empieza una campaña contra la paga estatal del clero. El Partido Comunista, a través de sus órganos de prensa clandestinos (a veces instalados en parroquias como la de san Pablo del campo) hacen eco de todas las protestas eclesiales de la «U». El nuevo Abad de Montserrat, Casiano Just, se suma a la movida progre-montserratina. La revista del Monasterio, *Serra d'Or*, al igual que otras revistas cristianas, invita a participar a comunistas. Gracias al Concordato que protegía las publicaciones eclesiásticas de la censura, estos intelectuales campaban a sus anchas. Los colegios religiosos empezaban a perder el norte, las vocaciones decaían en picado, la asistencia a los servicios religiosos acompañaba esa debacle... y hasta ahora, donde la soñada Cataluña cristiana de Torras y Bages es un erial. La religión católica ha sido sustituida por la religión catalanista.

## **134. CUANDO EL FIN DEL INDEPENDENTISMO ERA EL COMUNISMO Y LA MUERTE DE LAS NACIONES: BREVE HISTORIA DEL CATALANISMO RADICAL (EL SIGLO DE LAS SIGLAS)**

La historia del catalanismo radical del tardofranquismo e inicios de la Transición es poco conocida para el gran público, pero fundamental para entender las actuales derivas y contradicciones del nacionalismo catalán. Pasemos como siempre a una sumaria exposición. La resistencia interior del catalanismo de izquierdas (proveniente de la ERC de la República), había envejecido más rápido que Franco. La ideología del momento era el socialismo y los movimientos de Liberación Nacional Marxistas (los Che Guevara y los Gadafis, se llevaban más que los Macià y los Prat de la Riba). En 1969 se funda el Partit Socialista d'Alliberament Nacional (PSAN), para impulsar una revolución socialista en Cataluña. La mayoría de movimientos marxistas eran claramente españoles y, por tanto, deseaban crear una vía marxista propiamente catalana. Pronto (siguiendo la tradición de atomización del catalanismo) el PSAN se escindió en dos: los más «moderados» y los que querían plantear una lucha estilo ETA, que pasaron a llamarse PSANp (provisional). El PSAN, a su vez, se dividió y se organizó el MUM (Movimiento de Unificación Marxista) que impulsó las CUPS (Candidaturas de Unidad Popular hacia el Socialismo). Hoy uno de los grupos más

radicales, heredero directo de las organizaciones terroristas catalanistas, se denomina CUP; lo del socialismo lo han retirado para no asustar demasiado al personal. Luego el PSANp se convirtió, en 1979, en IPC (Independentistes dels Països Catalans). No en vano alguien dijo que el siglo xx era el siglo de las siglas.

Un año antes, en 1978 se había fundado *Terra Lliure* (Tierra Libre) un grupo que quería emular a ETA, aunque con resultados bastante penosos. Este grupo era el heredero del Ejército Popular de Cataluña (EPOCA), que había asesinado a Joaquín Viola (último alcande franquista de Barcelona y gran amante de la cultura catalana) y a José María Bultó. *Terra Lliure* empezó a conocerse en España cuando secuestró y pegó un tiro en la pierna al ahora famoso periodista Jiménez Losantos. El discurso político de *Terra Lliure*, aparte de la consabida independencia, hoy suena algo caduco. En su primer manifiesto, *La Crida de Terra Lliure* (La llamada de Terra Lliure), alerta de la destrucción ecológica a causa de los incendios, defenderse de los ataques de los «lerrouxistas» y otros españolistas, ataques a las fuerzas de ocupación y a Televisión Española y alguna «boutade» más. En 1984 surge el primer número de *Alerta*, su órgano oficial. Y ahí la doctrina ya está más elaborada, aunque leída con los años nos retrotrae a la época de la Unión Soviética. Se habla por ejemplo, y esto es muy importante, de que la independencia es simplemente un medio para conseguir la revolución socialista. Con palabras literales, los objetivos políticos se describen así: «realizar la Revolución Socialista en los Países catalanes y conseguir la independencia y la reunificación. Es decir, luchamos por conseguir el futuro Estado socialista e independiente de los Países catalanes». Evidentemente cuando se habla de socialismo se está haciendo en sentido plenamente «marxista». Sigue el discurso: «Conseguir la independencia es la única forma que tenemos los trabajadores y trabajadoras de los Países catalanes de garantizar la destrucción total del poder capitalista que nos explota y, por tanto, la única vía para construir el socialismo». Lo dicho, la independencia era simplemente el «medio», pues el fin era la revolución comunista. Esto lo deberían leer los empresarios y magnates catalanistas que con ciertas veleidades guiñan a los independentistas radicales.

**La historia se repite:** Cuando en 1937 el PSUC vence a los anarquistas en Barcelona y obliga a Companys a formar gobierno con ellos, la Generalitat y el catalanismo caen en manos del estalinismo. Para los comunistas ortodoxos, las democracias burguesas eran meros instrumentos para la llegada de la verdadera revolución. En un texto del Comité Central del PSUC, *La línea nacional del PSU de Catalunya*, de 1939, se lee: «La República catalana puede ser un sueño de una separación pequeño burguesa, sin perspectiva histórica, si el PSUC no se convierte en el dirigente máximo del movimiento nacional catalán».

En 1982 se gesta el Moviment de Defensa de la Terra (MDT), que vendría a ser el brazo político de Terra Lliure (una especie de Herri Batasuna con barretina). El discurso era más rancio si cabe. Había que luchar contra «las agresiones que recibe Cataluña: políticas, ecológicas, urbanísticas, económicas y sociales, culturales y lingüísticas». Para ello había que destruir la vieja estructura social: «capitalista, policial, patriarcal y machista, consumista y alienadora» (como en aquella época aún no se hablaba de los derechos gays o transexuales,... no salen, pero ahora los meterían con calzador. La independencia lo abarca todo). Por supuesto, el catalanismo radical fue incapaz de mantener «unido» un frente político que defendiera la «unidad» de la voluntad catalana. En el seno del MDT se reprodujeron las divisiones y se escindió. Por aquella época, como ya relatamos más arriba, en los encuentros del *Pi de les tres branques* (el Pino de las tres ramas) se atizaban y atomizaban entre ellos. Las diferencias fueron del estilo que unos querían que se hablara de «Cataluña» y otros de los «Países catalanes»; o el posicionamiento en el referéndum sobre la OTAN o sobre las Olimpiadas de Barcelona y su boicoteo. Por fin, llegaría el 92 y las olimpiadas. Ni el Estado, ni Pujol, estaban dispuestos a que Cataluña diera una imagen al estilo Vascongadas. Se desarticuló Terra Lliure. Por entonces un joven (algo talludito) Ángel Colom, se había adueñado, con un pufo electoral, de ERC, el viejo y arcaico partido burgués catalanista. Acogió a la militancia radical que provenía del MDT y así radicalizó ERC convirtiéndola en independentista. Sin embargo, en el seno de la coalición estaban latentes las divisiones del nacionalismo radical y acabaron surgiendo escisiones que han convertido el mapa electoral del catalanismo en una sopa de letras indescifrable que mantiene al independentismo atomizado y enfrentado.

En resumen, y es lo más importante a destacar, tras la caída del muro de Berlín, la desaparición en todo el mundo de la casi totalidad de Frentes de Liberación Nacional (el monopolio del terrorismo ha quedado en manos de los radicales islamistas) y el hundimiento del discurso marxista, el separatismo se quedó sin objetivo ni discurso ideológico. *Ahora la independencia ha dejado de ser el medio para convertirse en el fin.* Lenin tiene un famoso discurso titulado «¿Libertad, para qué?»; nosotros podríamos preguntarles a los separatistas «¿Independencia, para qué?»: ¿Para lograr un paraíso socialista, cuando la Generalitat no hace más que pedir a las multinacionales que inviertan en Cataluña? ¿Para construir un Estado burgués y del bienestar tan odiado por los marxistas y considerado como pura alienación? ¿Para montar una macrocomuna hippy nudista pansexual de catalanes en estado puro donde todos nos liberemos de lo que nos oprime, desde el vestido y la corbata hasta el cuerpo que nos «encierra» en lo que no queremos ser? Repetimos, ¿independencia, para qué? ¿para seguir igual de mal o peor? Sólo de pensar en manos de quién caería Cataluña con la independencia, a uno le entra una «depre»; lo mejor que nos puede

pasar es «independizarnos de los independentistas».

## **135. EL SEPARATISMO DE LOS MARTÍNEZ**

Los apellidos no dejan de ser apellidos, y a pesar de que muchos separatistas eran catalanes de apellidos, hay otros casos que nos muestran el «charneguismo» que quiere hacerse perdonar siendo más papistas que el Papa. El líder «militar» de EPOCA (Ejército Popular Catalán), fue Jaime Martínez. Uno de los primeros muertos de Terra Lliure fue Felix Goñi (por defecto de la bomba que llevaba). Otro, que falleció por lo mismo, en Valencia, fue José Antonio Villaescusa Martín. Uno de los fundadores del MDT murió en una cabina telefónica cuando le estalló el artefacto explosivo que llevaba, se llamaba Joaquín Sánchez Núñez. Entre los líderes aún vivos de Terra Lliure tenemos Jaime Fernández, Carlos Sastre, Carlos Benítez, David Martínez, entre otros ilustres apellidos catalanes. Uno de los miembros más sanguinarios de Terra Lliure que pasó a colaborar con ETA, y participó en la matanza de la Casa Cuartel de la Guardia Civil de Vic, fue Juan Carlos Monteagudo. Uno de los más activistas fundadores del PSAN y radicalísimo independentista fue Carlos Castellanos. La realidad es la que es y ya estamos hartos de maquillajes. La famosa independentista Pilar Rahola siempre oculta su segundo apellido: Martínez; el que fuera durante muchos años flamante dirigente de las juventudes (independentistas) del partido de Jordi Pujol, y luego diputado, fue Carlos Campuzano. El portavoz de las Juventudes Republicanas en Barcelona, en 2008, se llamaba Gerard Gómez del Moral y se dedicaba a homenajear independentistas de Terra Lliure. Tras la sorpresa de que las radicalísimas Candidaturas de Unidad Popular (CUP) consiguieran representación en el Parlamento de Cataluña, también tuvimos la sorpresa de conocer a su portavoz: David Fernández Ramos. ¿Seguimos?

## **136. «CATALUÑA SERÁ, CRISTIANA O NO, SERÁ»: BREVE RELATO DEL ORIGEN ECLESIAÍSTICO DE LA CLASE DIRIGENTE CATALANISTA**

Ya hemos adelantado algo de lo que desarrollaremos en este epígrafe. La oposición efectiva contra el franquismo se fraguó en ambientes clericales. Los maquis, anarquistas y comunistas, eran derrotados en las montañas y las barriadas. Pero el franquismo no estaba preparado para luchar en las parroquias. Un breve repaso por la clase política actual: Artur Mas (CiU); Oriol Junqueras o Carod-Rovira (ERC), y un larguísimo etcétera... provienen de ambientes eclesiales o seminarios. El catalanismo actual no proviene de la vieja ERC que como logotipo exhibía el triángulo masónico. Sino que se arraigó en las cofradías de La Mare de Déu de Montserrat.

Mosén Batlles «ocupó» con sus jóvenes el local de la Acción Católica, en la calle Lauria 7 de Barcelona, para su formación y dirección. De ahí saldrían, además de los susodichos Raimon Galí y Jordi Pujol, por poner unos cuantos ejemplos, Antoni Plasencia (luego Decano del Colegio de Abogados), Antoni Bascompte (dirigente de CiU), Ferran Ariño (candidato contra Núñez en el Barça), Joan Antoni Benach (crítico teatral de La Vanguardia), Francesc Vila Abadal (de familia terrateniente que derivó hacia el socialismo de Joan Reventós), futuros diputados de CiU o del PSC-PSOE como Manel Royes quien sería alcalde de Tarrasa o escritores del PSUC como Manuel Vázquez Montalbán. Encontraremos también al futuro Padre Marc Taxonera, monje montserratino y verdadero cerebro político que promovió la fundación en Montserrat de CDC, el partido de Jordi Pujol, en 1974. Al grupo de CC (Cataluña y Crist) se sumó el Grup Torras i Bages, fundado por Mosén Lluís Carreras, que durante la Guerra se había hecho franquista pero que luego volvería a los cauces del nacionalismo. Por su filas pasaron Hilari Ragner (historiador e influyente monje de Montserrat), Joan Raventós (dirigente del PSC), Anton Cañellas (dirigente catalanista, primero centrista y luego amigo de Pujol), Jordi Bonet (arquitecto de la Sagrada Familia) o Jaume Carner (presidente de Banca Catalana). En los aledaños de estos círculos los nombres son interminables: Félix Martí, presidente honorario del Centro Unesco de Catalunya; Oriol Badia, exconseller de Trabajo; Alex Masllorens, diputado del PSC-Ciutadans pel Canvi o Josep Verde Aldea (PSOE), expresidente del Parlamento Europeo.

Otro de los ilustres de estos grupos fue Ferran Llopis, uno de los hombres claves en la fundación del partido convergente. En este ambiente Raimon Galí fundó el famoso CC. No todos venían de Lauria, estaban también los de las Congregaciones de los jesuitas de Balmes (Espar Ticó y Jaume Casajoana), pero todos estaban contactados por su pertenencia a la burguesía catalana. La situación estaba bien disimulada ya que incluso engañaron al pobre Dr. Modrego, cuando en 1960 Pujol



fue detenido. Ferran Llopis, Jordi Maragall y otros pidieron socorro al obispo Modrego. Éste fue a ver a Franco y el encuentro, relatado por el protagonista, fue así: «Vi a Franco. Le expliqué lo de Pujol, un joven piadoso que quizás peca de catalanista, pero de muy buena familia. Me cortó y me dijo: es muy propio de un obispo pedir clemencia. Se levantó y buenas tardes, excelencia». Con el tiempo estos grupos «apostólicos» se fueron disolviendo y sus miembros fueron aterrizando en los partidos políticos que controlarían la futura Transición. Unos acabaron en Unió Democràtica de Catalunya, muchos en la CDC de Pujol; Otros, como Quico Vila Abadal, Xavier Muñoz o Pascual Maragall, derivaron al PSC y algunos como Alfonso Comín fueron a *Cristianos por el Socialismo*. Recientemente Ferran Llopis, renegando de sus ardores espirituales de juventud, afirmó: «Lo de que *Catalunya* será cristiana o no será, inscrito en la fachada de Montserrat. Afirma que *Catalunya* será, cristiana o no, será». Pero se olvida de que nada hay eterno en la Historia y que los pueblos también desaparecen.

### **137. CATALUÑA SERÁ CRISTIANA... O SERÁ MUSULMANA**

Uno de los independentistas más paradigmáticos para nuestra generación fue Ángel Colom y Colom. Como tantos otros, sus ancestros no transmitieron bien los genes. El padre de Ángel Colom fue el alcalde franquista del pueblo de Pruit-Rupit. El hijo marchó piadoso al seminario de Vic, pues deseaba ser sacerdote. Ahí descubrió que Dios en realidad se llamaba Cataluña y por las noches se escapaba a hacer pintadas antifranquistas (así nos lo contaron). De joven, ya liberado (incluso en lo sexual), se benefició de las grandes subvenciones que los gobiernos de Pujol donaban para «crear» sociedad civil. Así, sin costarle un duro, montó *La Crida para la solidaritat*, una plataforma de reivindicaciones nacionalistas radicales. Luego supo maniobrar para apoderarse, tras un «puch», de ERC. Cuando el partido reaccionó y lo expulsó, montó el *Partit per la Independència* (PI), con la famosa Pilar Rahola, pero fracasó estrepitosamente en las urnas. Entonces nuestro personaje desapareció, hasta que le descubrimos en Marruecos en una misteriosa oficina de la Generalidad como su representante en esas tierras. Fue uno de los responsables de la llegada a Cataluña de miles de inmigrantes de origen magrebí (así lo deseaba la Generalitat pues pensaba que sería más fácil «catalanizarlos» que a los sudamericanos. De hecho ya se les organizaba ahí cursos de catalán). Lo que en principio era un «cadáver político» ha

ido resucitando y vuelve a ser causa de noticias. En CiU, como no, le dieron el cargo de secretario de Inmigración de Convergència. De por medio, como buen militante, apareció implicado en el caso Palau, reconociendo haber recibido de Millet 72.000 euros, para liquidar las deudas del PI (aunque posiblemente recibió el doble).

Desde hace poco tiempo, y con las correspondientes subvenciones, dirige la Fundación *Nous catalans* (Nuevos catalanes), cuyo objetivo no es otro que la conversión de los inmigrantes musulmanes en activistas de la causa separatista. Por eso, el otrora piadoso hijo del alcalde franquista de un pueblecito de la Cataluña profunda ahora se prodiga en los medios, inaugurando mezquitas y manteniendo relaciones con las comunidades islámicas. La labor de Colom ha sido fructífera. Del millar aproximado de mezquitas que hay en España, 232 están situadas en Cataluña, un número desproporcionado si las comparamos con las 98 de Madrid. Más preocupantes son unas declaraciones que realizó hace relativamente poco: «Si Barcelona quiere convertirse en la capital del Mediterráneo debe tener en cuenta que la religión mayoritaria en la región es el Islam. Tarde o temprano habrá que construir una gran mezquita emblemática y bonita de la que todos nos podamos sentir orgullosos». Para no perder su carácter de personajillo polémico, últimamente Ángel Colom se ha enzarzado en polémicas con catalanistas que el llama «identitarios». Les acusa de utilizar el Ave Fénix (símbolo del Renacimiento y por tanto del catalanismo) y la Cruz de sant Jordi. Acusa a los viejos compañeros de camino, los catalanistas de utilizar símbolos «fascistas». En fin, vivir para ver, ver para creer.

## **138. CATALUÑA SERÁ HISPANA O NO SERÁ... NADA**

«Espanya ens Roba» (España nos roba). Se acabó el discurso soviético anti-imperialista, se acabó financiar el baile de sardanas, se acabó integrar lingüísticamente a los ecuatorianos (por cierto, la Generalitat financia hasta webs en castellano de independentistas que son inmigrantes latinoamericanos). El nacionalismo ha encontrado su frase mágica: «Espanya ens roba». Sin embargo, el subterfugio argumentativo es viejo y corresponde a un tópico más. En 1985, gracias a la aportación de un libro de Ramón Trias Fargas sobre la asfixia económica premeditada de España contra Cataluña, titulada *Narració d'una asfixia premeditada*. Se argumentaba «científicamente» que había una premeditación de acabar con Cataluña (como si a España le interesara que su motor económico se parase). La obra

no podía ser muy científica porque el autor no es economista sino abogado; y, en el fondo, era una copia de la obra titulada *Tratado de la Hacienda Pública* (1959) del experto en fiscalidad y federalismo Richard Abel Musgrave. Una vez creado el tópico sólo hay que repetirlo hasta la saciedad.

El problema de Cataluña no es «España». El problema de Cataluña es el desvarío de sus élites políticas y económicas; es el desierto espiritual que ha dejado la religión nacionalista; es el materialismo consumista y la idolatría icónica que produce el Barça; es el complejo constante del recién llegado que necesita proclamarse más catalanista que nadie; es la incapacidad siquiera para prever un futuro inmediato fácil de dibujar: pérdida absoluta de la identidad real, al desconocer profundamente la esencia y la historia de Cataluña; una sociedad fracturada con amplios sectores islamizados; una traición de las elites abandonando a su suerte a amplias capas de la población, pues no se podrá mantener el Estado de Bienestar; una muerte vegetativa de la población, debida a las bajísimas tasas de natalidad, que serán sustituidas por masas de inmigrantes «catalanizados» y «normalizados» bajo cuatro consignas inoculadas en una escuela pública decadente e ineficaz. La Cataluña moderna o posmoderna existirá, no sé si independiente de España o integrada en ella, pero existirá sin catalanes; existirá con ciudadanos globalizados, profundamente apátridas aunque barnizados en un tinte identitario del que ignorarán hasta su procedencia. La imagen que nos viene a la mente de los futuros catalanes es la de los turistas trashumantes (que hablábamos al principio de este libro) que se pasean por nuestras tierras con una camiseta del Barça.

No sabemos si este escenario le parecerá al lector exagerado, pero tenemos el profundo convencimiento de que la Cataluña de verdad, esto es, la que puede hilarse coherentemente con su pasado, siendo fiel a generaciones y generaciones de catalanes, sólo puede ser la Cataluña hispana. La que descubra que su ser consiste en concretar y transmitir el espíritu de Las Españas. Este es el camino de la vida; lo demás será disimulo o muerte.

## BREVE EPÍLOGO

«El bien no hace ruido, y el ruido no hace bien»

(Dr. Torras y Bagés)

Pitirim Sorokin, al estudiar el proceso de crisis de las sociedades, planteaba que las decadencias no eran irreversibles. En las civilizaciones podía producirse un proceso de *catarsis* y *resurrección* en la medida en que hubiera una minoría capaz de romper con los valores dominantes y las interpretaciones de la realidad. La psicología de los pueblos no deja de sorprendernos y allí dónde hubo sociedades y civilizaciones ricas, hoy sólo quedan ruinas; o aquellas tribus que eran consideradas bárbaras, con los siglos se convirtieron en las zonas más productivas del mundo. El peor enemigo de los pueblos es la soberbia, la relajación, creerse que todo está ganado y que no hay que esforzarse una vez alcanzados ciertos objetivos. Otro enemigo es su psicología interna, su sentimiento de deriva, la pérdida del sentido de la existencia de sus miembros. La materialización de las costumbres y valores, explicaba Sorokin, sólo puede llevar a una desintegración individualista. En fin, son muchos los síntomas que podíamos encontrar en nuestra sociedad catalana que corresponderían a la fase de desintegración social.

Muchos autores han teorizado sobre el papel y función de las elites sociales; sobre su capacidad de generar modos de vida y de proponer ideales que permitan la subsistencia de los grupos. Hubo un tiempo en que Cataluña tuvo sus élites, grandes empresarios capaces de domeñar los gobiernos de España y luchar por sus intereses; capaces de crear ideologías, como el nacionalismo para legitimar sus objetivos; capaces de liderar una sociedad entusiasmándola. El historiador catalanista Ramon d'Abadal, en un borrador de carta a Jordi Nadal, en 1965, escribía: «me siento burgués y opino que la burguesía, y no la masa, es la que tiene que salvar el espíritu. La dirección del mundo, la buena dirección, es un asunto de las minorías, de las buenas minorías». Lo malo en Cataluña es que sus élites naturales han degenerado y se han extinguido ahogadas por su propio veneno. El nacionalismo ha matado el espíritu real para sustituirlo por una falsa vitalidad. El independentismo no es una manifestación de la vitalidad del pueblo catalán, sino el canto del cisne de una sociedad intoxicada por sus propias mentiras, engaños e ilusiones. Los empresarios catalanistas de principios del siglo xx nunca se creyeron su ideología, pero lucharon a brazo partido para imponerla y nadie puede negarles que sus fortunas las habían ganado con el sudor de su frente. Hoy el independentista se lo cree, pero quiere una independencia sin esfuerzos, sin sacrificios; una independencia lograda con simpáticas y mediáticas cadenas humanas como quien juega en el «esplai

parroquial», y sólo con el trabajo de cruzar la calle para ir a votar en un referéndum. Almirall, en su obra *Lo Catalanisme*, decía: «En Cataluña, nosotros tenemos que sudar y trabajar para que vivan diez mil zánganos en las oficinas del gobierno de Madrid». Mañana, quizá, deberemos decir: por fin conseguimos la independencia para pagar 200.000 zánganos de funcionarios que viven en Barcelona».

Gerard Brenan, en su obra *El laberinto español*, señalaba en el prólogo, respecto al futuro de España: La muerte por monotonía, por uniformidad, por despersonalización —si conseguimos escapar a la destrucción en otra guerra— es el destino que nos ofrece este bonito «Brave new world» (Mundo Feliz) que se caracteriza por la amalgama y el control universal. A esa muerte opondrá España una prolongada resistencia». Para que ocurriera esa resistencia, primero tendría que surgir una nueva élite, y no nos referimos a una elite económica o política, sino espiritual y cultural, capaz de reencontrar el sendero que enlaza nuestro pasado con un futuro próximo. En la crisis española y catalana de finales del siglo XVII, Sebastiano Foscarini, el embajador de Venecia en Madrid, decía: «...aunque los españoles tienen ingenio, capacidad y medios suficientes para restaurar su país, no lograrán hacerlo; y aunque enteramente capaces de salvar su Estado, no lo salvarán porque les falta voluntad de hacerlo». En estos momentos de la Historia el destino de nuestra sociedad, incluyendo Occidente pende de la voluntad de reencontrar nuestra identidad, o simplemente de dejarnos arrastrar por el torrente pre-diseñado de la globalización y sus reacciones neotribales, como los nacionalismos artificiales.

Sigue Brenan exponiendo su tesis: «Como demuestra claramente la historia, España ha existido únicamente como nación cuando se sintió bajo la influencia de alguna gran idea o impulso; tan pronto como declinaba esta idea, los átomos de la molécula se separaban y empezaban a vibrar y a chocar unos con otros. Lo vemos por primera vez en tiempo de Augusto, cuando la civilización romana sometió a las belicosas tribus iberas. Apenas acabada la conquista de la Península por los romanos cuando España hizo suya la idea de Roma, en una medida jamás lograda por la Galia, y automáticamente empezó a producir generales, emperadores, filósofos y poetas, hasta el punto de que Italia llegó a parecer una simple provincia de España».

¿Cómo puede renacer una España como la de otros tiempos? No sabemos siquiera si es lícito hacerse esta pregunta, pues podría caerse fácilmente en demagogia. Lo que tenemos por cierto es que el pasado puede ser un faro que ilumina futuros destinos, o una penumbra que nos hunda en la melancolía. El nacionalismo, al menos el catalán, padece esta tristeza espiritual. El escritor catalanista Miquel de Palol, autor de *Meditacions des de Catalunya*, sorprendía a propios y extraños con estas declaraciones: «Ahora que parece que una cierta mayoría percibe las razones objetivas de la secesión, hace falta atender en primer lugar a desoficializar el Himno dels Segadors. No se ha guiado ninguna comunidad ella misma con convicción ni con

éxito hacia un destino importante al son de un himno con modo menor y frases musicales descendentes, propios de una marcha fúnebre. Els Segadors profundiza en el imaginario oscuro, deprimente y derrotista de Cataluña». Y tiene toda la razón. Las segregaciones o independencias pueden ser fruto de la vitalidad o de la disgregación y muerte de un cuerpo social.

Muchos nacionalistas ven la independencia como el modo de liberación que permitirá recobrar una vitalidad perdida. Pero a nosotros se nos antoja más como cuando una rama muerta se desprende de un tronco al que le falta vitalidad. El catalanismo prefiere ser un fruto ya podrido caído y separado de un árbol, en vez de una de las raíces que le proporcione vitalidad. Las raíces no se ven como las ramas pero en ellas se esconde la esencia. Descubramos este árbol que es la Hispanidad y encontremos nuestro sitio en él. Entonces podremos gritar sin rubor ni contradicción aquél *¡Visca Espanya!* que daba título a un artículo de Joan Maragall, «Porque en este “Visca Espanya” —decía— caben todos los que estiman a España en espíritu y en verdad. Los únicos que no caben son aquellos que no quieren caber, los enemigos de la España verdadera». El gran poeta catalán insistía «¡El alma ibérica! ¡Qué ensueño! Pero nos lo turban castellanistas, bizkaitarras, catalanistas, portugueses, andalucistas, que no castellanos, ni vascos, ni catalanes, ni portugueses, ni andaluces». Cánovas del Castillo criticaba a aquellos que decían que «son españoles los que no pueden ser otra cosa». Que nunca llegue el día en el que se pueda decir «son catalanes porque no quieren ser españoles». Ese día, habrán muerto España y Cataluña. Y se cumplirá aquella sentencia de Vázquez de Mella: «Los pueblos se enlazan con la muerte el mismo día en que se divorcian de su historia».

**Digresión:** Dos siglos antes de nuestra era ya eran conocidos los romanos por expoliar nuestro oro y nuestras minas, aunque todavía no hemos descubierto a ningún español que esté resentido contra Italia por ello. Por el contrario, el mantra «España nos roba» es uno de los más rezados por la religión nacionalista. Tampoco hay viaje a Hispanoamérica en el que no le saquen a uno el dichoso tema del «oro que se llevaron los españoles». En cierta ocasión, al que suscribe estas líneas le acusaron del latrocinio español, precisamente visitando el Museo del Oro de Bogotá. La respuesta fue algo cínica por nuestra parte: «Si los españoles nos llevamos todo el oro, cómo es que hay tantas piezas en este museo».



**JAVIER BARRAYCOA MARTÍNEZ** nació en Barcelona en 1963; es sociólogo y politólogo. Ha sido profesor de la Universidad de Barcelona durante 18 años y actualmente es Director de Estudios de Ciencias Políticas en la Universidad Abat Oliba CEU de Barcelona. Su experiencia docente abarca las áreas de Sociología, Opinión Pública y Psicología social.

Es autor entre otras obras de: *La ruptura demográfica* (1998); *El trabajador inútil: reinventando el proletariado* (1999), *Sobre el poder. En la modernidad y la posmodernidad* (2001), *Tiempo muerto. Tribalismo, civilización y neotribalismo en la construcción cultural del tiempo* (2005); y de las obras en colaboración: *Narciso en el espejo* (2009), *Hombre/Animal. La disolución de una frontera* (2011) y *El Gran Hermano te vigila* (2013).

Asimismo ha publicado: *Los mitos actuales al descubierto* (2009) e *Historias ocultas del nacionalismo catalán* (2011). Esta última obra se ha convertido en un best-seller y le ha reputado como uno de los mejores conocedores de la mitología catalanista en el panorama cultural actual.

# Notas



[\*]Jacinto Verdaguer y Santaló (en catalán Jacint Verdaguer i Santaló), poeta español en lengua catalana y castellana. Nació en Folgarolas, Osona, provincia de Barcelona, el 17 de mayo de 1845 y falleció en Vallvidrera (Barcelona) el 10 de junio de 1902. El obispo Torras i Bages lo calificó de «Príncipe de los poetas catalanes». También se conoce a Jacinto Verdaguer como Mossèn (o Mosén) Jacinto Verdaguer, por su carrera de eclesiástico, y con el apócope de Jacinto: «Cinto». *(Nota de la edit. digital)*

<<